

## EN EL CANTAR DE LOS CANTARES EXPOSICIÓN ALEGÓRICA. (C,S)

### LIBRO PRIMERO.

#### DE LA GRACIA DE DIOS, CONTRA JULIÁN.

Al escribir, con la ayuda de la gracia celestial, sobre el Cantar de los Cantares, primero he considerado oportuno advertir al lector que lea con suma cautela las obras de Julián de Celano, obispo de Campania, que escribió sobre el mismo libro, para que no caiga en la trampa de una doctrina nociva debido a la elocuencia seductora. Pero, como se suele decir, que recoja el racimo de uvas, pero evite la espina, es decir, que busque y elija los sentidos sanos en sus palabras, evitando los insanos; o mejor aún, que haga lo que dice Virgilio: "Vosotros que recogéis flores y fresas nacidas en el suelo, huid de aquí, niños, pues una serpiente se oculta en la hierba"; es decir, que se abstenga por completo de su lectura, teniendo a aquellos que han expuesto el mismo libro con sentidos sanos y palabras más simples. Pues es un hombre, tan hábil como retórico, así también un feroz opositor de la gracia de Dios después de Pelagio, como muestran claramente sus escritos, en los que enloqueció contra el más valiente defensor de la misma gracia, Agustín. La causa de su disputa, primero compuso un librito sobre el Amor, bajo el pretexto de que lo separaría de un placer muy vil, pero en realidad para confirmar su herejía, que, para resumir brevemente, enseña que podemos hacer el bien que deseamos por el libre albedrío, aunque con la ayuda de la gracia de Dios podemos lograrlo más fácilmente: como los viajeros que pueden recorrer el camino a pie, pero sin duda con menos esfuerzo si tienen caballos para montarlos; olvidando la advertencia apostólica que dice: "Con temor y temblor trabajad en vuestra salvación. Porque Dios es quien obra en vosotros tanto el querer como el hacer" (I Cor. II). Y, lo que es más grave, es un opositor de aquel que no dijo: "Sin mí podéis hacer algo pequeño"; sino que dijo: "Sin mí, nada podéis hacer" (Juan XV). Enseña que los misterios ocultos de la ley solo pueden ser contemplados por aquellos a quienes la erudición y la piedad han hecho perspicaces; olvidando la gracia de Dios, que también ha revelado los secretos de las Escrituras a los iletrados e ignorantes, como dice el Evangelista: "Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras" (Lucas XXIV). El mismo evangelista testimonia que eran ignorantes cuando dice: "Viendo la constancia de Pedro y Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras e ignorantes, se maravillaban" (Hechos IV). Dice que el amor santo y generoso nos fue infundido por la naturaleza desde el principio de la luz, y que hasta la última vejez se mantiene solo por las fuerzas del alma sin perder su vigor original; incrédulo ciertamente de la sentencia del Señor, porque sin Él nada podemos hacer; y también del sermón apostólico: "Porque en muchas cosas ofendemos a Dios todos" (Santiago III). Y es sorprendente dónde aprendió Julián que el amor santo y generoso nos fue infundido por la naturaleza desde el principio de la luz, cuando el bienaventurado Apóstol, nacido de la estirpe de los patriarcas, dice: "Porque nosotros también éramos en otro tiempo por naturaleza hijos de ira" (Efesios II). ¿Y cómo por naturaleza, sino porque al pecar el primer hombre y abandonar el amor santo, el vicio creció como naturaleza? Es sorprendente dónde encontró o pensó que podría encontrarse un hombre, uno solo, en quien el amor santo, apoyado solo en las fuerzas del alma, persistiera hasta la vejez sin perder su vigor, cuando aquel que por amor especial fue digno de recostarse en el seno de su Creador, entre aquellos que disfrutaban de su gracia, no pudo encontrar a ninguno; sino que más bien confesó humildemente: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (I Juan I). Dice que nuestro amor, así como del cuerpo toma lo que es perturbado y rápido; así del alma, lo que es sublime y continuo, lo cual se prueba contrario a la verdad. Si nuestro amor del cuerpo, y no más bien del alma, tomara lo que es perturbado y rápido, no diría el Señor: "Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen

los malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, homicidios, hurtos, avaricias, maldades, engaños, lascivias, ojo malo, blasfemia, soberbia, insensatez. Todas estas maldades salen de dentro y contaminan al hombre" (Marcos VII). Y de nuevo, si nuestro amor, no de la gracia diaria de Dios, sino de la naturaleza o fuerzas del alma, tuviera que ser sublime y continuo, no diría el Apóstol de sus santos trabajos, en los cuales ciertamente perseveraba por amor sublime y continuo: "Pero he trabajado más que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo" (I Cor. XV). Y otra vez: "No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios" (II Cor. III). Pero incluso si no del Señor, sino de sí mismo tuviera sus buenas obras, en las cuales sin contradicción alguna el amor sublime y continuo ocupa el lugar más alto, en vano dio gracias al Señor por lo que no dio, diciendo: "Gracias a Dios, que nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús" (II Cor. II). Dice que el mismo, mientras no desea nada de la voluntad de la gentilidad, se mueve como al arbitrio del alma sola, y en sus actos tiene alegría, como inmune a la perturbación, así también gozando de libertad. Lo cual es decir abiertamente que, excepto en lo que respecta a los estímulos de la carne, está en el arbitrio de nuestra alma a qué amor se somete o cuánto, y que el mismo amor, solo por el movimiento del alma dispensante, es decir, sin la gracia de Dios, posee la perfección de las obras buenas libre y sin perturbación alguna, lo cual cualquiera prudente entiende claramente cuán lejos está de la verdad. ¿Por qué, entonces, tanta multitud de fieles que buscan amar al Creador con todo el corazón, toda el alma, toda la fuerza, y cada uno a su prójimo como a sí mismo, no siempre obtienen lo que desean, sino porque el mismo amor no se mueve al arbitrio del alma, como pensó Julián; sino como sabe Pablo: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. I); y por eso no es igual en todos, porque tenemos dones de gracia que nos han sido dados diferentes. ¿Por qué, entonces, a menudo no solo de fuera, sino también de la misma mente, nos vemos obstaculizados por adversidades, y no podemos realizar todo el bien que deseamos, sino porque se engaña quien dice que nuestro amor, por el solo arbitrio del alma, en sus actos tiene alegría, como inmune a la perturbación, así también gozando de libertad? En verdad canta el Salmista, que dice: "Por el Señor son ordenados los pasos del hombre, y su camino le agrada mucho. Cuando el justo cae, no se turba, porque el Señor sostiene su mano" (Sal. XXXVI). Donde claramente se designa que ni siquiera dentro de los frecuentes auxilios de la protección del Señor podemos estar inmunes a la perturbación de los vicios, ni en todos los pasos de nuestros actos debemos alegrarnos de la libertad de la naturaleza, sino de la dirección divina. En vano, además, Julián quiere exceptuar el placer genital, que solo no se mueve al arbitrio de nuestra alma; como si no fueran las rabias de la ira o la soberbia, la avaricia, la gula, la vanagloria, y otras de este tipo, mucho más laboriosas de vencer que los incentivos de la lujuria. Que también antes de los tiempos de la pubertad, vienen a perturbar nuestra alma, y, a menudo dominadas, o cesando la lujuria por naturaleza, no dejan de atacarnos. Dice que la ayuda del Espíritu Santo se da a nuestros estudios y méritos precedentes, y aún se da, para que amemos más estrechamente al género humano. Lo cual he querido poner en orden con sus propias palabras. "Cuando, pues, dice, el alma del sabio, que somete el placer a la dignidad del amor, incita y ordena el apetito, nunca transgrede los límites del deber, sino que avanza en magnitud y belleza por estudios y méritos, de modo que la gracia del Espíritu Santo comienza a avivar su noble fuego; entonces se produce esa caridad que no solo intenta abrazar a los parientes o ciudadanos, sino al mismo género humano en su seno." En esta sola sentencia, cuántas y cuán grandes blasfemias hay, fácilmente lo advierte el lector católico. Pues está claro que atribuye al arbitrio de la libertad humana, qué a la gracia espiritual, porque testifica que el alma del hombre se hace sabia por sí misma, tiene por sí misma la dignidad del amor santo y generoso, por sí misma somete a este amor el placer de la carne, por sí misma incita a las virtudes, y por sí misma ordena el apetito, hasta el punto de que nunca transgrede los

límites del deber de aquel amor que se cultiva. Quien dice que el mismo alma avanza por sus estudios y méritos a tal magnitud y belleza, que es digna de la ayuda del Espíritu Santo; cuyo Espíritu, dice, no ayuda al alma de tal manera como la llama o la antorcha, cuando se enciende, ayuda a la casa oscura que ilumina; sino más bien, como el viento ayuda al fuego ardiente o brillante, para que brille más; que ciertamente podía encenderse y arder, y consumir un gran bosque sin el soplo del viento, pero sin embargo, impulsado por el viento, arde más y más. Esto significa al decir que la gracia del Espíritu Santo comienza a avivar su noble fuego. Había mencionado tantos bienes del alma, y después de todo esto dice que la gracia del Espíritu Santo comienza en ellos, como si viniera como ayuda, y no como inspiradora y autora en nosotros de los estudios y méritos buenos. Sin embargo, observa qué cree que se hace en el noble fuego del alma sabia por su ventilación. "Entonces, dice, se produce esa caridad que no solo intenta abrazar a los parientes o ciudadanos, sino al mismo género humano en su seno." Ves, pues, que quien atribuye tantas fuerzas a nuestra alma, qué atribuye al Espíritu de gracia; que dice que llega tarde en ayuda al alma misma, y entonces no infunde aquella caridad con la que se ama a Dios, sino solo aquella con la que se ama al género humano; olvidando o desinteresado de la fe apostólica, que dice que "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Rom. V).

Es una obra extensa sacar a la luz todas las necedades que puso en este libro y refutarlas con testimonios de la verdad. Bastan estos pocos ejemplos para mostrar cuán detestables son las demás.

Después de esto y de innumerables cosas semejantes, con las que completó el primer libro disputando contra la gracia de Dios, no menos contaminó el segundo libro con la misma peste de herejía. De hecho, al exponer lo que se dijo, que "mejores son tus pechos que el vino", filosofó de manera muy vil sobre la naturaleza de la leche, y luego, de manera mucho más vil, intentó transferir la calidad de esa naturaleza para confirmar su error. Como sería demasiado largo y horroroso ponerlo todo, hemos considerado suficiente poner una parte. Insertándose, pues, en las personas contra las que luchaba bajo el nombre de los maniqueos, dijo entre otras cosas: "Afirmaba nuestras opiniones hasta el punto de que los ardores espumosos de los errores, para convertir la calumnia en el mismo autor; y para aliviar la culpa que ciertamente quemaba los crímenes de la voluntad, sometíamos a la infamia la misma naturaleza del cuerpo, jurando que venimos a esta luz incapaces de bondad y llenos de iniquidad. De hecho, casi ninguno se conduce a la justicia, ¿qué digo con razón, sino ni siquiera por la institución de la ley sagrada. Esta opinión depreciaba la naturaleza de la carne y la sangre. Pero después de que el misterio salvador del mediador entre Dios y los hombres tomó, para dar el ejemplo de la virtud más perfecta; asumió la naturaleza del hombre mortal, mostró que todos los crímenes eran de costumbres, no de semillas. De hecho, con las voluntades convertidas a lo mejor, no solo los preceptos de la ley, sino también los evangélicos pueden cumplirse." A estos sus discursos se debe responder brevemente, porque de ninguna manera convertimos la calumnia en el autor de nuestra naturaleza, cuando decimos que fuimos concebidos en iniquidades y nacidos en delitos, sino que confesamos que en los primeros padres de nuestra naturaleza fuimos hechos a su semejanza, para vivir inmortales y sin pecado en las delicias del paraíso, con la ayuda de su gracia; la cual beatísima pureza de la vida primitiva, si los mismos primeros padres se hubieran preocupado por conservarla, y no hubieran creído más al enemigo que al autor, hasta hoy la descendencia de ellos santa e inmaculada habitaría las delicias del paraíso, ignorante de la muerte y del pecado. Pero al consentir en el pecado sin necesidad de la naturaleza, sino solo por la negligencia de la mente errante, y al ser excluidos del lugar del paraíso de la voluptuosidad y castigados con la muerte por el justo juicio del

Creador, dejaron a su descendencia y linaje el contagio del pecado que temerariamente contrajeron: de modo que el pecado que ellos cometieron voluntariamente, nosotros también, aunque no queramos, quedamos atados por su culpa; de modo que ni siquiera los niños pequeños, que no pueden querer nada bueno o malo, pueden estar inmunes de esto, sino por la gracia de Dios que nos da a través de Jesucristo nuestro Señor. De donde se prueba que Julián se equivoca cuando dice: "La culpa nos es imputada solo por el crimen de la voluntad"; y como después, más claramente expuso su sentido, diciendo: "Todos los crímenes son de costumbres, no de semillas. Son de semillas los que hemos heredado de Adán; de costumbres, o de voluntades, o de fragilidad e ignorancia, los crímenes que nosotros mismos añadimos." Se prueba que se equivoca cuando reprende a aquellos que someten a la infamia la naturaleza de nuestro cuerpo, no la que fue creada santa e inmortal en los primeros padres, sino la que después de su transgresión se hizo viciosa, diciendo: "Sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien" (Rom. VII). Y lo que el mismo apóstol dice: "La carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne" (Gál. V).

Estas cosas se oponen tanto entre sí, que no hacéis lo que queréis. Se demuestra que está equivocado cuando critica a aquellos que testifican que venimos a esta luz incapaces de bondad y llenos de iniquidad. En verdad, profesamos que todos los hombres vienen a esta luz llenos de iniquidad, debido a la culpa de la primera transgresión; pero que somos incapaces de bondad, lejos de nosotros jurar que nacemos así. Sin embargo, el hereje, para engañar astutamente a los débiles, unió la verdad de la profesión católica con la mentira de la perfidia. Se demuestra que está equivocado cuando dice que juramos que nadie puede ser llevado a la justicia no solo por la razón, sino ni siquiera por la institución de la ley sagrada. Al contrario, confesamos que, tanto por la razón como por la doctrina de la santa ley, somos llevados a la justicia, con la ayuda del Señor, pero sin su gracia, ni por los auxilios naturales de la razón, ni por los preceptos de la ley divina podemos ser justificados, como testifica el Apóstol, porque la letra mata, pero el Espíritu vivifica (II Cor. III), es decir, la letra que manda mata, si no está presente el Espíritu, que concede que los preceptos de la letra se cumplan. Y el Espíritu vivifica, concediendo que la letra pueda ser cumplida. Pero lo que dice del Señor, «Para dar un ejemplo de virtud consumada, asumiría la naturaleza del hombre mortal», secretamente vomitó el veneno de su herejía, porque dice que «el Señor que vino en carne no nos dio dones, sino ejemplos de virtud»; de donde dice poco después, «De su ascensión de la carne, condenó los pecados de las costumbres; no la naturaleza de la carne, sino cambiando las obras, para que la justificación de la ley se cumpliera en nosotros bajo su ejemplo.»

Asimismo, en la exposición del versículo, Tu cuello como collares: «Cuando el hermoso cuello, dice, está adornado naturalmente con joyas», sin duda la felicidad aumenta con la industria; y como si se unieran cosas dignas, a saber, el honor de las joyas y la belleza del cuello: así también en ti, cuya nobleza la doctrina compone, para que las virtudes que la naturaleza comienza, la disciplina las complete; en lugar de decir, «La gracia comienza, la gracia completa, la gracia corona.» Asimismo, después de innumerables cosas de este tipo, que el lector piadoso fácilmente descubrirá en sus propios escritos, en la explicación del versículo, Te tomaré y te llevaré a la casa de mi madre, allí me enseñarás, no reveló más abiertamente lo que sentía contra la fe, diciendo del Señor: «Ya en la misma infancia mostró muchas cosas que debemos aprender: Primero, que él es el artífice de todos los que nacen de la unión de hombre y mujer, quien para sí mismo, sin el ministerio del hombre, fabricó un cuerpo de una virgen; luego, que no hay pecado congénito en el hombre, puesto que él, rodeado de la verdad de la carne, permaneció sin mancha; finalmente, que nuestro origen no puede, sino impíamente, ser atribuida a las obras del diablo, que se regocijaría no solo en Dios como creador, sino también como habitante.» No solo al decir esto construye el error,

sino que también lo hace con el ejemplo que interviene. Pues la Escritura testifica que el pecado es congénito al hombre, que dice, Un yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de su salida del vientre de su madre hasta el día de su sepultura, en la madre de todos (Ecli. XL). Más bien, que esto es coetáneo al hombre desde la misma concepción, lo testifica el bienaventurado Job, cuando suplicando al Señor dice: ¿Quién puede hacer puro lo concebido de semilla impura? ¿No eres tú quien solo eres? (Job XIV). ¿Y cuál podría ser la consecuencia, que por eso se diga que no hay pecado congénito en los hombres nacidos de la unión de hombre y mujer, puesto que el Hijo de Dios, quien para sí mismo, sin el ministerio del hombre, fabricó un cuerpo de una virgen, y rodeado de la verdad de la carne, permaneció sin mancha? ¿Cuál es la razón consecuente para que el hombre puro afirme la inocencia de su nacimiento con el ejemplo del Mediador nacido en carne de Dios y los hombres, cuando del nacimiento de aquel dijo el arcángel a la virgen madre, El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo tanto, lo que nacerá de ti será llamado santo, Hijo de Dios (Luc. I). Pero a nuestra madre, después de la culpa de la transgresión, dijo el justo juez: Multiplicaré tus aflicciones y tus concepciones; con dolor darás a luz hijos, y estarás bajo el poder del hombre (Gen. III). Pero tampoco lo que dice, que nuestra origen no puede, sino impiamente, ser atribuida a las obras del diablo, que se regocijaría no solo en Dios como creador, sino también como habitante, lo hizo de manera católica o consecuente: porque ciertamente el diablo, aunque introdujo el pecado a los primeros padres, no les quitó el curso natural de la bendición, que habían oído: Creced y multiplicaos, y llenad la tierra (Gen. I). Por lo tanto, no somos engañados por esa impiedad que nos reprocha Juliano, como si atribuyéramos nuestra origen a las obras del diablo, que sabemos fue creada por la obra de la bendición primordial de Dios. Pero lejos de nosotros decir que nuestra origen, después del mal de la transgresión, se regocijó en Dios, antes del remedio de la segunda regeneración, que se realiza por el agua y el Espíritu Santo, por la gracia de Dios a través de Jesucristo nuestro Señor. Consideramos necesario anotar estas pocas cosas de muchas del mencionado trabajo de Juliano para la cautela de los lectores, advertidos por cuyos ejemplos, puedan ser más vigilantes en el resto de su lectura, que no menos nocivas a menudo inserta entre palabras saludables. Pues también en otros escritos no duda en afirmar su misma herejía, aunque mucho reclamando el santísimo y doctísimo obispo Agustín. Finalmente, en el libro que escribió sobre el Bien de la constancia, defiende con gran insistencia el bien de la naturaleza y la libertad de nuestro albedrío, como él mismo afirma, contra la perfidia de los maniqueos. Pero como la verdad demuestra, persiste con gran obstinación contra la fe de la gracia celestial. «Esta es, dice él mismo, la constancia, que principalmente afirma el poder del albedrío, y el bien, y los movimientos de su naturaleza y del alma humana libres, mientras muestra que todo bien de la mente es voluntario, y no está sujeto a ningún caso. Sin embargo, me enseñan no solo las cartas apostólicas, sino también mis propios pensamientos, que no tengo libres los movimientos no solo de la carne, sino tampoco del alma, que a menudo, queriendo y esforzándome, para no hablar de otras cosas, no me permiten dedicarme con mente fija y deseo infatigable a la devoción de la oración. Si tuviera libres los movimientos del alma, querría retener el ánimo atento a las oraciones durante el tiempo continuo de oración, como fácilmente suelo, siempre que quiero, componer los miembros del cuerpo en cualquier posición o lugar de oración.» Y poco después: «Porque ella misma arma, dice él mismo, el ánimo de cada uno, y lo enciende, mientras siempre le recuerda su libertad, y mientras aleja de él todos los miedos.» Pues cuánto mejor combatiría al maniqueo, si dijera que la gracia de Dios hizo el ánimo de cada elegido excelente, y lo enciende para los estudios de las virtudes, mientras siempre le recuerda su debilidad, y que sin ella no puede hacer nada; y mientras aleja de él toda confianza en su propia virtud, y le aconseja cantar a Dios: Mi fortaleza la guardaré para ti (Sal. LVIII).

Y nuevamente, después de muchas cosas, en las que predica la libertad de nuestra voluntad, dice: «Porque como ha sido discutido brillantemente por los más doctos y ortodoxos, nadie puede ser verdaderamente dañado, sino por sí mismo; ni hay absolutamente nada por lo que alguien pueda ser hecho miserable contra su voluntad. ¿Qué temerá entonces la virtud, sino la falta de sí misma, por la cual el hombre es dañado eternamente?» Esta sentencia no puede sostenerse sino entre los herejes, porque es evidente que el pecado de Adán daña a todos los hombres, no por sí mismos, sino por aquel que con su primer crimen condenó perpetuamente a toda la raza humana, a menos que la gracia de Cristo los libere. La malicia de los herejes daña a aquellos que, deseando conocer y mantener la fe católica, los arrastra a la perdición sin saberlo ni quererlo. Pero temiendo Juliano que, si en este gran volumen atribuyera todo lo que vivimos rectamente a la libertad de nuestra voluntad, como un enemigo abierto de la gracia de Dios, sería detestado y anatematizado por todos, también hizo mención de esto en este lugar; y lo hizo tan ocultamente que no dijo que diera todas las virtudes, sino que solo ayudara y fortaleciera una en nosotros, la constancia. «Porque es de la gracia divina, dice, amar y fortalecer la constancia, que puede guardar las demás virtudes; y defender la virtud contra todo lo que resiste.» Donde también usó una palabra muy cautelosa, para no decir que la da, como si antes no la tuviéramos, sino más bien que la ayuda y fortalece, como si ya hubiera surgido de nosotros, como el viento ayuda a la llama del fuego, que no enciende él mismo, sino que, encendida de otra parte, la ayuda a brillar más claramente; y para que no se extinga, la confirma soplando. Como en el mismo libro sobre el Amor hemos mostrado más plenamente su sentido. Cerca del final de este librito, Juliano mismo manifiestamente revela con qué intención trabajaba en tales afirmaciones a través de todos los escritos que consideraba. «Es un escándalo, dice, para el maniqueo, porque confesamos al Señor nuestro, que es verdadero, negando lo que es falso. Ofende, porque afirmamos la naturaleza buena, porque afirmamos el libre albedrío del hombre. Pero también en el libro que escribió a Demetriade, virgen de Cristo, sobre la Institución de la virgen, revela cómo siente sobre el poder del libre albedrío. Este libro, que algunos de los nuestros leen con diligencia, temerariamente piensan que es del santo y católico doctor Jerónimo, sin percibir en absoluto que tanto la suavidad de la elocuencia que halaga, como la perversidad de la herejía que seduce, prueban claramente que este no es su escrito. Más bien, él mismo, en el Diálogo de Ático y Critóbulo, que publicó mientras Pelagio vivía, cuando Juliano aún era un niño, como un pequeño rey en la cueva de una serpiente, lo combatió y destruyó con elocuencia divina. En este libro, por lo tanto, Juliano, y en otros escritos, declara haber confirmado su misma herejía, escribiendo así: «Cuántas veces tengo que hablar sobre la institución de las costumbres y la conversación de la vida santa, suelo primero mostrar la fuerza y calidad de la naturaleza humana, y mostrar lo que puede lograr.» Y poco después: «El orden de exhortación que he mantenido en otros escritos, creo que debe observarse aquí especialmente, donde el bien de la naturaleza debe declararse más plenamente, cuanto más perfecta debe ser la vida instituida.» Asimismo, en el progreso del mismo libro: «Porque hemos oído y leído, y nosotros mismos hemos visto a muchos filósofos castos, pacientes, modestos, liberales, abstinentes, benignos, rechazando los honores y delicias del mundo, y amantes de la justicia no menos que de la sabiduría. ¿De dónde, pregunto, tienen estas cosas que agradan a Dios, los hombres ajenos a Dios? ¿De dónde tienen estos bienes, sino del bien de la naturaleza? Y cuando vemos que estos que he mencionado, o uno de ellos, o todos juntos, o cada uno en particular, tienen estas cosas, y cuando todos tienen una misma naturaleza, se muestran mutuamente con su ejemplo; que todas las cosas pueden estar en todos, que se encuentran en cada uno. Pero si incluso sin Dios los hombres muestran cómo fueron hechos por Dios, ve lo que pueden los cristianos, cuya naturaleza ha sido restaurada mejor en Cristo, y que son ayudados por el auxilio de la gracia divina.» Y después de muchas cosas de este tipo, hablando del bienaventurado Job, «Oh hombre, dice, evangélico antes de los Evangelios, y

discípulo de los apóstoles antes de los preceptos apostólicos, que abriendo las riquezas ocultas de la naturaleza, y mostrando en sí mismo lo que todos podríamos, lo mostró.» Asimismo, poco después, «Ni defendemos el bien de la naturaleza, dice, de tal manera que digamos que no puede hacer el mal, que ciertamente también profesamos capaz de bien y de mal; pero solo la reivindicamos de esta injuria, para que no parezca que somos impulsados al mal por su culpa, que ni hacemos el bien sin voluntad, ni el mal, y a quienes es libre hacer siempre uno, cuando siempre podemos ambos. ¿De dónde, pues, unos serán jueces, otros juzgados, sino porque en la misma naturaleza la voluntad es diferente? y porque cuando todos podemos lo mismo, hacemos cosas diferentes?» Y poco después, recordando que Adán fue expulsado del paraíso, y Enoc fue arrebatado del mundo, añadió: «Porque ni aquel merecería ser castigado por el justo Dios, ni este ser elegido, a menos que ambos pudieran ambos. Esto debe entenderse también de los hermanos Caín y Abel, y de los gemelos Esaú y Jacob; y debe saberse que solo la voluntad es la causa, cuando en la misma naturaleza los méritos son diferentes.» Y nuevamente, poco después: «Ni en verdad, dice, otra causa nos hace difícil vivir bien, que la larga costumbre de los vicios, que nos infecta desde pequeños, y poco a poco, lo que corrompe a través de muchos años, nos mantiene después atados y sujetos, de modo que parece tener la fuerza de la naturaleza.» Asimismo, después de muchas cosas, en las que instituye excelentemente a la virgen dedicada a Dios, y realmente completaría una obra muy útil y saludable, si la enseñara a implorar el auxilio de la gracia divina en todo, y no a confiar en la libertad de su ánimo y fuerzas; como también en aquel libro que dijimos que escribió sobre el Bien de la constancia, sería de gran provecho para los estudiosos de las virtudes, si no intercalara los vicios venenosos de los errores. Pero si un poco de levadura, como testifica el Apóstol, corrompe toda la masa (I Cor. V), ¿cuánto más el veneno que es máximo? «Atribuimos, dice, iniquidad al justo, crueldad al piadoso, mientras nos quejamos de que primero nos mandó algo imposible. Por lo tanto, creemos que el hombre debe ser condenado por él por lo que no pudo evitar.» Y poco después, «Ni pudo mandar algo imposible, quien es justo: ni va a condenar al hombre por lo que no pudo evitar, quien es piadoso.» En cada una de estas sentencias, que he extraído de uno de sus libritos, es evidente para cualquiera docto cuántos errores hay. Por eso he puesto tantas juntas, para que con más pruebas de errores se convenzan aquellos que sostienen que este libro fue escrito por la pluma católica del bienaventurado Jerónimo, y se vuelvan más cautelosos en su lectura, al saber que es herético. A todas estas sentencias también he considerado conveniente responder brevemente: como aquellas que, como dije, son más claras que la luz en cuanto a cuán nefandas son. Por lo tanto, lo que dice, «Muchos de los filósofos tienen paciencia, castidad, modestia, y otras virtudes del bien de la naturaleza;» es evidente que cualquiera de los filósofos que no conocieron a Cristo, la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, no pudieron tener ninguna verdadera virtud, ni ninguna verdadera sabiduría. En cuanto a lo que tenían algún gusto de cualquier sabiduría, o imagen de virtud, todo esto lo recibieron de arriba; no solo por el don de la primera condición, sino también por su gracia diaria, que no abandona a su criatura, ni siquiera cuando ella misma se abandona, otorgando sus dones a los hombres, y grandes a los grandes, y pequeños a los pequeños. Lo que dice, «Todo puede estar en todos, que se encuentra en cada uno;» contradice a la Escritura, que dice, Porque no todo puede estar en todos, porque el Hijo del hombre no es inmortal; donde se insinúa claramente que cuando esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces finalmente todas las cosas buenas de las virtudes pueden estar en todos; y ni siquiera entonces del bien de la naturaleza, sino por la gracia de aquel de quien está escrito, Para que Dios sea todo en todos. Pero también los documentos diarios de nuestra fragilidad prueban que no todo puede estar en todos, donde se encuentran tantos que, esforzándose con suma diligencia, no pueden alcanzar las virtudes que ven en otros. Lo que dice que los hombres sin Dios muestran cómo fueron hechos por Dios, está tan lejos de la verdad, que ni siquiera los hombres cercanos a Dios

pueden mostrar en esta vida, cómo fueron hechos por Dios el primer hombre. ¿Quién será más sabio o vivirá más que aquel que, antes de pagar la deuda de la carne, fue arrebatado hasta el paraíso, o al tercer cielo, contempló la conversación de los ciudadanos celestiales, y escuchó sus coloquios? Sin embargo, él dice, Porque me deleito en la ley de Dios según el hombre interior, pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente (Rom. VII). Lo que los padres del género humano, mientras guardaron intacto el bien de la naturaleza, ciertamente no pudieron decir. Lo que dice que la naturaleza de los cristianos ha sido mejor restaurada por Cristo, y que son ayudados por el auxilio de la gracia divina, si quiere que se entienda solo de aquellas cosas que nos son dadas en la remisión de los pecados por el bautismo, es herético; pero si también de su gracia diaria, que no cesa de restaurarnos y ayudarnos en mente y cuerpo, es católico. Lo que dice que el bienaventurado Job abrió en sus virtudes eminentes las riquezas ocultas de la naturaleza, y mostró en sí mismo lo que todos podríamos, cuánto mejor diría que abrió las inefables riquezas de la gracia divina, y mostró en sí mismo que podía dar esto a todos los que quisiera. Lo que dice que no somos impulsados al mal por el vicio de la naturaleza, que ni hacemos el bien sin voluntad, ni el mal, contradice al Apóstol que dice, Porque sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien. Porque el querer está presente en mí, pero no encuentro cómo realizar el bien. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago (Ibid.).

Lo que dice que es libre para nosotros hacer siempre una cosa cuando siempre podemos hacer ambas, contradice al profeta, quien habla suplicante a Dios diciendo: "Sé, Señor, que el camino del hombre no es suyo, ni es del hombre caminar y dirigir sus pasos" (Tob.). Pero también se hace mayor que el Apóstol, quien dijo: "Yo mismo, pues, con la mente sirvo a la ley de Dios; pero con la carne, a la ley del pecado" (Rom. VII). Lo que dice que no se juzga a unos de otra manera que a otros, sino porque en la misma naturaleza hay voluntad dispar, y porque cuando todos podemos lo mismo, hacemos cosas diferentes, contradice a la fe católica, que también confiesa que los niños deben ser juzgados, aquellos que, puestos en la misma naturaleza, antes de poder hacer o querer algo bueno o malo, o al menos conocerlo, fueron arrebatados sin bautismo. Lo que dice que Esaú y Jacob, y otros tales, fueron diferenciados solo por causa de la voluntad, para que en la misma naturaleza tuvieran méritos diferentes, contradice al Apóstol, quien hablando de ellos dice: "Pues cuando aún no habían nacido, ni habían hecho algo bueno o malo, para que permaneciera el propósito de la elección de Dios, no por obras, sino por el que llama, se le dijo: 'El mayor servirá al menor'; como está escrito: 'A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí'" (Rom. IX). Lo que dice que no hay otra causa que nos haga difícil vivir bien, que la larga costumbre de los vicios, contradice a la Escritura, que dice: "Un yugo pesado sobre los hijos de Adán desde el día de su salida del vientre de su madre" (Ecli. XL). Lo que dice que el Señor no ha mandado nada imposible, quien es justo; dice la verdad, si se refiere a su ayuda, a quien la voz católica suplica: "Guíame por el camino de tus mandamientos" (Sal. CXVIII). Pero si confía en las fuerzas de su propio ánimo, lo refuta la verdadera sentencia del mismo justo Creador, que dice: "Sin mí no podéis hacer nada" (Juan XIII). Lo que dice que el piadoso no condenará al hombre por lo que no pudo evitar, contradice la sentencia del mismo piadoso Redentor y justo juez, que incluso de los niños dice: "A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede ver el reino de Dios" (Juan III). Aunque, como dice San Agustín, "la pena o condenación será la más leve de todas para aquellos que, además del pecado original que trajeron, no añadieron ninguno más." Sin embargo, tales no pueden estar completamente inmunes a la condenación, ya que el Apóstol dice claramente que "la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no pecaron" (Rom. V). Y como si se preguntara por qué reinó sobre todos los que no pecaron, inmediatamente da la razón añadiendo: "A semejanza de la transgresión de Adán" (Ibid.), es

decir, no por sus propios pecados, sino porque el transgresor Adán engendró a sus semejantes. Debemos decir, por tanto, en esta parte de la cuestión, lo que hemos oído decir al mismo apóstol Pablo, quien, discutiendo sobre la suerte dispar de Esaú y Jacob, gemelos nacidos de un solo coito, dice: "¿Qué diremos entonces? ¿Hay injusticia en Dios? De ninguna manera. Porque Moisés dice: 'Tendré misericordia de quien tendrá misericordia; y mostraré compasión a quien mostraré compasión.' Así que no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Rom. XI), y otras cosas hasta que, muy cansado por esta cuestión, concluyó así: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios, e inescrutables sus caminos!" (Ibid.). Estas cosas de las obras de Juliano, para la cautela de los lectores, hemos considerado conveniente prelibar. De aquí pasemos a la exposición del Cantar de los Cantares, y en un libro muy difícil de entender, siguiendo diligentemente las huellas de los Padres, dediquemos lo que podamos de nuestro estudio saludable, con la ayuda de la gracia de Dios que defendemos. En esta obra advierto al lector que no me juzgue superfluo, si he querido explicar más ampliamente, según lo que he aprendido en los libros de los antiguos, sobre la naturaleza de los árboles o hierbas aromáticas, que se contienen en gran número en este volumen. Pues he hecho esto no por estudiar la arrogancia, sino por considerar mi ignorancia y la de los míos, que nacidos y criados lejos del mundo, es decir, en una isla del mar Océano, no podemos conocer lo que ocurre en las primeras partes del mundo, Arabia digo e India, Judea y Egipto, sino por los escritos de aquellos que estuvieron presentes en estas cosas.

## CAPÍTULOS EN EL CANTAR DE LOS CANTARES.

I. La Sinagoga desea que el Señor venga en carne, y al venir, le sale al encuentro con devota caridad.---II. La Iglesia primitiva se queja de estar oscurecida por la persecución de los judíos infieles, por lo que invoca temblando la ayuda de su amado Redentor.---III. El Señor, reprendiendo a la Iglesia, la amonesta sobre la gracia dada contra todas las insidias de los enemigos.---IV. La Iglesia, fortalecida por las palabras de Dios, recuerda su conversación, su pasión en la carne y su resurrección.---V. El Señor alaba a la Iglesia fortalecida, y deseando corresponderle con alabanzas, desea gozar con ella en la paz de la vida presente.---VI. El Señor, recordando el gozo de la Virgen Madre, también en su esposa abraza con alabanza la virtud de la castidad.---VII. La Iglesia, introducida en el conocimiento de los sacramentos celestiales, desea ser alimentada y descansar bajo la protección de su Redentor.---VIII. Él mismo conjura a los creyentes para que no perturben la paz de la Iglesia.---IX. El Señor, apareciendo en carne, excita a la Iglesia a predicar, ya que el largo invierno de infidelidad que oprimía al mundo ha pasado, y en los auspicios de actuar, ordena descubrir y refutar las astucias podridas de los herejes.---X. La Iglesia, favoreciendo las órdenes del Señor, le ruega que venga a ella para ayudarla mediante la gracia de la inspiración oculta.---XI. La Iglesia expone el orden por el cual las naciones llegaron a la fe de Cristo; con cuyos votos él mismo se regocija, y ordena a los fieles que no perturben su descanso.---XII. La Sinagoga se maravilla de la fe inspirada en la Iglesia, devota por la mortificación de la carne y la virtud de la oración.---XIII. Ella responde que ha llegado deleitada por el lecho y el banquete del rey pacífico, es decir, por el descanso de las almas y la interna reanimación, y especialmente por la belleza del mismo rey, a cuya visión excita también a aquellos que la admiraban.---XIV. El Señor, deleitado por la fe de la Iglesia, alaba cada uno de sus miembros, es decir, a cada una de las personas fieles, y predice que la rabia de los perseguidores será inclinada a su reverencia, por cuyo amor él mismo sufrió las heridas de la cruz.---XV. Describe la dulzura de la doctrina de sus predicadores, los frutos de sus obras, y la fragancia de su dulcísima reputación.---XVI. La encomienda a los vientos de las tribulaciones para que su constancia sea más probada.---XVII. Ella, consciente de su devoción, le ruega que venga a ella para ser

contemplada.---XVIII. El Señor, testificando que ya ha venido a ella y que se ha deleitado con sus piadosas obras, ordena también a los ciudadanos celestiales que se regocijen con sus bienes.---XIX. La Iglesia, descansando de los tumultos del mundo, es despertada por la voz del Señor para corregir a algunos en los que su esperanza y amor ya comenzaban a enfriarse; ella, excusándose por amor al descanso, comienza a encenderse en secreto por la compunción para actuar, pero no sigue inmediatamente el efecto de lo comenzado; por lo que, al ver las virtudes de los grandes doctores, desecha todo lo que en ella se adhería de las concupiscencias del mundo.---XX. Ella misma, en algunos de sus fieles, suplica a los más perfectos que en el tiempo de su compunción o de su oración, también la encomienden al Señor.---XXI. Ellos, en cambio, piden que se les cuente algo de sus virtudes, para que, encendidos por su dulzura, ardan más en su amor.---XXII. Ella hace lo pedido, y cantando con la alabanza adecuada las virtudes y el poder, pregunta de nuevo en qué mentes suelen encontrarse sus huellas.---XXIII. Responde que él se deleita en los deseos piadosos de los santos y en las obras fructíferas, y que recoge a los perfectos en las virtudes de la castidad para los gozos eternos.---XXIV. Al oír esto, el Señor alaba la devoción de la Iglesia, alaba su operación; sin embargo, enseña que no se le desee mucho en esta vida.---XXV. Dice que la perfección de toda la Iglesia debe ser preferida a muchas iglesias en el mundo, a muchas asambleas de falsos hermanos, a muchos coros de inocentes.---XXVI. Al oír la Sinagoga que el Señor alaba a la Iglesia, también ella se enciende para admirarla, especialmente porque con la invencible lucha de las virtudes es terrible para todos los enemigos, lo que el Apóstol enseña que sucederá al final del mundo.---XXVII. Responde la Iglesia, y en sus doctores declara cuál fue la causa de su preparación militar, a saber, la solicitud de todas las Iglesias de las cuales ella, una católica, consta.---XXVIII. Pero la Sinagoga dice que es necesario que estas cosas, confesando con un repentino asombro el Evangelio predicado, la hayan perturbado; cuyos comienzos saludables la Iglesia, regocijándose, pide que vuelva al reconocimiento de su Redentor.---XXIX. Pero el mismo Redentor, accediendo a sus exhortaciones, testifica que nada en ella es más digno de ser visto que la industria de las virtudes.---XXX. Describiendo de nuevo las alabanzas de su amada, primero en la unión de sus muslos, designa la unión de ambos pueblos que creen en él y lo aman.---XXXI. Ella, arrebatando la palabra de su boca con su alabanza, acumula alabanza y le suplica que venga, para que, con su cooperación, pueda asumir los piadosos trabajos de la operación o la predicación.---XXXII. Comenzando desde el nuevo principio de la Iglesia, desea que el Señor se encarne, para que por los sufragios de la ascensión humana, como si fuera un apoyo, pueda merecer ascender a la contemplación de la gloria divina, como a los abrazos de la derecha.---XXXIII. Ella misma, regocijándose en sus deseos, conjura a los creyentes de entre los judíos para que no perturben la fe de las naciones.---XXXIV. Quienes, obedeciendo las órdenes, miran con sospecha su repentina conversión.---XXXV. También amonesta a la Iglesia sobre el amor que redimió a través del árbol de la cruz, y le ordena llevar siempre su memoria en el corazón y en la obra.---XXXVI. También habla a la Sinagoga sobre lo que debe hacerse con la Iglesia primitiva de entre las naciones, que aún no tiene de los suyos quienes puedan ser ordenados como doctores.---XXXVII. Y añade él mismo, si hay alguno entre ellos de vida y palabra sublimes, debe ser instruido en las letras divinas, para que así pueda ser promovido al grado; pero a quienes son de naturaleza más simple, se les deben proponer ejemplos de los santos, para que se fortalezcan más en la fe.---XXXVIII. Ella misma responde que ha sido hecha sublime por su don, y que en los hombres más perfectos es apta para el grado de doctor.---XXXIX. Y añade que, llamada en la paz de su Creador, tiene muchos pueblos, para designar que las naciones de los gentiles le pertenecen.---XL. Favoreciendo esto, el Señor, habiendo protestado que tiene cuidado de toda la Iglesia, ordena que aquellos que han bendecido también asuman el ministerio de la predicación.---XLI. La

Iglesia, obedeciendo las órdenes, le suplica que, para ayudar a sus comienzos espirituales, se haga presente más a menudo en los corazones de los fieles.

## CANTAR DE LOS CANTARES AL PIE DE LA LETRA DICE ASÍ.

CAPÍTULO PRIMERO. Voz de la Iglesia: "Que me bese con el beso de su boca, porque tus pechos son mejores que el vino, fragantes con los mejores ungüentos. Tu nombre es un aceite derramado; por eso las doncellas te amaron. Atráeme tras de ti, correremos al olor de tus ungüentos. El rey me introdujo en sus cámaras; nos regocijaremos y nos alegraremos en ti. Recordando tus pechos sobre el vino, los rectos te aman." Otra vez voz de la Iglesia: "Soy negra pero hermosa, hijas de Jerusalén, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón. No me miréis porque soy morena, porque el sol me ha bronceado. Los hijos de mi madre se airaron contra mí; me pusieron por guardiana de las viñas, pero mi viña no guardé. Dime, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde reposas al mediodía, para que no comience a vagar tras los rebaños de tus compañeros." "Si no te conoces, oh hermosa entre las mujeres, sal y sigue las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos junto a las tiendas de los pastores. A mi yegua en los carros de Faraón te he comparado, amiga mía. Hermosas son tus mejillas, como las de una tórtola. Tu cuello como collares. Haremos para ti cadenas de oro, tachonadas de plata. Mientras el rey estaba en su reclinatorio, mi nardo dio su fragancia. Mi amado es para mí un racimo de mirra, que reposa entre mis pechos. Mi amado es para mí un racimo de ciprés en las viñas de Engadi. He aquí que eres hermosa, amiga mía, he aquí que eres hermosa, tus ojos son de paloma. He aquí que eres hermoso, amado mío, y encantador. Nuestro lecho es florido. Las vigas de nuestras casas son de cedro. Nuestros techos son de ciprés."

CAPÍTULO II. "Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles. Como el lirio entre las espinas, así es mi amiga entre las hijas. Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos. Bajo su sombra, a quien deseaba, me senté, y su fruto es dulce a mi paladar. El rey me introdujo en la bodega, ordenó en mí la caridad. Sustentadme con flores, confortadme con manzanas, porque estoy enferma de amor. Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y los ciervos del campo, que no despertéis ni hagáis despertar a mi amada, hasta que ella quiera. Voz de mi amado, he aquí que viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas. Mi amado es semejante a una gacela, o a un cervatillo. He aquí que está tras nuestra pared, mirando por las ventanas, asomándose por las celosías. He aquí que mi amado me habla: 'Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven. Porque ya ha pasado el invierno, la lluvia ha cesado y se ha ido, las flores han aparecido en nuestra tierra, el tiempo de la poda ha llegado. La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra, la higuera ha dado sus higos, las viñas en flor han dado su fragancia. Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven. Paloma mía, en las hendiduras de la roca, en los escondrijos de la pared, muéstrame tu rostro; que tu voz suene en mis oídos, porque tu voz es dulce, y tu rostro hermoso. Cazadnos las zorras pequeñas, que arruinan las viñas. Porque nuestra viña está en flor. Mi amado es mío, y yo soy suya, él se apacienta entre los lirios, hasta que sople el día, y se inclinen las sombras. Vuélvete, sé semejante, amado mío, a una gacela, o a un cervatillo sobre los montes de Betel."

CAPÍTULO III. "En mi lecho, por las noches, busqué al que ama mi alma. Lo busqué, y no lo hallé. Me levantaré, y recorreré la ciudad; por las calles y las plazas buscaré al que ama mi alma. Lo busqué, y no lo hallé. Me encontraron los guardias que rondan la ciudad. ¿Habéis visto al que ama mi alma? Apenas los había pasado, encontré al que ama mi alma. Lo agarré, y no lo soltaré, hasta que lo introduzca en la casa de mi madre, y en la alcoba de la que me

engendró. Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y los ciervos del campo, que no despertéis ni hagáis despertar a mi amada, hasta que ella quiera. ¿Quién es esta que sube del desierto, como una columna de humo, perfumada con mirra e incienso, y con todo polvo de perfumista? He aquí el lecho de Salomón, sesenta valientes lo rodean, de los más valientes de Israel, todos empuñando espadas, y expertos en la guerra, cada uno con su espada al muslo, por los temores nocturnos. El rey Salomón se hizo un palanquín de madera del Líbano; sus columnas las hizo de plata, su respaldo de oro, su asiento de púrpura. En medio lo tapizó con amor, por las hijas de Jerusalén. Salid, hijas de Sion, y ved al rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre, en el día de su desposorio, y en el día del gozo de su corazón."

CAPÍTULO IV. "¡Cuán hermosa eres, amiga mía, cuán hermosa eres! Tus ojos son de paloma, sin lo que está oculto dentro. Tus cabellos son como rebaños de cabras que suben del monte Galaad. Tus dientes son como rebaños de ovejas trasquiladas, que suben del lavadero. Todas tienen gemelos, y ninguna es estéril entre ellas. Tus labios son como una cinta escarlata, y tu habla es dulce. Como un fragmento de granada, así son tus mejillas, sin lo que está oculto dentro. Tu cuello es como la torre de David, edificada con almenas. Mil escudos cuelgan de ella, toda armadura de valientes. Tus dos pechos son como dos cervatillos gemelos de gacela, que se apacientan entre los lirios, hasta que sople el día, y se inclinen las sombras. Iré al monte de la mirra, y al collado del incienso. Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti. Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano, ven. Serás coronada desde la cumbre de Amana, desde la cima de Sanir y Hermón, desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos. Has herido mi corazón, hermana mía, esposa mía, has herido mi corazón con uno de tus ojos, y con uno de los rizos de tu cuello. ¡Cuán hermosos son tus pechos, hermana mía, esposa mía! Tus pechos son más hermosos que el vino, y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas. Tus labios, esposa, destilan miel, miel y leche hay bajo tu lengua; y el olor de tus vestidos es como el olor del incienso. Jardín cerrado eres, hermana mía, esposa, jardín cerrado, fuente sellada. Tus brotes son un paraíso de granados con frutos selectos; cipreses con nardo. Nardo y azafrán, caña aromática y canela con todos los árboles del Líbano. Mirra y áloe con todos los mejores ungüentos. Fuente de jardines, pozo de aguas vivas, que fluyen impetuosas desde el Líbano. Levántate, viento del norte, y ven, viento del sur, sopla en mi jardín, y fluyan sus aromas."

CAPÍTULO V. Venga mi amado a su jardín, y coma del fruto de sus manzanas; ven a mi jardín, hermana mía, esposa; he recogido mi mirra con mis aromas; he comido mi panal con mi miel, he bebido mi vino con mi leche. Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, carísimos. Yo duermo, pero mi corazón vela. Voz de mi amado que llama: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía; porque mi cabeza está llena de rocío, y mis rizos de las gotas de la noche. Me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la volveré a poner? He lavado mis pies, ¿cómo los ensuciaré? Mi amado metió su mano por la abertura, y mi vientre se estremeció al tacto de él. Me levanté para abrir a mi amado. Mis manos destilaron mirra, y mis dedos estaban llenos de mirra purísima. Abrí a mi amado el cerrojo de mi puerta; pero él se había retirado y había pasado. Mi alma se derritió cuando mi amado habló. Lo busqué, y no lo encontré. Lo llamé, y no me respondió. Me encontraron los guardias que rondan la ciudad, me golpearon y me hirieron; me quitaron mi manto los guardias de los muros. —Os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, que le digáis que estoy enferma de amor. ¿Qué tiene tu amado más que otro amado, oh la más hermosa de las mujeres? ¿Qué tiene tu amado más que otro amado, para que así nos conjures? Mi amado es blanco y sonrosado, escogido entre mil. Su cabeza es oro puro. Sus cabellos son como palmas elevadas, negros como el cuervo. Sus ojos son como palomas, junto a corrientes de agua; lavados con leche, y asentados junto a arroyos abundantes. Sus mejillas son como arriates de

especias, sembrados por perfumistas. Sus labios, lirios que destilan mirra primera. Sus manos, torneadas de oro, llenas de jacintos. Su vientre, de marfil, adornado con zafiros. Sus piernas, columnas de mármol, asentadas sobre bases de oro. Su aspecto es como el Líbano. Elegido como los cedros. Su garganta es dulcísima, y todo él deseable. Tal es mi amado, y este es mi amigo, hijas de Jerusalén. ¿A dónde ha ido tu amado, oh la más hermosa de las mujeres, a dónde se ha retirado tu amado? y lo buscaremos contigo.

CAPÍTULO VI. Mi amado ha descendido a su jardín, al arriate de especias, para pastar en los jardines y recoger lirios. Yo soy de mi amado, y mi amado es mío, él que pasta entre los lirios. Hermosa eres, amiga mía, dulce y bella como Jerusalén, terrible como un ejército en orden de batalla. Aparta tus ojos de mí, porque ellos me han hecho volar. Tus cabellos son como un rebaño de cabras, que aparecen desde Galaad. Tus dientes son como rebaños de ovejas, que suben del lavadero. Todas con crías gemelas, y estéril no hay entre ellas. Como la corteza de una granada, así son tus mejillas, sin tus ojos. Sesenta son las reinas y ochenta las concubinas, y las doncellas no tienen número. Una es mi paloma, mi perfecta, una es de su madre, elegida de su progenitora. La vieron las hijas, y la proclamaron bienaventurada las reinas y las concubinas, y la alabaron. —¿Quién es esta que avanza, como el alba que se levanta, hermosa como la luna, elegida como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla? Descendí al jardín de los nogales, para ver los frutos del valle; para ver si florecía la viña, y brotaban las granadas. No lo supe, mi alma me perturbó, por los carros de Aminadab. Vuelve, vuelve, Sunamita, vuelve, vuelve, para que te contemplemos.

CAPÍTULO VII. ¿Qué verás en la Sunamita, sino las danzas de los campamentos? ¿Qué hermosos son tus pasos en las sandalias, hija de príncipe! Las curvas de tus muslos, como joyas, hechas por mano de artista. Tu ombligo, una copa torneada, que nunca carece de bebida. Tu vientre, como un montón de trigo, rodeado de lirios. Tus dos pechos, como dos crías gemelas de gacela. Tu cuello, como una torre de marfil. Tus ojos, como estanques en Hesbón, que están en la puerta de la hija de la multitud. Tu nariz, como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco. Tu cabeza, como el Carmelo, y los cabellos de tu cabeza, como púrpura del rey atada en canales. ¿Qué hermosa eres, y qué encantadora, carísima en delicias! Tu estatura es semejante a una palmera, y tus pechos a racimos. Dije, Subiré a la palmera, tomaré sus frutos, y tus pechos serán como racimos de vid, y el olor de tu boca como manzanas. Tu garganta, como el mejor vino, digno de mi amado para beber, y de sus labios y dientes para rumiar. Yo soy de mi amado, y hacia mí es su deseo. Ven, amado mío, salgamos al campo, pasemos la noche en las aldeas, levantémonos temprano para ir a las viñas, veamos si ha florecido la viña, si los capullos dan fruto, si han florecido las granadas; allí te daré mis pechos. Las mandrágoras han dado su aroma en nuestras puertas. Todos los frutos nuevos y viejos, amado mío, los he guardado para ti.

CAPÍTULO VIII. ¿Quién me dará que seas como un hermano mío, amamantado de los pechos de mi madre, para que te encuentre afuera, y te bese; y ya nadie me desprecie? Te tomaré, y te llevaré a la casa de mi madre, y al aposento de mi progenitora; allí me enseñarás, y te daré una copa de vino especiado, y mosto de mis granadas. Su izquierda bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Os conjuro, hijas de Jerusalén, que no despertéis, ni hagáis despertar a la amada, hasta que ella quiera. ¿Quién es esta que sube del desierto, rebosante de delicias, apoyada en su amado? Bajo el manzano te desperté; allí fue corrompida tu madre, allí fue violada tu progenitora. Ponme como un sello sobre tu corazón, como un sello sobre tu brazo, porque fuerte es el amor como la muerte, dura como el infierno es la pasión. Sus llamas, llamas de fuego y de llamas. Muchas aguas no podrán apagar el amor, ni los ríos lo ahogarán. Si un hombre diera toda la riqueza de su casa por el amor, lo despreciaría como nada. Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos. ¿Qué haremos por nuestra hermana en

el día en que sea hablada? Si es un muro, construiremos sobre él baluartes de plata. Si es una puerta, la reforzaremos con tablas de cedro. Yo soy un muro, y mis pechos como torres, desde que me hice ante él, como encontrando paz. Una viña tuvo el pacífico, en la que tiene pueblo. La entregó a los guardias, un hombre trae por su fruto mil piezas de plata. Mi viña está ante mí. Mil son tuyos, pacífico, y doscientos para los que guardan su fruto. Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan; hazme oír tu voz. Huye, amado mío, y sé semejante a un corzo o a un cervatillo sobre los montes de los aromas.

## LIBRO SEGUNDO.

Cantar de los Cantares, en los cuales el sapientísimo de los reyes, Salomón, describió los misterios de Cristo y la Iglesia, es decir, del Rey eterno y su ciudad, bajo la figura del esposo y la esposa, quienquiera que desee leer, debe recordar en primer lugar que toda la congregación de los elegidos se llama generalmente Iglesia. Y sin embargo, ahora por causa de la distinción, esa porción de fieles que precedió a los tiempos de la encarnación del Señor, se llama Sinagoga; y la que siguió a esto, se llama Iglesia. Pues la antigua Escritura suele designar al pueblo fiel de ese tiempo con ambos nombres. Ambos son nombres griegos: Sinagoga significa congregación en latín, y Iglesia significa convocatoria. Con este nombre se ha preferido llamar a los fieles de este tiempo, debido a un conocimiento más amplio de la ciencia espiritual. Porque convocar es propio de aquellos que saben escuchar y discernir; pero también se pueden congregar piedras, u otras cosas insensibles. Ambas porciones de justos, sin embargo, son una misma en la fe y el amor de Cristo; aunque tienen sacramentos diferentes según la razón de los tiempos, como testifica el apóstol Pedro, quien dice: ¿Por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? Pero creemos que seremos salvos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, de la misma manera que ellos (Hechos XV). Pues así como nosotros, ya cumplido el misterio de la encarnación, pasión y resurrección del Señor, esperamos y creemos ser salvos, así también la parte anterior de la Iglesia, aún esperando la encarnación, pasión y resurrección del Señor y Redentor, que aún estaba por venir, creía que sería salvada por su gracia, la cual deseaba ardientemente que llegara. Por tanto, su voz resuena primero en el cántico del amor; a la cual, cuando los santos profetas le mostraban frecuentemente el camino de la vida y le prometían la venida de aquel que, como un esposo saliendo de su tálamo, otorgaría al mundo entero la gracia de una nueva bendición, comenzó, trascendiendo las voces de los pregoneros, a desear más bien la presencia de su propio Rey y Salvador, diciendo:

## CAPÍTULO PRIMERO.

I. Que me bese con el beso de su boca. Lo cual es decir abiertamente: Ruego que no siempre envíe ángeles ni profetas para instruirme, que venga ya alguna vez él mismo, quien ha sido prometido por tanto tiempo, y me instruya con la luz de su presencia, y como ofreciendo un beso, me fortalezca hablándome con su propia boca; pero también que reciba pacientemente el contacto de mi boca, es decir, que no desprecie escucharme e instruirme cuando le pregunte sobre el camino de la salvación. Este deseo suyo se cumplió, como consta, cuando, como leemos en el Evangelio: Sentado Jesús en el monte, se acercaron a él sus discípulos, y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V). Y de nuevo, cuando recordaba a sus discípulos la dignidad de su presencia, es decir, de su venida en carne, diciendo: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. Porque os digo que muchos reyes y profetas desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron (Lucas X). También entonces abrió su boca, para prometer las inauditas alegrías del reino celestial, cuando tantas

veces antes había abierto la boca de los profetas, a quienes prometía su venida al mundo. Pero después de que la Sinagoga, deseando la venida del Señor, dijo a los profetas que lo anunciaban: Que me bese con el beso de su boca, es decir, que él mismo me imparta los dones de su enseñanza, de repente, volviendo sus palabras a aquel por cuyo deseo ardía, añade:

Porque mejores son tus pechos que el vino. Como si dijera claramente: Por eso deseo que vengas, que mis ojos se deleiten con tu presencia, porque la dulzura de tu presencia supera incomparablemente a todos los dones que enviaste a través de los pregoneros de tu venida. El vino, en efecto, significa el fervor de la ciencia legal, y los pechos se refieren a los rudimentos de la fe evangélica. De los cuales dice Pablo: Leche os di a beber, no alimento (1 Corintios III). Y de nuevo: Pues no me propuse saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a este crucificado (1 Corintios II). Por tanto, los pechos del esposo son mejores que el vino, porque los rudimentos del Nuevo Testamento, a quienesquiera que regeneran del agua y del Espíritu, pronto los hacen aptos para la entrada a la vida celestial, lo que la larga observancia de la ley no podía lograr, ni siquiera en aquellos que, encendidos por el gusto de la suavidad celestial, podían decir verdaderamente a Dios, con el salmista: Y tu copa embriagadora, ¡cuán gloriosa es! (Salmo XXII). Lo prueba el Apóstol, quien dice: Porque la ley no llevó nada a la perfección (Hebreos VII). Si los pechos de Cristo, es decir, los principios de la fe del Señor, conducen a la vida, ¿cuánto más la perfección de la doctrina evangélica supera a todas las ceremonias legales? Si los sacramentos de su encarnación conducen a la vida, ¿cuánto más la comprensión de su divinidad, cuánto más la visión glorifica? Pues el mismo esposo no solo indica que tiene leche, sino también vino, cuando en lo siguiente dice: Bebí mi vino con mi leche. Cuánto el vino de la ley es superado por su vino, lo indica mística en el Evangelio, donde, al faltar el vino viejo en las bodas típicas de la Iglesia, él mismo hizo vino nuevo del agua, digno de mayor alabanza. Y con razón llama a los pechos del esposo, que es un miembro del cuerpo de la mujer, para que en el mismo inicio del cántico se manifieste que habla figuradamente. Así también en el Apocalipsis, que es también un libro típico, cuando Juan dice de él: Vi en medio de los siete candelabros de oro a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido con una túnica talar (Apocalipsis I). Añade, Y ceñido a la altura del pecho con un cinto de oro. Pero tampoco el mismo esposo, es decir, nuestro Señor, rehúsa transferir a sí mismo la figura del sexo femenino, cuando dice por Isaías: ¿Acaso yo, que hago que otros den a luz, no daré a luz yo mismo? dice el Señor. Si yo, que doy generación a otros, ¿seré estéril? Y de nuevo: Como una madre que consuela, así yo os consolaré (Isaías LII). Y en el Evangelio a la ciudad incrédula: Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste (Mateo XXIII).

Fragancia de los mejores ungüentos. Los mejores ungüentos son los dones del Espíritu Santo, con los que los pechos de Cristo fraguan, porque los santos doctores, ministros del evangelio, progresan en el amor de las virtudes por la unción del Espíritu. Y ciertamente eran buenos los ungüentos con los que los profetas y sacerdotes eran ungidos visiblemente en la ley; pero son mejores aquellos ungüentos con los que los apóstoles y sus sucesores son ungidos invisiblemente. De los cuales dice Pablo: Y el que nos ungió es Dios, y el que nos selló, y nos dio el Espíritu en nuestros corazones como prenda (2 Corintios I). Y el apóstol Juan: Y vosotros tenéis la unción que recibisteis de él, permanece en vosotros (1 Juan II). Y no tenéis necesidad de que alguien os enseñe, sino que como su unción os enseña acerca de todas las cosas, etc. (Ibid.). También fraguan con los mejores ungüentos, cuando difunden la buena opinión de su obra o predicación por doquier; como ellos mismos dicen: Pero gracias a Dios, que siempre nos lleva en triunfo en Cristo Jesús, y manifiesta por nosotros el olor de su

conocimiento en todo lugar (2 Corintios II). Da además la razón por la cual sus pechos fraguan con los mejores unguentos, al añadir:

Aceite derramado es tu nombre. Pues no es de extrañar que sus miembros exhalen unguentos, porque él mismo recibió su nombre del aceite, para ser llamado Cristo, es decir, unguido por la unción. Aquella unción de la que Pedro dice: Cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder (Hechos X). Suele, en efecto, entenderse por aceite al Espíritu Santo, como testifica el profeta, que en las alabanzas del mismo esposo dice: Te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de la alegría más que a tus compañeros (Salmo XLIV). Por tanto, el aceite no es goteado, sino derramado su nombre, porque como dijo su precursor: No da Dios el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y ha entregado todas las cosas en su mano (Juan III). Quien también en sus elegidos, con el nombre de aceite derramado, no sin razón se considera, a quienes apareciendo en carne, abundantemente les infundió el don de su Espíritu, de modo que lo que antes se mantenía oculto en una sola nación, la judía, ahora con claridad ha inundado los confines del mundo, cumpliéndose ya la profecía que decía: Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne (Joel II). Lo cual explicando el apóstol Pedro dice: Exaltado, pues, por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís (Hechos II). Por tanto, aceite derramado es su nombre, porque se le llama correctamente lo que es, es decir, lleno del Espíritu Santo se le llama correctamente, lo que hace el mismo don de su Espíritu, ungiendo los corazones de los elegidos.

Por eso las doncellas te amaron. Llama doncellas a las almas que, renacidas en Cristo, han desechado las impurezas del hombre viejo. Las cuales se adhieren tanto más al amor de su Creador, cuanto más reconocen que solo por su gracia reciben el perdón de los pecados y los dones del Espíritu, por los cuales progresan en las virtudes. Por lo cual abiertamente confiesan y dicen que el amor de Dios, raíz de todas las virtudes, ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos V). No obstante, no se debe dudar que también los santos anteriores amaron al Señor con perfecta caridad, y que sus piadosas huestes pueden ser llamadas mística doncellas, quienes por la fe en la verdad pisoteaban los ejemplos del antiguo pecador, y con esperanza indudable seguían los premios de la nueva vida. Por lo cual uno de ellos, ya seguro de los bienes futuros, habla a su alma, diciendo: Se renovará como el águila, tu juventud (Salmo CII). Pero estas palabras se adaptan más propiamente a los herederos del Nuevo Testamento, porque propiamente por el lavacro de la gracia son engendrados como hijos de adopción para Dios. Quienes tanto más lo aman, cuanto mayores dones de él reciben, de modo que pronto, liberados de la carne, si han vivido rectamente, ascienden a las alegrías del reino celestial.

Tráeme, tras de ti correremos. Hasta aquí es la voz de la Sinagoga; es decir, de aquel pueblo que, con fe devota, precedió la encarnación del Salvador, que al principio del cántico respondió a los profetas que durante mucho tiempo predicaron: Que me bese con el beso de su boca; es decir, que aparezca él mismo, y hablando cara a cara, me dé ejemplos de vida y dones. Luego, en los versículos siguientes, señaló cuáles serían esos dones suyos, cuánto deben ser amados por las almas castas. De aquí se introduce la voz de la Iglesia, es decir, de aquellos que después de los tiempos de su encarnación llegaron a la fe. Pues aquella primero rogó al Señor que viniera y le trajera el beso de la paz; esta, sabiendo que ya ha venido en la carne y ha regresado a los cielos, no pide que descienda de nuevo de esa manera, sino que más bien desea seguirlo a los cielos. Lo cual, al ver que no puede hacerse por sí misma, implora con razón la guía de aquel a quien desea llegar. Tráeme, dice, tras de ti correremos. Como si dijera abiertamente: Quisiéramos correr por tus caminos, seguir las huellas de tus obras, que marcaste al vivir en la tierra, y llegar a ti, que presides en los cielos; pero como sin

ti no podemos hacer nada, te rogamos que te dignes darnos la mano; ayúdanos con tu apoyo a correr hacia ti. Pues solo así podemos correr correctamente o completar la carrera, si corremos contigo como guía y ayudador. Por eso también el Apóstol, que se gloria diciendo: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe (II Tim. II), en otro lugar enseña claramente si él mismo podía dirigir sus pasos o si corría siendo atraído por el Señor, diciendo: Pero he trabajado más que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV). Bien se dice en singular, Tráeme, y se añade, Correremos, porque la Iglesia de Cristo es una en todo el mundo, y consiste en muchas almas fieles; que aquí se llaman jóvenes, por la vida de nueva conversación.

Me introdujo el rey en sus bodegas. Las bodegas del Rey eterno son las alegrías internas de la patria celestial, en las que ahora ha sido introducida la santa Iglesia por la fe, y en el futuro será introducida más plenamente por la realidad. La esposa, es decir, la Iglesia de Cristo, habla a las jóvenes, a las almas fieles, sus miembros, recién nacidos en Cristo. Por eso ruego al esposo que nos ayude, dándonos la mano, para que no desfallezcamos mientras corremos tras él; porque ya he probado la dulzura del reino celestial, ya he gustado y visto que el Señor es bueno. Ya he conocido, por su revelación, los bienes que me están preparados en los cielos. Y volviéndose a él, que le ha revelado estas cosas, a su rey y Señor, se apresura a darle gracias por sus beneficios, diciendo:

Nos alegraremos y regocijaremos en ti, etc. Lo cual es decir abiertamente, No nos exaltamos por los dones recibidos; sino que en todo lo que vivimos bien, nos regocijamos, más bien siempre nos regocijaremos y nos alegraremos en tu misericordia; recordando en todo momento con cuánta piedad nos has recreado, cómo te has dignado mitigar la austeridad de la ley con la gracia de la fe evangélica.

Los rectos te aman. Por eso no nos regocijaremos y nos alegraremos en nosotros mismos, sino en ti, recordando tus dones, porque todos los que son rectos de corazón han aprendido que tú debes ser amado antes que todo y sobre todo. Y no pueden ser rectos en absoluto quienes anteponen algo a tu amor, de quien solo tienen todo lo bueno que poseen. Y es de notar que antes dijo, Las jóvenes te amaron; ahora, dice, Los rectos te aman. Y se debe concluir que no llamó juventud a otra cosa que a la rectitud del corazón, ya que quienes han dejado la impureza del hombre viejo y se han revestido del nuevo hombre, que ha sido creado según Dios en justicia, santidad y verdad. Asimismo, los rectos te aman, porque nadie puede amar verdaderamente al Señor si no es recto. Pues quien haya violado la rectitud de la justicia, ya sea en acto, palabra o incluso pensamiento impropio, en vano dice amar a su Creador, cuyos mandamientos desprecia. Porque esta es la caridad de Dios, que guardemos sus mandamientos, como testimonia el evangelista Juan (I Epist. V). Después de que la santa Iglesia ha sido llevada a las bodegas de Cristo, es decir, por el conocimiento y la esperanza de los bienes celestiales, después de que ha aprendido a amarle con un corazón recto y a regocijarse y alegrarse solo en su gracia, queda por mostrar qué lucha emprende por ese mismo amor suyo y por la adquisición de los bienes que ha probado, qué aflicción soporta.

Soy negra, etc. Negra por la adversidad de las presiones, pero hermosa por el decoro de las virtudes; más bien, tanto más hermosa ante el juez interno cuanto más es acosada y casi mancillada por las presiones de los insensatos. Llama hijas de Jerusalén a las almas imbuidas de los sacramentos celestiales, que suspiran por la patria celestial. Pues consolando a estas en sus tribulaciones, la santa madre dice: Soy negra, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Como si dijera abiertamente, Aunque parezco muy vil a los ojos de los perseguidores, resplandezco gloriosa ante Dios por la confesión de la verdad. Por lo cual no debéis entristeceros en este

exilio de trabajo, vosotras que recordáis ser ciudadanas de la patria celestial, que os apresuráis hacia la visión de la paz eterna a través de las adversidades del mundo pasajero.

Como las tiendas de Cedar, etc. Cedar fue hijo de Ismael, de quien se dijo: Su mano contra todos, y la mano de todos contra él (Gen. XVII). La verdad de esta profecía la prueba hoy la nación de los sarracenos, que descienden de él y son odiados por todos: y el salmista, acosado por angustias, lo afirma cuando dice: Habité con los que habitan en Cedar, mi alma fue mucho tiempo extranjera. Con los que odian la paz, yo era pacífico (Sal. CXIX). Pues no se lee que David sufriera odios de los ismaelitas; pero queriendo exagerar los males que sufría de Saúl o de otros adversarios suyos, se quejó de ser acosado por la maldad de una gente que nunca se preocupó por tener paz con nadie. En cambio, Salomón era pacífico tanto de nombre como de vida. De hecho, como testifica la Escritura, todos los reyes de la tierra deseaban ver el rostro de Salomón para escuchar la sabiduría que Dios había puesto en su corazón. Por lo tanto, lo que dice: Soy negra, pero hermosa, como las tiendas de Cedar, como las cortinas de Salomón; se distingue así, que es negra como las tiendas de Cedar, hermosa como las cortinas de Salomón. Pues la santa Iglesia a menudo está oscurecida por las aflicciones de los infieles, como si fuera enemiga del mundo entero, cumpliéndose la palabra que dijo el Señor, Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre (Mat. X). Así siempre es hermosa ante su Redentor, como si verdaderamente fuera digna de que el mismo Rey de la paz se dignara visitarla. Y es de notar que Cedar, ya por su nombre, que significa tinieblas, insinúa a los hombres perversos o a los espíritus inmundos. Así también Salomón, que se interpreta como pacífico, indica por el misterio del nombre mismo; de quien está escrito, Se multiplicará su imperio, y la paz no tendrá fin; sobre el trono de David y sobre su reino, y demás (Is. IX). Y cuando se dice que la Iglesia es negra como las tiendas de Cedar, se pone no por la verdad, sino por la estimación de los insensatos, que incluso piensan que ofrece morada en sí misma a los vicios o a los espíritus malignos. Cuando se la llama hermosa como las cortinas de Salomón, se pone como ejemplo de verdad, porque, así como Salomón solía hacerse tiendas de las pieles de animales muertos, así el Señor reúne para sí a la Iglesia de aquellos animales que saben renunciar a los deseos carnales. Por eso decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mat. XVI). Y el Apóstol dice: Mortificad, pues, vuestros miembros que están sobre la tierra (Col. III). Algunos leen esta sentencia así, Soy negra, pero hermosa, dicen que la Iglesia es negra en sus carnales o en sus falsos hermanos, como las tiendas de Cedar; pero hermosa en sus espirituales, como las cortinas de Salomón. Sin embargo, si atendemos a lo que está escrito sobre el Señor, Lo vimos, y no tenía aspecto ni hermosura (Is. LIII); lo cual no se dijo por su pecado, que no tuvo ninguno en absoluto, sino por su pasión, está claro que la Iglesia también se dice negra no por los pecados o vicios de los pecadores, sino por las tentaciones y pasiones que sufre incesantemente. Este sentido se afirma también con las palabras siguientes, cuando se dice:

II. No me miréis porque soy morena, etc. Lo cual es decir abiertamente: No os maravilléis, oh hijas de Jerusalén, es decir, almas devotas a Dios, de que sea despreciada por los hombres, porque el ardor de las tentaciones, que no ceso de soportar por mi belleza interior, me ha hecho oscura por fuera, aunque la gracia celestial me ha concedido ser hermosa por dentro. Lo cual es similar a lo que dice el apóstol Pedro: Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si os aconteciera algo extraño, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo (I Ped. IV). Y aunque a veces el nombre de sol se refiere al mismo Señor, como cuando se dice de su ascensión: Se elevó el sol, y la luna se detuvo en su lugar, a veces se refiere a sus elegidos, como él mismo dice, Los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII). Pero en este lugar, mejor se figura el ardor de las tribulaciones con la apelación de sol, según lo que él mismo dice de las

semillas caídas en la roca: Pero al salir el sol, se quemaron; y como no tenían raíz, se secaron (Ibid.). Lo cual, al explicarlo después, dice: Pero cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, luego tropiezan (Ibid.), declarando que el vocablo sol figura la tribulación y la persecución. Así como aquellos que residen en casa tranquilos a menudo tienen los miembros más blancos, mientras que los que se ejercitan en la viña o en el huerto, o en cualquier otro trabajo al aire libre, a menudo tienen los miembros más oscuros por el sol, así también la santa Iglesia, cuanto más se prepara para la lucha espiritual, tanto más ve levantarse contra ella las insidias del antiguo enemigo. Y así como a menudo se alaba al pecador en los deseos de su alma, y el que hace iniquidad es bendecido, así también a veces se reprocha al justo en las virtudes de su alma; y el que hace lo recto es maldecido, como atestigua Pablo, quien dice: Nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos; nos difaman, y rogamos (I Cor. IV). Pero enseña a los fieles a despreciar la difamación de esta blasfemia, más bien a regocijarse en ella, el mismo Señor por cuya causa sucede, diciendo: Bienaventurados sois cuando os injurien los hombres; y si os persiguen, y dicen todo mal contra vosotros, y demás (Mat. V). Porque la santa Iglesia, al ver que está decorada por dentro con fe y virtudes, pero por fuera testifica estar quemada por las persecuciones, queda por mostrar de dónde ha soportado la primera rabia de persecución. Sigue:

Los hijos de mi madre pelearon contra mí, etc. Es la voz de la Iglesia primitiva, que recibe las guerras de tribulación de la misma Sinagoga, de la cual tomó origen carnal, como lo enseñan plenamente los Hechos de los Apóstoles. En esta sentencia, primero se debe notar que con razón la esposa de Cristo se declara oscurecida por el sol, ya que solía trabajar como obra al aire libre, cultivando o custodiando su viña. Una sola era la viña de Cristo en Jerusalén, es decir, la Iglesia primitiva, que el día de Pentecostés, es decir, el quincuagésimo de la resurrección del Señor, fue dedicada con la venida del Espíritu Santo. En ese tiempo, los mismos apóstoles eran sus guardianes. Pero, después de que, hecha la persecución, en tiempos del bienaventurado mártir Esteban, todos fueron dispersados por las regiones de Judea y Samaria, excepto los apóstoles, sucedió que había más viñas, es decir, había iglesias de Cristo en más lugares, predicando la palabra a aquellos que fueron dispersados aquí y allá. Pues la misma dispersión de la Iglesia de Jerusalén fue ocasión, por la divina providencia, de construir más iglesias. Por eso, lo que nuestros códices tienen, Fueron dispersados; en griego se dice *diesparisan*, es decir, fueron diseminados por las regiones de Judea y Samaria. Y poco después, Los que fueron diseminados iban evangelizando la palabra de Dios: porque, en verdad, los judíos perseguidores, queriendo derribar a la Iglesia, pero sin quererlo, esparcían más ampliamente la semilla de la palabra, y persiguiendo a una sola Iglesia en Jerusalén, sin quererlo, hicieron que se formaran muchas iglesias en otros lugares. Por lo tanto, cuando la Iglesia primitiva dijo que estaba oscurecida por las aflicciones, porque los hijos de su madre, es decir, la Sinagoga, la atacaron con odio parricida, añadió inmediatamente cuánto había progresado a partir de esos mismos ataques de aflicción, añadiendo en persona de aquellos a quienes se les confió el cuidado de predicar: Me pusieron por guardiana de las viñas, mi viña no guardé. Como si dijera abiertamente, Esta amargura de los perseguidores me trajo provecho y utilidad, para que fuera guardiana de muchas viñas, es decir, de las iglesias de Cristo, después de que la viña primitiva, es decir, la Iglesia que comencé a arraigar y guardar en Jerusalén, fue dispersada por su multitud. No haber guardado la viña, no se refiere a la mente, sino al lugar: pues de Jerusalén, en efecto, entonces una porción de la Iglesia, no pequeña, se retiró por causa de la persecución, que sin embargo retuvo toda la integridad de la fe firmemente en su corazón, más bien también asumió con devota boca el oficio de la predicación, como hemos dicho antes. Algunos piensan que esto que se ha dicho, Me pusieron por guardiana de las viñas, mi viña no guardé, debe distinguirse así, que el nombre

de viña signifique la Iglesia de Cristo; pero el nombre de viñas, los diversos decretos de la ley y las diversas tradiciones de los fariseos. Y dicen que pusieron a la Iglesia en las viñas, quienes obligaban a los fieles a circuncidarse y observar las ceremonias de la ley carnal. Entre los cuales estaba aquel que dijo, Y castigando frecuentemente en todas las sinagogas a los que creían, los perseguía hasta en las ciudades extranjeras (Hech. XXII). Y por eso no guardó su viña, dispersados por él de Jerusalén no pocos fieles, como sarmientos de la viña celestial. Sin embargo, no pudo arrancar de allí la raíz. Pero porque cuanto mayor es la adversidad de los perversos, más necesario es que los elegidos invoquen el auxilio del Redentor, con razón la santa Iglesia, después de que se quejó de que los hijos de su madre se levantaron contra ella, después de que su viña fue sacudida por su incursión, recordando la promesa del Señor, que dijo, En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo (Juan XVI); con corazón solícito vuelto hacia él, ruega, diciendo:

Indícame, amado de mi alma, dónde pastoreas, etc. Bien lo llama amado de su alma a aquel cuyo auxilio implora, porque cuanto más grave es el peligro del que desea ser liberada, tanto más ama a aquel por quien sabe que será liberada. Lo cual es similar a lo que dice el salmista, Te amaré, oh Señor, fortaleza mía (Sal. XVII). Lo cual es decir abiertamente, Por eso no dejo de amarte con toda mi mente, porque veo que sin tu gracia no puedo tener ninguna virtud. A quien también significa como pastor, cuando dice: Dónde pastoreas, dónde haces descansar al mediodía. Según lo que él mismo testimonia en el Evangelio: Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen (Juan X). Quien apacienta a sus ovejas, entre ellas descansa al mediodía, porque refresca los corazones de sus fieles, para que no se sequen por el ardor de las tentaciones, con el recuerdo de la suavidad celestial, y en ellos mismo se acostumbra a permanecer propicio. De aquí también dice el salmista, El Señor es mi pastor, nada me faltará; en lugares de delicados pastos me hará descansar (Sal. XXII). De aquí Juan, El que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él (I Juan IV). Porque muchos falsos profetas salen al mundo, diciendo, He aquí está Cristo, he aquí allí (Mat. XXIV), la Iglesia de Cristo siempre necesita con diligente exploración discernir quiénes son aquellos en cuya profesión y obra puede encontrarse; y suplicarle con piadosas voces que se digne mostrarse: Indícame, dice, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde haces descansar al mediodía.

No sea que comience a vagar por los rebaños de tus compañeros, etc. Como si dijera abiertamente, Porque la persecución de muchos adversarios me afecta como el ardor del mediodía; te ruego que me declares, oh Redentor y Protector mío, en qué lugares puedo encontrar a aquellos que están refrescados por la gracia de tu presencia, cuáles son de entre todos los dogmas que concuerdan con la verdad de tu evangelio, no sea que, al diferir tú más el auxilio, caiga en las reuniones de los errantes, que sin tu guía no puedo de ninguna manera entrar en el camino de la verdad. Pues también los herejes pueden no incongruentemente ser llamados sus compañeros, en cuanto llevan consigo la confesión o los misterios de su nombre. ¿No hizo esto la esposa de Cristo, cuando vinieron a Antioquía los pseudoapóstoles, es decir, sus compañeros, y predicaban, Que si no os circuncidáis según Moisés, no podéis ser salvos (Hech. XV), ya fatigada por no poco fervor de sedición y cuestión, finalmente envió a Pablo y Bernabé a los apóstoles y ancianos en Jerusalén, para discernir con más certeza cuál era la verdad del Evangelio? Y terminado el conflicto, se probó que en ellos, a quienes enseñaban Santiago, Cefas y Juan, y los demás apóstoles, estaba el pastor y habitador el Señor Cristo, y que su redil debía ser guardado casto de los rebaños de sus compañeros, es decir, de los pueblos de los herejes. ¿No hacía esto también la esposa de Cristo en tiempos posteriores, cuando los hijos de su madre peleaban contra ella, es decir, cuando surgían herejías de ella contra ella misma, y enseguida convocaba concilios de los Padres para buscar

diligentemente cuál era la verdad de la fe? Pero, porque la misma esposa, es decir, la Iglesia de Cristo, después de haber buscado el auxilio de su presencia en sus tribulaciones, añade en persona de los que flaquean. No sea que comience a vagar por los rebaños de tus compañeros, inmediatamente él mismo la reprende con benigna increpación, como diciendo aquel evangélico: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Mat. XIV). Pues sigue:

III. Si ignoras te, o pulchra inter mulieres, egredere, etc. ¿Por qué, dice, hablas así, como si yo pudiera abandonarte en alguna tentación, y te quejas de que, al custodiar nuestra viña de los enemigos, te has oscurecido como por el ardor del sol del mediodía, cuando yo mismo, a través del baño de la regeneración, ya te he hecho hermosa entre las mujeres, es decir, entre las sinagogas de otras doctrinas, pero he dispuesto que seas mucho más hermosa por la prueba de las tribulaciones? Pero si acaso ignoras esto, no recuerdas que nadie es coronado si no lucha legítimamente (II Tim. II). Aléjate de mi compañía y sigue las huellas de los rebaños; es decir, imita las acciones de los errantes, cuando yo mismo he decidido que seas más bien la guardiana de mi único rebaño, que tendría un solo redil y un solo pastor.

Y apacienta tus cabritos junto a las tiendas de los pastores. Es decir, nutre a los oyentes perdidos, siguiendo las doctrinas de maestros insensatos, dejando las palabras de los prudentes, que se dan por el consejo de los maestros de un solo pastor. Pues yo mismo te he mandado, si me amas, que apacientes mis corderos, es decir, las almas que me sirven simple e inocentemente con la palabra de salvación; he querido que dediques tanto cuidado a este oficio, que prefieras sufrir todas las adversidades, incluso someterte al tormento de la muerte, antes que desistir de su pastoreo. Pero si ignoras que estás desposada conmigo bajo esta condición, apacienta más bien tus cabritos, es decir, únete a doctores erráticos y ofrece a los lujuriosos y soberbios; quienes con razón son llamados cabritos, y tus cabritos, es decir, aquellos que serán colocados a la izquierda en el juicio. Tuyos, porque no son instruidos según la regla de mis mandamientos, sino más bien según tus errores, es decir, aquellos en los que te mantuviste antes de unirme a mí. Sin embargo, el Señor no habla ordenando esto, sino más bien amenazando, e insinuando lo que les sucede a aquellos que, no soportando las adversidades de las tentaciones, se separan de la unidad de la paz eclesiástica. Como en el Evangelio, cuando dice: O haced el árbol bueno, y su fruto bueno; o haced el árbol malo, y su fruto malo (Mat. XII). No nos mandó hacer el mal, sino que enseña cuál es la recompensa que espera a los malhechores. Pero como el Señor no quiere que la santa Iglesia ignore a sí misma, sino que desea que aprenda diligentemente qué dones ha recibido de Él, qué debe sufrir o hacer por su amor, consecuentemente le insinúa cuál es su estado, cuando añade:

Te he comparado, amiga mía, a mi caballería en los carros del faraón. Llama a su caballería al ejército de los hijos de Israel, a quienes liberando de la servidumbre egipcia, los sacó por el mar Rojo al desierto, y los introdujo en la tierra de la herencia prometida, sumergiendo en el mismo mar los carros del faraón, que persiguiéndolos, quería devolverlos al servicio. Y lo llama caballería porque, así como el auriga suele presidir la caballería, así entonces el Señor mismo presidió al pueblo, guiándolo por el camino de la salvación. A esta caballería ha comparado a su Iglesia, que por el agua de la regeneración hizo su amiga: porque, así como el pueblo, aterrorizado por los carros del faraón que se acercaban, fue salvado por la protección celestial, así enseñó siempre a la Iglesia a confiar en su protección entre las amenazas de los perseguidores. Pues también esto, que la columna de fuego iluminaba al pueblo de Dios, mientras que las densas tinieblas oscurecían a las tropas egipcias, de modo que durante toda la noche no podían acercarse unos a otros; esto también no cesa de suceder en la noche de este mundo, cuando la dispensación celestial separa a los justos de los reprobos con razón cierta, iluminando a estos con su gracia, dejando a aquellos en la ceguera merecida. Pero

también esto, que cuando llegaron al mar Rojo, los hijos de Israel fueron liberados por el mar dividido, mientras que los egipcios, con las aguas volviendo sobre ellos, se hundieron con sus caballos y carros, ¿no es manifiesto que la misma ola de la muerte, que a todos los mortales ha de llegar, arrastra a los malvados a la perdición, mientras que abre el camino a la salvación para los piadosos? Las demás cosas que leemos que sucedieron a esa caballería de Dios, es decir, al pueblo israelita en el tiempo de la persecución egipcia, cuanto más se explican, más claramente se encuentran que prefiguraron a la santa Iglesia universal, de la cual esa era una parte. Y puesto que en este verso se enseña cómo el Señor protege a la Iglesia entre las adversidades, queda por mostrar cuánto la misma Iglesia, ante las adversidades que se le presentan, guarda el amor de su mismo Señor y protector. Se añade:

Son hermosas tus mejillas, etc. Se dice que esta es la naturaleza de la tórtola, que si es abandonada por la compañía de su pareja, no se une a ningún otro. Esto se adapta congruentemente a la castidad de la Iglesia, que aunque ha sido viuda por la muerte de su esposo el Señor, sin embargo, está tan retenida por su memoria, a quien sabe que ha resucitado de entre los muertos y ya reina en los cielos, que de ninguna manera puede recibir la compañía de extraños, contenta solo con el amor de aquel a quien espera llegar algún día. Por eso, instruida por las palabras del insigne doctor, suele protestar que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura podrá separarnos del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor (Rom. VIII). Por tanto, ya que en las mejillas suele estar la sede del pudor, correctamente se dice a la santa Iglesia que teme, no sea que por los ejemplos de los malvados se desvíe errando del camino de la verdad (esto es lo que dice: No comience a vagar por los rebaños de tus compañeros), con la respuesta de la misma verdad: Son hermosas tus mejillas, como las de la tórtola. Lo que es decir, te he adornado con tal virtud de pudor saludable, que de la castidad de la fe prometida a mí, nunca te apartarás por el apetito de las cosas que pasan, ni por la audición de doctrinas perversas. Y cuál es la gracia máxima para guardar esta sobriedad, lo manifiesta añadiendo.

Tu cuello como collares, etc. Pues por el cuello tanto pasamos los alimentos para nutrir el cuerpo, como proferimos las palabras con las que declaramos a los prójimos los secretos de nuestro corazón. Por lo tanto, correctamente en el cuello de la Iglesia se designa la persona de los doctores, quienes tanto instruyen a los rudos con la palabra de edificación, como con el oficio de esa misma instrucción, transmiten el alimento de la salvación a los miembros de la santa Iglesia que les han sido confiados. Este cuello, en efecto, se asemeja correctamente a los collares. Los collares son adornos que suelen colgar del cuello de las vírgenes. Aunque también con el vocablo de collares a menudo se designan todos los adornos de las matronas: porque la constancia de los doctores espirituales se fortalece con las virtudes celestiales, y al mismo tiempo se adorna con insignias, como aquellos que muestran con obras lo que enseñan con palabras. Las cadenillas también son adornos del cuello virginal; cadenillas de oro entretejidas con hilos, y a veces también variadas con hilos de plata añadidos, como demuestra esta sentencia, que toman su nombre de la similitud con la anguila. Estas cadenillas significan adecuadamente el tejido de las Escrituras divinas, con las que la belleza de la santa Iglesia se incrementa, cuando cada uno de los fieles, al observar los dichos y hechos de los padres, se esfuerza por brillar más y más en las virtudes. El oro, de donde dice que se harán las cadenillas, es la claridad del sentido espiritual; la plata, con la que dice que están vermiculadas, se toma como el brillo del elocuente celestial. Pero cuando promete en plural, Haremos para ti, lo dice de aquellos por quienes nos fue ministrada la Sagrada Escritura, actuando y cooperando el Espíritu de Dios; muchos de los cuales, en el tiempo en que Salomón cantaba esto, aún estaban por venir. Por lo tanto, rodea el cuello de la esposa

con cadenillas de oro, vermiculadas con plata, porque preparó los divinos ápices para ser imbuidos por aquellos a quienes pondría al frente de sus fieles con el derecho de magisterio. Rodea el cuello con cadenillas compuestas con arte de orfebrería, cuando cada alma fiel en todo lo que dice y hace, más bien en todo lo que vive y respira, continuamente atiende a las Sagradas Escrituras, y dirige diligentemente su sentido y palabras según sus ejemplos. Así se une este versículo al anterior, que por eso son hermosas como las de la tórtola las mejillas de la santa Iglesia, es decir, su pudor inviolado persevera; porque la frecuente meditación de la Escritura divina no le permite errar. Este lugar la antigua traducción lo tiene así: Haremos para ti semejanzas de oro con distinciones de plata, mientras el rey está en su lecho. En esta sentencia, el nombre de oro expresa propiamente la claridad de la patria celestial, cuyas semejanzas, y no la misma claridad incorruptible, se nos muestra en esta vida a través de las Sagradas Escrituras, diciendo el Apóstol que Ahora vemos por espejo en enigma, es decir, en semejanzas; pero entonces cara a cara (I Cor. XII). De hecho, el mismo Moisés, a quien, como leemos en el Éxodo, hablaba Dios cara a cara, como suele hablar un hombre a su amigo (Éxod. XXXII), sabiendo que no había visto su misma gloria, rogó, diciendo: Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame tu camino, para que te conozca, y de nuevo, Muéstrame, dijo, tu gloria; lo cual también el Señor mostró, cuando respondiéndole dijo, No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá (Éxod. XXXIII). Por lo tanto, no se nos ha negado la visión de la faz divina, sino que se ha negado a los que aún viven en esta mortalidad; pero en el futuro se ha prometido a los corazones puros. Y esta faz, y la bienaventuranza perpetua, en el presente, no solo fue mostrada a los padres, cuando el Señor apareció en los ángeles, sino que también hoy se nos muestra no oscuramente a nosotros que leemos los escritos de los padres, cuando nos esforzamos por retener siempre en el ánimo lo que ellos dijeron sobre la gloria de la patria celestial, y suspiramos continuamente por ver estas cosas. Estas semejanzas se hacen con distinciones de plata, porque con el brillo de las palabras espirituales, se nos revelan los arcanos celestiales. Y puesto que en esta vida solamente, no también en la futura, necesitamos de los consuelos y auxilios de tales semejanzas, se añade adecuadamente:

Mientras el rey está en su lecho. Es decir, mientras Cristo está en su secreto, y aún no nos aparece en la gloria de su Padre, para dar a cada uno según su obra. Entonces, como dice Isaías, los ojos de los santos verán al rey en su hermosura (Isai. XXXIII). Por eso también el Apóstol: Vuestra vida, dice, está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Coloss. VIII). Pero estaba en su lecho, es decir, en su escondite el rey Cristo, no solo antes de su encarnación y ascensión a los cielos, sino también en el tiempo en que aparecía visible al mundo en la carne, porque ni entonces mostraba a sus fieles que permanecían con él en la carne la glorificación de la humanidad asumida, ni la eterna gloria de la divinidad, lo cual prometió a todos los elegidos como recompensa de la fe en la vida futura. Sin embargo, nuestra edición, que ha sido vertida de la fuente hebrea, une la parte final de este versículo, donde dice: Mientras el rey está en su lecho, al siguiente versículo, del cual se ha de tratar aquí. Recibidos por la Iglesia tantos dones o promesas de su Creador, inmediatamente responde, y declara con qué devoción de obras los ha recibido, diciendo:

Mientras el rey estaba en su lecho, etc. Llama lecho del rey al tiempo de su encarnación, por la cual se dignó humillarse por nosotros, y para que nosotros fuéramos elevados, él mismo se dignó inclinarse. En cuyo lecho quiso tanto alimentar a su Iglesia con el alimento vital, como ser él mismo alimentado con sus buenas obras. Por eso dice: Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre (Juan VI). Y de nuevo, hablando a los discípulos sobre los pueblos que creen en él, dice: Yo tengo una comida que comer, que

vosotros no conocéis (Juan IV). El olor del nardo designa la fragancia de la buena acción. Mientras el rey estaba en su lecho, mi nardo, dice, dio su olor: porque cuando el Hijo de Dios apareció en la carne, la Iglesia creció en el fervor de las virtudes celestiales, no porque antes de su encarnación no tuviera hombres espirituales y devotos a Dios, sino porque sin duda entonces se entregó más intensamente a los estudios de las virtudes, cuando conoció que la entrada al reino celestial estaba abierta a todos los que vivían rectamente, tan pronto como se liberaran de las ataduras de la carne. Sin embargo, es de notar que la figura de este versículo también se cumplió literalmente en las obras de María Magdalena, quien sostuvo el tipo de la Iglesia, cuando el Señor recostado en la cena, ungió su cabeza y pies con unguento de nardo, y la casa se llenó del olor del unguento, como testifican los santos Evangelios. En uno de los cuales también se designa la naturaleza del mismo nardo, cuando se dice: Vino una mujer con un frasco de alabastro de unguento de nardo puro de gran precio (Marc. XIV): porque en efecto sus cimas se esparcen en espigas; por lo tanto, los perfumistas celebran las espigas y hojas del nardo con doble don. De lo cual escriben los fisiólogos que es principal entre los unguentos. Por eso con razón fue preparado para la unción del cuerpo del Señor. Es un arbusto, dicen, con raíz gruesa y pesada, pero corta y negra y frágil, aunque es grasa, fragante como el ciprés, de sabor áspero, con hoja pequeña y densa. Hay muchos géneros de él, pero todos preciosos, excepto el indio, que es el más precioso.

IV. Mi amado es para mí un ramillete de mirra, etc. Y esto leemos que se cumplió literalmente en nuestro Salvador, cuando, consumada su pasión, y retirado su cuerpo de la cruz, vino Nicodemo, trayendo una mezcla de mirra y áloe, como cien libras. Y tomaron su cuerpo, y lo envolvieron en lienzos con especias. Por lo tanto, el amado de la Iglesia se hizo un ramillete de mirra, cuando el Señor fue perfumado con mirra y áloe, y envuelto en lienzos: este ramillete, en efecto, mora entre los pechos de la esposa, cuando la Iglesia medita sin cesar en su corazón la muerte de su Redentor. Pues, ¿quién no sabe que entre los pechos está el lugar del corazón? Y el ramillete de mirra morará entre los pechos de la esposa, cuando cada alma consagrada a Dios, con mente atenta, se esfuerza por imitar, en la medida de lo posible, la muerte de aquel por quien sabe que ha sido redimida; recordando aquel sermón apostólico, que todos los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias (Gál. V). Pero, porque a esa misma muerte de nuestro Mediador y Salvador, inmediatamente le sucedió la gloria de la resurrección, correctamente la esposa añade:

Botrus Cypri dilectus meus mihi, etc. Y ciertamente, según la superficie de la letra, el sentido de este versículo es: Así como la isla de Chipre suele producir racimos más grandes que otras tierras, y como en la ciudad de Judea, llamada Engaddi, nacen viñas más nobles que otras, de las cuales fluye un licor no de vino, sino de bálsamo, así mi amado está unido a mí con un amor especial sobre todos, de tal manera que ninguna criatura puede separarme de su afecto. Típicamente, así como la mirra, debido a su amargura (pues es tan saludable para curar enfermedades como amarga al gusto), significa la tristeza de la pasión del Señor, donde él mismo recibió de los soldados vino mezclado con mirra para beber, y al ser sepultado por los discípulos fue ungido con mirra, como hemos dicho antes; así el racimo no incongruentemente anuncia el gozo de su resurrección. Pues el vino alegra el corazón del hombre (Salmo 103). El Señor se convirtió en un racimo de Chipre en la resurrección, quien había sido un manojo de mirra en la pasión. Con razón mora entre los pechos de la esposa, porque el mismo se convirtió en un racimo de la viña. Por eso la santa Iglesia nunca deja de recordar la muerte del Señor en su corazón, porque él, que murió por sus delitos, también resucitó de la muerte por su justificación. Y al seguir sus huellas, después de la angustia de la muerte, le dio un ejemplo de resurrección. También se recuerda bien que está en las viñas de Engaddi; pues en las viñas de Engaddi, como hemos dicho antes, se produce bálsamo, que en

la confección del crisma, se suele mezclar con el aceite de oliva y consagrar con la bendición pontifical, para que todos los fieles sean ungidos con esta unción al recibir el Espíritu Santo con la imposición de manos del sacerdote; con la cual también se unge el altar del Señor cuando se dedica, y otras cosas que deben ser sagradas. Por lo tanto, muy acertadamente, las viñas de Engaddi figuran los dones divinos. Y el esposo está en las viñas de Engaddi, porque el mismo Señor, apareciendo en la carne, está lleno del Espíritu Santo, y él mismo otorga sus dones del Espíritu a los creyentes. Además, llama viñas a los árboles de bálsamo, porque se elevan como viñas, que sin apoyos no se sostienen por sí mismas; son más parecidas a la vid que al mirto, y con un follaje perenne, su altura no supera los dos codos; su semilla es de sabor cercano al vino, de color rojizo, con ramas más gruesas que el mirto, que en cierto tiempo del año sudan bálsamo. Y los agricultores suelen cortar sus arbustos con piedras afiladas o cuchillos de hueso; pues el contacto con el hierro los daña. A través de estas incisiones emana un jugo de olor exquisito, y recogido con lana en lágrimas que gotean bellamente, se recoge en pequeños cuernos. Y como fluye a través de una cavidad de la corteza, a menudo se llama opobalsamo (pues en griego, opi significa caverna), y la vena más generosa de cada árbol se golpea tres veces en todos los veranos. La lágrima principal es la más apreciada, la segunda es para la semilla, la tercera para la corteza, y la menor para la madera. Todo esto, si se considera cuidadosamente, se adapta muy bien a nuestro Redentor: quien, humilde en la carne, pero apareciendo lleno de gracia y verdad, fue herido por nuestras iniquidades, y de sus heridas derramó para nosotros los sacramentos de vida y salvación. Por eso él mismo, que es la virtud y sabiduría de Dios, habla en el Eclesiástico, Y como bálsamo no mezclado es mi olor (Ecli. 24). Es admirable el orden de las palabras, que primero la esposa diga que, mientras el rey se reclinaba, su nardo dio su olor; luego lo compare a un manojo de mirra; y en tercer lugar lo llame racimo de Chipre; y finalmente recuerde que está en las viñas de Engaddi. Porque primero, mientras el Señor se reclinaba en la cena, una mujer devota lo ungió con nardo; luego, los discípulos lo envolvieron en lienzos ungido con mirra para sepultarlo, y después de esto, él mismo, con el gozo de la resurrección pronto llegando, distribuyó dones espirituales a los fieles. No debe pasarse por alto que Engaddi se interpreta como fuente del cabrito: con este nombre se muestra claramente el lavacro del sagrado bautismo, en el cual, siendo aún pecadores y dignos de la parte izquierda, descendemos; pero ya purificados de la fealdad de los pecados, y contados entre los corderos, ascendemos. Y bien, al significar la alegría de la resurrección del Señor, diciendo, Racimo de Chipre es mi amado para mí, añadió inmediatamente, En las viñas de Engaddi, es decir, la fuente del cabrito, que es decir abiertamente, En los dones espirituales, que desde el momento del bautismo se confieren a los fieles. Hasta aquí la Iglesia enumera los dones que ha recibido de su Redentor; que atestiguan las prendas de amor. A lo cual él mismo respondió inmediatamente en lugar de recompensa:

He aquí que eres hermosa, amiga mía, etc. He aquí que eres hermosa en obras puras, con las que vives sobria, justa y piadosamente en este siglo. He aquí que eres hermosa en la simplicidad del corazón, porque te dedicas a buenas acciones solo por la intención de la eternidad, esperando la bienaventurada esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios. Tus ojos son de palomas, tus ojos del corazón son simples y puros, y están completamente libres de toda duplicidad de engañar y simular. Por eso son muy bienaventurados, porque tales verán a Dios. También tus ojos son de palomas, porque tus sentidos están dotados de entendimiento espiritual: pues como el Espíritu Santo descendió sobre el Señor en forma de paloma, con razón el sentido espiritual y los dones se significan con el nombre de paloma o de palomas. También la amiga de Cristo tiene ojos de paloma, porque toda alma que verdaderamente lo ama interiormente, no se enciende con el apetito de cosas externas al modo de los milanos, ni medita hacer daño a ninguno de los vivientes. Lo

cual se dice que es propio de la mansedumbre de la paloma, que contempla todo lo que se le presenta con un corazón simple, manso y humilde. Al oír que se le ha concedido por el Señor una doble belleza, a saber, de obra y de causa de intención con la simplicidad de un corazón puro, responde inmediatamente con voz devota:

He aquí que eres hermoso, amado mío, y decoroso. Como si dijera abiertamente: Yo, en verdad, cualquier belleza, simplicidad y gracia espiritual que tenga, esto lo he recibido, ciertamente por tu generosidad, por quien he obtenido tanto la remisión de los pecados como la eficacia de la buena acción. Pero tú verdaderamente, y sin comparación, eres hermoso y decoroso, porque eres Dios antes de los siglos, siempre engendrado del Padre, y cuando llegó el tiempo de mi redención, concebido y nacido del Espíritu Santo y de una madre virgen; no solo inmune de toda mancha de iniquidad, sino también lleno de gracia y verdad, y viniste al mundo, y viviste en el mundo; y además, a todos los que participan de tu gracia, para que también ellos sean hermosos en virtudes, tú lo has concedido. Eres hermoso y decoroso, es decir, admirable tanto por la perpetuidad de la naturaleza divina como por la dignidad de la humanidad asumida. Cuyo esplendor de belleza, porque suele hacerse más conocido a los corazones en reposo de la acción exterior, cuanto más libremente, tanto más claramente, según aquello del salmista, Quedaos quietos y ved que yo soy Dios (Salmo 46), correctamente añade:

Nuestro lecho es florido. A veces, la santa Iglesia, como en un lecho con el Señor, su esposo, descansa; a veces con él se mantiene en la línea de batalla contra los enemigos; se mantiene en la línea de batalla cuando, con los ataques más agudos de las tentaciones que se levantan, hasta la sangre ejerce la lucha de la fe contra los impíos; pero descansa en el lecho cuando, con la paz de los tiempos sonriendo, le devuelve el servicio libre, cuando dirige la mirada apacible de la mente para contemplar la gloria de su majestad. Por eso bien se dice que el mismo lecho es florido, porque ciertamente los santos usan la tranquilidad de los tiempos, y entonces principalmente se dedican a las lecturas sagradas, ayunos, oraciones y otros frutos del Espíritu, cuando cesan de los trabajos de las tribulaciones. Entonces se elevan más alto en la contemplación de las cosas celestiales, cuando reciben un tiempo sereno de perturbación externa. Pero el lecho de la Iglesia puede entenderse correctamente con flores, no solo por las obras de pureza, con las que los elegidos llegan al fruto de la vida eterna, sino también por la prole de los fieles, que la misma Iglesia acostumbra a engendrar para Dios, fragante con la flor de la fe, del agua y del espíritu. A la cual acción se somete tanto más diligentemente, con el Señor cooperando y confirmando la palabra, cuanto más tiempo de paz tranquilo y pacífico ha recibido, por su generosidad, de la persecución de los envidiosos. Y es de notar que a lo largo de todo el texto de este librito, la esposa siempre desea permanecer en la casa, o en el lecho, o en cualquier otro lugar interior, con su amado, lo cual es más propio del sexo femenino; pero el esposo, lo cual conviene al masculino, llama más bien a su amiga a las obras exteriores, a las viñas, o huertos, o cosas semejantes: porque ciertamente la santa Iglesia, si fuera posible, siempre desea hablar con el Señor en la tranquilidad de la paz mundana, y engendrar y educar para él una prole celestial. Pero él dispone que ella sea ejercitada con frecuentes tribulaciones en el presente, para que llegue más pura a los bienes perpetuos, y no sea que, si todo lo temporal prospera, deleitada con la estancia del presente exilio, suspire menos por la patria celestial. Así que la esposa de Cristo, deseando llevar una vida tranquila en él, insinúa a continuación qué tipo de casas desea tener para recibirlo, diciendo:

Las vigas de nuestras casas son de cedro, etc. Llama a sus casas a los diversos conventículos de fieles en el mundo, de los cuales consta toda la Iglesia universal. Las vigas y los artonados designan los diversos órdenes de fieles en las mismas casas de la Iglesia: pues

ambos suelen colocarse en lo alto, pero las vigas se hacen para la fortificación; los artesonados, en cambio, sirven más para el adorno de las casas que para la fortificación. Las vigas significan, por tanto, a los santos predicadores, cuya palabra y ejemplo sostienen la estructura de la misma Iglesia para que pueda subsistir, quienes con la fuerza de su doctrina impiden que los torbellinos de la impulsión herética la derriben. Los artesonados se asemejan a los siervos de Cristo más simples, que saben adornar la Iglesia con sus propias virtudes más que defenderla con palabras de doctrina y protegerla contra los embates de los dogmas perversos. Pero los artesonados están fijados a las vigas, porque es necesario que todos los que desean brillar con virtudes sublimes en la santa Iglesia se adhieran con toda su mente a los dichos y ejemplos de los padres supremos, por los cuales se suspenden del ámbito terrenal. Y bien se dice que estas vigas son de cedro y los artesonados de ciprés, porque se sabe que ambos árboles son de naturaleza imputrescible, de altura eminente y de olor especial, lo cual se adapta a aquellos que pueden decir con el Apóstol, Somos el buen olor de Cristo para Dios (II Cor. 2), y, Nuestra conversación está en los cielos (Filip. 3), y, ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿tribulación? y lo demás (Rom. 8). Pero también esto, que el olor del cedro suele ahuyentar a las serpientes, según el poeta, Aprende a encender cedro oloroso en los establos, y a ahuyentar a los pesados cilindros con el olor del gálbano: se adapta congruentemente a los altos artesonados, es decir, a los doctores, que con la virtud de la palabra celestial suelen repeler los venenosos dogmas de los herejes y ahuyentarlos de la seducción de los simples. También esto, que su resina, llamada cedrina, es tan útil para conservar libros, que al estar untados con ella, no sufren polillas ni envejecen con el tiempo, ¿quién no ve cuánto se adapta a los mismos santos predicadores, cuyo sentido espiritual compuso la Sagrada Escritura, que no puede ser corrompida por ninguna astucia de los herejes, ni consumida por ninguna edad del mundo que pasa; tanto que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasarán de la ley, hasta que todo se cumpla (Mat. 5)? Lo cual, habiéndolo dicho el Señor de la ley, ¿cuánto más dejó para entender de su Evangelio? El ciprés también, en cuanto es apto para curar las pasiones del cuerpo, y en cuanto no pierde la belleza de su follaje con ningún impulso de los vientos, expresa constancia, y la acción de aquellos que adornan la santa Iglesia con ornamentos de virtudes más altas como artesonados. Por lo tanto, la esposa, es decir, la santa Iglesia, o cualquier alma elegida, admira la belleza de su amado; alaba la suavidad y pureza del lecho florido; proclama la belleza interna de sus casas, con la cual recibe dignamente a su amado. Pero porque al estado del tiempo presente le conviene más el trabajo que el descanso, y en esta vida los elegidos, con la ayuda de Cristo, se ejercitan más en piadosas acciones que disfrutan de un ocio tranquilo, el esposo la llama a los ejercicios de los trabajos y a soportar las compañías de los perversos, añadiendo:

## CAPÍTULO II.

VI. Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles, etc. Te deleitas, oh amiga, en florecer con virtudes secretas en la quietud; pero recuerda que yo soy la flor de las virtudes, de quien solo procede todo fruto del espíritu, y en quien solo puedes tener un descanso florido. Soy la flor del campo, porque deseo que la gracia de mi olor se haga conocer por toda la extensión del orbe. Lo cual no puede cumplirse si no te dispones, dejando a veces la quietud que te deleita, al oficio de predicar en el que te ejercites. También soy el lirio de los valles más que de los montes, porque en aquellos, ciertamente, suelo revelar y manifestar la claridad de mi humanidad gloriosa o el esplendor de mi deidad eterna, a quienes se someten humildemente a la fe y al amor de mi dominio; quienes buscan seguir mi voluntad más que la suya. Quienes, aunque se deleitan en el ocio de mi contemplación interna, no rehúsan, sin embargo, salir al trabajo de la predicación cuando yo lo mando. Pues yo mismo te he concedido, por la

participación de mi claridad, que seas comparada a un lirio, y que existas con la perfección blanca y preciosa de la obra, brillando con el esplendor del mundo del corazón puro. Pero para que no desees tener seguridad de descanso en esta vida, sabe que en el presente debes convivir con los reprobos, y soportar diariamente los estímulos de los perversos; pero en el futuro debes esperar el descanso solo con los elegidos. Pues como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas, porque no solo debes sufrir adversidades de aquellos que son completamente extraños a ti en mente y profesión, sino que también a menudo serás más agudamente herida por la maldad de aquellas almas que te alegrabas de haber recibido en el número de las hijas a través de la fuente de la regeneración, y por la fe y la percepción de los sacramentos celestiales. Ciertamente puede entenderse en lo que dice, Yo soy la flor del campo, el parto de la Virgen inmaculada. Ciertamente puede entenderse en lo que añade, Y el lirio de los valles, la humildad de los mismos padres de él. Pues él mismo apareció como flor en el jardín, no del campo, sino del campo, quien de la carne intacta de la Virgen Madre asumió carne sin pecado y plenísima de virtud; de quien dijo Isaías, Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y un retoño de su raíz ascenderá (Isaías 11). Él mismo germinó como lirio en los valles, quien además eligió para sí padres humildes y pobres de espíritu, con quienes Dios hombre naciera. Por eso dice también el salmista, Y los valles abundarán en trigo (Salmo 64). Pues él es el trigo, porque nos alimenta con el pan de vida; él es el lirio, porque tiene la divinidad en el nombre como el oro en el candor. Y es apropiado que en el lirio primero se abra gradualmente el candor exterior, y así finalmente se manifieste la gracia del color dorado que estaba oculta dentro: porque el Señor nacido en el mundo, primero se mostró como un hombre sublime a quienes verdaderamente creían en él; pero con el tiempo, se dio a conocer como verdadero Dios. Pero también todos los elegidos, a través de los sacramentos de la humanidad asumida, tienden a la contemplación de la claridad divina. Por lo tanto, cuando la Iglesia, fatigada por las adversidades, había dicho al Señor, He aquí que eres hermoso, amado mío, y decoroso; nuestro lecho es florido, y lo que sigue, deseando ciertamente en la serenidad de los tiempos dedicarse a contemplar esa misma belleza y decoro, y ofrecerle flores de buenas obras o de almas de fieles, respondió él, Yo soy la flor del campo, y el lirio de los valles. Como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas, como si dijera abiertamente: Recuerda que yo, que pude nacer de una Virgen, que soy Dios antes de los siglos, aparecí humildemente en el mundo como hombre al final de los siglos; siempre me mostré compañero de los humildes y pobres de espíritu, llegué a la muerte con pasos de humildad: tú, sin embargo, deja de buscar seguridad de descanso en este siglo; más bien, como el lirio entre las espinas, brilla más blanca y suave; si afligida por los agujijones incluso de los domésticos, muestra más gratamente la verdad de tu decoro. Alabada por el Señor, la Iglesia, porque entre las espinas de los infieles ha guardado incorrupta la castidad de su fe, y entre los horrores de los perversos ha brillado más gloriosa, inmediatamente responde con mayor alabanza, y narra que él, entre las obras fieles de los buenos, sobresale singularmente santo.

Como el manzano entre los árboles del bosque, etc. Esto es lo que dice el salmista, porque ¿Quién en las nubes se igualará al Señor? o ¿quién será semejante a Dios entre los hijos de Dios? (Salmo 88). Así como el manzano, que es agradable a la vista, al olor y al gusto, suele sobresalir entre los árboles silvestres, así el hombre Dios con razón supera a todos los santos que son puros hombres; y el mérito de aquellos que son hijos de Dios por gracia, lo trasciende el poder de aquel que es hijo por naturaleza. Por eso dice Juan, Y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad (Juan 1). Por eso el apóstol Pablo dice, Y Moisés ciertamente fue fiel en toda su casa como siervo, en testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo en su casa. Que resplandezca el cedro; que el ciprés se eleve en altura; que los demás árboles del bosque ponderen los milagros de su decoro, olor y virtud. El

manzano supera a todos, que además de la suavidad de su olor y aspecto, contiene en sí mismo la fuerza de alimentarse. Que los justos brillen con sus virtudes: sobresale a todos aquel que, nacido de una Virgen, nos ministra los auxilios de la vida perpetua. Por eso bien se añade:

Bajo la sombra de aquel a quien deseaba, me senté, etc. Como si se dijera abiertamente, Por eso decido que mi amado debe ser preferido sobre todos, porque en la sola protección de su piedad, cuyo deseo siempre me ha consumido, veo que he encontrado alivio del calor de las tribulaciones, porque siento el dulcísimo fruto de sus dones, con el cual confío en ser continuamente refrescada. La santa Iglesia deseaba respirar un poco bajo la sombra de su autor, cuando se quejaba de estar oscurecida por el excesivo sol de las persecuciones, ya que los hijos de su madre luchaban contra ella, clamando ansiosa por la ayuda de su presencia: Indícame, a quien ama mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía; cuando, no solo fatigada por el tedio de las presiones, sino atraída por el recuerdo de su belleza y esplendor, decía: Nuestro lecho es florido. Demostró haber alcanzado el objeto de su deseo cuando dijo: Bajo la sombra de aquel a quien deseaba, me senté, y su fruto es dulce a mi paladar. Y es de notar que antes proclamaba que las vigas de sus casas eran de cedro y los techos de ciprés, pero no consideraba suficiente la protección de estos, ni se contentaba con contemplar su sublimidad y belleza; sino que buscaba diligentemente el único árbol de la vida, bajo cuya sombra descansar, cuyo fruto la refrescara; porque aunque los santos pueden proponernos sublimes ejemplos de sus virtudes, pueden mostrar el camino de la vida celestial predicando, pueden ofrecer sus intercesiones ante el Señor, sin embargo, a ninguno de ellos, sino solo a nuestro amado Salvador debemos decir, Los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas; se saciarán de la abundancia de tu casa (Salmo XXXV). Por eso con razón se ha dicho que como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos. Con justicia, pues, el Hijo único es preferido sobre todos los hijos de Dios, quien nos protege como un árbol sombrío del calor del mundo perseguidor, como un manzano imperecedero nos refresca con celestial dulzura. Cuán dulce y poderosa es su refrescante acción, se muestra a continuación cuando se dice:

VII.---El rey me introdujo en la bodega, etc. En cuanto, dice, la dulzura de su gracia tocó mi garganta del corazón, sentí que había sido recreada en espíritu, y trasladada de la atracción de las cosas inferiores a los deseos superiores, como si hubiera sido introducida en la bodega, renovada por el nuevo aroma del vino y la bebida. Por eso, con razón, quien dio tales bienes, me convirtió en su amor con una caridad inextinguible. En sentido figurado, porque con el término vino suele designarse la gracia del Espíritu Santo; como atestigua el Señor cuando dice que el vino nuevo debe ser puesto en odres nuevos (Mateo IX, Marcos II, Lucas V), es decir, el fervor de los dones espirituales debe ser infundido en corazones puros. La bodega debe entenderse como la Iglesia, en cuya unidad solamente se suele dar y recibir el Espíritu Santo. Así, el amado introdujo a su amiga en la bodega, porque el Señor construyó para sí una casa con la Iglesia reunida de todo el mundo, que consagró con el carisma de su Espíritu; y esta construcción, porque consiste principalmente en el fundamento de la caridad, operando él mismo, con razón, después de decir que fue introducida en la bodega, añadió, Ordenó en caridad. Dijo, Ordenó en mí la caridad, es decir, me concedió propicio tener una caridad ordenada, para que cada uno amara al Señor su Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza; amara al prójimo como a sí mismo, y también tolerara al enemigo amándolo. Quien no sabe o descuida guardar este orden de caridad es aquel de quien el mismo ordenante y dador de caridad dice, Quien ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí, y demás (Mateo X). Aunque la ordenación de la caridad también puede entenderse correctamente como puesta para confirmación, porque lo que se coloca

temerariamente es débil; pero lo que se coloca ordenadamente, permanece firmemente, para que se diga apropiadamente que el Señor ordenó la caridad en la Iglesia, que se reconoce que dignamente la solidifica en los corazones de sus fieles con progresos adecuados. También puede entenderse lo que se dice, Ordenó en mí la caridad, como si se dijera, Me amó con caridad ordenada, es decir, unió a sí mismo con piadosa caridad a todos mis miembros, es decir, a todos los elegidos; pero abraza con mayor afecto, como es debido, a los más eminentes, cuando se dice, Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Juan XIII). Amó, pues, a todos; y sin embargo, se insinúa un amor más indulgente hacia algunos, cuando se dice, Aquel discípulo a quien Jesús amaba (Juan XXI). En la Iglesia, por distinción de méritos, ama a unos más que a otros. Asimismo, Ordenó en mí la caridad: Me amó primero, y amándome, me concedió conocer cómo corresponderle; de ahí que diga, No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros (Juan XV). De ahí también el apóstol Juan, Esta es, dice, la caridad, no como si nosotros hubiéramos amado a Dios, sino porque él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (I Juan IV). Asimismo, el Señor ordenó la caridad en la Iglesia, porque la misma caridad con la que la eligió antes de los siglos, la mostró en ciertos grados de progreso a lo largo del tiempo; como testifica el Apóstol, Dios mostró su caridad en nosotros; porque cuando aún éramos pecadores, Cristo murió por los impíos (Romanos V). Y con el progreso de la manifestación de esa misma caridad, dice Juan, Ved qué amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios, y lo seamos (Juan III). Nuevamente, sobre esa misma caridad perfecta, y que no puede haber mayor, ni puede disminuir nunca, dice el mismo Señor: Pero el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y le manifestaré a mí mismo (Juan XIV). Porque cuando dice con el verbo en tiempo presente, Pero el que me ama, lo cual no puede hacer de ninguna manera, sino aquel a quien él amó primero, y lo encendió con la gracia de su Espíritu para que lo amara, ¿qué significa que inmediatamente añadió con el verbo en tiempo futuro: Será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él? sino que aquel que mientras tanto es amado por Dios, para que pueda amar creyendo, entonces ciertamente será amado por Dios, para que lo ame más viendo, y con su rostro manifestado, lo ame tanto más verdaderamente con toda su fuerza, cuanto nada de lo inferior, que lo impida de este amor, soporta. Así, el Señor ordena la caridad en la Iglesia, con la que la ama o la inflama para que mantenga debidamente su amor y el del prójimo. Cuánto la misma caridad eleva la mente que ha absorbido perfectamente, del amor de las cosas inferiores, se enseña en el verso siguiente, cuando dice:

Sustentadme con flores, rodeadme de manzanas, etc. Porque el alma que verdaderamente degusta la caridad ordenada de su autor languidece de amor, ya que cuando se enciende para pedir la luz de la eternidad, ciertamente se debilita del amor de la temporalidad, para que tanto se enfríe del afán del mundo pasajero, cuanto se levanta más ardiente para contemplar las alegrías del reino eterno. Pero veamos, alma, que arde con tal amor, qué lecho busca en el que descansar fatigada. Sustentadme, dice, con flores, rodeadme de manzanas. En las flores se significan los tiernos comienzos de las virtudes, en las manzanas la perfección. Por lo tanto, el alma languideciendo de amor suplica a las hijas de Jerusalén, es decir, a aquellas almas que la han precedido en el deseo celestial, que ayuden sus comienzos con buenos ejemplos, y que le recuerden con frecuencia cómo han recorrido el camino de las virtudes, ya sea en el inicio, en el curso o en el término, para que, a la vista de estas, como con un aroma de flores y manzanas muy agradable, se recline más suavemente y dulcemente en el afecto de su Creador. Lo cual también puede entenderse igualmente de las obras de los santos que tenemos ante nuestros ojos, y de los hechos o dichos de los padres precedentes que recogemos de los prados y bosques de las Escrituras.

Su izquierda está bajo mi cabeza, etc. En la izquierda de Cristo se significan sus dones temporales, en la derecha la bienaventuranza de la vida eterna. Por eso, en otro lugar, de él, que es la virtud de Dios y la sabiduría de Dios, está escrito, Largura de días en su derecha, en su izquierda riquezas y gloria. Así, la santa Iglesia muestra, muestra el alma perfectamente atenta al amor de su Redentor, cuál puede ser el descanso en esta vida que tanto buscaba, cómo desea recostarse con su amado en este exilio de peregrinación en el lecho florido de virtudes. Su izquierda, dice, está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Llama a su cabeza el principal de su mente, y su amado pone su izquierda bajo la cabeza de su esposa, cuando el Señor confirma con el conocimiento de su sabiduría los corazones de los fieles que aún habitan en esta vida, cuando los eleva con la participación de sus sacramentos, cuando les otorga el empeño de su espíritu, cuando les sugiere los consuelos de las santas Escrituras. Y su derecha la abrazará, cuando también después de esta vida le promete el reino eterno de la vida celestial. Y bien se dice que la izquierda sostiene la cabeza, y la derecha la abraza, porque los dones temporales los recibimos para el sustento de esta peregrinación, pero los premios celestiales los veremos sin fin. Y con razón la esposa, que antes languidecía de amor, buscaba ser sustentada con flores, rodeada de manzanas, ahora testifica que tiene la mano de su amado bajo su cabeza, porque aunque el amante de su Creador se regocija en las flores de las virtudes, si se deleita en los progresos de los prójimos, con quienes él mismo llegue a ver su rostro, si tiene el dulce recuerdo de los ejemplos de los santos antiguos, con los que se excite más ardientemente a amar, ya sea a Dios o al prójimo, sin embargo, la única esperanza de los que verdaderamente desean descansar es ser sostenidos por la mano de su Creador. Y ciertamente primero la izquierda, para que por ella merezcan llegar al abrazo de la derecha; porque la derecha de él no abrazará a nadie, sino a quien primero su izquierda haya recibido para ser sostenido, es decir, nadie verá en el futuro su claridad sublimemente, quien no se haya reclinado fielmente en el presente para recibir los misterios de su humildad. ¿Acaso Pablo, que se enseñaba a sí mismo como el más fiel ministro de esta esposa, diciendo, Porque os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo (II Cor. XI), no se preocupaba de poner la izquierda del esposo bajo la cabeza de ella, para llevarla al abrazo de la derecha? dice, Porque no juzgué saber entre vosotros cosa alguna, sino a Jesucristo, y a este crucificado (I Cor. II). Nuevamente, la exhorta a tender al abrazo de su derecha, cuando dice: Buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios (Col. III), y, Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria (Ibid.). Su izquierda, pues, dice, está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará. Como si dijera abiertamente: Que los beneficios temporales de mi Señor y Salvador me ayuden, para que pueda descansar un poco de las codicias o perturbaciones del mundo; pero la promesa de los eternos, con los que seré recompensada perpetuamente, me deleita más. Cuán amable es para el mismo Señor tal descanso de su esposa, es decir, de la Iglesia o de cualquier alma elegida, se designa en su respuesta siguiente, cuando se dice:

VIII. Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y los ciervos del campo, etc. Llama hijas de Jerusalén a las almas que arden en deseo de la patria celestial; a las que el esposo conjura para que no despierten a la esposa que descansa en su amor, ni presuman inquietar a la felizmente dormida por la perturbación de los hombres. Porque quien impide inoportunamente la mente de cualquier elegido, ya sea hablando devotamente a Dios en oraciones, o meditando los mandamientos o promesas divinas en lecturas sagradas, ciertamente despierta a la esposa de Cristo de su bienaventurado sueño, antes de que ella misma lo desee. Porque ella misma desea despertarse, recreada por este felicísimo sueño, ya que sabe dedicarse a los servicios divinos en el tiempo adecuado, y nuevamente en el tiempo conveniente volver a atender las necesidades de la fragilidad humana. Por lo tanto, quien no

teme impedir a los fieles ocupados en estudios celestiales, ciertamente se causa daño a sí mismo en sus propias virtudes, en las que creía sobresalir. Por eso, bien el esposo conjura a las hijas de Jerusalén por las gacelas y los ciervos del campo, para que no lo hagan. Porque por las gacelas y los ciervos, animales limpios, enemigos de los venenos, se figuran las obras de las virtudes espirituales; que tanto como sobresalen en pureza, tanto acostumbran a despreciar, más bien a destruir y desvanecer las maquinaciones venenosas del enemigo antiguo. Y al decir bien gacelas y ciervos, añadió del campo, para expresar pacientemente la simplicidad de las mentes puras, y florecientes en fe sincera, en las que las virtudes nacen y se nutren. Así, el esposo conjura a las hijas de Jerusalén por las gacelas y los ciervos del campo, para que no despierten ni hagan levantar a la amada, hasta que ella misma lo desee. Como si dijera claramente: Testifico a todos los fieles, y por sus propias virtudes, que cada uno desea nutrir con corazón puro, les conjuro, que no desprecien los piadosos estudios de los hermanos, que no los obstaculicen temerariamente, sino que cada uno se regocije en el progreso de los prójimos como en el suyo propio, que tema tanto causar daño al lucro espiritual de los hermanos, como a sí mismo; porque ciertamente disminuye sus propias virtudes, quien desprecia, más bien, en cuanto puede, ayudar a las virtudes del prójimo. Este juramento del esposo, la esposa lo recibe con mucho gusto, y de inmediato responde:

La voz de mi amado. Se sobreentiende, Esta es la que escuché conjurando a las hijas de Jerusalén, para que no me despertaran mientras descansaba en su abrazo, antes de que yo misma lo deseara. Porque es necesario que el alma llena de Dios se regocije mucho, cuando le sucede percibir la voz consoladora de él entre las adversidades del mundo, ya sea por el don de la inspiración oculta, o por la meditación o audición de las sagradas escrituras. Porque aunque aún no se nos permite contemplar el rostro de nuestro amado, ya se nos ha concedido mucho, en que mientras tanto nos recreamos con la dulzura de sus palabras en las Escrituras santas. Se concede mucho a aquellos a quienes se les otorga con un don más alto, que con la mirada pura de la mente elevada a las cosas celestiales, prueben anticipadamente alguna dulzura de la vida futura incluso en el presente. Por eso, bien, después de que la esposa dijo con alegría, La voz de mi amado, inmediatamente deseando también ver a ese mismo amado, pero aún no pudiendo, añadió,

He aquí que viene saltando sobre los montes, etc. Llama montes y colinas a aquellos que trascienden la conversación general de la santa Iglesia, como la florida llanura de los campos, con singular pureza de mente, y cuanto más se liberan de la codicia de las cosas inferiores, tanto más se hacen capaces de la contemplación de las cosas superiores. De los cuales Isaías, cuando describía la venida en carne del Mediador entre Dios y los hombres, dice: Y acontecerá en los últimos días que el monte de la casa del Señor será establecido en la cima de los montes, y será exaltado sobre las colinas (Isaías II). Porque con razón se dice que ese monte se eleva en la cima de los montes, y sobre las colinas, es decir, se recuerda que es más excelso que los hombres excelsos, porque en los últimos días, apareció como hombre entre los hombres, pero fue Dios con el Padre antes de los siglos. Y al venir en estos montes, se dice que el amado da saltos, que transita estas colinas, porque el Señor suele iluminar los corazones de los sublimes con la gracia frecuente de su visita. Y bien se dice que no permanece en estas colinas, sino que salta, o las transita, porque la dulzura de la contemplación interna, tanto como es alta por el conocimiento de las cosas celestiales, tanto es breve y rara, por la pesadez de las mentes aún detenidas por la masa de la carne. Porque el cuerpo que se corrompe, grava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sabiduría IX). Y no debe considerarse contrario a esta sentencia lo que el mismo amado promete a su esposa en el Evangelio, diciendo: He aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo (Mateo XXVIII). Y nuevamente, Si alguno me

ama, guardará mi palabra; y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él (Juan XIV). Porque permanece siempre por su fe y amor, y por la ayuda de su gracia con todos los santos; pero aparece más excelentemente por un momento a pocos más sublimes, a quienes quiere, y cuando quiere: porque es de pocos, y de aquellos que por la altura de su corazón, se comparan a montes y colinas, decir, Ya sea que estemos fuera de nosotros mismos, es para Dios; ya sea que estemos sobrios, es para vosotros (II Cor. V). Pero a todos los fieles se les dice, Porque cualquiera que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios (I Juan IV). Es de toda la Iglesia escuchar con corazón fiel, porque Dios es amor; y el que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él. Solo es de los perfectos decir, Porque no seguimos fábulas ingeniosas, sino que os hicimos conocer el poder de nuestro Señor Jesucristo, siendo testigos oculares de su majestad (II Pedro I). De esta contemplación se infiere un ejemplo evidente, cuando se dice,

Similis est mi amado a una gacela, etc. Y ciertamente todos los que conocen bien las naturalezas de estos animales encuentran muchas cosas en ellos que se adaptan muy bien al amado de la Iglesia, es decir, al Señor Salvador. Pero en este lugar, especialmente, se debe observar que se deleitan en habitar en las alturas de las montañas y en dar saltos muy veloces, por lo que se ven más raramente por nosotros que los bueyes o los asnos u otros animales de este tipo, que, una vez domesticados, usamos cuando queremos. Esto se adapta muy adecuadamente a la altura de la contemplación suprema, que no está en el arbitrio del hombre que especula, sino en la gracia de Dios, cuando Él quiere aparecer. Creo que Isaías, un monte eminente, no lo vio cuando él eligió, sino cuando el Señor quiso, vio a Él sentado sobre un trono alto y elevado; vio también a las huestes celestiales, cantando las alabanzas debidas a Él. Pablo, también un monte, despreciando mucho lo terrenal y tocando las estrellas con su cima, no fue arrebatado al paraíso cuando él dispuso, sino cuando a Dios le agradó, y fue arrebatado al tercer cielo, y oyó palabras secretas que no le era lícito al hombre hablar. Ciertamente conviene a la humildad y a la verdad de la humanidad asumida que el Señor no se asemeje a un ciervo, sino a una gacela y a un cervatillo, es decir, a animales menores, quien entre los hombres no solo apareció como hombre, sino como un hombre humilde. Se hizo un cervatillo de ciervos, porque asumió la verdadera materia de carne de la carne de los padres precedentes; pues fue hecho del linaje de David según la carne (Rom. I). Y el mismo David, Como el ciervo anhela las corrientes de agua, así mi alma te anhela a ti, Dios (Salmo XLI). Y de nuevo: Él hizo mis pies como los de ciervos (Salmo XVI). Pero también de los otros ciervos, compañeros de su vida, dice, La voz del Señor que prepara a los ciervos (Salmo XXVIII); pues Él prepara a los ciervos, cuando ministra a los fieles los dones de las virtudes; porque para que dirijan el curso de su mente a lo más alto, para que incesantemente tengan sed de la fuente de la vida, para que con su sentido espiritual saquen y aplasten a las serpientes del discurso herético de los escondites de sus fraudes, para que rumien la palabra de vida, para que en los pasos rectos de sus acciones mantengan la medida de la discreción salvadora, esto no es de su potestad, sino de la largueza divina. La voz, pues, del Señor prepara a los ciervos, porque su gracia coloca a los santos en la cima de las virtudes. De estos ciervos nació justamente el cervatillo amado de la esposa, es decir, de la Iglesia o de cualquier alma fiel; porque de los padres es Cristo según la carne, quien es sobre todo Dios bendito por los siglos. Y puesto que en estos versículos se expresa la sublimidad de la vida contemplativa, resta, pues, mostrar la perfección de la activa, que es común a toda la Iglesia. Sigue:

He aquí que él está detrás de nuestra pared, etc. Ahora, en efecto, el amado permanece en la vecindad de la esposa, ahora saltando en los altos montes, porque el mismo Señor y nuestro Salvador, tanto a los más perfectos se ofrece a ser visto por un tiempo, cuando quiere, aunque

sea a través de un espejo y en enigma, y a todos los elegidos siempre les exhibe la gracia invisible de su presencia. De cuya exhibición de presencia se dice bien ahora, He aquí que él está detrás de nuestra pared, porque ciertamente así permanece con nosotros, más aún, en nosotros, que no puede ser visto por nosotros, como atestigua Juan, quien dice: A Dios nadie le ha visto jamás (I Juan IV). Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor en nosotros es perfecto (Ibid.). Pero la pared que nos separa de su vista es la misma condición de nuestra mortalidad, que merecimos pecando, quienes en el primer padre fuimos creados de tal manera que si nunca consintiéramos en el pecado, todos los elegidos veríamos siempre sin cansancio y sin ningún esfuerzo la luz de la contemplación divina, a la cual ahora muy pocos de los más perfectos, con gran esfuerzo purificando sus corazones por la fe, llegan. Pero en esta pared la misericordia divina hizo ventanas y celosías, desde donde nos miraría, porque a nuestras mentes, aunque estén gravadas por la ceguera de este siglo, abrió la gracia de su conocimiento, y nos refresca con la luz frecuente de su inspiración oculta. Por cuya mirada de inspiración, porque esto principalmente hace el piadoso Creador, para que nos provoque a dejar el amor de lo temporal para merecer los gozos de la paz suprema, se añade correctamente:

He aquí, mi amado me habla, Levántate, etc. Todo tiene su tiempo, y todo lo que se hace debajo del cielo pasa por sus espacios (Ecl. III). Tiene, pues, también la esposa de Cristo, es decir, la Iglesia, o cualquier alma elegida, tiempo de descansar; tiene también tiempo de levantarse para el trabajo. Por lo tanto, como antes conjuraba a las hijas de Jerusalén que no la despertaran ni la hicieran levantarse hasta que ella quisiera, ahora con voz cambiada él mismo le ordena levantarse y venir apresuradamente a él; y ya no consiente en entrar a ella en el lecho, por más florido que sea con estudios celestiales, sino que más bien le ordena salir con él, como enseñan los siguientes versos del cántico, para cultivar las viñas y expulsar de ellas a las bestias dañinas; añadiendo para provocar e inflamar su estudio, que pasados los aires invernales, ya la templanza primaveral ayuda la industria del trabajador, pero también la llegada y el canto de las aves primaverales hacen más agradables los lugares rurales que los palaciegos, y la aparición de las flores promete a los agricultores la esperanza de un fruto futuro. Pero porque hemos tocado brevemente la superficie de la letra, ahora volvamos el estilo para desentrañar los sentidos de la alegoría. Se ha dicho antes, bajo la figura de la gacela y el cervatillo de los ciervos, cómo el Señor revela a la contemplación de los sublimes los secretos internos de los celestiales. Se ha dicho bajo la figura de él mismo, estando detrás de nuestra pared, y mirando a través de las ventanas y celosías, cómo ilumina frecuentemente con la mirada de la compunción salvadora a toda la Iglesia, aunque aún invisible. Resta ahora indicar cómo incita a la misma, ya sea al oficio de la predicación, o al ejercicio de la buena operación. Levántate, dice, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven. Levántate de ese lecho muy amado por ti, en el que te deleitas en cuidar de ti misma en salmos y oraciones, y en otros estudios de vida. Apresúrate, y ven a cuidar también de la salvación de los prójimos, mediante el estudio de la predicación diligente: pues como si con tantos pasos nos apresuráramos al Señor que nos llama, cuantos por su causa realizamos obras de virtud.

IX. Ya ha pasado el invierno, etc. Esto es lo que dice el Apóstol: La noche ha pasado, y el día se ha acercado. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos con las armas de la luz (Rom. XIII). Pues así como las tinieblas de la noche, también correctamente por la austeridad del invierno y de las lluvias, se expresa la tempestad de la infidelidad, que gobernaba todo el mundo hasta el tiempo de la encarnación del Señor. Pero cuando el Sol de justicia iluminó al mundo, desapareciendo y siendo expulsada inmediatamente la antigua

perfidia invernal de la infidelidad, aparecieron flores en la tierra, porque los inicios de la Iglesia naciente ya brillaron en la devoción fiel y piadosa de los santos.

Ha llegado el tiempo de la poda. De aquel del que el Señor menciona en el Evangelio, quien después de haberse llamado a sí mismo la vid verdadera y a su Padre el labrador, añadió inmediatamente y dijo: Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará, y todo el que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto (Juan XV). El oficio de la poda puede entenderse correctamente también según aquello que dice el Apóstol: Despojándoos del viejo hombre con sus hechos, vestíos del nuevo (II Cor. III). Lo cual él mismo explica en otro lugar diciendo: Por lo cual, desechando toda mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo (Efes. IV). Y de nuevo: El que hurtaba, no hurte más; antes trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno (Ibid.).

La voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra. La voz del predicador se ha oído en la tierra, que ya ha comenzado a ser nuestra, al recibir la palabra de fe; de la cual también en el salmo del primer sábado, es decir, de la resurrección del Señor, que se hizo el primer sábado, se dice: Del Señor es la tierra, y su plenitud (Salmo XXIII). Pues la voz de la tórtola, que con su sonido suele señalar la partida del invierno y la llegada de la primavera, conviene a aquellos que saben decir que las tinieblas han pasado, y la luz verdadera ya brilla (I Juan II). La voz de la tórtola, que resonando humildemente expresa el gemido en lugar del canto, conviene a aquellos que, recordando su exilio y la patria prometida a ellos, acostumbran decir: Pero también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, también nosotros gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción de hijos, la redención de nuestro cuerpo. Y que claman a sus oyentes, Afligíos, y lamentad; vuestra risa se convertirá en llanto, y vuestro gozo en tristeza. El mismo ave que es amante de la castidad, y que siempre habita en las cumbres de los montes y en las copas de los árboles, imita la vida de aquellos que protestan para sí y para los suyos que es bueno para el hombre no tocar mujer (I Cor. VII), y, Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III). Pues también el hecho de que suele evitar las casas de los hombres y su conversación, y más bien vivir en los bosques y soledades, presenta el tipo de aquellos que, aunque puestos en el mundo corporalmente, sin embargo, se separan del mundo con la mente, y desean ver más bien las cosas celestiales.

La higuera ha dado sus higos verdes. Llaman higos verdes a los higos primitivos e inmaduros e inadecuados para comer, que incluso si son sacudidos, caen con un leve toque. Y la higuera, sonando la tórtola, ha dado sus higos verdes, cuando la Sinagoga en Judea, con los apóstoles predicando, produjo muchos que tenían celo de Dios, pero no según ciencia; que preferían más la observancia aún imperfecta y como inmadura de la letra legal, que recibir la dulzura de la inteligencia espiritual en ella. Apponius expone este versículo de esta manera, que la higuera ha dado sus higos verdes, cuando la Sinagoga procreó a los apóstoles, que nacidos de ella ministrarían el dulcísimo alimento de la doctrina a los creyentes. Y puesto que al producir la Sinagoga ya sea a los apóstoles, que predicarían el Evangelio, o a aquellos que aún contendían por preferir las ceremonias de la ley al Evangelio, no obstante, entonces siguió la fe y la salvación de todo el mundo, correctamente se añade:

Las viñas en flor han dado su fragancia. Pues por la floración de las viñas se expresa el inicio de las iglesias multiplicándose, de aquella que fue plantada primero en Jerusalén, difundida por el aroma de su fama lejos y ampliamente. ¿Qué más grato que el aroma de la vid en flor? Pues del florecer de ellas se extrae el jugo, que produce una especie de bebida, y es adecuado para la salud y el placer. ¿Quién no ve fácilmente que el rumor de la buena operación se compara con esto? El ejemplo, pues, de las viñas, de las cuales nace el vino, que alegra el corazón del hombre, conviene tanto a las iglesias de los fieles en general, como a cada uno de

los elegidos en particular, que fructifican para sí mismos la alegría espiritual y el gozo. Según aquello del Apóstol: Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia (I Cor. III). Y como dice el Salmista, Toda su gloria es de la hija del rey desde dentro (Salmo XLIV). San Jerónimo expone estos versículos de esta manera, "la voz de la tórtola se ha oído en nuestra tierra: La tórtola, ave muy casta, y que siempre habita en las alturas, es un tipo del Salvador." Y poco después, "Y enseguida la tórtola dice a la tórtola: La higuera ha dado sus higos verdes, es decir, los preceptos de la antigua ley han caído, y de los Evangelios las viñas en flor han dado su fragancia."

### LIBRO TERCERO.

Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, etc. Si según la exposición del Apóstol, la Roca era Cristo (I Cor. X); ¿cuáles son las hendiduras de la roca, sino las heridas que Cristo recibió por nuestra salvación? En las cuales ciertamente en esas hendiduras la paloma reside y anida, ya sea cuando cualquier alma mansa, o toda la Iglesia, pone su única esperanza de salvación en la pasión del Señor, cuando en el sacramento de su muerte, confía en protegerse de las insidias del enemigo antiguo, como de la captura del halcón, y en el mismo se esfuerza por procrear descendencia espiritual, ya sea de hijos o de virtudes. Por lo cual bien dice Jeremías bajo la figura de Moab, llamando a los herejes a la unidad de la fe eclesiástica, Dejad las ciudades, y habitad en la roca, habitantes de Moab. Sed como la paloma que anida en la boca más alta de la hendidura (Jer. XLVIII). Pero la pared, que suele componerse de piedras para la protección de las viñas (de donde en el cántico de Isaías se dice, La viña fue hecha para mi amado en un cuerno en un lugar fértil, y la rodeó de una pared [Isa. V]), significa la custodia de las virtudes celestiales, con la cual el Señor rodea a la Iglesia, su viña, para que no pueda ser devastada por la irrupción de espíritus inmundos, como de animales malvados. De ahí que el Salmista dice, El ángel del Señor acampa alrededor de los que le temen, y los libra (Salmo XXXIII). Y el Apóstol hablando de los ángeles, ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación? (Hebr. I). En esta pared, pues, la esposa y amiga de Cristo, como paloma, encuentra refugio, cuando la santa Iglesia ha aprendido que debe ser defendida de las astucias del diablo por la ayuda angelical. Por lo tanto, el Señor exhorta a la misma Iglesia, exhorta a cualquier alma devota a Él, al ejercicio del trabajo piadoso y fructífero; y dice, Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven. Ya ha pasado el invierno, y lo demás, hasta que dice, Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven; paloma mía en las hendiduras de la roca, en la caverna de la pared. Como si dijera abiertamente, Después de que la tempestad de la vida gentil ha sido removida por la piedad suprema, después de que las flores de la conversación salvadora ya han emergido en la tierra, después de que en modo de poda han comenzado a ser separados los injustos de los justos, los vicios de las virtudes, por la falce de la discreción docta, después de que el heraldo de la salvación ya ha resonado ampliamente en el mundo, después de que el mismo mundo se ha convertido al conocimiento de la verdad, y la fama suavísima de la nueva vida ha sido esparcida entre las gentes, te ruego, oh multitud de almas fieles muy amada por mí, a quien he conferido los dones de mi amistad, a quien he dignado unir en calidad de esposa, a quien por la infusión de mi Espíritu he concedido la simplicidad de mente de paloma, por cuya salud y vida he recibido yo mismo heridas y muerte, a quien he otorgado los auxilios de la protección suprema contra los enemigos invisibles; te ruego, digo, que siendo compuesta de tales dones, no quieras languidecer en ocio inerte, sino que más bien te apresures a ceñirte con la industria y el estudio del debido combate por la eterna paz.

Muéstrame tu rostro, etc. Tú que deseas esconderte en el secreto de la quietud, como paloma en las hendiduras de la roca, o en la caverna de la pared, te ruego que salgas al público de la acción, y muestres tu fe por tus obras, y declares también a otros fuera en ejemplo lo que

tienes de belleza interior. Pues para mí, que veo los interiores del corazón, entonces considero que me muestras tu rostro, cuando considero que demuestras tu acción, no teniendo mancha, ni arruga, ni cosa semejante, para la utilidad de los prójimos. Pues mientras alguien hace a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hace. Que suene tu voz en mis oídos, la voz de alabanza, o de predicación, es decir, aquella que o me alaba en salmos e himnos y cánticos espirituales, o excita a la alabanza mía las bocas y mentes de los prójimos predicando. Por lo tanto, la esposa muestra su rostro al Señor en lo que obra en su presencia, y muestra el sonido de su voz en lo que dice saludablemente ante Él. También es digno de consideración más atento lo que dice, Muéstrame tu rostro. Tu rostro, dice, no ajeno, es decir, santo e inmaculado: pues así lo hice, limpiándolo con el lavacro del agua en la palabra; así lo perfeccioné con la unción del Espíritu Santo, señalando sobre ti la luz de mi rostro. Que suene tu voz en mis oídos, no ajena, es decir, aquella que te enseñé a tener en el día de tu desposorio, con la cual prometiste guardar tu pudor para mí. También muéstrame tu rostro, que suene tu voz en mis oídos, es decir, a mí, no a otros, muéstrame tu rostro. A mis oídos, no a los de otros, recuerda dar tu voz; es decir, por amor de mi gracia, no por cualquier otra, cuida de hacer buenas obras y de decir palabras santas; pues quienquiera que dedica sus buenas obras o palabras a los favores humanos, este muestra más bien la belleza de su rostro o la dulzura de su voz a los externos que a su Creador. Pero también según la letra, las mujeres que se esfuerzan por adornar el rostro de su cuerpo para la decepción de los necios, y por suavizar sus palabras más que el aceite, son transgresoras de este precepto del Señor, y por lo tanto permanecen indignas de aquella alabanza eminente con la que el Señor glorificando a su esposa añade,

Porque dulce es tu voz, etc. Pues dulce es la voz de aquella alma al Señor, que sabe dulcemente anunciar las palabras del Señor a los prójimos o resonar alabanzas al mismo Señor con el profeta, ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, más que la miel a mi boca! (Salmo CXVIII). Aquel rostro parece hermoso al Señor, que se esfuerza por mostrarse digno de ver su rostro, que acostumbra decirle desde lo más íntimo del corazón, Busqué tu rostro, Señor; tu rostro buscaré; no apartes tu rostro de mí (Salmo XXVI). Pero no basta con nuestra propia limpieza si no nos esforzamos también por corregir a los errantes, en cuanto podamos, y defender a los más débiles de sus insidias. Por lo cual se añade:

Capite nobis las zorras pequeñas, etc. Las zorras, en efecto, que destruyen las viñas, son los herejes y cismáticos, que con el diente de su doctrina perversa, cuánto suelen desgarrar las viñas florecientes de Cristo, es decir, las mentes inexpertas de los fieles, ¡ojalá no lo supiéramos! Cristo, por tanto, ordenó a su esposa que, con sus doncellas, a las que suele llamar hijas de Jerusalén, es decir, con los predicadores elevados por la santa humildad, dedicándose al piadoso trabajo, capture las zorras pequeñas, es decir, que se esfuerce por descubrir y derrotar las astucias de los fraudulentos desde el principio; para que, al hacerse mayores con el tiempo, no sea más difícil alejarlas del daño a sus viñas espirituales, cuanto más tiempo hayan estado acostumbradas a pastar en ellas; y es hermoso que quien antes había dicho viñas en plural, ahora lo ponga en singular: Pues nuestra viña ha florecido; así, en efecto, llama a muchas viñas una sola viña, como quiso llamar a muchas iglesias en el mundo, una sola Iglesia para sí. Dijo que las viñas florecen, para mostrar a los pueblos elegidos que germinan ampliamente; y bien, donde advirtió que se deben capturar las zorras, allí inmediatamente señaló la viña en singular, para enseñar que por eso principalmente deben ser perseguidos y aplastados los herejes, para que la infestación de ellos no divida ni disperse en partes la fe de la Iglesia, que debe ser una. Además, la naturaleza de las zorras se adapta a los modales y palabras de los herejes, porque son animales muy fraudulentos, que se esconden en fosas o cuevas, y cuando aparecen, nunca corren por caminos rectos, sino por

tortuosos desvíos. Cómo se ajustan estas características a los engaños y fraudes de los herejes, cualquiera lo entiende fácilmente. Tampoco debe pasarse por alto que no dice, Capturen para ustedes, cuando hablaba a los hijos de la Iglesia, o, Su viña ha florecido; sino, Capturen para nosotros las zorras pequeñas, pues nuestra viña ha florecido; para que así más bien todos, quienes pudieran, se enciendan para derrotar o corregir la maldad de los herejes o de los malos católicos, mostrando que les sirve a Él en este actuar, y que es su viña la que Él mismo defenderá, mostrando ser el remunerador de los trabajos piadosos. De donde con razón a tal afecto suyo, inmediatamente la amiga y esposa de Él responde con la simplicidad de un corazón de paloma:

X. Mi amado es mío, y yo soy suya, etc. El sentido de esta respuesta se extiende tanto más ampliamente cuanto más brevemente parece estar concluido. Puede entenderse correctamente así, Mi amado es mío, y yo soy suya, que nos unamos mutuamente con verdadero y sincero amor. También puede ser así, Mi amado es mío, me prometió tales palabras de su divina exhortación, consolación, promesa, y yo soy suya, siempre le ofreceré la claridad de mi comportamiento y la pureza de mi voz y gracia. Pero también puede aceptarse muy decentemente así, ya que los pronombres suelen tener mucha fuerza, dice la Iglesia, es decir, toda la multitud de los elegidos, Mi amado es mío, y no otro cualquiera; y de nuevo, Mi amado es mío, no a otro cualquiera, se sobreentiende, que preste la gracia perpetua de su amor, y devuelva el fruto; y yo soy suya, no a otro cualquiera; yo soy suya, no cualquier otra multitud de hombres, se sobreentiende, que siempre me una con devoción íntegra de humildad y obediencia. A todos estos sentidos se adapta adecuadamente lo que sigue,

Que se apacienta entre los lirios. Es decir, que suele alegrarse con el olor más blanco y dulce de mis virtudes, que se deleita con el fruto suavísimo de las Iglesias resplandecientes por el mundo. Así, en efecto, la santa Iglesia universal, ahora se designa pluralmente como lirios, ahora con el nombre de un solo lirio. Como el lirio entre las espinas, dice, así es mi amiga entre las hijas. Y de la misma manera, por viñas en plural, donde dice: Viñas florecientes; y de nuevo singularmente por viña, donde añadió, Pues nuestra viña ha florecido, se figura esa misma que no es sino una, la Iglesia. Singularmente se nombra por eso, porque la multitud de los creyentes es un corazón y un alma (Hechos IV); y pluralmente de nuevo se nombra muy adecuadamente, porque esa misma unidad de corazón y alma fiel ya no se contiene en pocos, sino en la multitud de los creyentes. Además, es de notar que los lirios también en esto, que suelen curar los miembros quemados por el fuego, se corresponden con los actos de los santos. Que si acaso perciben que los corazones de los prójimos son quemados por la llama de los vicios, inmediatamente les brindan el auxilio del amor fraterno, para que sean sanados, y para que el ardor de la codicia o la lujuria, la soberbia o la ira, o el fervor de otros crímenes no los exceda, les proporcionan el refrigerio de su consolación y exhortación con diligente cuidado. Algunos interpretan que el Señor se apacienta entre los lirios, entre los coros blanquísimos de las vírgenes, y con razón, porque resplandecen con la castidad de la carne por fuera, y por dentro sobresalen con el brillo de un corazón inviolado. Asimismo, el Señor se apacienta entre los lirios, es decir, entre las virtudes gratisimas de los santos, o las huestes, por la misma razón por la que también nace entre ellas; porque Él mismo, Mediador entre Dios y los hombres, quiso hacerse de una naturaleza con su Iglesia; de donde también esa misma Iglesia suele llamarse su cuerpo, y Él la cabeza del cuerpo de la Iglesia. Él mismo se apacienta entre los lirios, cuando el número de los fieles dentro de la Iglesia se incrementa por la fuente de la regeneración. Se apacienta entre los lirios, cuando los fieles, que son ciertamente sus miembros, progresan en el amor de las cosas celestiales con los ejemplos clarísimos de los fieles anteriores. Y es de notar que aquí se menciona que el amado se apacienta, mientras que antes se menciona que apacienta: diciendo la esposa, Indícame,

amado de mi alma, dónde apacientas, dónde descansas al mediodía; se apacienta en nosotros, porque somos su cuerpo, y miembros de su miembro; Él nos apacienta, porque es nuestra cabeza, de la cual todos debemos gloriarnos, diciendo cada uno, Ahora ha exaltado mi cabeza sobre mis enemigos, se sobreentiende, también nos exaltará después, y nos reunirá con la cabeza; y puesto que este apacentamiento del Señor, que se realiza en los progresos de sus santos, se extiende hasta el fin de este siglo (pues cuando lleguen a su visión, no tendrán más en qué progresar), correctamente se añade:

Hasta que despunte el día, etc. Es decir, hasta que la luz del siglo venidero surja eternamente, y las sombras de la vida presente, es decir, de la ignorancia o el error, en las que mientras tanto también nosotros los fieles, que usamos la lámpara de la palabra de Dios, nos oscurecemos mucho, se inclinen para pasar. Pues cuando ese día, deseado por todas las naciones, comience a despuntar, es decir, a mostrarse, ya no más el Señor se apacienta entre los lirios, es decir, entre los conventículos de los santos, a quienes Él mismo entonces más bien alimentará con la visión eterna de su gloria. Me saciaré, dice, cuando se manifieste tu gloria (Salmo XVI); y, Bienaventurados los que ahora tienen hambre, porque serán saciados (Mateo V). Ni esto que compara la vida presente con las sombras de la noche, y la futura con el día, es contrario al sermón apostólico; donde testifica sobre esta vida que ahora llevamos, diciendo, La noche ha pasado, el día se ha acercado (Romanos XV); pues, para decirlo brevemente, esta vida presente de los fieles, que desechando las obras de las tinieblas se visten con las armas de la luz, en comparación con los infieles, que no conocen ni aman nada de la verdadera luz, es día; pero en comparación con la futura bienaventuranza, donde se contempla la verdadera luz sin fin, todavía es una noche muy oscura. Pero como la santa Iglesia conoce en este siglo dos vidas espirituales, una a saber activa, otra contemplativa; ahora de esta, ahora de aquella, ahora de ambas suele hablar la Escritura divina. Haciendo mención anteriormente de la contemplativa, dice del Señor, He aquí que viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas. Mi amado es semejante a una gacela o a un cervatillo. Y luego comenzando sobre la activa, dice, He aquí que está detrás de nuestra pared, y demás, hasta que dice, Capturen para nosotros las zorras pequeñas, que destruyen las viñas: pues nuestra viña ha florecido. Todo lo cual, bien discutido, nos incita al oficio de la buena acción. Luego añadió de ambas a la vez, Mi amado es mío, y yo soy suya, que se apacienta entre los lirios, hasta que despunte el día, y se inclinen las sombras: en ambas vidas, en efecto, el amado se apacienta entre los lirios, porque el Señor de sus elegidos se deleita tanto con la pura operación exterior, como con la dulce contemplación interior de las cosas eternas, y en sus miembros Él mismo se alimenta. Y esto hasta que el día de la verdadera luz despunte, porque entonces, en efecto, ni seremos afectados por el trabajo de la buena obra, ni los más perfectos contemplarán las cosas celestiales rápidamente y por un momento a través del espejo en enigma, sino que toda la Iglesia verá al rey del cielo en su esplendor eternamente: de cuya visión, porque todo gusto, aunque sea muy pequeño, deleita no poco a la esposa de Cristo, se añade adecuadamente:

Vuélvete, sé semejante, amado mío, a una gacela, etc. Porque, dice, me has incitado y provocado a cultivar las viñas, es decir, a instruir y multiplicar los pueblos fieles, que de esas mismas viñas ordenaste que se alejaran las astucias podridas de los que atacan, como zorras, porque quisiste que te mostrara mi rostro, aunque aún no me has prometido claramente mostrarme tu rostro, sino que me hablas del conocimiento de ti, en parte, como a través de ventanas y celosías, te ruego que te vuelvas frecuentemente de la instrucción general, para iluminar más sublimemente los corazones de los perfectos, y como el raro, pero con deleite de los que contemplan, suele ser el avistamiento de una gacela o un cervatillo en los montes, así presentes tus huellas de grandeza en las mentes elevadas, aunque sea de cualquier manera.

Te ruego que la dulzura de la vida inmortal, que prometes a todos mis miembros en la retribución, la reveles también a algunos en el camino, aunque sea de lejos, para contemplarla. Además, el nombre de los montes se adapta a las mentes de aquellos que han aprendido a abrir los ojos del corazón a la contemplación de las cosas celestiales; cuando se dice, Sobre los montes de Bether. Bether, en efecto, se interpreta como casa que se levanta, o casa de vigiliat; y quienes se elevan más diligentemente que los demás en deseo de las cosas celestiales, quienes vigilan más cuidadosamente para recibirlas, con razón ven los secretos celestiales más excelentemente que los demás. Pero si se lee, como tienen algunos códices, Sobre los montes de Bethel, es decir, casa de Dios, no tiene en absoluto ninguna cuestión; pues está claro que los corazones de los justos se llaman correctamente montes de la casa de Dios, en distinción, sin duda, de los montes de Samaria y de Esaú, y de otros semejantes, es decir, de los herejes y de todos los soberbios. En otra edición, por este nombre, hemos visto escrito en latín, Sobre los montes de los jugos y aromas, lo cual también se adapta a las mentes de los santos, que no están secas por pensamientos superfluos, sino que, como el árbol aromático, siempre están refrescadas con los jugos saludables de la dulzura interna y la caridad: de los cuales, en efecto, jugos y aromas, a menudo en este volumen se ha significado bajo el nombre de incienso, mirra y áloe, y otros semejantes. Pero como los amantes de la verdad, no solo vienen de los judíos, sino también de los gentiles, y de ambos pueblos se reúne una sola Iglesia de fieles, queda en el cántico de amor, después de la vocación de Judea, y la dulcísima conversación con su Redentor, también relatar especialmente cómo la gentilidad alcanzó el conocimiento de la salvación, con cuánto amor la mantuvo una vez encontrada. Sigue, por tanto, la voz de la amada de la Iglesia de los gentiles.

### CAPÍTULO III.

XI. En mi lecho por las noches busqué, etc. Desde hace mucho tiempo, dice, con mucho empeño busqué al Señor, a quien ahora mi alma ama completamente; a quien incluso entonces, aunque aún no conocido, amó, en cuanto amó la razón de la sabiduría, la verdad y el culto divino. Pero porque en mi lecho busqué, es decir, aún sometida a los placeres de mi carne, porque por las noches, es decir, en las tinieblas de la profunda ignorancia busqué (pues no me mostró ángel, ni profeta, ni ningún doctor indudable la luz del conocimiento divino), no pude prevalecer en encontrar a quien buscaba. Lo cual, cuando lo comprendí en verdad, no propuse en mi ánimo haber obtenido la invención de la verdad que buscaba, decidí levantarme del lecho de los placeres carnales, prepararme para el trabajo de la búsqueda saludable, recorrer tierras y mares, acudir a las enseñanzas de todos, tanto en público como en privado, a quienes escuchara más sabios, y si encontraba algo de verdadera sabiduría, y si en algún lugar algo cierto que condujera a la eterna bienaventuranza, buscarlo diligentemente. Pero aunque recorriendo el mundo con mucho trabajo, discerniendo las palabras de los sabios, no pude aprender nada cierto e indudable sobre el camino de la verdad, estos fueron los votos de la gentilidad, deseando conocer a Dios, pero aún no conociéndolo, lo atestiguan los estudios de los filósofos, que por la búsqueda de la verdad y la sabiduría recorrieron tantas tierras, escribieron tantos volúmenes, lo atestigua la Escritura, que dice, Los atenienses y todos los extranjeros huéspedes no se ocupaban de otra cosa, sino de decir o escuchar algo nuevo. Lo atestigua el sermón del Apóstol, que en la corte de esos mismos atenienses, perorando, dijo, Pasando y viendo vuestros ídolos, encontré un altar en el que estaba escrito, AL DIOS DESCONOCIDO. Lo que, pues, ignorando adoráis, esto os anuncio. Dios que hizo el mundo y todo lo que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos (Hechos XVII). Lo atestigua la devoción de Cornelio el centurión, que aprendió a buscar con oraciones y limosnas el conocimiento del culto divino. Lo atestigua de nuevo la obra del etíope, que viniendo de los confines de la tierra al templo del Señor, acudió

a adorar a quien no conocía, y ardía con tanto amor por la verdad que ignoraba, que sentado en su carro se dedicaba a las lecturas, que la fama más frecuente divulgaba que eran divinas. Pero viendo el Señor esta insistencia suya en la búsqueda de la verdad, se dignó finalmente manifestarse a quien lo buscaba desde hace mucho tiempo, y a quien le había inspirado que buscara, le concedió que encontrara. Según lo que Él mismo prometió hace tiempo por el profeta, diciendo: Los pobres y necesitados buscan agua, y no la hay, su lengua se secó de sed. Yo, el Señor, los escucharé, el Dios de Israel no los abandonaré. Abriré ríos en las cumbres de los montes, y fuentes en medio de los campos (Isaías XLI): aquellos mismos ríos que el salmista sediento decía, Como el ciervo desea las fuentes de agua, así desea mi alma a ti, Dios (Salmo XLI): aquellos ríos que Él mismo promete a sus fieles, diciendo, El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva (Juan VII). De donde correctamente se añade:

Me encontraron los vigilantes, que custodian la ciudad, etc. Los vigilantes, en efecto, que custodian la ciudad, son los pregoneros de la verdad, que a la custodia de la santa Iglesia, que se difunde por todo el mundo, siempre están atentos con piadosa solicitud, y con la palabra de la predicación, para que no sea corrompida por los infieles, insisten. Estos, por tanto, encontraron a la gentilidad solícita en la búsqueda de la verdad, y le mostraron lo que buscaba, cuando Felipe abrió al eunuco la luz del Evangelio, y con la ciencia de las palabras proféticas, que él mismo leía, lo instruyó; Pedro llenó a Cornelio con los suyos de la gracia celestial, que tanto deseaba; Pablo hizo conocido a los atenienses el Dios que ignorando adoraban; otros mostraron a otros la presencia de su Creador, largamente buscada y deseada. Como si la gentilidad, que iba a ser transformada en la esposa de Cristo, dijera a los vigilantes de la ciudad, ¿Han visto al que ama mi alma? cuando a los doctores que venían a ella les prestaba oído con mucho gusto, y ansiosamente procuraba discernir si el camino que predicaban era de verdad.

Un poco después de haberlos pasado, etc. Quien desea disfrutar de la doctrina de la verdad, no debe tocarla de manera superficial y negligente: pues quien desea que venga el amado, es necesario que pase solícitamente a los predicadores de su nombre, y se inserte familiarmente en sus reuniones, para que así merezca alcanzar más de cerca el conocimiento de aquel a quien predicaban. Pues también decimos que hemos pasado un libro cuando lo hemos leído hasta el final. De donde el ángel dijo a Daniel sobre los misterios que veía, Pasarán muchos, y la ciencia se multiplicará (Daniel XII). Un poco después de haberlos pasado, dice, encontré al que ama mi alma. Pues el buscador de la verdad debe pasar a los vigilantes, es decir, mezclarse y unirse a las reuniones de los doctores fieles, y recorrer frecuentemente sus dichos o escritos con meditación. Lo cual, cuando lo hace un poco, inmediatamente encuentra al amado que buscaba, porque según la voz de Pablo e Isaías, El Señor hizo una palabra abreviada sobre la tierra (Romanos IX), aquella que dice, El que creyere y fuere bautizado, será salvo (Marcos XVI). Y de lo que el Apóstol dice, Pero ¿qué dice la Escritura?, dice, La palabra está cerca de ti, en tu boca. Esta es la palabra de fe que predicamos; que si confiesas con tu boca al Señor Jesús, y crees que Dios lo resucitó de los muertos, serás salvo (Romanos X).

Tenui eum, nec dimittam, etc. Tanto más intensamente, dice, he sostenido al que encontré, cuanto más tarde encontré a quien buscaba. Profeso que nunca lo dejaré, sino que siempre perseveraré y progresaré en su amor, esforzándome por revocar a la fe de su nombre incluso a la Sinagoga, por la cual recibí la audición de la palabra y el ministerio de la regeneración. Es sabido que al final de los tiempos, Judea recibirá la fe que ahora combate con perfidia, lo cual no puede suceder de otra manera que a través de la doctrina y el ministerio de aquellos que

entonces se encuentren fieles entre las naciones. Pues el Apóstol dice claramente: Porque una parte de Israel ha caído en ceguera, hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado, y así todo Israel será salvo (Rom. XI). Ciertamente, lo que dice la Iglesia, *Tenui eum, nec dimittam, donec introducam illum in domum matris meae, et in cubiculum genitricis meae*, no debe entenderse como si ella fuera a dejar a Cristo después de haber instruido al pueblo de la Sinagoga en la fe de su nombre, sino más bien que lo ama con tal afecto, busca con tal diligencia lo que es suyo, que incluso se esfuerza por someterle al pueblo emparentado, según aquello del Salmista: Nuestros ojos están hacia el Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros (Sal. XXIV). Pues no hay razón alguna para que quien levanta los ojos a Dios para pedir misericordia, después de recibir finalmente la misericordia, los vuelva hacia abajo, ya que el mayor indicio de la misericordia recibida es que uno tenga siempre los ojos fijos en Dios y contemple su gloria sin fin. Cabe señalar que la serie de este capítulo, incluso según la letra, se cumplió en María Magdalena, quien también sostuvo el tipo de la Iglesia: pues cuando el Señor, a quien amó con toda su mente mientras vivía, le fue sustraído de la vista por la muerte y sepultura, lo buscó en su lecho, retenida por su amor de tal manera que ni siquiera al descansar sus miembros, la memoria de él se desvanecía de su pecho. Lo buscó durante las noches, es decir, las dos en las que él reposaba en el sepulcro; sin embargo, no lo encontró, porque aún no había llegado el tiempo de resucitar. Se levantó de madrugada con aromas, y buscándolo con diligencia llegó al sepulcro; y ni siquiera así encontró de inmediato a quien buscaba, sino que primero la encontraron los ángeles, guardianes de la Iglesia. Preguntándoles sobre el Señor y oyendo que había resucitado, finalmente llegó a su visión. Lo sostuvo, y no lo soltó más, a quien reconoció verdaderamente haber vencido a la muerte. Y se apresuró a introducirlo en la casa de su madre, porque proclamó su resurrección a la congregación de los discípulos, quienes la precedieron en Cristo y la habían incitado a la piedad con sus ejemplos.

Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas, etc. Si miramos los versos anteriores, no encontraremos en ellos que la esposa haya llegado al descanso o al sueño, sino más bien que, saltando del lecho, llegó a la invención de su amado con el máximo esfuerzo de búsqueda. ¿Y cómo ahora el mismo amado hijo de Jerusalén las conjura para que no la despierten ni la hagan vigilar, a menos que tal vez porque el alma, como sumida en un sueño felicísimo, sabe descansar en el amor divino? Así como quien duerme ha cerrado los ojos del cuerpo a las cosas exteriores y ha abierto con frecuencia los ojos del corazón a la visión de lo oculto; así, ciertamente, así el alma dedicada al amor supremo se aleja de las preocupaciones de lo visible, para que despierte más perfecta y libremente en la contemplación de lo invisible. Y no es de extrañar que el amor se compare con el sueño, porque aparta el sentido de la mente del apetito de lo visible y lo convierte en el deseo de lo invisible, ya que incluso se compara con la muerte, como dice este mismo cántico, Fuerte es como la muerte el amor: porque ciertamente así como la muerte destruye el cuerpo, así la claridad de la vida interna mata las deleitaciones exteriores. Por lo tanto, con razón se conjuran las hijas de Jerusalén, es decir, las almas de los fieles que suspiran con ansiosa mente por la sociedad de los ciudadanos celestiales, para que no despierten a la amada, es decir, para que no impidan con irrupción inoportuna a la mente devota a Dios de la intención del deseo celestial. Lo cual también puede entenderse correctamente del estado general de la Iglesia, cuya paz perturbar es contradecir la voluntad de Cristo: de lo cual, porque ya se ha dicho abundantemente arriba, ahora basta decirlo más brevemente. Solo que el lector recuerde esto, que este versículo se repite en el cántico del amor, para que el Señor designe que no tiene menos cuidado de la Iglesia reunida de entre los gentiles que de la de los judíos, sino que lleva igual solicitud por la paz de ambas, ya que ambas se reúnen en una sola casa y familia suya muy amada. Y ciertamente Judea una vez creyó que solo ella era amada por Dios, que solo a ella se le debía

confiar la palabra de salvación, no también a las naciones incircuncisas, como atestigua Lucas, quien dice: Y oyeron los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea, que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. Y cuando Pedro subió a Jerusalén, disputaban contra él los que eran de la circuncisión, diciendo: ¿Por qué entraste a casa de hombres incircuncisos y comiste con ellos? Y en otro lugar, El siguiente sábado casi toda la ciudad se reunió para oír la palabra del Señor. Pero viendo los judíos las multitudes, se llenaron de celos y contradecían lo que Pablo decía (Hechos XI). Por lo tanto, lo que conjura a las hijas de Jerusalén para que no despierten a la amada, también puede entenderse así, que les ordena a aquellos que de los judíos han precedido en la fe, que no inquieten ni contradigan la salvación de aquellos que de la incircuncisión han venido a la fe. Donde también lo que dice, Hasta que ella quiera, puede entenderse así, que la misma Iglesia de entre los gentiles se sometería espontáneamente a vigiliyas y trabajos por el Señor. Por lo cual, inmediatamente se añade la admiración de las mismas hijas de Jerusalén, porque la gracia del Espíritu Santo ha sido derramada sobre las naciones.

XII. ¿Quién es esta que sube por el desierto? etc. ¿Quién es esta, dicen, digna de tanta alabanza, de qué milagro, que no ha sido purificada por el misterio de la circuncisión, no ha sido aún lavada en la fuente de la regeneración, y ya está perfundida con la nueva gracia del Espíritu Santo, ya habla en lenguas y magnifica a Dios? lo cual nunca recordamos que haya sucedido en nuestra gente, desde que se dio a los padres el testamento de la circuncisión, o se nos dio el baño del bautismo. Que sube por el desierto: sube de las bajas voluptuosidades a las altas virtudes, levantando los ojos a los montes eternos; más bien levantando, y deseando llegar a aquel que habita en el cielo. Sube, sin embargo, por el desierto, es decir, por medio de aquellas naciones que no eran fecundas en fruto de virtudes, a las cuales ningún profeta del pueblo de Dios, ningún patriarca, ningún ángel que llegara, había instruido en el culto de una vida más saludable; cuya fe es de mayor milagro, porque esta, recién reconocida y recibida, la guarda invenciblemente, según lo que en su alabanza el mismo Señor testifica, diciendo: Sé dónde habitas, donde está el trono de Satanás, y mantienes mi nombre, y no has negado mi fe (Apoc. II). Esto se dijo como ejemplo del pueblo israelita, que liberado de las tinieblas de la servidumbre egipcia, subió por el camino del desierto a la tierra de la promesa. Por lo tanto, el desierto también puede entenderse correctamente en buen sentido, es decir, designar aquella conversación que, separada de las seducciones del mundo, está dedicada solo a escudriñar la ley de Dios y a la observancia de los preceptos celestiales, que hambrienta y sedienta de justicia, se alimenta solo del maná de la palabra celestial, y bebe de la fuente de vida que emana de la roca espiritual. De aquí, cantando con ansia y ardor: Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela en tierra seca y árida, donde no hay agua (Sal. LXII). Por lo tanto, la Iglesia sube por el desierto, para llegar al reino prometido; pero también se muestra cómo sube, cuando se añade, Como columna de humo de aromas. El humo suele nacer del fuego, nacido buscando las alturas, consumirse, y poco a poco alejarse de las vistas humanas. A semejanza de esto sube la Iglesia, que encendida por el fuego del Espíritu Santo en el amor de su Creador, con todo esfuerzo de virtudes tiende a lo celestial; ni desiste de lo comenzado, hasta que abstraída de las cosas humanas, es arrebatada a los gozos invisibles de la vida celestial; y así como el humo en un mismo tiempo suele en parte surgir, en parte desaparecer en las alturas donde había surgido, así la Iglesia hasta el fin de los tiempos en algunos de sus miembros siempre se engendra nueva por la gracia del Espíritu Santo; en algunos, que antes habían nacido para Dios, siempre se recoge a lo celestial. Que con razón no se asemeja absolutamente al humo, que puede difundirse en cualquier dirección, sino a una columna de humo, para que se signifique tanto la unidad de su fe, como su simple ascenso a lo alto. Sin embargo, de los enemigos de Dios, que no se elevan por ninguna mirada de deseo celestial, sino solo por el orgullo de la soberbia, se dice que tan pronto como

sean honrados y exaltados, se desvanecerán como el humo; y porque así como en la mente de los perversos arde la codicia del mundo, al contrario, en el corazón de los buenos arde y humea la virtud, con razón cuando dijo, Como columna de humo, añadió:

De aromas de mirra, etc. La mirra, que es apta para embalsamar cuerpos, como también lo prueba la disposición sacrosanta de la sepultura del Señor, indica la continencia de la carne. El incienso, que suele encenderse en oraciones a Dios, expresa la virtud de la oración; como también el salmista testifica orando, Diríjase mi oración como incienso delante de ti (Sal. CXL). Todo el polvo del perfumista, designa todas las obras de virtud, que por eso no se comparan con perfumes enteros, sino reducidos a polvo, para que seamos advertidos de discernir con cuidadosa intención los bienes que hacemos, y de examinar con el tamiz de la discreción solícita para que no quede en ellos nada inapropiado. El perfumista, que prepara y criba este polvo, puede entenderse tanto como el mismo hombre que se dedica a las virtudes, como el Señor, dador de las virtudes. Cabe señalar que al mencionar los aromas, correctamente primero nombra la mirra, luego el incienso y finalmente todo el polvo del perfumista, según aquel orden que también el Señor pone en el Evangelio, diciendo: Sean ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas (Luc. XII). Lo cual es decir con otras palabras, Apártate del mal, y haz el bien (Sal. XXXIII). Mortifica las concupiscencias de la carne, y ofrece a Dios votos agradables del corazón. Por lo tanto, la amada del celestial esposo sube por el desierto, como columna de humo de aromas de mirra, incienso y todo el polvo del perfumista, porque ya sea la santa Iglesia, ya sea cualquier alma perfecta, crece diariamente en los altos de las virtudes, que por la llama de la caridad devuelve a su autor la fragancia suavísima de la continencia y la oración, más bien de todos los frutos del Espíritu; aunque también puede entenderse correctamente que la amada de Cristo sube, como columna de humo de aromas de mirra, incienso y todo el polvo del perfumista, porque una y la misma Iglesia suya se construye de muchas personas fieles, que florecen en diversas virtudes, algunas a semejanza de la mirra se dedican más a mortificar las voluptuosidades de la carne, a ejemplo de aquel que dijo, Castigo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre (I Cor. IX); algunas a figura del incienso se dedican especialmente a las oraciones frecuentes, otras se esfuerzan en ofrecer a Dios otros frutos de buenas obras: sin embargo, todas inflamadas por el mismo fuego del Espíritu, como una sola columna de humo, buscan con indiscriminado celo y devoción común las alturas de la vida celestial. No debe parecer contrario al lector estudioso, sino bastante coherente, que la misma amada se mencione tanto como entregada al sueño, como subiendo por el desierto: pues se muestra que duerme, cuando se conjura a las hijas de Jerusalén para que no la despierten. Y las mismas hijas de Jerusalén testifican que sube, cuando inmediatamente responden, ¿Quién es esta que sube por el desierto? Al mismo tiempo duerme y sube, cuando se aleja de las preocupaciones exteriores y deseos carnales, y se aproxima a la visión de su Creador mediante los progresos de buena obra o pensamiento; que cuando se dice que sube por el desierto, a dónde sube, o cuál es la causa de su ascenso se insinúa, cuando con la voz de la misma que sube, la Iglesia, se añade.

XIII. He aquí, el lecho de Salomón, etc. Al lecho y al banquete de Salomón, es decir, del rey pacífico, a saber, nuestro Señor y Salvador, es su ascenso: lecho en el que repose perpetuamente en paz; banquete del que se alimente sin fin con los manjares de la vida. La causa del ascenso es que el medio del banquete al que asciende está cubierto de amor; al cual, aunque el ascenso sea púrpura, es decir, teñido de gran lucha, sin embargo, la dulzura del amor que se reconoce en él, invita mucho a las hijas de Jerusalén, es decir, a las almas de mente religiosa, a ascender a él. Por lo tanto, el lecho de Salomón es la gloria de la bienaventuranza suprema, en la que el mismo rey de la paz reposa perpetuamente con sus santos; al cual lecho la amada del mismo rey, es decir, la Iglesia, tiende diariamente por el

desierto del mundo, y en parte ya ha llegado, en cuanto ha enviado a sus fieles a las recompensas futuras. Llegará, sin embargo, en su totalidad, cuando en la consumación del mundo el mismo Creador y rey de la misma ciudad celestial reúna a sus elegidos de los cuatro vientos, y como dice en otro lugar, Se ciña, y los haga reclinar, y pasando les sirva. Pero también en esta vida el lecho de Salomón es la conversación tranquila de los santos, y apartada de los tumultos mundanos, que, habiendo ya reprimido o sosegado los conflictos de los vicios, imita la felicidad de la paz perpetua. De aquí que también el profeta dice, Y fue en paz su lugar, y su habitación en Sion (Sal. LXXI), es decir, en la sublime especulación de los bienes futuros. Y el apóstol Pedro, Si sois vituperados en el nombre de Cristo, bienaventurados seréis; porque el Espíritu de gloria de Dios reposa sobre vosotros (I Pedro IV). A ambos lechos conviene adecuadamente lo que se dice, Porque el lecho de Salomón está rodeado de sesenta valientes de los más fuertes de Israel, porque tanto la paz y tranquilidad presente de la Iglesia es defendida por los santos predicadores contra los ataques de los herejes, como la paz interna de la patria celestial es contemplada por los más perfectos con intención fija. Bien se dice, por lo tanto, de aquel lecho del rey de la paz que lo rodean valientes. Bien se añade repitiendo, De los más fuertes de Israel. Israel, en efecto, se interpreta como varón que ve a Dios; porque quienes desean ya sea defender la paz presente de la Iglesia predicando, o contemplar la que está en los cielos, deben vigilar, estar firmes en la fe, actuar virilmente, fortalecerse, y esforzarse por hacerse dignos de la visión divina. De los más fuertes, dice, de Israel; porque todos los que tienden a los gozos de la visión divina, con razón se cuentan con el nombre de Israel. Pero los más fuertes, dice, en ellos son, ciertamente aquellos que ya sea se elevan por el don celestial de la especulación, o asumen el ministerio de la predicación que debe llevarse a cabo correctamente. Que también se designan adecuadamente con el número sesenta, porque tales ciertamente esperan el denario de la retribución eterna por la perfección de la buena obra: pues en seis días Dios perfeccionó el ornato del mundo, y el séptimo descansó de sus obras, con razón el número seis insinúa la luz de la acción perfecta, por la cual se espera el descanso eterno. Que las recompensas de las buenas obras se figuren con el número diez, lo sabe todo aquel que sabe por qué los que trabajan en la viña de Cristo recibieron un denario como recompensa.

Todos empuñan espadas, etc. Aquellos que empuñan espadas de los que el Apóstol dice: Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios (Efes. VI), muy diestros en aquellas batallas de las que el mismo advierte, diciendo: Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo; porque no tenemos lucha contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, etc. (Ibid.). Y correctamente muy diestros, porque necesitan gran arte de guerra, quienes encerrados en carne, situados en la tierra, luchan contra las maldades espirituales en los cielos con gran arte, más bien necesitan gran gracia de Dios, cuando contra el arcángel, excitado a guerras por tantos miles de años, lucha la fragilidad de la carne.

Cada espada de cada uno sobre su muslo, etc. Por el muslo suele designarse la descendencia carnal; de ahí que esté escrito: Eran todas las almas de los que salieron del muslo de Jacob setenta (Éxodo I). Los soldados de Cristo llevan la espada sobre el muslo cuando reprimen el movimiento de las voluptuosidades carnales con la severidad de la palabra espiritual. Y esto por los temores nocturnos, es decir, para que las insidias del tentador antiguo no los derroten si los encuentran desprevenidos y desarmados, para que, una vez vencidos, el lecho del verdadero Salomón, que debieron custodiar, no sea profanado; lo cual puede entenderse igualmente de ambos lechos del Rey eterno que mencionamos, es decir, tanto de la paz presente de la Iglesia como de la futura. Temen los santos doctores que el estado presente de la Iglesia sea violado por las tinieblas de los herejes; temen aquellos que han acostumbrado

abrir el ojo de la mente a la contemplación de los gozos futuros, que la luz de la revelación divina sea oscurecida en ellos por la perturbación demoníaca. Si los más fuertes de Israel, en quienes no hay engaño, que son los más doctos en la guerra, llevan la espada sobre el muslo por los temores nocturnos, ¿qué debo hacer yo y los que son como yo? ¿Con cuánto temor debemos servir al Señor, siendo menos doctos para la lucha espiritual y menos fuertes para realizar lo que decimos? Un solo refugio nos queda, adherirnos a aquel en quien es seguro que no puede ser vencido, poner nuestra esperanza en él, buscar su defensa con el profeta, diciendo repetidamente: El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? (Salmo XXXVI). Mi luz, para que me instruya en la batalla; mi salvación, para que me haga fuerte e invencible en la guerra. Si perseveramos predicando, tal vez también nosotros merezcamos oír con el mismo profeta: Su verdad te rodeará como un escudo; no temerás el terror nocturno (Salmo XC). Algunos fuertes que rodean el lecho de Salomón se interpretan como ángeles que luchan por la paz de la santa Iglesia contra las potestades aéreas, lo cual parece contradecir lo que se dice: Cada espada de cada uno sobre su muslo; pues, ¿cómo pueden contener con la espada de la continencia la tentación de la carne, o enumerarla, quienes no tienen naturaleza carnal de la cual subsistan? Dice, pues, la Iglesia venida de los gentiles: He aquí que el lecho de Salomón está rodeado por setenta fuertes de los más fuertes de Israel, etc.; como si dijera claramente: ¿Por qué os maravilláis, oh hijas de Jerusalén, es decir, pueblos creyentes de Judea, de que yo ascienda por el desierto de las virtudes como un aroma fragante? Ved que el rey pacífico, a cuya compañía me apresuro, está seguro de las insidias de los malvados, y sólo es accesible a los buenos ese lecho de su íntima quietud, al cual me apresuro a llegar. Pero si os deleita escuchar más sobre sus riquezas, os las relataré.

El rey Salomón se hizo un lecho, etc. Se llama lecho porque lleva los cuerpos de los que se sientan o se reclinan en el banquete, o porque suele ser llevado de un lugar a otro según la oportunidad de los tiempos. Con razón se compara a la santa Iglesia, que eleva a los creyentes a las delicias de la eterna bienaventuranza y ella misma es llevada por todo el mundo por el ministerio de sus predicadores. Este lecho lo hizo el Señor de maderas del Líbano, porque construyó la Iglesia con almas fuertes de ánimo y constancia. Las maderas del Líbano sobresalen mucho por su altura, belleza y naturaleza incorruptible.

Hizo sus columnas de plata. Santiago, dice, Cefas y Juan, que parecían ser columnas. Estas columnas las hizo de plata, porque instituyó a los santos doctores con la claridad de la palabra celestial para confirmar la fe y elevar el estado de la Iglesia.

Reclinatorio de oro. Hizo un reclinatorio en el lecho cuando prometió a los fieles la esperanza de un descanso perpetuo. Tomad, dice, mi yugo sobre vosotros; y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas (Mateo XI). Y este reclinatorio lo hizo de oro, porque nos preparó el resplandor de la gloria de la visión divina eterna. De aquí se dice: Pero el que me ama será amado por mi Padre; y yo lo amaré y me manifestaré a él (Juan XIV).

Ascenso púrpura. La verdadera púrpura se tiñe con la sangre de los moluscos. El ascenso del lecho de Salomón es púrpura, porque nuestro Rey y Señor nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre (Apocalipsis I). Y no se encuentra otro ascenso al lecho que no sea púrpura, porque nadie entra en la Iglesia si no está imbuido de los sacramentos de la pasión del Señor. Por eso él mismo dice: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día (Juan VI).

Lo cubrió en medio con amor, etc. Con el mismo amor con el que sufrió por nosotros: nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV). Y como dice el Apóstol: Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por los impíos (Romanos V), pues por este amor preparó el lecho de su Iglesia, donde las almas fieles descansan suavemente, porque la llenó toda interiormente con el amor de las cosas celestiales. Y esto es lo que añadió: Por las hijas de Jerusalén, es decir, por las almas ardientes de deseo celestial. Cuanto más Dios mostró su amor por nosotros sufriendo por nosotros, tanto más encendió a muchos para que lo amaran y sufrieran por él. El ascenso púrpura puede entenderse especialmente en aquellos que derramaron su sangre por Cristo. Que correctamente se dice que ascendieron al reclinatorio de oro por el ascenso púrpura, porque llegaron al amor del descanso perpetuo a través del trabajo, por el arte de la tribulación. A quienes se les aplica adecuadamente lo que sigue, porque lo cubrió en medio con amor. Por eso están dispuestos a derramar su sangre por el Rey celestial, porque él inflamó con su amor el medio de su lecho, es decir, sus corazones. De donde el Apóstol, al describir el ascenso púrpura del lecho, diciendo: Pero también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, y la paciencia, prueba, inmediatamente se preocupó por añadir sobre el reclinatorio de oro, diciendo: Y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza. Y luego concluyó sobre el amor con el que están cubiertos en medio, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones (Romanos V). Por lo tanto, a las hijas de Jerusalén que se maravillan y alaban a la Iglesia de los gentiles, que asciende al cielo como una vara de humo de aromas, él mismo les da las razones de su ascenso, explicando que el lecho del rey pacífico, al que se apresura, está seguro de los ataques de los malvados; y que su lecho, donde espera ser restaurada, aunque el ascenso sea arduo, tiene un reclinatorio resplandeciente como el oro; y cubierto en medio con amor, por lo cual se apresura a ascender, sabiendo que Dios es amor, y el que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios en él (1 Juan IV). Dicho esto, con un orden admirable y decente, después de haber narrado los dones de su rey, también comienza a proclamar su aspecto y ornamento, invitando a todos a verlo, y después de haber sido llamada ella misma, se preocupa por llamar a otros, asumiendo el oficio de evangelizar, cuando se añade a continuación:

Salid y ved, hijas de Sion, al rey Salomón. Las hijas de Sion son las mismas que las hijas de Jerusalén, es decir, las almas que suspiran por los gozos de la patria celestial. Sion significa atalaya o vigilante, Jerusalén significa visión de paz: ambos nombres son apropiados para los habitantes de la misma ciudad celestial, donde disfrutaban de paz perpetua y contemplan siempre el rostro de su Creador. Salid, pues, dice, hijas de Sion, y ved al rey Salomón. Salid de la turbulenta conversación del mundo, para que podáis ver al rey de la paz; salid con la mente y la acción de en medio de Babilonia, vosotros que deseáis tener parte en la Jerusalén celestial, según el precepto del mismo verdadero Salomón, que dice: Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados; por lo cual él mismo, deseando separarnos de la sociedad del mundo y provocarnos a los gozos celestiales, quiso sufrir por nosotros fuera de los muros de la ciudad, como el Apóstol lo expone bellamente y plenamente, diciendo: Jesús, para santificar al pueblo por su propia sangre, sufrió fuera de la puerta; salgamos, pues, a él fuera del campamento, llevando su oprobio. Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la futura (Hebreos XIII). Y puesto que nuestro mismo Señor Jesucristo debe ser confesado no solo como verdadero Hijo de Dios, sino también como verdadero Hijo del hombre: Hijo de Dios, nacido eternamente antes de los siglos; Hijo del hombre, hecho en el fin de los siglos en el tiempo, correctamente, después de haber dicho: Ved, hijas de Sion, al rey Salomón, se añade inmediatamente.

Con la diadema con que lo coronó su madre. Esto es decir claramente: Ved al Señor en la humanidad que, asumida de la Virgen Madre, colocó a la derecha de la majestad paterna. Su madre lo coronó con la diadema cuando la bienaventurada e inmaculada virgen, concibiendo del Espíritu Santo, le proporcionó la materia de esa carne sacrosanta de su carne, en la cual, apareciendo al mundo y habitando entre nosotros, destruiría el reino de la muerte muriendo, y nos restauraría la vida resucitando, y al ascender al cielo, sublimaría con la gloria del reino eterno. Viendo, pues, las hijas de Sion al rey Salomón en su natural decoro, también la diadema con que lo coronó su madre, se maravillan asombradas, porque los elegidos, mientras creen y confiesan la gloria del Hijo de Dios igual al Padre y al Espíritu Santo, también reconocen que la ascensión de la naturaleza humana, en la cual venció el imperio de la muerte, ha sido glorificada eternamente, no por su propia potencia sustancial, sino por la operación del Verbo que la asumió, es decir, del Hijo único de Dios; cuya visión de la diadema una de las hijas de Sion, y ella misma la más noble, ya salida de los confines del deseo terrenal, admirada en sumo grado decía: Pero vemos a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles, coronado de gloria y honor a causa del sufrimiento de la muerte (Hebreos II).

En el día de su desposorio, etc. En el tiempo de su encarnación, cuando para unirse a la Iglesia salió del vientre virginal como un esposo de su tálamo, que fue el día de la alegría de su corazón, porque se alegraba de que el mundo, por la dispensación de su misma encarnación, fuera llevado al conocimiento y visión de la divinidad eterna. De ahí que cuando muchos acudieron a su fe, está escrito: En aquella hora se regocijó en el Espíritu Santo, y dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las revelaste a los niños (Lucas IX). De ahí que el mismo Redentor, habiendo llevado al género humano a las alturas por su sangre, habla a los ciudadanos del cielo, diciendo: Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido (Lucas XV). Porque, pues, las hijas de Jerusalén admiradas decían sobre la llegada de la esposa: ¿Quién es esta que sube por el desierto, etc.; ella responde adecuadamente alabando el lecho, alabando el lecho del esposo, alabando finalmente al mismo esposo, a cuyo abrazo se apresura. Recuerda la humanidad asumida por ella en Dios, que en el tiempo de su respuesta creó el misterio de la madre incorrupta; para mostrar que con razón anhela la gloria de su visión divina, por la cual él mismo había asumido el hábito de la naturaleza humana. Por lo cual, merecidamente, quien tanto se sometió a las alabanzas de su Redentor, quien invita a sus cohortes, es decir, a las hijas de Sion, a alabarle con la intención de un afecto maternal, ella misma también recibió una digna recompensa de alabanza de su mismo esposo y Redentor; cuya voz se añade.

#### CAPÍTULO IV.

XIV. ¡Cuán hermosa eres, amiga mía! etc. Dijo que la Iglesia es hermosa, repite que es hermosa, porque la vio ser digna de alabanza tanto en acción como en predicación. En acción, es decir, cuando asciende hacia él por el desierto, como una vara de humo de aromas; en predicación, cuando se esfuerza por hacer ascender a su compañía incluso a sus vecinas, diciendo: Salid y ved, hijas de Sion, al rey Salomón. Y correctamente primero en acción, luego en predicación, según el ejemplo, es decir, de aquel de quien está escrito: Lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar (Hechos I).

Tus ojos son de palomas, etc. Tus sentidos son excelentes y venerables en la contemplación de las cosas espirituales, por los cuales también mereciste ver y conocer mis dones, que recientemente expusiste; mi diadema, que predicaste. Porque, como mencionamos antes, el

Espíritu Santo apareció en forma de paloma, con razón se significa con su nombre la gracia espiritual.

Sin contar lo que está oculto en el interior. Sin la invisible retribución en los cielos, que aún no puede ser vista por ti mientras peregrinas en la tierra. Esta es una belleza de gloria mayor que no puede ser dignamente estimada en el presente. Y es hermoso que, donde alaba la simplicidad de sus ojos, es decir, el conocimiento de los ocultos en ella, allí la llame amiga, según lo dicho por el Señor: Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer (Juan XV).

Tus cabellos son como rebaños de cabras, etc. Si en los ojos de la esposa se entiende correctamente la agudeza de los sentidos espirituales, no es inconveniente que en los cabellos se tome la pureza innumerable de las cogitaciones generales, que en los santos, aunque a veces se hacen por la dispensación de lo temporal, nunca dejan de hacerse con la intención de las cosas celestiales. Porque está escrito que Pablo había decidido navegar a Éfeso, para que no se le hiciera demora en Asia. Porque se apresuraba, si fuera posible, a estar en Jerusalén el día de Pentecostés (Hechos XX). Donde usaba tales cogitaciones respecto al viaje terrenal; pero llevaba el mismo viaje terrenal con la intención del premio celestial. Lo mismo debe entenderse de la artesanía de tiendas, que ejercía con Aquila y Priscila, porque eran cogitaciones temporales con las que la cumplían, pero la intención de las cosas eternas era lo que los llevaba a cumplirla, para que con esta obra terrenal ayudaran al ministerio del Evangelio, que era celestial. Por lo cual, adecuadamente, los mismos cabellos de la esposa se comparan a los rebaños de cabras que subieron del monte Galaad. Porque estos son animales puros y suelen escalar las alturas de las rocas o los árboles en busca de pasto, porque, en efecto, las cogitaciones de los elegidos, como dijimos, aunque actúan en lo terrenal, no obstante, se dirigen a lo celestial, y cuando también cuidan de la sustentación de la carne, dirigen la mirada de la mente hacia la salvación del alma y la reconstitución celestial. Leemos en el libro de los Números y de las Crónicas que el monte Galaad tenía pastos muy buenos y fértiles. Lo cual conviene singularmente a ese monte alto y muy fructífero, del cual la misma ciudad construida en él, es decir, la santa Iglesia, suele decir: El Señor es mi pastor, nada me falta, en verdes pastos me hace descansar (Salmo XXII). También es adecuado el nombre del monte, que se llama montón de testimonio. Porque el Señor es el montón de testimonio, ya que en él se recoge y se une la multitud de todos los santos, es decir, de las piedras vivas, que han sido probadas por el testimonio de la fe, como dice el Apóstol. Por lo tanto, los cabellos de la esposa se asemejan a los rebaños de cabras, que pastan en este monte y siempre se esfuerzan por ascender a lo alto, porque ya sea que se trate de las cogitaciones temporales de los elegidos, o de las multitudes más frágiles de la Iglesia, cuanto menos se encuentran libres de culpa, más buscan la ayuda de aquel de quien entienden que serán liberados.

Dientes tuyos como rebaño de ovejas esquiladas, etc. Así como en los cabellos de la Iglesia se designan a los fieles más débiles aún dedicados a actos frágiles, así los más perfectos y aptos para gobernar la Iglesia se designan en los dientes, porque estos destacan en número, aquellos en firmeza; estos alimentan con la palabra internamente, aquellos, aunque menos comprendan los misterios internos, adornan externamente a la Iglesia con buenas obras. ¿No se llama correctamente a Dios de la Iglesia aquel a quien se le dijo: Levántate, Pedro, mata y come (Hechos XX)? Mata, enseñando a anatematizar lo que adoraron en su maldad, e insértalos, convertidos en buenos por la profesión de la verdadera fe, en la unidad de tu cuerpo, que es la Iglesia de Cristo. Y ciertamente, arriba los mismos doctores habían sido designados con el nombre de ojos; pero son ojos porque perciben agudamente los secretos de

los misterios espirituales; dientes, porque corrigen con la palabra de la verdad a los impíos, y a los corregidos y purificados los transfieren a los santos miembros de la Iglesia. Son dientes de la Iglesia, porque preparan el pan de la palabra de Dios para los pequeños de ella, a quienes no les basta para masticar. Las piadosas nodrizas suelen preparar partículas de pan con los dientes y, mientras amamantan, introducir pequeños bocados en las gargantas de los pequeños, hasta que poco a poco, apartados de la leche, los llevan al uso del pan; así la santa madre Iglesia tiene doctores que, como pechos, ministran la leche de la doctrina más suave a los principiantes, y tiene a esos mismos, no ignorantes, para ofrecer el pan de la palabra más fuerte a los que bien progresan. Pero para que progresen correctamente, es necesario que poco a poco los provoquen a aprender cosas más altas, y primero les confíen las más claras de los secretos espirituales, y estas, discutidas con cauta y diligente exposición, como ya masticadas por los dientes, para que haciendo esto con frecuencia, poco a poco los hagan capaces de los misterios internos. Estos dientes se comparan correctamente con un rebaño de ovejas esquiladas que han subido del baño, porque han sido purificados en la fuente del bautismo y despojados de sus bienes. Y ciertamente es de todos ser purificados en el baño de la vida de Cristo, porque a menos que uno nazca del agua y del Espíritu, y lo demás (Juan III). Pero es de los perfectos, y especialmente de aquellos a quienes se les ha confiado el cuidado de apacentar sus ovejas, renunciar a todo lo que poseen. Lo cual se lee que hicieron aquellos primeros y principales dientes de la Iglesia, es decir, los apóstoles, y gran multitud de la misma Iglesia primitiva.

Todos con gemelos, etc. Las ovejas de Cristo dan a luz gemelos, porque todos los que los santos doctores engendran para Dios predicando, los instruyen en el amor gemelo del mismo Dios y del prójimo. Dan a luz gemelos, porque a los discípulos que instruyen, los imbuyen en la ciencia de la fe y de la obra recta. Y no hay estéril entre ellas: no hay entre las ovejas del sumo pastor ninguna que no genere el fruto de la buena obra; entre las cuales hay muchos que se alegran tanto con los frutos de la obra como de la doctrina. Pero tampoco se considerarán estériles aquellos que, lavados en la fuente de la salvación, son arrebatados de esta vida de inmediato. Pues tuvieron la descendencia de la fe, que profesaron por sí mismos o que otros profesaron por ellos; tuvieron también el voto de la buena obra, que habrían ejercido socialmente entre las ovejas de Cristo si hubieran sido esperados. De los cuales está escrito: Consumado en breve, cumplió largos tiempos (Sab. IV). Pues era agradable a Dios su alma; por eso se apresuró a sacarlo de en medio de la iniquidad (Ibid.).

Como cinta escarlata, tus labios, etc. Los labios de la esposa se asemejan a la escarlata, porque la Iglesia no cesa de proclamar el precio de la sangre del Señor con la que fue redimida; sino que canta diligentemente: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gál. XIV). Y es de notar que no se comparan sus labios absolutamente con la escarlata, sino con la cinta escarlata: pues la cinta suele sujetar los cabellos. Si en los cabellos de la esposa se entienden los fieles del pueblo, ¿qué otra cosa se entiende por la cinta que los sujeta y los adapta más adecuadamente a la cabeza, sino la doctrina de la verdad? Con la cual es necesario confirmar las mentes rudas de los creyentes, y aplicarlas más diligentemente al amor y culto de su Creador, para que no se desvíen por actos vanos y huyan del abrazo o adorno de la verdadera cabeza, para que no obstaculicen con una relajación inoportuna a los mismos ojos, es decir, a aquellos que debían mostrarles la luz de la justicia. Pues así como las buenas obras de los discípulos a veces se convierten en ejemplo de virtud para los maestros, así su desidia a menudo causa detrimento en la buena acción de los doctores. Por tanto, como cinta escarlata, tus labios, dice, y tu elocuencia dulce, porque la Iglesia suele fortalecer y como teñir su doctrina, con la que refrena las mentes de los débiles de la lascivia, con la memoria de la pasión del Señor. Pues nada refrena más a los

voluptuosos de los deseos carnales, que cuando oyen o recuerdan que el Señor de la gloria se dignó encarnarse y padecer por ellos. Por lo cual, con razón el Señor considera dulce tal elocuencia, porque lo recibe con mucho agrado cuando nos ve referir y meditar esto mutuamente, para lo cual él mismo descendió del cielo para comunicárnoslo. Y si en los cabellos se figuran los pensamientos, en los ojos los sentidos espirituales de los fieles, el fin de la exposición es el mismo, porque la vagación inextinguible de los pensamientos superfluos no la contenemos más fácilmente que con la memoria del mencionado y siempre recitado sangre del Señor. Pero también a menudo, cuando hemos querido pensamientos nocivos con una mente incauta, y de repente advertidos por Dios, imprimimos la señal de la santa cruz en el pecho, y rechazamos lo que tratamos de manera nefasta, como si nos atáramos los cabellos con una cinta escarlata, porque comprimimos los pensamientos fluctuantes con el trofeo de la sagrada sangre. A los cuales si les falta esta saludable ligadura, desfiguran todo el adorno de la cabeza con su fluctuación, porque turban la tranquilidad de la mente, cubren la agudeza de los ojos, porque nublan la gracia de los sentidos espirituales con la meditación impropia de las cosas carnales.

Como fragmento de granada, etc. Ya hemos enseñado arriba que por las mejillas se designa la vergüenza, porque ciertamente estas suelen cubrirse de un súbito rubor cuando nos sonrojamos. Pero la granada, porque es de color rosado, no inadecuadamente insinúa el misterio de la pasión del Señor, al igual que la escarlata. Pues convenía que el modo de nuestra redención se indicara en el sagrado cántico con repetición frecuente de figuras, así como en las demás Escrituras de la profecía. Por tanto, la santa Iglesia no se avergüenza de la cruz de Cristo, sino que también se regocija en las afrentas y sufrimientos por Cristo, y suele llevar el estandarte de su cruz en su rostro, con razón se recuerda que tiene las mejillas como fragmento de granada. No es vano que no se comparen con una granada entera, sino con su fragmento: en la granada rota, se ve tanto la parte del rubor que se mostraba, como la parte del candor que estaba oculta. Por tanto, la esposa tiene el rubor de la granada en las mejillas, cuando la Iglesia confiesa con palabras el sacramento de la cruz del Señor. Muestra también el candor del mismo fragmento de granada, cuando, golpeada por las presiones, prueba con hechos la castidad de su corazón puro, cuando la misma cruz de su Redentor revela qué gracia salvadora tiene en su interior. Asimismo, muestra el color rojizo en las mejillas, cuando los primeros y más eminentes miembros de ella, es decir, los mártires, derraman su sangre por Cristo; añade también el blanco, cuando ellos mismos, durante el sufrimiento o después de cumplido el sufrimiento, también resplandecen con milagros. No debe pasarse por alto que la granada encierra una gran cantidad de granos bajo una sola cáscara exterior, por lo que también se llama granada, que no pueden verse en la granada entera, pero cuando se rompe, se hace evidente cuán numerosos son. Así, la santa Iglesia, cuanto más se le permite ser quebrantada por los adversarios, tanto más claramente muestra cuántos granos de virtudes abarca bajo el manto de una sola fe. Y correctamente se añade: Sin lo que está oculto en su interior, porque la confesión de la cruz vivificante en la Iglesia pueden escucharla todos, las presiones de la misma Iglesia pueden verlas todos; también el brillo de los carismas, que cura a los enfermos, resucita a los muertos, limpia a los leprosos, expulsa a los demonios, y cosas semejantes, pueden contemplarlas los infieles junto con los fieles, pueden incluso admirarlas. Pero solo ella misma sabe cuánto amor invisible de vida se mantiene, cuánto arde en la visión de su Creador, cuánto en el progreso de sus miembros.

Como torre de David, tu cuello, etc. Y del cuello dijimos arriba que significa a los santos doctores, que siempre aumentan la Iglesia alimentándola con alimentos espirituales y la fortalecen en la fe con palabras de santa exhortación. Pero también esto, que el cuello, colocado en medio, une la cabeza al cuerpo, se adapta adecuadamente a aquellos cuyo

ministerio une la Iglesia a Cristo, quienes entregaron a esta los alimentos de vida recibidos del mismo Señor. De los cuales el Apóstol, recomendando la gracia del Evangelio, dice: Que habiendo comenzado a ser anunciada por el Señor, fue confirmada en nosotros por los que la oyeron (Hebr. II). De él está escrito: Y dio a los discípulos los panes, y los discípulos a las multitudes; y todos comieron y se saciaron (Mat. XIV). Lo cual se hizo corporalmente para que también significara los hechos espirituales del Señor, porque ciertamente el pan celestial de la doctrina, él lo confió a los primeros miembros de su Iglesia, es decir, a los apóstoles, quienes inmediatamente lo ofrecieron al cuerpo de la misma Iglesia que les estaba sujeto, y así, sucediéndose en orden los ministros de la palabra, la plenitud de su salvación llegó a todo el mundo. Este cuello se dice correctamente semejante a la torre de David. Si la ciudad de David es la Iglesia de Cristo, la torre en esa ciudad es la inexpugnable constancia de los predicadores, que para defender los edificios de la fe, para repeler los dardos de los enemigos, han sido contruidos por la mano fuerte y el rey deseable, que significa el nombre de David, con una altura más firme que los demás fieles. Las almenas con las que esta torre está edificada son las defensas de las Escrituras sagradas o de los divinos carismas. Pues asimiló el cuello de la esposa a una torre, cuando el Señor hizo invencibles a los primeros maestros de la Iglesia, dándoles la gracia del Espíritu Santo. Añadió almenas a la torre, cuando les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras (Luc. XXIV), y probaran que las palabras de su predicación eran verdaderas con los dichos de los padres precedentes. Añadió almenas a la torre, cuando también les confirió los dones de hacer señales, para que con nuevas obras de virtudes demostraran que lo que predicaban era divino, y atrajeran más fácilmente a la salvación del alma a aquellos a quienes instruían, curando enfermedades corporales.

Mil escudos cuelgan de ella, etc. Mil escudos que cuelgan de la torre de David son innumerables defensas divinas, con las que los santos predicadores son ayudados por el Señor, para que no puedan ser vencidos por los enemigos, y también enseñan a sus oyentes a ser ayudados contra los ataques de los enemigos, ya sean visibles o invisibles. Toda armadura de los fuertes, toda es instrucción de operación o doctrina celestial, por la cual los mismos doctores no solo evaden, sino que también superan las filas de los espíritus malignos, cuando predicando arrebatan a muchos de aquellos que habían sido engañados y los tenían bajo su dominio, y los transfieren de vasos de ira a vasos de misericordia; y bien, donde se menciona la guerra espiritual, allí se pone como ejemplo la torre de David, no la torre de Salomón, aunque el nombre y la persona de ambos reyes suelen tener muy a menudo la figura del rey eterno: porque David significa fuerte de mano o deseable a la vista, correctamente se designa con este nombre al Señor, donde se enseña a luchar contra los enemigos de la Iglesia, para que ella proceda al combate sin temor, recordando que es ayudada por aquel que no puede ser vencido, y se esfuerce más intensamente por vencer, sabiendo que es deseable el rostro de aquel a quien llegará después de vencer al enemigo.

#### LIBRO CUARTO.

Tus dos pechos, etc. De muchas maneras y con muchos modos de figuras se repiten los mismos misterios de Cristo y de la Iglesia, pero repetidos siempre aportan algo nuevo, que o bien procura argumento a los mismos misterios, o por la misma novedad, deleita más a los ánimos de los oyentes. Los mismos doctores que arriba fueron designados con el nombre de ojos o dientes, o cuello, ahora se expresan con el vocablo de pechos: que ciertamente pueden llamarse ojos correctamente, porque perciben los ocultos sacramentos; correctamente dientes, porque corrigen a los impíos masticándolos, por así decirlo, y los transfieren al cuerpo de la Iglesia suavizados y humillados; correctamente cuello, porque ministran al cuerpo entero de la Iglesia, como aliento vital, predicando los gozos eternos, y preparan los alimentos de las

doctrinas con los que se alimenta para la salvación. Pero también se les llama pechos muy adecuadamente, porque infunden a los pequeños en Cristo la leche de la palabra salvadora. No en vano dice con el añadido del número, dos pechos, cuando ninguna mujer suele tener más, ninguna menos que dos pechos: dice dos pechos, para insinuar a los pequeños de los dos pueblos, judío y gentil, que deben ser nutridos en la fe. De hecho, Pablo dice: Jacobo, Cefas y Juan, que parecían ser columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra de la comunión, para que nosotros fuéramos a los gentiles, y ellos a la circuncisión; y lo demás (Gál. II). Pero Pedro, enviado a la circuncisión, mira lo que dice: Como niños recién nacidos, deseando la leche racional sin engaño, para que por ella crezcáis para salvación; si es que habéis gustado que el Señor es bueno (I Pedro II). Quien también al decir esto, explica el sacramento de los pechos de la Iglesia, cuando dice que es racional desear la leche de la concupiscencia, porque el Señor es dulce. Nuevamente, veamos si Pablo, enviado a la incircuncisión, también cumple la función de los pechos; dice: Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales; como a niños en Cristo, os di a beber leche, no alimento (I Cor. III). Estos dos pechos son como dos cervatillos gemelos de una gacela, porque son descendencia de aquel a quien muchas veces en este cántico se le dice: Sé semejante, amado mío, a una gacela o a un cervatillo de ciervos. Como cervatillos son de una gacela, porque con los ojos purísimos de su corazón, discernen lo que se debe hacer, lo que se debe evitar, qué camino de virtudes se debe seguir, porque con mente sagaz perciben los desvíos de las palabras, y con el rápido curso de la buena obra se alegran de volar del valle de lágrimas al lugar que Dios ha dispuesto; para que caminando de virtud en virtud merezcan ver a aquel en Sion, es decir, en la atalaya de la morada sempiterna. Pues los cervatillos son muy valiosos tanto por la agudeza de sus ojos como por la rapidez de sus pies; por lo cual se comparan congruentemente a la naturaleza de estos aquellos que están encargados de mostrar el camino de la ciencia y la virtud a los rudos. Como dos, dice, cervatillos gemelos de una gacela; bien gemelos, porque imbuidos de una misma fe, renovados por los mismos sacramentos, los doctores de ambos pueblos, en una sola Iglesia de Cristo, agregan a todos los que educan. De hecho, Pedro dice de aquellos que creyeron de la incircuncisión: Y Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo, como también a nosotros; y no hizo diferencia entre nosotros y ellos, purificando sus corazones por la fe (Hechos XV).

Que se alimentan entre lirios, etc. Los santos doctores se alimentan de las puras y resplandecientes flores de las Escrituras divinas, y para que no falte la leche de la doctrina salvadora con la que nutren a los pequeños, siempre leen en los monumentos de los Padres qué deben hacer, cómo deben enseñar, y como si saciaran sus pechos con jugos vitales, y esto hasta el fin del mundo. Pues después de que llegue aquel día que el salmista deseaba diciendo: Porque mejor es un día en tus atrios que mil (Sal. LXXXIII), ya no habrá tiempo de enseñar ni de aprender. Cumplida la profecía que dice: Y no enseñará más cada uno a su prójimo, diciendo: Conoce al Señor, porque todos me conocerán (Jer. XXXI); sino que, inclinadas y completamente consumidas todas las tinieblas de este mundo, los santos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre (Mat. XIII), recibiendo cada uno las recompensas, según aprendieron, hicieron, enseñaron. Pero la inclinación de la noche, en cuanto a la razón natural, se llama la inclinación de las sombras, porque la oscuridad de la noche, como dicen los filósofos, no es otra cosa que la sombra de la tierra. Pues el sol, circundando la tierra, lleva consigo la luz y el día; pero por el otro lado, es decir, donde él no está, deja la sombra de las tierras. Y esta es aquella división primordial, en la que Dios dividió entre la luz y las tinieblas. Las cuales sombras, al ponerse el sol, ya comenzando a salir, comienzan a elevarse poco a poco, y cuanto más el sol se pone bajo la tierra, tanto más estas, creciendo, se levantan, hasta que, puesto el sol en medio de la noche bajo la tierra, ellas mismas, nuevamente erguidas, ocupan la tierra media, y luego, avanzando poco a poco el sol,

ellas mismas poco a poco se inclinan hacia el ocaso, hasta que, apareciendo el alba, completamente inclinadas, desaparecen. Por eso las sombras de la tierra no alcanzan las estrellas, porque el sol, creado mayor que la tierra, hace que la sombra misma sea puntiaguda, que antes de alcanzar las estrellas, se desvanece, y el esplendor del sol, difundido alrededor de las tierras, libremente contempla las estrellas que ilumina. La noche, por tanto, es la vida presente; el sol de justicia, Cristo. Cuya luz a menudo nos oculta la masa de las concupiscencias terrenales, para que no se vea. Y cuanto más se aleja de nosotros justamente severo, tanto más nos oscurecemos; cuanto más vuelve propicio, tanto más nos iluminamos. Pero verdaderamente disfrutaremos de su luz cuando, inclinadas y disipadas ya todas las tinieblas de la presente aflicción y ceguera, le veremos tal como es (I Juan III). Quien, sin embargo, siempre recordando nuestra salvación, no dejó la noche de esta vida completamente oscura, sino que, como fijando estrellas en el cielo, nos propuso ejemplos de los santos, por los cuales camináramos con paso seguro en nuestra obra.

Vadam ad montem myrrhae, etc. En la mirra se expresa la mortificación de la carne, o la tolerancia de las pasiones por piedad, en el incienso se expresa la devoción de la oración elevada. El monte de la mirra y la colina del incienso es la misma sublimidad de la mente de aquellos que vencen útilmente la lucha de la carne y se elevan ardientemente al amor de las cosas celestiales. A este monte y colina va el Señor, porque se dignará visitar e habitar frecuentemente en los corazones de aquellos que se dedican a las virtudes. De aquí dice: Habitaré en ellos, y entre ellos habitaré (II Cor. VI). Alabando, pues, el Señor a la Iglesia, y enumerando cada uno de los miembros de sus virtudes, de repente añade: Iré al monte de la mirra y a la colina del incienso, lo que es decir abiertamente: Los frecuentaré, y los glorificaré con una piadosa ilustración propicia, a quienes sospecho que son sublimes en la virtud de la pasión o de la oración. Vendré más a menudo y haré morada entre ellos; a quienes considero que deben ser limpiados de la contaminación del cuerpo y perfeccionados en la santificación del Espíritu en el temor divino. No porque proponga abandonar a la que alababa y dirigirse a otros, sino porque dispone agregar nuevos pueblos cada día a esa misma Iglesia suya, y extenderla por todo el mundo. Tampoco es incongruente que estas palabras, porque el discurso es sobre la Iglesia de los gentiles, puedan entenderse sobre la vocación de la Sinagoga, que será en el fin. Pues da respuesta al deseo de ella, que anteriormente, al encontrarlo, decía: Lo sostuve, y no lo dejaré, hasta que lo introduzca en la casa de mi madre. Y en el versículo siguiente enseñó que la Iglesia de los gentiles nunca lo dejará, cuando dice: Tus dos pechos, como dos crías gemelas de gacela, que se alimentan entre lirios, hasta que sople el día y se inclinen las sombras; es decir, habrá en ti doctores que instruyan a dos pueblos, y con amor humilde y casto los hagan concordantes hasta el fin del siglo, cuando aparezca el día de la retribución eterna. Luego, porque también llamará a Judea, lo insinúa más claramente, añadiendo: Iré al monte de la mirra y a la colina del incienso; no porque al venir pueda encontrarla en la altura de las virtudes, ya que habiendo dado carta de repudio, hace tiempo se apartó de su fe, sino porque al venir la hará digna de su compañía. De donde bien pronto, sobre la amplísima belleza de una misma Iglesia, que ha de ser congregada tanto de Judea como de todas las naciones del mundo, añade:

Toda hermosa eres, amiga mía, etc. No solo en los miembros más eminentes de los elegidos, que he enumerado especialmente, eres hermosa, sino también en aquellos que parecen pequeños y frágiles, y resplandeces con el decoro de las virtudes, y careces de la mancha de los vicios. Porque bendijo a todos los que temen al Señor, pequeños con grandes (Sal. CXIII). De donde en su Apocalipsis dice Juan sobre la patria celestial de esa misma Iglesia: No entrará en ella nada impuro, ni quien cometa abominación y mentira, sino solo aquellos que están escritos en el libro de la vida del Cordero (Apoc. XIII). Estas cosas han sido dichas, no

porque en esta vida alguno de los santos pueda ser inmune a todas las culpas o perfecto en virtudes; pues está escrito verdaderamente que no hay hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque (Ecle. VII); sino porque la santa Iglesia, en cuanto Iglesia de Cristo, es recta en la fe y pura en la obra; si algo de impureza o depravación la toca, no le pertenece, sino que debe ser rápidamente, como algo extraño, purgado con todo esfuerzo. A lo cual es similar aquello del bienaventurado Juan, Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado (I Juan III); porque su semilla permanece en él, y no puede pecar, porque ha nacido de Dios. En cuanto la semilla de la gracia de Dios, por la cual han renacido, en tanto no pueden pecar; en cuanto pecan, en tanto la gracia que los renace los ha dejado por un tiempo, para que reconozcan que son por sí mismos, quienes vivían justamente por ella. La cual ciertamente los introducirá después de esta vida, limpios de todo mal y resplandecientes con íntegra belleza, en aquella ciudad en la que, como se ha dicho, nada impuro puede entrar; y entonces en la amiga del esposo se cumplirá verdaderamente esto a lo que ahora ella se esfuerza con todo el ímpetu de la virtud, para que sea toda hermosa, y no haya en ella mancha alguna.

Ven del Líbano, etc. Líbano, si seguimos la etimología hebrea, se interpreta como candor; si la griega, como incienso. De hecho, arriba, donde leemos, A la colina del incienso, algunos códices tienen, A la colina del Líbano. Ambos nombres, sin embargo, claramente significan la industria de la virtud. Viene, pues, al Señor su esposa, es decir, la Iglesia, o el alma santa, no solo llamada del cuerpo, recibe la recompensa de la remuneración perpetua, sino que también viviendo en este siglo, cuanto más progresa en las obras buenas, tantos pasos como si fueran hacia Él, que es singularmente bueno, se acerca. Llega verdaderamente entonces cuando, liberada de las ataduras carnales, merece ver su rostro. Ve, pues, a la esposa situada en el Líbano, y la advierte que venga a Él, porque cuando el Señor ve un alma fiel, adornada con buenas acciones, ofreciéndole el incienso de la oración pura, deleitado con sus piadosos estudios, la exhorta a que persevere en sus comienzos. Lo cual hace, ya sea por la oculta admonición de su inspiración, o por la meditación de las Escrituras divinas, o por las exhortaciones de otros fieles, o incluso por las adversidades o comodidades de los que trabajan, actuando con benigna providencia para que, ya sea desgastada por las molestias del exilio presente, desee más ardientemente la patria del descanso eterno; o ya sea elevada por los progresos presentes de los bienes, desee más dulcemente los gozos inextinguibles de la ciudad celestial. Tercero, pues, ordena a la esposa que venga del Líbano, porque busca en sus elegidos el progreso de la buena operación, de la locución saludable, de la pura cogitación. O ciertamente, Ven del Líbano, dice, esposa mía, ven del Líbano, ven: ven por la vida óptima que ejerzas viviendo en el cuerpo; ven liberada del cuerpo, para recibir la vida perenne del alma; ven tercero, recibiendo el cuerpo, para ver los gozos perfectos de la resurrección. Y porque muchos de los elegidos, no solo por la pureza de su vida, sino también por la corrección de otros a quienes instruían, obtienen la recompensa eterna, sigue adecuadamente:

Serás coronada desde la cima de Amana, etc. Amana, Sanir y Hermón son montes de Cilicia o Judea, que ofrecen guarida a leones y leopardos, así como a otras fieras; que manifiestamente designan los corazones soberbios de los infieles, en los cuales los espíritus inmundos tienen su sede. Contra lo cual el Señor dice por el profeta sobre los elegidos: ¿Sobre quién reposará mi Espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, y que tiembla ante mis palabras? (Isa. VII). Los leones son demonios, por su soberbia; los leopardos, por su crueldad o variedad de artes malignas. Cuando, pues, la santa Iglesia rescata tales almas de la potestad de las tinieblas a través de sus predicadores, y las convierte al conocimiento de la verdadera luz, sucede que esos mismos predicadores no solo por sí mismos, sino por aquellos que adquirieron para el Señor, reciben la corona de la vida, según aquello de los Proverbios, La corona de los ancianos son los hijos de los hijos; y la gloria de los hijos, sus padres (Prov.

XVII). Y el Apóstol sobre aquellos a quienes enseñaba: ¿Cuál es, dice, nuestra gloria, esperanza o gozo, o corona de gloria, no sois vosotros ante nuestro Señor Jesucristo en su venida? (I Tes. II). Y es de notar que no dice, Serás coronada desde Amana, Sanir y Hermón; sino desde la cima de Amana, y desde la virtud de Sanir y Hermón. Cuando, pues, la Iglesia convierte al Señor al vulgo innoble, obtiene la corona desde los lados de los montes, en los cuales se ocultaban las bestias, porque recibe la recompensa de la salvación del pueblo contradictor. Pero cuando lleva a los mismos príncipes de la malicia, a los perseguidores públicos, al camino de la vida, ciertamente es coronada desde la cima y la cúspide de los montes, porque con el trabajo del combate crece la palma de la retribución. A lo cual es similar aquello que se añade, Desde las guaridas de los leones, desde los montes de los leopardos: pues las guaridas de los leones son los montes de los leopardos, aquellos que, instigados por un furor más agudo de los espíritus malignos, prevalecen para dañar al rebaño de Cristo, tanto con fuerza como con fraude: a quienes cuando la Iglesia los ha corregido y los ha llamado a la gracia de la humildad y la piedad, de ellos también será coronada, porque se alegrará de su salvación perpetua; pues aquellos que no tienen ninguna virtud contraria, persiguiendo solo con engaños a los buenos, no son llamados guaridas de leones, sino más apropiadamente guaridas de zorros: de aquí que el Señor, al escribir que le prometía obediencia engañosamente, pero que no prevalecía contra la iglesia, dice: Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Mat. VIII). En el nombre de las zorras designó la ligereza y la astucia; en el nombre de las aves, la altivez de su mente. Pero cuando también a estos la Iglesia los ha salvado, sucede que también allí el Hijo del Hombre, por el mérito de la humildad y la sinceridad, descansa, donde antes los espíritus malignos usurpaban para sí las moradas de la jactancia y la ligereza.

Has herido mi corazón, hermana mía, etc. Este discurso puede ser entendido simplemente, porque quiso expresar la magnitud del amor que tiene hacia la Iglesia mediante la mención del corazón herido. A la cual correctamente llama hermana y esposa, porque la unió a sí con el vínculo del tálamo celestial, porque también él se dignó hacerse hombre y naturalmente ser su hermano. Puede también, según aquello que dice Isaías: Él fue herido por nuestras iniquidades, molido por nuestros pecados (Isa. LIII). Cuál sea, sin embargo, la causa principal de asumir esta herida, lo expone consecuentemente, diciendo:

En uno de tus ojos, etc. Dijimos arriba que en los ojos de la Iglesia se entienden sus sentidos espirituales, o aquellos que suelen ver y mostrar sus cosas espirituales, los doctores: por otra parte, en los cabellos se entiende la multitud de los pueblos, que, aunque no pueden alcanzar la altura de aquel discurso en el que el Señor dice: Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, y sígueme (Mat. XIX), sin embargo, tiende al camino de las buenas acciones hacia las cosas celestiales, del cual dijo antes: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. No matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo (Ibid.). Pero allí, mientras los ojos se describen en número plural y los cabellos, se designa la multitud de los rectores o de los oyentes; aquí, sin embargo, en uno de los ojos, se encomia la unidad de los doctores o de la ciencia espiritual que enseñan, de la cual está escrito: Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos (Efe. IV). Asimismo, en un cabello del cuello se alaba la unidad de aquellos que suelen adherirse con piadosa devoción a los maestros espirituales, y cubrirlos con sus reverentes servicios, como los cabellos al cuello: pues también en el cuello de la Iglesia arriba se mostró que indicaban a esos mismos doctores. La unión de este cabello la designa Lucas, cuando dice: La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma (Hech. IV); y ninguno de ellos decía que

algo de lo que poseía era suyo, sino que tenían todas las cosas en común (Ibid.). Lo que haría el cuello, al cual ese mismo cabello estaba unido, lo insinúa subsecuentemente, diciendo: Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesucristo nuestro Señor (Hech. VI). Dice, pues: Has herido mi corazón, hermana mía, esposa mía, has herido mi corazón en uno de tus ojos, y en uno de los cabellos de tu cuello. Como si dijera abiertamente, Toda la forma de tu cuerpo, con la que te extiendes por el mundo de lejos y ampliamente, oh Iglesia católica, me apareces hermosa e inmaculada; pero esto es lo que me enciende maravillosamente a amarte sobre todas las cosas, porque pruebas tener la unidad de esa misma fe y amor, tanto en los fieles ilustres como en los súbditos. Esto es lo que me llevó a aceptar la herida de la muerte por tu vida. Porque deseaba que en todos tus miembros, tanto en los mayores como en los menores, y en los más fuertes y en los medianos, te esforzaras por la unidad, para que con un solo e indisoluble sentido en todos, te dirigieras a aquella vida en la que reina la unidad de la verdadera paz y gloria.

¡Cuán hermosos son tus pechos! etc. Así como en el cuello, los ojos y los dientes, así también en los pechos se entienden los doctores de la Iglesia; pero esto difiere en que con esos nombres deben ser considerados, ya sea cuando hablan sabiduría entre los perfectos, o cuando redarguyen a los que contradicen; pero cuando se hacen débiles con los débiles para ganar a los débiles, entonces no sin razón se dice que tienen el oficio de los pechos, porque imparten la leche de la doctrina más ligera a los que son niños en el sentido, a aquellos que aún no pueden recibir el pan de la palabra más sublime. Son dientes cuando corrigen a los inquietos; pechos, cuando consuelan a los pusilánimes, sostienen a los débiles. Y correctamente alaba y admira la belleza de los pechos en su hermana y esposa, porque es una obra grande ante Dios y de admirable virtud, cuando aquel que es suficiente para revelar los arcanos más altos de la verdad a los perfectos, no desdeña instruir a los débiles en los primeros rudimentos de la fe. Correctamente el Señor testifica que tal alma es su hermana y esposa, porque la juzga dignísima de su amor y unión, a la cual considera que se hace imitadora de su obra. Pues él mismo, para hacernos fuertes de los débiles, no rehuyó debilitarse por un tiempo, e incluso morir, para que viviéramos. Él, siendo el pan de los ángeles en la divinidad, quiso ocultarse por la asunción de la carne, para nutrir la pusilanimidad de los hombres, y hacerlos capaces de ese mismo pan celestial. Porque el niño es menos idóneo para alimentarse de pan, la misma madre, al comer el pan, de algún modo lo encarna, y por la humildad del pecho y el jugo de la leche alimenta al niño. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I). Este es el alimento eterno, con el que se alimentan los ángeles, porque se sacian viendo su gloria. Pero el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Ibid.), para que así también la sabiduría de Dios, que nos consuela como madre, nos alimentara de ese mismo pan, y por los sacramentos de la encarnación nos trasladara al conocimiento y visión de la caridad divina. Pero también los santos doctores convierten el pan con el que ellos mismos se alimentan sublimemente en leche con la que alimentan a los niños, mientras que cuanto más contemplan los gozos eternos en Dios, tanto más humildemente compadecen la debilidad de los prójimos.

Tus pechos son más hermosos que el vino. Al principio de este cántico ya se expuso este verso, donde se dijo: Porque tus pechos son mejores que el vino, y se entendió que con estas palabras también se demostraron los inicios de la fe evangélica superar toda la virtud de la ley mosaica, porque no llevó a nadie a la perfección, como algo que no pudo introducir a sus cultivadores, incluso a los más eminentes, en el reino de la vida celestial; pero la gracia de la fe, renacidos en la fuente del bautismo, incluso a los niños, y a los que mueren en esa misma edad infantil, los lleva a los gozos celestiales. Pues también las ceremonias de la ley se comparan con el vino, muchos documentos lo prueban, pero especialmente aquel en el que en

las bodas místicas de la Iglesia el vino se agota, para que, obrando maravillosamente el Señor, se hiciera vino mucho mejor del agua: donde se insinuó típicamente que la observancia literal de la ley tendría fin, y lo que estaba velado en la letra, por la gracia del Evangelio sería revelado, y el amor del agua espiritual embriagaría la casa de las bodas celestiales, es decir, la santa Iglesia, que Cristo se dignó consagrar como su esposa. Son, pues, más hermosos los pechos de la esposa que el vino, porque los inicios de la fe evangélica superan los decretos legales, incluso aquellos que se prueban haber sido fragantes con el gusto y la suavidad de las virtudes no mínimas. Pero es de notar más atentamente en estas palabras que arriba los pechos de su amado esposo, aquí en cambio el mismo amado alaba los pechos de su esposa y hermana, y testifica que son preferibles al vino: no en vano debe considerarse que esta reciprocidad se ha insertado en el cántico sagrado, sino para que por estas cosas se recomiende más profundamente la unidad de Cristo y la Iglesia. Pues él es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, y ella es el cuerpo de esta cabeza. De donde también el Apóstol: Serán dos, dice, en una sola carne. Este misterio es grande. Pero yo digo en Cristo y en la Iglesia (Efe. V). Por lo tanto, con un ejemplo similar, los pechos del esposo y de la esposa se alaban como si fueran los mismos, porque los mismos doctores de la Iglesia son doctores de Cristo: de la Iglesia, porque la enseñan; de Cristo, porque enseñan por su mandato, porque enseñan sus preceptos, porque provocan su compañía enseñándola. De hecho, el Apóstol, que dice: Pablo, siervo de Jesucristo (Rom. I). Nuevamente él mismo dijo; Pero nosotros, vuestros siervos por Jesús (II Cor. IV). Y en otro lugar: Porque todo es vuestro, ya sea Pablo, ya sea Apolo, ya sea Cefas (I Cor. III).

Y el olor de tus ungüentos, etc. El olor de los ungüentos espirituales de la Iglesia es la fama de los carismas; de los cuales está escrito: Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Sal. XVIII). Y cuando María Magdalena, en tipo de la santa Iglesia, ungió al Señor con nardo, está escrito: Y la casa se llenó del olor del ungüento (Mat. XXVI); donde se figuró místicamente que con los devotos servicios de la Iglesia, que ejerce hacia su Redentor, todo el mundo sería llenado. Si, sin embargo, con el nombre de vino, correctamente se expresa la observancia legal, como se probó arriba con autoridad evangélica, ¿qué impide que con el nombre de aromas se indique el rumor suavísimo de los santos de aquel tiempo? El olor, pues, de tus ungüentos sobre todos los aromas, porque sin ninguna duda la fama de la fe cristiana difundida por el mundo creció mucho más que la de los justos que estaban en el pueblo anterior. De donde también esta, porque introdujo al mundo la lucha pública, renunciando al culto de los dioses, soportó la persecución pública del mundo, hasta que venció: pues no conviene que la esposa de Cristo sea comparada con cosas ínfimas y viles, ya sea con el vino, que el gusto consume, o con los aromas, que el aire suele dispersar, cuando incluso a la misma observancia legal le es de muy poca alabanza, si se dice que supera las copas o los aromas que son aptos para los sentidos de la carne.

Favus destilante, tus labios, esposa. El favus es miel en cera; la miel en cera es el sentido espiritual de las palabras divinas en la letra, que correctamente se llama favus destilante: el favus destila cuando tiene más miel de la que esas celdas de cera pueden contener, porque tal es la fecundidad de las Santas Escrituras, que un verso que solía escribirse en una línea breve, llena muchas páginas, si al ser escrutado diligentemente se prueba cuánta dulzura interior de inteligencia espiritual contiene. Para dar un ejemplo, el Salmista dice: Alaba, Jerusalén, al Señor (Sal. CXLVII); que según la letra, exhorta a los ciudadanos de aquella ciudad, en la que estaba el templo de Dios, a alabarlo. Pero según la alegoría, Jerusalén es la Iglesia de Cristo difundida por todo el mundo; también según la tropología, es decir, el sentido moral, cada alma santa se llama correctamente Jerusalén; y según la anagogía, es decir, la inteligencia que conduce a lo superior, Jerusalén es la morada de la patria celestial, que

consta de ángeles santos y hombres. A todos les conviene adecuadamente, aunque con mucha diferencia, que Jerusalén es la visión de la paz, que se ordena alabar al Señor: porque ninguna alma santa puede decir tantas alabanzas a Dios como toda la Iglesia en el mundo; ni es tan perfecta la Iglesia universal, mientras peregrina en la tierra lejos del Señor, como cuando reina bienaventurada en el cielo en presencia de su Señor; ni puede igualarse la paz de los santos, que es por ahora en la esperanza de ver a Dios y ser liberados del mal, a la visión de esa paz que tienen en realidad, quienes liberados de todos los males, disfrutan del sumo bien. El favus, por tanto, no solo lleno de miel, sino también destilante, son los labios de la esposa, cuando los doctores de la Iglesia, ya sea en las figuras legales, en los dichos proféticos, o en las mismas palabras del Señor, o en hechos místicos, demuestran que hay una abundante dulzura interior, y de estos preparan dulcísimas y salubérrimas delicias mentales para sus miembros fieles, es decir, para los buenos oyentes. No se opone que arriba los labios de la esposa se comparen a cintas, y ahora al favus, ya que este deleita saciando la garganta, aquellas atan el cabello; este nutre interiormente, aquellas atan exteriormente. Los mismos doctores son cintas en los preceptos saludables, y favus en las promesas celestiales: cintas, cuando nos refrenan del flujo de las voluptuosidades carnales; favus, cuando nos prometen los dones de los gozos celestiales. Asimismo, son cintas en lo que enseñan abiertamente que debe hacerse o evitarse; favus en lo que, hecho o dicho típicamente, revelan qué hay de arcano salvador en su interior.

Miel y leche bajo tu lengua. En la leche se señala la instrucción de los pequeños, en la miel la doctrina que corresponde a los más perfectos. El Apóstol enseña sobre la leche, cuando reprochando a algunos que han caído de la fe dice: Y os habéis hecho necesitados de leche, no de alimento sólido. Enseña sobre la miel la sabiduría, cuando dice: Como el que come mucha miel, no le es bueno, así el que escudriña la majestad, será oprimido por el poder (Prov. XXV). No prohíbe comer miel, sino comer mucha, porque no se nos prohíbe de todo modo escudriñar la majestad de Dios, especialmente cuando se canta en alabanza de los justos: Hablarán de la magnificencia de tu majestad y de tu santidad (Sal. CXLIV); pero se nos llama a no tentar lo que excede nuestra medida. Por eso, en otro lugar dice de los amantes de la sabiduría celestial: Has encontrado miel, come lo que te basta, no sea que saciado la vomites (Prov. XXV). Bien se recuerda que tiene miel y leche bajo la lengua: tiene en la lengua la palabra de Dios, cuando la pronuncia hablando; la tiene bajo la lengua, cuando medita diligentemente en el corazón lo que debe pronunciarse; tiene miel y leche bajo la lengua, cuando sabe discernir correctamente lo que debe decirse a los principiantes, a los que progresan; y también a aquellos que son perfectos en su ciencia y caridad. Y estas mismas cosas, cuando el tiempo es adecuado, las dispensa con el ministerio de la lengua según la capacidad de los oyentes.

Y el olor de tus vestiduras, etc. Las vestiduras de la Iglesia son sus obras, como atestigua Juan, quien hablando de su futura bienaventuranza, dice: Han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado, y se le ha concedido que se vista de lino fino resplandeciente y blanco (Apoc. XIX). El lino fino son las justificaciones de los santos. Y el bienaventurado Job dice: Me he vestido de justicia, y me he cubierto con ella, como con un vestido y una diadema, mi juicio (Job. XXIX). En el incienso, como se ha dicho a menudo, se insinúan los deseos celestiales de los justos y el fervor de las oraciones frecuentes que se elevan. Por eso, correctamente el olor de las vestiduras de la esposa se asemeja al olor del incienso, porque todo lo que la santa Iglesia obra por el Señor, devuelve el favor de las oraciones por ella; y de otro modo no puede cumplirse aquello apostólico, Orad sin cesar (I Tes. V); sino que mientras todo lo que hacemos devotamente, nos recomienda devotamente a nuestro Creador, como con intercesión; ni siquiera el mismo Apóstol ni ninguno de los santos pudo dedicarse

siempre a la oración, sin dedicar otro tiempo al sueño, o al alimento, o a otras necesidades de esta vida; pero porque los justos sin cesar hacen lo que es justo, por esto los justos oran sin cesar, y nunca cesan de orar, a menos que incurran en pecado. Por tanto, el olor de sus vestiduras, como el olor del incienso, exhala, porque la fama de las buenas obras que hacen, en el examen divino asciende como las oraciones. Este versículo concuerda con el que se dijo antes: Y el olor de tus ungüentos sobre todos los aromas: porque allí, en nombre de los ungüentos, se muestra la infusión del Espíritu Santo, que ilumina los corazones de los fieles y los prepara para la lucha espiritual; aquí, con el término vestiduras, se demuestran las obras externas de los justos. Por eso, con una hermosa distinción, las obras que se hacen por los hombres se comparan al olor del incienso; pero los dones que se hacen por la divina largueza, exceden el modo de comparación, mientras se dice que el olor de los ungüentos de la Iglesia trasciende todos los aromas. Ciertamente, porque a menudo se menciona el incienso en este cántico, y se sabe lo que significa típicamente, es conveniente instruir un poco a los ignorantes sobre la naturaleza de este aroma. Es un árbol de Arabia, con corteza y hoja similar al laurel, que emite un jugo como la almendra, que se recoge dos veces al año, en otoño y primavera. Pero en la recolección otoñal se preparan los árboles, cortando las cortezas en el ardiente calor del verano, y la espuma espesa que brota se solidifica, donde la naturaleza del lugar puede recogerla con una palma lisa, lo que queda en el árbol se raspa con hierro, por eso parece tener corteza. Este es el incienso más puro y blanco. La segunda cosecha es en primavera, en el mismo invierno, cortando las cortezas. Este sale rojo, y no se compara con el primero, y se dice que el de árbol joven es más blanco, pero el de árbol viejo es más fragante. Lo que depende de la redondez de la gota, llamamos masculino; la gota que se desprende por sacudida, la llamamos maná. La región productora de incienso se llama Sarvia, que los griegos dicen que significa misterio, inaccesible por todas partes por rocas, y por la derecha se eleva por escollos al mar inaccesible; en un camino estrecho la longitud de los bosques es de cien mil pasos, o, como dicen otros, ochenta; la anchura la mitad. Se elevan colinas altas, y descienden a las llanuras árboles nacidos espontáneamente. Se dice que la tierra es arcillosa, con fuentes escasas y nitrosas. Esto, según encontramos en los libros de los antiguos, se ha dicho brevemente sobre la naturaleza y el lugar del incienso. Casi todo esto, si alguien lo observa diligentemente, se ajusta figuradamente a las virtudes de los santos, especialmente porque la región donde nace se llama misterio: porque el hecho de que los árboles nazcan espontáneamente, se ajusta adecuadamente a aquellos cuya suma virtud no es forzada por leyes edictales, sino que suele ser admirable por la ofrenda voluntaria, como dice el Señor: Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes; y lo demás (Mat. XIX). Que, al cortar los árboles, fluya la lágrima del incienso, ¿qué indica sino la compunción de los humildes de corazón, de la cual suele generarse la oración pura, endulzada con lágrimas? Que tiene fuentes escasas, pero nitrosas, conviene a aquellos de cuyo vientre, como dice la Escritura, fluirán ríos de agua viva, es decir, los dones de la doctrina espiritual (Juan VII), también adecuados para purificar las mentes de los prójimos. El nitrógeno es muy adecuado para curar enfermedades y lavar suciedades. Que la región esté rodeada por todas partes de rocas y escollos como fortaleza, se ajusta a los méritos de aquellos de los que el Señor habla en parábola: Un hombre era padre de familia, que plantó una viña, y la cercó con un seto (Mat. XXI). El Señor plantó la Iglesia, instruyéndola con preceptos de vida, y le puso un seto con la custodia de su protección, defendiéndola por todas partes para que no pueda ser destruida por espíritus o hombres perversos. Después de que el Señor ha alabado individualmente a cada miembro de la Iglesia, finalmente también ha alabado dignamente los ungüentos con los que toda ella está ungida. No hay miembros suyos, ya sean pequeños o grandes, que no estén consagrados con la infusión espiritual de esta unción; porque a quien le falta esto, no está en el cuerpo de la Iglesia. También ha alabado sus vestiduras, es decir, sus obras de justicia, porque con ellas todo su cuerpo se adorna. Nadie en ella merece la vida eterna, a menos que

esté vestido con obras justas, que él mismo haya hecho; o, si era un niño, otros hicieron en él y por él. Pero porque parecía lento al amante excelente alabar individualmente los miembros de su esposa, parecía pequeño igualar cada una de sus partes a cosas preciosas individuales, la alaba toda a la vez, y la equipara a muchas y grandes especies, añadiendo:

Huerto cerrado, hermana mía, esposa, etc. El huerto es la Iglesia, que produce múltiples brotes de obras espirituales, que se enumeran a continuación bajo varios nombres de aromas. Es una fuente que abunda en doctrina saludable, con la que riega las mentes de sus fieles, como arriates de aromas que había preparado dispersos. Por eso está escrito: Agua profunda, palabras de la boca del hombre, y torrente desbordante fuente de sabiduría (Prov. XX). De aquí que el Apóstol diga: Yo planté, Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento (I Cor. III). Yo planté, como en el huerto del Señor, aromas de virtudes; Apolo regó, como de la fuente sellada de la doctrina celestial; pero el Señor, como sus obreros, para que no trabajaran en vano, los ayudó. Este huerto está cerrado, porque la Iglesia persiste protegida por la protección de su Señor y Redentor, para que nunca sea violada por la irrupción de hombres infieles o espíritus inmundos, y se retrase en la producción de frutos celestiales al ser pisoteada. Esta fuente está sellada, porque la palabra de fe, que está en el Evangelio, protegida por sellos, nunca puede ser turbada por la incursión de los errantes. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos (Efes. IV). Quien intenta romper el sello de la fuente viva, yerra, y no puede profanar la fuente de vida; sino que en esto se mata a sí mismo, mientras se introduce impiamente, como el ejército de Egipto, que en el místico bautismo del Mar Rojo, por el cual el pueblo de Dios fue salvado, al no creer, sino al perseguir, al atreverse a entrar en lo sagrado, fue destruido. Y porque la misma santa Iglesia, que se designa con el nombre de huerto regado por la fuente sagrada, primero estaba situada en el pequeño césped de Judea, pero pronto se amplió por todo el mundo, correctamente se añade:

Tus emisiones, paraíso de granadas, etc. Porque la Iglesia primitiva, que estaba en Jerusalén, procreó copiosos pueblos para Dios del agua y del Espíritu, se dice bien que el huerto sagrado, ayudado por la irrigación de la fuente divina, emitió de sí un paraíso, y no un paraíso de cualquier tipo de árboles, sino de granadas con frutos de manzanas. Las granadas, que tienen un color rojo sangre, insinúan en la Iglesia los triunfos de aquellos que después de la ablución general de la fuente sellada, también fueron bautizados con su propia sangre. Los frutos de las manzanas indican las obras generales de las virtudes, o aquellos que realizan las mismas obras de virtud: aunque también en las granadas, que se dice que este huerto emitió primero, puede entenderse correctamente toda la comunidad de los bautizados, porque ciertamente la misma fuente regeneradora está dedicada en el misterio de la pasión del Señor. Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte. Porque hemos sido sepultados con él por el bautismo en la muerte, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria de Dios, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom. VI). Después de muchas granadas siguen los frutos de las manzanas y los aromas, dignos de tal principio, porque después del ascenso de la fuente rociada con la preciosa sangre, por la cual nos convertimos en hijos de Dios, necesariamente sigue la fecundidad fragante de las virtudes, con las que la misma gracia de nuestra regeneración se adorna y siempre crece.

Cipreses con nardo, nardo y azafrán. El ciprés en Egipto es un árbol aromático, con hojas de zizyphus, y semilla más blanca que el cilantro. Se cuece en aceite, y luego se prensa; lo que se llama ciprés, se prepara un unguento real de él. El mejor en Egipto, el segundo en Ascalón de Judea, el tercero en la isla de Chipre. Algunos dicen que es el árbol que en Italia se llama ligustro. Leemos sobre el maná, que era como semilla de cilantro blanca; y como se afirma

que la semilla del ciprés es de la misma calidad, con razón designa la misma bendición celestial que el maná. Esta semilla se introduce en aceite y se cuece, cuando el don de la gracia celestial se recibe en corazones iluminados con la unción de la caridad, y con las llamas de las tentaciones se manifiesta más claramente a todos cuánta y qué clase de virtud tiene. El nardo, que tiene el tipo de la sepultura del Señor, lo atestigua la obra de María, que en el momento inminente de la pasión lo ungió con este aroma; como él mismo exponiendo dice: Porque al derramar este unguento sobre mi cuerpo, lo ha hecho para mi sepultura (Mat. XXVI). Y el huerto, o fuente del Señor, emite cipreses, cuando la Iglesia enseña a sus hijos a buscar antes que nada la gracia de la superna refección, a tener la luz y la unción del amor en el corazón, a no ser superados por el fuego de las tribulaciones, sino a mostrar más bien en ocasión de estas cuán grande y cuánta semilla de la gracia divina han recibido. Une cipreses y nardo, cuando instruye a los mismos con la fe de la pasión del Señor más diligentemente, o les enseña a imitarla sufriendo. El azafrán, que tiene una flor de color dorado, muestra a aquellos que resplandecen con una mayor gracia de caridad; que, como el oro a los demás metales, así supera a todas las virtudes. Ahora permanecen la fe, la esperanza, la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad (I Cor. XIII). Contra la cual Jeremías, lamentando la perdición de sus ciudadanos, dice: Los que se nutrían en escarlata, abrazaron estiércol (Lam. IV). Abrazan el estiércol, los que se nutrían en escarlata, cuando aquellos que antes parecían resplandecer con las más agradables flores de caridad, comienzan después a sumergirse en los fétidos lodazales de los vicios. Pero también esto, que el azafrán se dice que proporciona consuelo de refrigerio a los miembros ardientes de los enfermos, se ajusta a los actos de la suma virtud, que acostumbran a templar los ánimos del ardor de las voluptuosidades carnales, y a encenderlos para desear los gozos de la patria celestial. Que el nardo se dice que disipa el frío de los miembros helados y los calienta, está claro porque la memoria de la pasión del Señor expulsa el temor perezoso de morir de los corazones de los fieles, y los inflama y hace dispuestos no solo a mortificar sus vicios, sino también a poner sus vidas por él.

Fístula y canela, etc. La fístula, que también se llama casia, se cuenta entre los árboles aromáticos. Es de corteza robusta y color púrpura, y se dice que es muy útil para curar molestias de los órganos internos. Debido a su brevedad, algunos la consideran entre las hierbas olorosas; y correctamente, por su brevedad, simboliza a los humildes de espíritu, de quienes es el reino de los cielos; quienes, vestidos como de color púrpura, siempre recuerdan la pasión del Señor, siempre están preparados para sufrir por el Señor, como aquel que dijo: "Por tu causa somos entregados a la muerte todo el día, somos considerados como ovejas para el matadero" (Salmo 43). Pues esta es la virtud que más entre nosotros acostumbra a castigar y eliminar los movimientos del alma y las lascivias, como dolores de los órganos internos, cuando recordamos lo que Dios sufrió por nosotros, reconocemos que sufrimos menos de lo que merecemos. La canela tiene la misma figura de virtud: pues también es un árbol de arbusto corto, pero de gran fuerza y aroma, y para usos medicinales, la fístula es doblemente superior. Por lo tanto, se puede entender adecuadamente que la Escritura quiso expresar el progreso de la humildad, y en eso colocó la canela después de la fístula: pues el hecho de que se dice que es de color negro o ceniciento, concuerda con los ánimos de los humildes, quienes, conscientes de su propia fragilidad, saben decir a Dios en sus oraciones diarias: "Hablaré a mi Señor, siendo polvo y ceniza" (Génesis 18). Y de nuevo: "Me reprendo a mí mismo, y hago penitencia en polvo y ceniza" (Job 42). Y bien, después de la fístula de color púrpura, coloca el árbol de canela de color ceniciento, porque por la recordación de la herida del Señor surge el desprecio de nuestra virtud. Sin embargo, su corteza es valiosa, que, por ser redonda y delgada como una caña, recibe el nombre de canela. Ammomum en griego

significa inmaculado. "Fístula", dice, "y canela con todos los árboles del Líbano". Así como la fístula y la canela, los pensamientos humildes de los justos, así también los árboles del Líbano, demuestran sus acciones sublimes, porque ciertamente no solo prevalecen por el aroma y la gracia curativa, como la fístula y la canela, ni solo ostentan la gloria de la corteza, sino que también se elevan a gran altura y mucha fortaleza. Por lo tanto, son aptos para edificios mayores, como también atestigua este cántico, en el que se dijo anteriormente: "Las vigas de nuestras casas son de ciprés". Y de nuevo: "El rey Salomón se hizo un palanquín de los árboles del Líbano". Por lo tanto, la fístula y la canela brotan en el jardín del Señor con todos los árboles del Líbano, porque aquellos que en la santa Iglesia son admirables por su humildad y paciencia, junto con aquellos que fortalecen firmemente la misma iglesia predicando o haciendo virtudes, esperan la palma de la retribución celestial. La mirra y el aloe expresan la continencia de la carne, porque ciertamente la naturaleza de estos aromas es tal que los cuerpos ungidos con ellos de los difuntos no se corrompen, como también lo atestiguan los documentos de la sepultura del Señor. Pues así como la corrupción de la carne muerta simboliza la putrefacción de la lujuria, así su conservación, cuando se toma típicamente en un buen sentido, demuestra muy adecuadamente la virtud de la continencia y la castidad, que refrenan nuestros miembros de los vicios. En verdad, aquellos primeros unguentos son de los que dice el Apóstol: "Procurad, pues, los dones mayores, y aún os muestro un camino más excelente. Si hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo caridad, soy como un bronce que resuena o un címbalo que retiñe" (1 Corintios 12), y otras cosas que sobre aquellas grandes virtudes, en las que la caridad tiene la cumbre, el gran artífice del discurso maravillosamente disertó. Hermosa es ciertamente la conjunción, para que la mirra y el aloe con todos los primeros unguentos broten en el jardín del Señor, porque mientras restringimos la carne de la lascivia, es consecuente que recibamos los mayores dones del Espíritu. A lo cual se ha contradicho, porque "en un alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni habitará en un cuerpo sujeto a los pecados" (Sabiduría 1). Pues el Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño (Ibid.). La mirra es un árbol de Arabia, de una altura de hasta cinco codos, similar a una espina; que los griegos llaman acanto, cuya gota es verde y amarga, de donde también toma el nombre de mirra. Todo lo cual se adapta adecuadamente a la mortificación de la carne, que se siente amarga por un tiempo; pero en la esperanza de la patria siempre verde se recibe con mucho gusto, de aquella de la cual Pedro dice: "Nos ha regenerado para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos" (1 Pedro 1). Se compara con la espina, porque para salvar perpetuamente la mente, aflige temporalmente el cuerpo con las punzadas de los trabajos. Pero también el hecho de que su gota, cuando mana espontáneamente, es más preciosa, pero cuando se extrae por la herida de la corteza es más vil, indica que es de mayor virtud ante Dios cuando alguien, con su cuerpo sano y vigoroso, incluso con la abundancia de cosas externas sonriéndole, se esfuerza por castigar y someter a servidumbre, que cuando, presionado por la enfermedad o por otras adversidades del mundo, a regañadientes refrena la carne de la lascivia y se ve obligado a recurrir al remedio de la abstinencia. Aunque también esto debe ser justamente contado entre las grandes virtudes, cuando alguien, recibiendo pacientemente, humildemente y con gratitud los azotes de la corrección paterna, llega castigado a los dones de la herencia prometida. El aloe también, si se considera con atención, se asemeja adecuadamente a los continentes: pues es un árbol de un aroma suavísimo y supremo, por lo que su madera los antiguos la quemaban en los altares en lugar de incienso. Pero su jugo es amarguísimo, aunque muy adecuado para muchos medicamentos. Así, la continencia y la restricción de los placeres carnales son en sí mismas amargas en el acto, pero gloriosas por el mérito de la virtud y gratísimas al juez interno.

XV. Fuente de jardines, pozo de aguas vivas, etc. La fuente de jardines nace en el jardín del Señor cerrado entre otras cosas, porque de la Iglesia primitiva salió al mundo la doctrina celestial, que procrearía para el Señor muchas iglesias, es decir, jardines espirituales. De esta fuente se dice bien, "Pozo de aguas vivas", que es fuente, excepto que el pozo siempre está en lo alto, pero la fuente está siempre sumergida en lo alto, y puede estar en la cima suprema de la tierra. Una y la misma doctrina de la Iglesia es fuente de jardines, porque produce frutos espirituales en aquellos a quienes instruye, y es pozo de aguas vivas: pozo, porque no está al alcance de todos; no está situada a la vista, sino que está guardada en el corazón de los santos por revelación del Espíritu Santo. Por lo cual nadie de los príncipes de este mundo la conoció. Pues si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Pero a nosotros, dice, Dios nos la reveló por su Espíritu. Porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios (1 Corintios 2). Aguas vivas, porque los dichos divinos y celestiales, que siempre brotan inagotables de los tesoros invisibles de la gracia divina, y conducen a la vida a quienesquiera que lavan e irrigan. Las aguas vivas suelen llamarse aquellas que manan eternamente de la vena de la fuente, en distinción de aquellas que se recogen en cisternas por la abundancia de lluvias, o en estanques, o que fluyen con gran ímpetu temporal por el deshielo de las nieves en los torrentes, pero que desaparecen cuando vuelve el buen tiempo. A las cuales se compara justamente la breve y altanera jactancia de la doctrina mundana, que a menudo parece verter ríos infinitos y profundos de elocuencia y erudición; pero todo esto pronto, cuando el Sol de justicia y el verano de la claridad evangélica brillan, se seca como si nunca hubiera existido. De las cuales el mismo Señor se queja por el profeta, diciendo: "Me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas rotas, que no pueden contener agua" (Jeremías 2). Y Isaías: "He aquí, dice, el Señor subirá sobre una nube ligera, y entrará en Egipto"; y poco después: "Y se secará el agua del mar, y el río se desolará y secará" (Isaías 19). "Pozo", dice, "de aguas vivas, que fluyen con ímpetu del Líbano". Del Líbano, dice, de la misma Iglesia, que es blanca y alta por la vida. Líbano se interpreta como "blancura"; y a sus oyentes, como a campos sujetos a ella, les derrama las corrientes de la sabiduría salvadora: como también el Señor en el Evangelio: "El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva"; y el evangelista, explicando, añadió: "Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyeran en él" (Juan 7). Fluyen aguas vivas del interior de quien cree, cuando del corazón de los fieles fluyen las predicaciones santas. Que "fluyen", dice, "con ímpetu del Líbano": correctamente añadió "con ímpetu", para no solo designar el descenso hacia nosotros de las aguas vivas, sino también para demostrar que la virtud de las que vienen es insuperable. Pues así como nadie puede retener los ríos que descienden de una montaña alta, así el flujo del sermón apostólico, porque procedía de una vena celestial, porque era impulsado divinamente para correr, no pudo ser superado por ningún combate de las potencias resistentes, ni desviado de su curso; sino que más bien las almas se entregaron antes que cesar de la irrigación de la doctrina vital. Como es aquello en el Salmo, "El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios" (Salmo 45). Con razón alegra a la Iglesia, que no solo recibió del Señor el río de aguas vivas, sino que también el mismo río vino con tal ímpetu de gracia celestial, que no puede ser impedido por ningún obstáculo de la virtud contraria. También puede el pozo de aguas vivas ser tomado no inconvenientemente en la significación de aquellos que, habiendo encontrado cualquier cosa de pensamiento terrenal en su corazón, se esfuerzan por extraerlo y expulsarlo con devota confesión, para que con el mérito de la castidad y la humildad, preparen en lo oculto de su pecho una morada digna para Dios, y hagan diligentemente un acceso en sí mismos a las aguas vivas, es decir, a los dones celestiales, por las venas de la inspiración oculta: a ejemplo del bienaventurado patriarca Isaac, quien, siendo obstaculizado por los filisteos, solía cavar pozos útiles para él y los suyos, que aquellos, envidiosos, se esforzaban por obstruir, pero él, con casto trabajo, los limpiaba, y persistía cavando hasta que le respondiera el agua viva. Tal es nuestra lucha con

los espíritus malignos, que ellos, arrojando escombros de vicios a nuestros sentidos, se esfuerzan por turbar o excluir completamente de nosotros, si pueden, el agua de la sabiduría. Pero nosotros, con diligente industria, debemos esforzarnos por expulsar con frecuentes oraciones y vigiliias las tentaciones que descubrimos que ellos nos han lanzado, para que podamos ser capaces de los carismas invisibles. Pero porque el Señor había dicho que su jardín estaba cerrado, porque estaba irrigado con fuente viva, porque estaba plantado con árboles y especias olorosas, porque había dicho que tenía aguas de sabiduría para ser irrigado, y pozos por los misterios ocultos, y vivas por la eternidad de los bienes a los que conduce a beber, porque había afirmado que fluían con ímpetu pertinaz y absolutamente invencible, quedaba que, con todo firmemente y ordenadamente dispuesto, no se negara en absoluto el acceso a los adversarios para tentar, sino que más bien se mostrara que no podría ser dañado de ninguna manera por los muchos torrentes aquí y allá; sino que cuanto más fuera tentado por los vientos de las adversidades, tanto más se revelaría la dulzura interna de sus frutos. Por lo cual ahora se añade con la voz del mismo Señor:

XVI. Levántate, aquilón, y ven, austro, etc. En el aquilón y el austro insinúa las tormentas de frecuentes tentaciones, con las que la Iglesia iba a ser golpeada, para que se conociera cuánta gracia espiritual, cuánta virtud interna tenía. Si pensamos que hay alguna diferencia entre el nombre del aquilón y el del austro, de los cuales uno es un viento frío, y el otro un viento cálido, no se puede tomar absurdamente en el aquilón la austeridad del mundo que aterroriza, y en el austro la blandura que engaña: pues con este doble ataque se prueba que el jardín del Señor es tentado, como lo prueba el mismo, cuando exponiendo la parábola de la buena semilla dice: "El que fue sembrado en pedregales, este es el que oye la palabra, y al instante la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es temporal. Cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, al instante se escandaliza. Y el que fue sembrado entre espinas, este es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa" (Lucas 8). Pero lo que el Señor parece decir en modo imperativo: "Levántate, aquilón, y ven, austro, sopla sobre mi jardín", no manda a los réprobos hacer el mal, sino que les permite usar su libre albedrío, como quieran. Él puede hacer de sus malas acciones los bienes que quiere, y darles, con juicio imparcial, los tormentos que merecen por sus males. De hecho, "endureció el Señor el corazón de Faraón, para que afligiera a su pueblo" (Éxodo 10); pero poco después, liberados aquellos que eran afligidos, castigó eternamente a quien los había afligido. Y a la cabeza de todos los inicuos, cuando dice de Job: "He aquí, está en tu mano" (Job 1); y aquel salió y lo golpeó con una gran plaga, ¿no te parece que dijo al viento más turbulento y durísimo: "Sopla sobre mi jardín, y fluirán sus aromas"? Pues fluyeron los aromas del jardín sacudido por los vientos, cuando el santo varón, golpeado por las adversidades, dispersó tan lejos y ampliamente en la virtud una constancia de admirable fragancia, que incluso a nosotros, situados en el último fin del mundo y del siglo, nos ha saciado con la inenarrable fragancia de su dulzura. Pero al oír la Iglesia que iba a ser probada por los vientos de las tentaciones, de ninguna manera contradice la providencia y disposición de su amado; sino que más bien, para no ser superada por las adversidades, ni corrompida por las prosperidades, busca en todo su auxilio, quien saca los vientos de sus tesoros; y como dice el bienaventurado Job: "Quien hizo peso a los vientos" (Job 28): lo cual es decir con otras palabras: "Quien no permite que seamos tentados más allá de lo que podemos soportar" (1 Corintios 10).

## CAPÍTULO V.

XVII. Venga mi amado a su jardín, etc. Venga el Señor a su Iglesia, para que él mismo la conserve inmaculada, y siempre fecunda en el fruto de la fe. Él, que prometió estar conmigo hasta la consumación del siglo, entonces me muestre más propicio la presencia de su venida,

cuando vea que soy golpeada por mayores tentaciones de los enemigos, y conceda benignamente que él mismo sea mi amado sobre todos. Pues confío que, mientras pueda decir verdaderamente: "Te amaré, Señor, mi fortaleza" (Salmo 17); y: "Me libraré de mis enemigos más fuertes, y me pondrá en lo alto del reino celestial" (Ibid.). Y "coma el fruto de sus manzanas"; y mire con agrado, y reciba con gratitud las obras de sus santos, según lo que él mismo dijo de los samaritanos que creerían en él a sus discípulos: "Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis" (Juan 4); lo cual dijo de la vocación de los gentiles, lo manifiesta añadiendo: "Mi comida es hacer la voluntad del que me envió, para que termine su obra" (Juan 6). Levantad vuestros ojos, y ved los campos, porque ya están blancos para la siega. Y el que siega, recibe salario, y recoge fruto para vida eterna" (Juan 4). Quien, por el contrario, cuando tenía hambre, buscó fruto en la higuera judía, y porque no lo encontró, la condenó a perpetua aridez. Pues hizo esto figuradamente, significando que tenía hambre de la salvación de la Sinagoga, pero ella, porque casi despreció el fruto de la salvación, iba a ser castigada con la venganza de la infidelidad eterna. Puede tomarse especialmente dicho por la voz de los miembros perfectos de la Iglesia, aquellos que recuerdan servir a Dios con sincera y firme intención. "Venga mi amado a su jardín, y coma el fruto de sus manzanas"; como si dijeran abiertamente: ¡Ojalá venga pronto el Señor, para que nos devuelva benignamente la recompensa de nuestra piadosa devoción! Y así como siempre nos hemos esforzado por amarlo y devolverle el fruto de justicia que él mismo nos ha dado, así nos manifieste la felicísima recompensa de su amor llevándonos a él. Lo cual, aunque conviene que los santos lo digan en todo tiempo, ¡cuánto más cuando ven que el estado presente de la Iglesia está sacudido por las tormentas de las tentaciones! A cuyo deseo él mismo responde con grata voz, testificando que ya ha hecho lo que se pedía.

XVIII. He venido a mi jardín, hermana mía, esposa mía. He venido, dice, muy a menudo a mi Iglesia; más bien, de ninguna manera ceso de hacer esto durante el tiempo de su peregrinación. Vengo, sin embargo, para corregir a los errantes, ayudar a los débiles, confirmar en la fe a los que dudan; y alimentarme con los frutos perfectos de los que bien obran como con manjares suavísimos, y defender a los que luchan de las insidias de los enemigos, y recompensar con la corona de mi visión perpetua a los vencedores de los enemigos.

He recogido mi mirra con mis aromas. Por la mirra se designan aquellos que terminaron su vida en martirio, o que crucificaron su carne con sus vicios y concupiscencias. Por los aromas, en general, todos los que son insignes por la fama de sus buenas obras. Y recoge su mirra con sus aromas, cuando a sus mártires con los demás elegidos, cuando cada uno ha llegado a la madurez de la perfección que se le ha dado, los corta de esta vida como con una hoz de muerte, y los lleva a los gozos internos de la bienaventuranza celestial.

He comido mi panal con mi miel, etc. Se comparan al panal aquellos que saben investigar la dulzura de los sentidos espirituales en las sagradas escrituras, y elucidarlas predicando para la salvación de los oyentes. Se asemejan a la miel aquellos que desean gustar las viandas del verbo que se les ofrecen, y saciarse insaciablemente de ellas. Asimismo, en el vino se expresan los predicadores celestiales fuertes y supremos, y en la leche los oyentes aún débiles. Y cuando el juez interno aprueba la vida de todos estos, diversa en modos de estudio, pero común en la esperanza de la retribución celestial, como si comiera el panal con la miel, y bebiera el vino con la leche. No solo él se deleita con las piadosas acciones de los elegidos, sino que también exhorta a sus fieles a tal banquete de la mente, es decir, a regocijarse con los buenos deseos de los santos.

Comed, amigos míos, y bebed, etc. Es decir, vosotros también, que sois mis amigos, haciendo lo que os he mandado, sois muy queridos, abrazándome con amor íntegro: os ruego, pues, que llenéis vuestros corazones con las obras de los santos, como con banquetes exquisitos. No solo os preocupéis de recordar esto, sino que convertid la memoria de ellos en fruto de imitación. Esto es, después de comer el panal y la miel, después de beber el vino y la leche, embriagarse, no solo alegrarse de las virtudes admirables de los buenos, sino también seguirlas, y mediante su reflexión, sacudir la pereza de nuestra mente, y encender más vivamente el amor por lo eterno. Por el contrario, el profeta dice a algunos: Comisteis, y no os saciasteis; bebisteis, y no os embriagasteis (Ag. I). Porque come los manjares de la mesa vital, pero no se sacia; bebe el cáliz de la salvación, pero no se embriaga, quien ha aprendido las palabras de las Escrituras, ha conocido los ejemplos de los justos, pero no ha cambiado su vida, ni ha corregido sus costumbres; bebe, pero no se embriaga, quien escucha alegremente los preceptos de la vida, pero permanece torpe y perezoso para cumplirlos. Si, sin embargo, en la sentencia del Señor, quien dijo: Comí mi panal con mi miel, y bebí mi vino con mi leche, quisiéramos aceptar que esto significa que trasladó a sus santos de este mundo a los cielos, e introdujo en la sociedad de los ciudadanos celestiales, que son ciertamente su cuerpo, será consecuente entender que esta advertencia de la que ahora hablamos fue dada a esos mismos ciudadanos del cielo: pues cuando dijo que había comido su panal con su miel, y bebido su vino con su leche, es decir, que había reunido a los santos en el aumento de su cuerpo celestial, inmediatamente volvió su rostro y palabras a los habitantes del cielo, diciendo: Comed, amigos míos, y bebed, y embriagaos, carísimos. Lo cual es decir con otras palabras: Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja, que se había perdido (Luc. XV). Y ciertamente, con una comparación muy adecuada, se asemejan al panal y a la miel aquellos que, agradándole desde la constitución del mundo, el Señor, resucitando de entre los muertos, llevó consigo desde los infiernos a los reinos celestiales: para que la dulzura de las almas santas, que elevó a los gozos eternos en los cielos, se equipare a la miel. En el panal, sin embargo, no hay menor felicidad para aquellos que, en cuerpo y alma inmortal, merecieron ascender a los atrios de la ciudad celestial por él. De los cuales el evangelista testifica claramente, porque al morir el Señor en la cruz, se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido resucitaron, y después de su resurrección vinieron a la ciudad santa, y aparecieron a muchos (Mat. XXVII). Porque aquellos que resucitaron de entre los muertos cuando el Señor resucitó, también se cree que ascendieron con él cuando ascendió a los cielos. Ni de ninguna manera se debe dar crédito a la temeridad de aquellos que piensan que después regresaron al polvo, y nuevamente fueron encerrados en los sepulcros, que antes se habían abierto por ellos, a quienes poco antes aparecieron vivos, como si fueran muertos. Así que el esposo comió su panal con su miel, cuando el Señor condujo a la vida eterna a todos aquellos que le habían servido fielmente desde el principio de esta vida, algunos gozando de la inmortalidad de la carne, otros aún esperando las recompensas de la resurrección, y a todos juntos los elevó a la bienaventuranza de la gloria inefable entre la compañía de los ángeles. Hasta ahora, el Señor había alabado con muchas palabras la gloria y las virtudes de la santa Iglesia, comenzando desde lo que dijo: ¡Cuán hermosa eres, amiga mía! ¡Cuán hermosa eres! Tus ojos son de palomas. Esta alabanza se llevó hasta el punto de que incluso se oponía a ser probada por las adversidades; cuando esto comenzó a suceder, invocó la única ayuda de su mismo Redentor; y él, sin demorar sus votos, bajo el nombre de mirra y aromas, reunió a la patria celestial a aquellos que fueron probados por las presiones o adornados con otras virtudes. Pero también declaró que toda la vida de la santa Iglesia, que se distingue en maestros y en sus oyentes, le fue aceptada bajo el nombre de panal de miel y leche. Con esto cumplido, sigue la voz de la Iglesia deseando adherirse al Señor en el retiro y silencio de la contemplación, más que encender en sí misma las armas y la furia de los perversos a través del trabajo de la predicación.

XIX. Yo duermo, pero mi corazón vela. Como si dijera, cesando por un tiempo los ataques de las persecuciones, he comenzado a tener en esta vida presente un poco de descanso en el Señor, cuyo ocio uso con mucho gusto, ya no ceso de velar con todo el deseo del corazón por ese descanso que no conoce fin. Yo duermo, porque, por la gracia de él, disfruto de una pequeña tranquilidad de esta vida al cultivarlo. Ni estoy entregada a tanto trabajo de predicación como la Iglesia primitiva soportó, ni golpeada por tantos conflictos de los infieles como las innumerables multitudes de la Iglesia naciente soportaron en el primer tiempo. Y mi corazón vela, porque cuanto más libre estoy de los ataques externos, tanto más profundamente veo dentro de mí que él es el Señor. Esto dice la santa Iglesia en aquellos que, con la serenidad de la vida temporal, en salmos, ayunos, y otras oraciones y limosnas de la vida temporal, desean servir al Señor con actos más tranquilos. Pero porque esta vida es de trabajo, no de descanso, pronto siente la voz del Señor que la despierta y la exhorta al sudor de la predicación, para que recuerde que en el tiempo de este exilio, no se le ha negado completamente el gusto del descanso deseado, ni se le ha dado eternamente la fruición. Pues sigue:

La voz de mi amado que llama: Ábreme, hermana mía, etc. Porque el amado llama a nuestra puerta, cuando el Señor nos excita al progreso de las virtudes, cuando nos advierte sobre los gozos del reino prometido que debemos adquirir, así como nosotros llamamos a su puerta, cuando buscamos de él el progreso de las virtudes, cuando buscamos la entrada al reino, recordando sin duda su promesa, que dijo: Llamad, y se os abrirá (Luc. XI). Pero él mismo declara que llama a nuestra puerta, cuando dice: He aquí, estoy a la puerta y llamo. Si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo (Apoc. III). Pero abrimos al Señor que llama de dos maneras, cuando o bien abrimos el santuario de nuestro corazón para recibir el amor ferviente de él, que ya tenemos por un tiempo, o ciertamente cuando abrimos los corazones de los prójimos para recibir el temor o el amor de él, que aún no han tenido, predicando. Hay también una tercera llamada del Señor a nuestra puerta, cuando nos advierte con enfermedades previas que seremos arrebatados de esta vida. De la cual él mismo en el Evangelio dice: Y vosotros, sed como hombres que esperan a su señor, cuando regrese de las bodas, para que cuando venga y llame, le abran inmediatamente (Luc. XII). Inmediatamente abrimos al Señor que así llama, si recibimos la muerte con alegría, y no tememos ser llevados a su juicio, a quien recordamos haber complacido en buenas obras, a quien siempre hemos honrado; según el Salmista, Y el honor del rey ama el juicio (Sal. XCV). Pero en este lugar, el Señor, si se considera cuidadosamente, parece buscar más bien esa apertura del alma fiel que se hace en la instrucción de los prójimos. Pues es evidente que ella misma había abierto su corazón a él, porque deseaba salir a él, liberada de los lazos de la carne, quien podía decir: Yo duermo, pero mi corazón vela. Es evidente que el amado ya había entrado en ella, a quien honraba con tantos y tan grandes títulos, para que dijera: Hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía: hermana mía, porque te has convertido en coheredera de mi reino; amiga mía, porque has salido del yugo de la servidumbre, te has convertido en conocedora de mis secretos; paloma mía, porque has sido iluminada con el don de mi espíritu; inmaculada mía, porque separada de los actos ocupados, has sido elevada a las visiones divinas. Pero cuando dice, Ábreme, sin duda requiere que las mentes de aquellos que aún no eran dignos de todas estas cosas se le abran predicando, como lo declaran las palabras siguientes, que dicen:

Porque mi cabeza está llena de rocío, etc. La cabeza de Cristo es Dios, como dice el Apóstol (I Cor. II); pero los rizos de él son los pensamientos recogidos en la mente de sus fieles, que no fluyen dispersos, sino que permanecen sujetos por la disciplina. El rocío y las gotas de la noche, que caen desde lo alto en medio de las tinieblas con frío, son las mentes de los inicuos,

oscuras y ciegas, y siempre deseando las cosas que están en la tierra. De los cuales se ha dicho: Porque al abundar la iniquidad, se enfriará el amor de muchos (Mat. XXIV). Pero el Señor ha mandado que lo amemos a él, y amemos también al prójimo. Pero cuando lo veneramos con menos amor del que debemos, cuando muchos incluso, lo que es peor, no tienen en absoluto afecto de caridad hacia él, ¿qué otra cosa sino que la cabeza de Cristo está llena de rocío? Y cuando los malvados también ofrecen odio en lugar de amor a los siervos de Cristo, que se recogen en la custodia de su mente, y se adhieren más estrechamente al amor de su Creador, ¿no están los rizos de él empapados con las gotas de la noche, y soportan gravemente los fríos que los oprimen de la ciega persecución? Por lo tanto, cuando se avecina un tiempo de este tipo, el Señor despierta con razón a la Iglesia del sueño de los dulces estudios con los que se deleita, y le ordena que se dedique a la palabra de la predicación, y con frecuente exhortación caliente, ilumine y abra para él los corazones de los perversos, que estaban cerrados contra él, para que entrando pueda habitar por la fe, prefiriendo que llegue a la salvación de muchos a través del trabajo, que tener descanso en los pocos que fueron salvados, aunque sea loable por la frecuente meditación de los bienes celestiales. Provocada al trabajo de la predicación, la Iglesia responde al Señor:

Me he despojado de mi túnica, etc. Como si dijera abiertamente, He abandonado los negocios de las cosas débiles, ¿cómo los repetiré? Porque quien se dispone al oficio de la predicación, y quien asume la preocupación de gobernar almas, queda que vigile para proveerles también las necesidades temporales de las que predica las eternas. Por lo tanto, la Iglesia en aquellos que prefieren cuidar de sí mismos en secreto, que ocuparse en las molestias de las acciones laboriosas, recuerda que se ha despojado de su túnica, y que no puede volver a ponérsela: porque la túnica figurativamente denota las ocupaciones de este siglo, lo testifica el mismo Señor, cuando hablando del advenimiento de su último juicio dice: Y el que esté en el campo, no vuelva a tomar su túnica (Mat. XXIV); advirtiéndole que quien había ocupado su mano y mente en los progresos de los frutos espirituales, no vuelva a desear los placeres del mundo que había rechazado.

He lavado mis pies, etc. Ya he lavado mis pensamientos, que alguna vez solían tocar la tierra, con frecuentes lágrimas de secreta compunción, y en cuanto fue posible con mis costumbres, los he hecho dignos de la entrada celestial, de modo que pueda decir que nuestros pies estaban en tus atrios, Jerusalén (Sal. CXXI); es decir, aunque aún no he merecido entrar en las murallas de la ciudad celestial, ya he estudiado purificar mis pensamientos hasta el punto de que recuerdo haber probado con frecuencia, con una mirada fija del corazón, algunos inicios no pequeños de sus gozos, y ¿cómo puede ser que, saliendo de la cumbre de la contemplación, vuelva a ser manchada por las inmundicias del mundo? Exceptuando la preocupación, que hemos mencionado, de las necesidades temporales, es muy difícil que incluso un doctor excelente no sea a veces movido por alguna culpa de jactancia, o de ira, si no es escuchado humildemente cuando habla de cosas divinas y celestiales; de jactancia, si, obedecido humildemente, adquiere para el Señor muchas multitudes de creyentes. La ira turba, si es reprendido; la jactancia infla, si su palabra es alabada. De ahí que Santiago diga: No os hagáis muchos maestros, hermanos míos, porque recibiréis mayor juicio; porque en muchas cosas todos ofendemos (Jac. III). De ahí que el mismo Señor, al regresar los discípulos de la predicación, les lavó los pies; significando que ni siquiera los sumos predicadores pueden carecer de todos los pecados, al menos de los pensamientos con los que tocan la tierra; pero él mismo, sin embargo, los lava propicio, cualesquiera que sean. Por lo tanto, la santa Iglesia se deleita en los estudios suaves y saludables de la vida tranquila, en aquellos que han merecido ser experimentados en tales cosas; y excusa el oficio de la predicación, diciendo de alguna manera con Moisés: Te ruego, Señor, envía a quien has de

enviar (Éx. IV). Pero porque el Señor quiere que nuestro amor hacia él se conozca principalmente en el amor a los prójimos, de donde a Pedro, que le profesaba amarlo por tercera vez, le respondió por tercera vez: Apacienta mis ovejas (Juan XXI), se añade apropiadamente:

Mi amado metió su mano por el agujero, etc. Porque el amado mete su mano por el agujero, cuando el Señor nos enciende con una oculta compunción invisible para la obra de las virtudes. Mete su mano hacia nosotros que deseamos descansar, cuando nos recuerda la obra que ha hecho en nosotros, no solo para que seamos hombres, sino también para que seamos de él. Mete su mano hacia nosotros, cuando nos advierte de la obra que hizo en sí mismo por nosotros, cuando saliendo del seno del Padre a nuestro público, no solo se dignó encarnarse y habitar en la tierra, para hacernos espirituales y celestiales, sino también morir, para que vivamos perpetuamente. Por lo cual con razón nuestro vientre tiembla ante tal toque de él, porque al recordar la obra de su misericordia, nuestra conciencia se estremece, según aquello profético, Consideré tus obras, y temí, y se apresura a levantarse cuanto puede para cuidar la salvación de los prójimos, por la cual Dios se encarnó y murió. Porque el nombre de vientre suele designar el corazón, porque así como en el vientre se digieren los alimentos, así las cogitaciones maduran en el corazón con sedula reflexión. De ahí que Jeremías diga: Mi vientre, mi vientre me duele (Jer. IV). ¿Qué provecho tendría para los oyentes si su doctor se quejara de que le dolía el vientre? Pero mucho se esforzó en contribuir a ellos, atestiguando que su conciencia también estaba turbada y llena de dolor íntimo por sus actos reprobos. Pero el nombre de vientre puede también significar la misma blandura e infirmitud de aquellos que temen asumir el oficio de la doctrina, ya sea porque se consideran menos idóneos, o porque se deleitan en el ocio de su tranquilidad, lo rehúyen. Y al toque del amado, el vientre de la esposa tembló, cuando al impulso de la compunción divina, los débiles de la Iglesia sacuden el letargo de la pereza, y se encienden para el ejercicio de la buena obra, y no solo se levantan para aconsejar a los prójimos predicando. Esto es lo que sigue:

Me levanté para abrir a mi amado. Porque abrir al Señor, en este lugar significa predicar la palabra del Señor. Abrimos al Señor, no solo cuando recibimos su venida en nuestro corazón por amor, sino también cuando instruimos a aquellos que solían cerrar sus corazones contra la verdad para que la reciban. Y bien se recuerda que la esposa se levantó para abrir a su amado, porque es necesario de todo modo que quien se dispone a predicar la verdad, primero se levante para hacer lo que enseña, no sea que predicando a otros él mismo se haga réprobo. A quien las palabras siguientes convienen, cuando se dice:

Mis manos destilaron mirra, etc. Porque en las manos se toman las obras que se hacen con las manos, en los dedos se toma la discreción por la cual se dirigen las obras: porque ciertamente ningún miembro nuestro está más dividido en muchas articulaciones, ni más apto para los movimientos que los dedos. De ahí que el Señor, al dar sentencia sobre la adúltera, primero escribía con el dedo en la tierra, y así explicó el juicio que se pedía, advirtiéndonos mística y prudentemente que siempre que dispongamos castigar o juzgar a otros, primero humillados esculpamos nuestra conciencia con solícita discreción, considerando cuidadosamente no sea que también nosotros seamos tentados. Se ha dicho, sin embargo, muchas veces que la mirra significa la continencia de la carne y los martirios: de donde se hace evidente el sentido, porque las manos de la esposa destilan mirra, cuando el alma santa se entrega a las obras de continencia; y sus dedos están llenos de mirra probadísima, cuando examinándose con solícita discreción, encuentra que vive continentemente solo con la mirada de la retribución celestial. Porque quienes buscan la gracia de la alabanza humana, quienes, según el mismo juez, han recibido su recompensa, estos ciertamente parecen destilar mirra de sus manos, pero de ninguna manera tienen los dedos llenos de mirra probadísima, porque aunque no solo

entregan sus bienes a los pobres, sino también sus miembros al fuego, si no tienen caridad, nada les aprovecha. Porque, por tanto, quien quiere enseñar a otro, él mismo debe abstenerse de las seducciones carnales, y estar preparado para sufrir por la confesión de la fe, correctamente cuando dijo: Me levanté para abrir a mi amado; inmediatamente añadió: Mis manos destilaron mirra. Y porque esa misma continencia o pasión debe hacerse solo con la intención de la recompensa eterna, correctamente añadió: Mis dedos están llenos de mirra. También las manos de la esposa destilan mirra, cuando sus obreros, es decir, los santos doctores, someten su cuerpo a la mortificación saludable, y sus dedos están llenos de mirra probadísima, cuando progresan tanto en las tribulaciones, que se declara que su paciencia es invencible, según aquello del Apóstol: Pero nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza; y la esperanza no confunde (Rom. V).

Abrí el cerrojo de mi puerta a mi amado. La esposa abrió el cerrojo de su puerta a su amado, cuando cada alma elegida hizo del templo de su pecho digno de la visita y habitación divina. Abre el cerrojo de su puerta al amado que llama, cuando con inspiración repentina, encendida en los deseos celestiales, se esfuerza por abrir más ampliamente el seno de su mente para recibir el gusto de esa misma dulzura celestial. Porque había dicho antes que el amado, al meter su mano por el agujero, la había tocado y sacudido con temblor: tocada vehementemente por él, desea ya no ser tocada por su mano a través de la estrechez del agujero, sino, abierta la puerta del corazón, disfrutar del felicísimo abrazo de él, es decir, saciarse más plenamente con la suavidad de la ilustración divina, que ya había sentido rápidamente y de manera muy limitada. Pero porque la perfecta visión de los gozos eternos no se concede a ninguno de los elegidos en esta vida, que se reserva a todos los justos en la otra vida como recompensa, correctamente se añade:

Pero él se había apartado, etc. Esto es lo que dice el Salmista: "El hombre se acercará al corazón profundo, y Dios será exaltado" (Salmo LXIII). Pues cuanto más se eleva el corazón humano, purificado por la fe y la oración, para contemplar la gloria de la visión divina, tanto más alto encuentra lo que busca y a lo que debe ascender en el tiempo de la prometida retribución. Similar a esto es lo que dice el Eclesiastés: "Dije, me haré sabio; pero ella se alejó más de mí, mucho más de lo que era" (Ecles. VII). No debe pasarse por alto que no dice simplemente: "Abrí mi puerta", sino que dice: "Abrí el cerrojo de mi puerta a mi amado". Pues había cerrado con un cerrojo, bajado profundamente, la cámara de su corazón, para que ningún profano o insidioso entrara, según lo dicho por Salomón: "Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él mana la vida" (Prov. IV). Abrió también al amado, para ofrecerle un lugar libre al Creador, rechazando a todas las turbas impuras. No debe considerarse contradictorio lo que dijimos antes, que la esposa abre al amado con gotas de la noche y rocío helado, cuando la Iglesia o el alma fiel enciende el corazón de los prójimos para alabar al Creador, a quien no conocían o no se preocupaban, y ahora interpretamos que ella abre el cerrojo de su puerta al mismo amado, en el sentido de que, a través del progreso de la compunción, abrió más ampliamente su mente a su entrada: pues ambos se realizan en un mismo momento, ya que la inspiración interna que enciende a cualquiera para reunir almas para Dios, también suele encenderlo más ardientemente en el amor del mismo Creador. No hay otra causa que incite a alguien correctamente a enseñar que el amor de Dios. Y mientras uno se deleita en abrir el alma del prójimo para recibir los dones de la piedad divina, es necesario que, al hacer esto, renueve su propia mente y la dilate más ampliamente para la entrada de la gracia celestial. Finalmente, en las palabras siguientes se manifiesta claramente al esposo cuánto progresa, mientras se preocupa por abrir al Señor los corazones de los prójimos, que veía oscuros, sufriendo gravemente que aquel a quien ella ardía tanto, fuera

como gravado por el torpor infiel de otros, como por el rocío nocturno y las gotas. Pues sigue:

Mi alma se ha derretido, etc. Cuanto más dulcemente, dice, recibí la voz y la cercanía de mi amado a través del agujero de la secreta compunción, tanto más sublimemente todo lo que en mí era frío, se calentó; todo lo que era rígido, se derritió; de modo que no encontré nada dulce sino disolverme en lágrimas; y a quien no pude retener cuando me tocó con su gracia, ahora que se aleja, me deleito en buscarlo con llanto y gemido. Y esto también me dio no poco aumento, al derretirme del rigor anterior y derramar mi alma en mí, que veo enfriarse la caridad de muchos, quejándose él mismo de estar cubierto por las gotas de la noche, es decir, por los tumultos tenebrosos de los malvados. Y porque los inicuos han destruido su ley, por eso más y más me he preocupado por amar sus mandamientos sobre el oro y el topacio.

Lo busqué, y no lo encontré, etc. Esta es la voz de aquellos en la santa Iglesia que están acostumbrados, habiendo trascendido la preocupación por las cosas pasajeras, a caminar solo en los bienes supremos, y siempre amar la entrada a la patria celestial: de los cuales no hay duda de que no siempre pueden ser afectados por la misma fuerza de dulzura, como desean, por el deseo de las cosas celestiales, porque esta virtud no está en el arbitrio de la mente elevada hacia lo alto, sino solo en el don del Dios que eleva e ilumina. Siempre que el alma casta desea salir hacia el Señor, o, estando en la carne, ser elevada por el gusto de la futura bienaventuranza, y sin embargo no obtiene inmediatamente lo que pide, entonces es necesario que diga gimiendo: "Porque lo busqué, y no lo encontré; lo llamé, y no me respondió". Siempre se encuentra a quien busca bien, para que tenga misericordia; siempre responde a quien llama bien, para que lo consulte para la salvación eterna: pero no siempre responde para esto, ni se ofrece a ser encontrado, para que lo que promete a los que llegan a la patria, no lo prolongue a los que aún caminan en el camino de este exilio. Finalmente, todos los días, con frecuencia, doblamos la rodilla y decimos al Padre: "Venga tu reino"; no dudamos de ser escuchados, ni recibimos inmediatamente lo que pedimos, pero esperamos pacientemente y con alegría el efecto de nuestra oración, hasta que lo alcancemos al final.

Me encontraron los guardias, etc. Los guardias que recorren la ciudad son los santos doctores a quienes se ha delegado el cuidado de la Iglesia, para que, con la palabra o el ejemplo, la protejan de la incursión de doctrinas perversas, y la enciendan más y más en el temor y amor de su Creador. Estos recorren la ciudad, porque en todos los lugares de la santa Iglesia, extendida por todo el mundo, se encuentra su presencia corporal y su voz viva, o la doctrina o la obra insertada en las letras. Los cuales, encontrando a la esposa fatigada en la búsqueda del amado, la golpean y hieren, porque el alma que encuentran ansiosa por el amor celestial, la inflaman más con la palabra de su doctrina; y mientras extinguen en ella cualquier cosa terrenal que descubren que ha permanecido, y la hacen insensible a todas las cosas bajas, como si la golpearan, la hieren: pues cuando el Apóstol describe la armadura de Dios, dice: "Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios" (Ef. VI); ¿qué maravilla si se dice que es golpeado y herido quien es tocado por esta espada? Con el golpe de esta espada se recibe aquella herida de la que se dice en otro lugar: "Estoy herido de amor".

Me quitaron mi manto los guardias de los muros. Los guardias de los muros son los mismos doctores supremos, cuando se esfuerzan por instruir también a aquellos que son capaces de gobernar y fortificar la Iglesia. Creo que Timoteo, Tito y otros obreros de la verdad de este tipo eran muros de la ciudad de Dios; y Pablo, al darles exhortaciones, ¿qué otra cosa sino guardián de los muros debe entenderse? Pues mostró ser guardián de la ciudad que solícitamente recorría, cuando enumerando sus virtudes dijo: "Además de las cosas externas, mi preocupación diaria, la solicitud de todas las iglesias" (II Cor. XI). También enseñó ser

guardián de los muros, cuando dice a Timoteo: "Tú, sin embargo, vigila; trabaja en todo; haz obra de evangelista; cumple tu ministerio" (II Tim. IV), y otras cosas semejantes. Y a Tito: "Por eso te dejé en Creta, para que corrigieras lo que falta, y establecieras presbíteros en cada ciudad, como yo te ordené" (Tit. I). Pero los guardias de los muros quitan el manto de la esposa golpeada y herida, cuando los apóstoles o los hombres apostólicos quitan a cualquier alma tocada por el amor divino las ataduras de las cosas pasajeras, para que, libre de cuidados bajos, busque con más libertad el rostro de su Creador. Pues el manto es lo mismo que la túnica mencionada antes; donde dice: "Me despojé de mi túnica", designando los enredos de las cosas terrenales.

XX. Os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis, etc. Con razón languidece de amor la esposa, cuando herida y golpeada por la espada del Espíritu, se despoja del manto de la concupiscencia carnal, porque cuanto más se fortalece el alma santa en Dios, tanto más se debilita y enferma hacia el afecto de este mundo. Y no es de extrañar que se diga que languidece el alma perfecta hacia las cosas del mundo, cuando el Apóstol no duda en llamar muertos a aquellos que han dejado el mundo perfectamente: "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Gál. VI); y de sí mismo: "Para mí el mundo está crucificado, y yo al mundo" (Ibid.). Las hijas de Jerusalén son los ciudadanos de la patria celestial, que en parte aún peregrinan en la tierra, en parte ya reinan en ella. Pero en este lugar, cuando se dice: "Os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, que le anunciéis que languidezco de amor", parece dirigirse a aquella parte de ellas que, habiendo estado en la tierra, aún no ha merecido ver perfectamente al Señor, a quien sin embargo encuentra a menudo, cuando lo recibe en su pecho por amor. Por tanto, la esposa conjura a estas hijas de Jerusalén para que, si encuentran a su amado, le anuncien que languidece: pues nosotros somos esta esposa, y amiga del mismo Dios y Señor nuestro, en cuanto adheridos a él nos convertimos en un solo espíritu con él, y cuando encendidos por los deseos de las cosas eternas, y suspirando por el rostro de nuestro Creador, a quien aún no vemos, acudimos a sus siervos, a quienes creemos que llevan una vida angélica en la tierra, y les pedimos humildemente que en el tiempo de su devota oración nos encomienden también al Señor, e intercedan por nosotros, para que merezcamos ver su rostro. Esto es precisamente lo que hacemos, conjurando a las hijas de Jerusalén para que refieran a Dios la magnitud de nuestro amor, y pidan para nosotros, al igual que para ellas, la ayuda suprema para ver su gloria. De donde también se da una respuesta de ellas, las hijas de Jerusalén, que manifiestamente se ajusta a la devota conversación de los fieles. Pues sigue:

XXI. ¿Cómo es tu amado entre los amados, etc. Lo que es claramente decir un hermano fiel a otro hermano fiel: Te ruego, ya que te veo arder con el amor del Redentor, que también me hables de él, me confirmes con una exhortación saludable, para que en mi corazón crezca la misma caridad con sus beneficios y dones. Y ciertamente ya hace tiempo que, consciente de mis pecados, comencé a tener su temor, pero ahora, con el progreso de la fortaleza de la mente, ya más seguro de la remisión de los pecados, me deleito en escuchar algo de su amor. Dime, pues, adelante, ¿cómo es tu amado entre los amados? es decir, desde el punto de vista de que debe ser amado más que temido. Tienes una palabra similar en el cántico de Isaías: "La viña fue hecha para el amado en el cuerno, en un lugar fértil", y así hasta que dice: "La viña de Sabaot, la casa de Israel: y el hombre de Judá, el nuevo amado" (Isaías V). Pero el amado entre los amados puede entenderse como el Hijo del Padre, así como se cree y confiesa correctamente "luz de luz, Dios de Dios". Pues así como hay una sola caridad y una sola deidad del Padre y del Hijo, así también hay un solo amor, testificando Juan, quien dice: "Y todo el que ama al que engendró, ama al que ha nacido de él" (I Juan III). Sigue una respuesta digna de los que preguntan por parte de la esposa.

XXII. Mi amado es blanco y rubicundo, etc. Blanco, porque "apareciendo en la carne, no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca" (I Pedro II); rubicundo, porque "nos lavó de nuestros pecados con su sangre" (Apoc. I). Y bien primero blanco, luego rubicundo, porque primero vino santo al mundo, y después, con su pasión, salió ensangrentado del mundo. Elegido entre mil, porque de todo el género humano, uno solo fue asumido como Mediador entre Dios y los hombres, por quien el mundo fue reconciliado, y fue el único de los mortales digno de escuchar del cielo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mateo III), es decir, en quien no encontré ningún vicio que me ofendiera, y todo el peso de virtud en el que me alegrara. Por eso bien dice el Eclesiastés de él: "Un hombre entre mil encontré; una mujer entre todas no encontré" (Ecles. VI): se sobreentiende, resplandeciente con perfecta justicia. Pues esto es lo que debe entenderse en estas palabras, lo declara la sentencia añadida, que dice: "Solo esto encontré, que Dios hizo a los hombres rectos, y él mismo se mezcló con infinitas cuestiones".

Su cabeza es oro puro. Dice el Apóstol que "la cabeza de la mujer es el hombre; la cabeza del hombre es Cristo; y la cabeza de Cristo es Dios" (I Cor. II); esta cabeza es oro puro, porque así como no se estima nada más precioso que el oro entre los metales, así la bondad singular y sempiterna de Dios supera con razón a todos los bienes que él mismo hizo.

Sus cabellos son como palmas elevadas, etc. Los cabellos de la cabeza del amado son las huestes de los santos, que se adhieren a Dios con fiel servicio; con razón se asemejan a palmas elevadas, porque esperan la dulzura de la recompensa perpetua. De donde es aquello del salmista: "El justo florecerá como la palma" (Salmo XCI). Con razón se dice que son negros como el cuervo, porque no esperan tener esta dulzura de sí mismos, sino recibirla de aquel que dice: "Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí" (Juan XV). Más bien, descubren que no tienen nada de sí mismos sino tinieblas, como advierte el Apóstol: "Porque fuisteis en otro tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor" (Ef. V). Y no es de extrañar que antes del lavacro de la regeneración seamos comparados con la negrura de los cuervos, cuando a los mismos apóstoles que ya lo seguían, la verdad maestra dice: "Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos" (Mateo VII). Pero veamos si el legislador encontró algo corvino en los cabellos del esposo entre las palmas elevadas. Pues al contemplar la luz de la gloria divina, inmediatamente reconoció y reprendió las tinieblas de la depravación humana, diciendo: "Señor soberano, Dios misericordioso y clemente, paciente y de mucha misericordia, y verdadero, que guardas misericordia para millares, que quitas la iniquidad y los pecados, y no hay nadie inocente por sí mismo ante ti" (Mateo VII). Por tanto, los cabellos del esposo, es decir, las cohortes de los justos, así como son elevadas como palmas, negras como el cuervo, porque tienden a las alegrías de la victoria por la misericordia del Señor, pero se reconocen a sí mismos. Este versículo también puede entenderse de los espíritus que en la patria celestial se adhieren eternamente a su Creador; que cuanto más alto contemplan la gloria de la majestad inmutable y perpetua, tanto más verdaderamente perciben cuán débil y vil es todo lo creado. Apponius interpreta los cabellos del esposo como las virtudes de los ángeles, y añade, diciendo: "El hecho de que dijo elevadas como palmas, enseñó que los ministerios mencionados nunca se inclinan de su poder y oficio, sino que permanecen siempre sublimes; como las palmas, cuyas copas siempre mantienen la virtud del verdor, elevadas hacia lo alto". Julianus habla de ellos así: "Los cabellos también se significan por otra comparación, en la que, sin embargo, la forma de los rizos parece imitar el resplandor del oro. Sus cabellos, como palmas elevadas, para que parezcan rizados y dorados". Y poco después: "Como si dijera: A la divinidad le sirven las cohortes de sus santos, tanto hombres como ángeles, y celebran el honor del rey con continua alabanza; y son

tan conspicuos en la dignidad de su ministerio, que sobresalen como palmas, resplandecen como oro. Pero lo entienden tanto a él, a quien sirven, que no solo no asumen nada de altivez, sino que por su gran humildad parecen oscuros y negros". Por otra parte, otra traducción, en lugar de palmas elevadas, puso un solo nombre, "sus cabellos de abeto". Y ciertamente sabemos que el abeto se llama *elatis* en griego, y nunca se cambia por la debilidad de la marchitez: de donde parece que *elates* en este lugar es una palabra griega, no latina, es decir, el nombre propio de un árbol. Lo que también parece afirmar Plinio el Viejo, cuando escribiendo sobre los ungüentos, dice: "Además, hay un árbol que pertenece a los mismos ungüentos, que algunos llaman *elate*, lo que nosotros llamamos abeto, otros palma, otros espadaña". Con estas palabras se da a entender que *elates* son árboles que tienen alguna semejanza con la palma o el abeto, aptos para hacer ungüentos. Por eso nuestro intérprete dijo "palmas elevadas", es decir, abetos de palmas, para que no entendamos el género vulgar de abetos, que conviene para edificios y naves, sino el especial, que es apto para ungüentos; lo que también se ajusta adecuadamente a las figuras, pues los cabellos del esposo se comparan con árboles de ungüentos, porque las huestes de los santos, que se adhieren familiarmente a su Creador, como los cabellos a la cabeza, están llenas de la gracia de las virtudes; con las cuales, cuando sirven diligentemente a la majestad divina, adornan la cabeza del esposo como cabellos semejantes a los ungüentos. Finalmente, María Magdalena, al ungir la cabeza del Señor con nardo, hizo que sus cabellos fueran semejantes a las palmas elevadas, es decir, a los árboles aromáticos, en el misterio de gran devoción.

Sus ojos son como palomas sobre los ríos de aguas. Lo que debe entenderse típicamente en los ojos del esposo lo revela Juan, cuando al recordar haber visto al Cordero con siete cuernos, inmediatamente añadió explicando: "Que son los siete espíritus enviados a toda la tierra" (Apoc. IV). Llama siete espíritus a los siete dones de un mismo Espíritu, que Isaías distingue en el orden más conocido de la operación divina, porque "el Espíritu Santo de la disciplina huirá del engaño". Se deleita en la sede de aquellas mentes que se hacen, como aguas vivas, claras; que no permiten que en ellas haya nada sucio, nada tenebroso, nada que no deba ser aprobado por todos los verdaderos amantes, más aún por la misma verdad, que escudriña los corazones y los riñones. Y bien, no sobre estanques de aguas, sino "sobre", dice, "ríos de aguas": pues si preguntas a dónde se derivan, a dónde fluyen estas aguas, el mismo manantial de vida de donde brotan se revela, es decir, nuestro Señor, de quien tienen los corazones de los elegidos todo lo que tienen de puro y luminoso. "Será en él una fuente de agua que salta para vida eterna" (Juan IV); pues quienes parecen tener pureza, ya sea de palabra o de obra, pero no se esfuerzan o no saben que deben tender al reino celestial a través de esa misma pureza, estos ciertamente no se asemejan a ríos, sino a estanques de aguas. Pero quienes, con las impurezas abiertas en sí mismos, dan lugar a los espíritus malignos, tales no se asemejan a aguas limpias, sino más bien a lodazales en los que los cerdos se deleitan. Los cerdos, pues, se deleitan en los pantanos, las palomas en los ríos de aguas, porque en los pechos inmundos los espíritus inmundos encuentran una morada adecuada. Pero bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V), y se llenan de la luz de los dones divinos. Estos dones, que se dan gratuitamente a los fieles y solo por la causa de la benevolencia suprema, se añade apropiadamente:

*Quae lacte sunt lotae, etc.* Con razón, el nombre de la leche indica los dones de la generosidad y piedad celestial, ya que las madres que alimentan a sus pequeños les proporcionan gratuitamente el alimento de la leche por amor natural. Las palomas, a las que se asemejan los ojos del esposo, están lavadas con leche, porque por gracia hemos sido salvados mediante la fe, y esto no es de nosotros, pues es don de Dios (Efesios II, 8). Así, estas palomas, es decir, los dones del Espíritu, se dicen lavadas con leche, ya que nunca han

tenido mancha alguna, como dice el salmista: Las palabras del Señor son palabras puras; plata refinada en el crisol, purificada siete veces (Salmo XI, 7), ya que está claro que nunca han tenido contaminación terrenal que deba ser purificada por el fuego. Así, el Hijo coeterno del Padre, correctamente se cree nacido del Padre, y nunca se dice que no haya nacido, correctamente, verdaderamente se confiesa y se cree; y tienes innumerables ejemplos de este tipo en las Escrituras. Estas palomas también residen junto a corrientes abundantes, porque cualquier corazón que rebosa de amor por las virtudes, la gracia espiritual suele habitar en él con mucho gusto, para iluminarlo con la presencia de su majestad, que con la pureza de una intención sincera se esfuerza por alcanzar lo celestial. Si queremos entender a los predicadores de su palabra como los ojos del Señor, los encontraremos como palomas sobre los arroyos de agua: como palomas, porque son simples; sobre los arroyos de agua, porque están enriquecidos con gracia espiritual. A menudo se designan por los arroyos de agua, porque prestan atención diligente a las Sagradas Escrituras, que también se figuran frecuentemente con el nombre de aguas, y al ser instruidos por ellas, pueden más fácilmente reconocer y evitar las trampas del diablo. Las palomas, de hecho, suelen residir sobre los arroyos de agua, no solo por bebida, o baño, o por la amenidad y limpieza del lugar; sino también con la intención de prever la sombra del halcón que se aproxima en la claridad de las aguas, y así poder evadir el peligro inminente del enemigo. La figura de esta naturaleza es evidente, porque necesitamos la meditación continua de las palabras divinas, para que, leyendo los hechos o palabras de los santos, investiguemos con mente atenta de qué manera el antiguo enemigo intenta atacarnos abiertamente, con qué maquinaciones de engaño intenta derrotarnos y suplantarnos. Y tan pronto como percibimos sus futuras trampas, debemos buscar refugio en las grietas de nuestra roca, es decir, en los refugios de la fe del Señor, y esforzarnos por defendernos con el signo de su pasión. Pero también debemos buscar rápidamente con vuelo la caverna del muro, es decir, las frecuentes intercesiones de los santos, o ángeles, o personas por nosotros ante la misericordia del piadoso Creador. Esto se considera necesario para todos los fieles, especialmente para aquellos a quienes se les ha impuesto no solo el cuidado de sí mismos, sino también la carga de gobernar y educar a otros. Estos son, de hecho, los refugios más firmes y seguros de la santa Iglesia, por los cuales anteriormente escuchó del Señor: Levántate, amiga mía, esposa mía, y ven, paloma mía, en las grietas de la roca, en la caverna del muro. Bien se dice de estas mismas palomas, es decir, de los ministros espirituales de la palabra, que están lavadas con leche y residen junto a corrientes abundantes, para insinuar que primero han sido renovadas por el baño del bautismo: lo cual no se expresa absurdamente con el nombre de leche, porque se cuenta entre los sacramentos con los que la infancia de la santa Iglesia suele nacer o nutrirse. Si creemos que hay alguna diferencia entre los arroyos de agua y las corrientes abundantes, en los arroyos de agua puede entenderse la instrucción del Antiguo Testamento, cuyos seguidores saben decir verdaderamente a Dios: Los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas (Salmo LXII), para que no sean arrebatados por las trampas de los poderes aéreos, como por las garras de los halcones. Se embriagarán de la abundancia de tu casa, y les darás de beber del torrente de tus delicias, porque en ti está la fuente de la vida (Salmo XXXV, 10). En las corrientes abundantes puede entenderse sin inconvenientes la perfección de la doctrina evangélica, cuya plenitud es tal que no puede haber mayor para los que habitan en esta vida. El evangelista distingue entre ambos diciendo: Porque la ley fue dada por Moisés; la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I); y puesto que a los doctores de la verdad se les ha concedido el conocimiento de ambos Testamentos, correctamente se dice que los ojos del Señor son como palomas sobre los arroyos de agua, que están lavadas con leche y residen junto a corrientes abundantes.

LIBRO QUINTO.

Sus mejillas son como arriates de especias, etc. Así como en los labios del Señor se expresan las palabras que hablaba, en sus mejillas se expresa la modesta piedad y la severidad de su rostro. Si de un hombre puro se pudo decir correctamente: La sabiduría del hombre resplandece en su rostro, cuánto más en el rostro de aquel hombre que es el poder de Dios y la sabiduría de Dios, para los que bien consideran, resplandecía la suma de poder y sabiduría. Sus mejillas, dice, son como arriates de especias plantadas por perfumistas. Así como los arriates de especias, dispuestos de manera adecuada y ordenada, ofrecen a los espectadores una gran gracia de olor y vista, así el mediador entre Dios y los hombres, con la dulzura de sus virtudes o doctrina, iluminaba a los presentes y atraía a los ausentes con su fama. Entiende por perfumistas, que plantaron estos arriates, a los profetas y apóstoles, quienes no solo registraron sus palabras, sino también sus costumbres en las sagradas páginas con una relación completamente concordante; aquellos narrando los misterios futuros de su encarnación, estos relatando los hechos. Creo que se refiere a la apariencia de sus mejillas, que se regocijó en el espíritu, congratulándose con la fe de los pequeños, que se dolía por la dureza del corazón de los incrédulos, que se alegraba por los discípulos al resucitar a Lázaro para que creyeran, que al ver a las hermanas llorando o a sus amigos lloró y se turbó a sí mismo, que al acercarse la pasión comenzó a entristecerse y estar afligido, que no dedicaba tiempo a la risa o palabras superfluas, que no juzgaba según la visión de los ojos, ni reprendía según el oído, que como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, así no abrió su boca (Isaías LIII, 7). Sus labios, sin embargo, son lirios que destilan mirra pura: lirios, porque prometen la claridad del reino celestial; destilan mirra pura, porque predicán que se debe llegar a esto mediante el desprecio de los placeres presentes. Desde entonces, dice, Jesús comenzó a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado (Mateo IV). También sus labios son lirios, porque nos ordena resplandecer con el candor de la santidad; destilan mirra pura, porque nos manda soportar valientemente cualquier adversidad que se presente para conservarla. Sus labios mostraban lirios cuando enseñaba a sus oyentes a ser pobres de espíritu, mansos, llorosos, hambrientos y sedientos de justicia, misericordiosos, puros de corazón y pacíficos. Y a cada uno de estos prometía la recompensa de la bienaventuranza eterna; añadió lirios y mirra cuando inmediatamente añadió: Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos (Mateo V). También sus labios resplandecían como lirios cuando en una misma persona enseñaba que él era verdadero Dios y verdadero hombre. El color dorado, que estaba dentro, se adapta adecuadamente a la verdad de la divinidad que estaba en Cristo, especialmente porque es triple, como figura de la única e indivisa gloria de la misma santa Trinidad. El candor exterior, sin embargo, designa adecuadamente la pureza y santidad de la humanidad asumida. Pero esos mismos labios destilaban mirra pura cuando predecía que, siendo siempre impasible en su divinidad, sufriría en el hombre que había asumido, cadenas, azotes, escupitajos, oprobios y muerte. Por lo tanto, sus labios imitan tanto la apariencia como el aroma de los lirios cuando dice: El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno según su obra (Romanos II, 6; Mateo XVI, 27; Apocalipsis XXII, 12). Destilan mirra pura cuando dice: Pero primero es necesario que sufra y sea rechazado por esta generación (Lucas XVII, 25).

XXIII. Sus manos son torneadas de oro, etc. Ordenadamente, después de los labios, la Iglesia alaba las manos, es decir, las obras después de las palabras de su Redentor, porque lo que enseñó con palabras, mostró que debía ser creído con virtudes. De ahí que, cuando enseñaba en el monte, las multitudes se admiraban de su doctrina. Pero para que la admiración se convirtiera en fe, al descender del monte, limpió a un leproso que le pedía solo con el toque de su mano. De ahí también que, admirando sus hechos, sus conciudadanos decían: ¿De

dónde le viene a este esta sabiduría y estos poderes? (Mateo XIII). La sabiduría se refiere a los labios, las virtudes a las manos. Bien dice que sus manos son torneadas, para indicar que tiene tanto el poder fácil como la inenarrable ciencia de actuar. Es evidente que el torneado es más rápido y más inenarrable que otras artes. Porque quien trabaja con hacha, cincel, hacha de doble filo o martillo, trabaja mucho más laboriosamente y necesita la frecuente aplicación de la norma y la atenta inspección de los ojos para no cometer errores. Pero quien trabaja con torno no necesita una regla externa: sino que con la herramienta que usa puede conservar la dirección de su obra. Las manos del Señor son torneadas, porque tiene en su poder hacer lo que quiere, porque dice y se hace. De hecho, dijo: Toma tu camilla y anda. Sin demora, se levantó, tomó su camilla y anduvo, quien había estado postrado como paralítico durante treinta y ocho años (Juan V, 8, 9). Sus manos son torneadas, porque en sí mismo tiene toda la regla de la justicia. No necesita, como nuestra pobreza, aprender en las sagradas letras para que su obra no se desvíe de la verdad. De hecho, se dijo de él: ¿Cómo sabe este letras, sin haber estudiado? (Juan VII, 15). Sabía porque él era anterior a las letras y la ley, incluso el juez del legislador mismo. Tornatiles, dice, de oro llenas de jacintos. En el oro, que supera a todos los metales, se ha demostrado frecuentemente que se significa la excelencia de la divinidad. Por lo tanto, sus manos son de oro, porque las virtudes que realizó en el hombre, nadie fiel ignora que fueron realizadas divinamente. Que también se dice correctamente que están llenas de jacintos, porque nos excitan al amor y la esperanza de las cosas celestiales. El jacinto es una gema de color azul. El Señor tiene jacintos en sus manos torneadas, para que, al preparar vasos de elección para la gloria, adorne con tales gemas, es decir, alegre los corazones de sus elegidos con el deseo y la expectativa de la gloria celestial. Si tomamos los pigmentos de este nombre en los jacintos, tampoco esto se aparta de la adecuada significación de la verdad: el jacinto es un pigmento de color púrpura y de olor agradable. De ahí que el poeta, reuniendo cosas preciosas como ejemplo de amor, añade: Son dones de laurel, y el jacinto rojo y suave. Y las manos del Señor estaban llenas de flores púrpuras, porque, a punto de morir por nuestra vida, las llenó con el rubor de su propia sangre en la fijación de los clavos. Pero las gemas deben entenderse en este lugar con el nombre de jacintos más que las flores, como enseña otra traducción que dice: Sus manos torneadas de oro llenas de tarsis: tarsis es el nombre de una piedra entre los hebreos que entre nosotros se llama calcedonia.

Su vientre es de marfil, etc. El vientre ocupa el lugar más frágil en nuestros miembros, ya que carece de huesos que lo protejan y contiene en su receptáculo las entrañas, cuya herida es siempre peligrosa. El marfil es el hueso del elefante, que se dice que es un animal de extrema castidad y de sangre fría. Por eso su muerte es frecuentemente acechada por el dragón, que desea enfriar sus ardientes entrañas con la bebida de su sangre. El zafiro es una piedra, cuyo color se describe en la historia sagrada, que dice: Y vieron al Dios de Israel bajo sus pies, como una obra de piedra de zafiro, y como el cielo cuando está sereno (Éxodo XXIV, 10). El vientre del amado, por lo tanto, insinúa la fragilidad de su humanidad, con la cual se conformó a nosotros. El marfil indica la belleza de la castidad, por la cual permaneció en la carne libre de la corrupción del pecado. Los zafiros expresan la sublimidad de las virtudes celestiales con las que resplandecía en la carne. Su vientre, dice, es de marfil, adornado con zafiros. Como si dijera abiertamente: La fragilidad de la sustancia mortal en él será verdadera, pero esta, completamente libre de la lascivia de la mortalidad, brillará con los espléndidos signos de las obras divinas. Y correctamente dijo que su vientre es todo de marfil, pero no todo vestido de zafiros, sino adornado con zafiros, de modo que parte es marfil, parte aparecen zafiros. Su vientre era de marfil, porque la fragilidad que asumió estaba libre de todo pecado, de modo que no más en ella que en el hueso de un elefante muerto podría encontrarse ardor vicioso. Estaba adornado con zafiros, porque entre las pasiones de la humanidad asumida promovía frecuentes indicios de la perpetua divinidad: a la

fragilidad de la humanidad pertenece el hecho de que un niño nos ha nacido, a la potencia de la divinidad, que nació de una Virgen, y esa misma natividad fue proclamada por voces angélicas y celebrada con misterios; a la potencia de la divinidad, que se muestra por la estrella, adorado por los magos, a la fragilidad de la humanidad, que es perseguido por el rey pérfido y huye de su patria; a la fragilidad de la humanidad, que pudo ser conducido y tentado por el diablo, a la potencia de la divinidad, que, vencido y rechazado, es honrado con ministerios angélicos; a la fragilidad de la humanidad, que pide agua a la mujer samaritana, a la potencia de la divinidad, que testifica que puede dar a ella la fuente de agua viva; a la fragilidad de la humanidad, que se cansa del camino, a la potencia de la divinidad, que promete descanso eterno a los que lo siguen; a la fragilidad de la humanidad, que duerme en la nave, a la potencia de la divinidad, que al ser despertado manda a los vientos y al mar; a la fragilidad de la humanidad, que fue crucificado y muerto, a la potencia de la divinidad, que su muerte hizo temblar a los elementos junto con las cosas celestiales y terrenales; a la fragilidad de la humanidad, que fue ungido con especias y sepultado, a la potencia de la divinidad, que resucitó y ascendió a los cielos; a la fragilidad de la humanidad pertenece lo que Isaías dice: No hay en él parecer ni hermosura, y lo vimos despreciado (Isaías LIII, 3). Y poco después: Y como escondido su rostro, y despreciado, por lo que no lo estimamos (Ibid.); a la potencia de la divinidad, lo que dice Juan: Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y verdad (Juan I). Por lo tanto, el vientre de Cristo está adornado con zafiros, porque su encarnación inmaculada e incontaminada resplandeció con frecuentes milagros de la divina majestad. Es notable que la Escritura dice del color zafiro que es de tal especie como el cielo cuando está sereno. Con el nombre de cielo sereno, no incongruentemente se figura la sublimidad de la majestad divina, como atestigua el salmista, que describiendo la encarnación de nuestro Redentor dice: Desde el extremo del cielo es su salida, y su curso hasta su extremo (Salmo XVIII). Esto es lo que él mismo dijo a sus discípulos: Y creísteis que salí de Dios; salí del Padre, y vine al mundo; otra vez dejo el mundo, y voy al Padre (Juan XVI, 28). Pero la misma esposa vio en el vientre de su amado el zafiro cuando dijo con la voz de su primer pastor: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente (Mateo XVI, 16), porque en el Hijo del Hombre santo, inocente, impoluto, separado de los pecadores, reconoció la pura plenitud de la divinidad.

Sus piernas son columnas de mármol, etc. Con el término piernas del Señor se insinúan los caminos de su encarnación, por los cuales se dignó venir a nuestra salvación. Que bien se comparan con columnas de mármol, porque son fuertes y rectas. ¿Qué hay más fuerte que el mármol? ¿Qué es más recto que una columna? ¿No vio el salmista la firmeza del mármol en sus piernas cuando dijo: Y él como un esposo que sale de su tálamo; se regocijó como un gigante para correr su camino, y demás (Salmo LXXXVIII). ¿No vio también la rectitud de las columnas cuando nuevamente dijo: Justo es el Señor en todos sus caminos (Salmo CXLIV, 17)? De ahí que, cuando estaba en la cruz, sus piernas no pudieron ser quebradas, aunque el gobernador lo permitiera, así como tampoco pudieron ser rasgadas sus vestiduras. La túnica permaneció intacta, para que la unidad de la Iglesia, que es su vestidura elegida, sin mancha ni arruga, nunca fuera violada. Las piernas permanecieron intactas, para que el misterio de su venida en la carne, sagrado e inviolable, perdurara contra todo martillo de doctrina perversa. Pilato, de hecho, se interpreta como el martillo del mal. Pero el martillo, aunque el impío con boca herética disponga golpear, las columnas de mármol permanecen, que repelen firmemente el golpe del que golpea. Aunque la doctrina insana diga algo insano sobre el Señor, permanece la verdad evangélica, que prevalece. De estas columnas se dice adecuadamente: Que están fundadas sobre bases de oro. Las bases de oro son los mismos consejos de la divina providencia, por los cuales eternamente antes de los siglos se dispuso todo lo que temporalmente se crearía en el mundo, en los cuales también se predestinó la

misma encarnación de nuestro Salvador y nuestra salvación en él, como testifica el Apóstol que dice: Como nos eligió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia en amor (Efesios I); y el apóstol Pedro dice que hemos sido redimidos con la preciosa sangre, como de un Cordero inmaculado e incontaminado Jesucristo; y conocido de antemano antes de la fundación del mundo, manifestado en los últimos tiempos (I Pedro II). Por lo tanto, están fundadas sobre sus bases de oro las columnas de mármol, a las que se comparan las piernas del Señor, porque todas las huellas de nuestro Salvador, por las cuales quiso venir del cielo a la tierra, o en la tierra vivir, o después de la tierra descender a los infiernos, o después de los infiernos resucitar del sepulcro y regresar a los cielos, son firmes como el mármol, rectas como el cielo en potencia, como columnas ordenadas según la regla del precepto divino, como fundadas sobre bases de oro. De estas bases él mismo dice: Porque yo no he hablado por mí mismo, sino que el Padre que me envió, él mismo me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar (Juan XII, 49); y si quieres saber por qué son bases de oro, escucha lo siguiente: Y sé que su mandamiento es vida eterna (Ibid.).

Su aspecto es como el del Líbano, etc. ¿Por qué, dice, esforzarme en describir cada uno de sus miembros? Lo resumiré brevemente. Así como el monte Líbano, famoso en Fenicia, es notable por su altura y amplitud, así nuestro Señor, con razón de gracia más sublime, supera a todos los que han nacido de la tierra. Así como ese monte es fértil en árboles nobles, Él eleva a todos los santos bajo su protección, para que no caigan a lo más bajo, y los conserva arraigados en Él, para que no puedan ser sacudidos por los vientos de las tentaciones. Así como la belleza, fortaleza, altura y fragancia de los cedros supera a toda la gloria de los bosques, así mi amado es hermoso en apariencia más que los hijos de los hombres; la gracia se ha derramado en sus labios, por eso Dios lo ha bendecido para siempre (Salmo 44, 3), y otras cosas que el siguiente salmo describe, superando mucho su medida y compañía. Y es de notar que el mismo amado se asemeja tanto al Líbano, que produce árboles notables, como al cedro, que el mismo Líbano produce entre otros árboles, como si uno y el mismo produjera y llevara árboles, y entre los árboles fuera producido, y llevado por sí mismo. Porque nuestro Señor Jesucristo, al engendrar a todos los elegidos desde el principio del mundo hasta el fin con la gracia de su divinidad para la vida, se hizo hombre entre los hombres cuando quiso, y llenó a ese hombre con la gracia de su Espíritu, aunque mucho más alto que los demás; pues de ellos se ha dicho: A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo (Efesios 4); pero de Él: Porque Dios no da el Espíritu por medida. Porque el Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano (Juan 3). Por tanto, el Señor es elegido como la especie de los cedros, porque todo el bosque de la santa Iglesia, en la que nació, lo supera con única y singular dignidad. Su aspecto es como el del Líbano, que entre los árboles notables produce el cedro, porque entre sus elegidos se creó a sí mismo, como el árbol de la vida en medio del paraíso, como si un artista pintor se pintara a sí mismo entre otros con los colores que le convienen, o cualquier historiador, refiriéndose a muchos, describiera también de sí mismo lo que es digno de memoria, como el legislador Moisés o el evangelista Juan. Así, el monte de la blancura (que es lo que significa el nombre del Líbano), es decir, nuestro Redentor, entre innumerables árboles fructíferos que proclamaban el nombre del Señor, también produjo el cedro, un árbol evidentemente más excelente que los demás, es decir, a sí mismo, que no solo alabaría el nombre del Señor, sino que también vendría bendito en el nombre del Señor.

Su garganta es dulcísima, etc. Si en los labios del Señor, donde se ha dicho antes: Sus labios, lirios resplandecientes, tomamos las palabras de su boca, ¿qué debemos entender en su dulcísima garganta sino a veces el sabor de esas mismas palabras? Pues muchos al leer o

escuchar pueden decir las palabras del Señor, pueden fácilmente investigar los misterios de la fe; pero se encuentran muy pocos que verdaderamente sientan en el paladar de su corazón cuán dulcemente saben. Por eso se ha dicho en la excelsa alabanza de los santos: Proclamarán la memoria de tu abundante bondad, y cantarán tu justicia (Salmo 144, 7). Porque es propio de aquellos que se regocijan en la justicia de Dios, haber acostumbrado a gustar internamente la abundancia de su bondad, y proclamar también esta memoria a los prójimos; pues quien aún no ha aprendido a saborear su dulzura, necesariamente teme más que se regocija en la justicia de sus juicios. Finalmente, Pedro, proclamando abundantemente la memoria de la bondad del Señor, que había saboreado bien, dice: Desead como niños recién nacidos la leche espiritual y pura, para que por ella crezcáis para salvación; si es que habéis gustado cuán dulce es el Señor (1 Pedro 2). Asimismo, porque a través de la garganta se lleva el aliento vital a los labios para que pueda hablar, así como en los labios del Señor estaban las palabras que decía; así en la garganta puede entenderse muy apropiadamente la disposición interna y oculta de su piedad y bondad, por la cual nos habló externamente. Pues Pablo dice: Ha aparecido la gracia de Dios, nuestro Salvador, a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, esperando la bienaventurada esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios (Tito 2, 13). Cuando nos dio la esperanza de la manifestación de la gloria del gran Dios, entonces sus labios serán como lirios; cuando nos enseñó a renunciar a la impiedad y a los deseos mundanos, a vivir sobria, justa y piadosamente, esos mismos labios suyos destilan mirra primera. Pero aquella gracia eterna, que cuando quiso nos apareció en esta promesa o enseñanza, es su garganta justamente dulcísima para nosotros, ya que sin ella no podemos tener dulzura alguna. Finalmente, el mismo amado mostró qué puede la dulzura de su garganta no solo en la voz hablada, sino también en el mismo aliento, cuando, apareciendo a los discípulos después de la resurrección, a los primeros miembros de su esposa, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo (Juan 20, 22). Y todo él, dice, deseable. Todo Cristo es Dios y hombre, es decir, palabra, alma y carne; y todo él es deseable, porque no solo de la inmutable majestad de la divinidad eterna, sino también de la sustancia glorificada de la humanidad asumida, debe entenderse lo que dice el apóstol Pedro: En quien desean mirar los ángeles (1 Pedro 1, 12). Diré algo más, todo él era deseable, incluso antes de la glorificación de la humanidad; todo él era deseable desde el mismo inicio de la concepción hasta el triunfo de la pasión: deseable para la madre, cuando dijo: He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra (Lucas 1, 38); deseable para el vientre bendito que lo llevó; deseable para los pechos que lo amamantaron; deseable para los ángeles, que cantaban un himno al nacer; deseable para los pastores, que al verlo glorificaban y alababan a Dios; deseable para los magos, que viniendo de Oriente a buscarlo, donde merecieron encontrarlo, lo adoraron ofreciendo regalos; deseable para el anciano Simeón, que esperando la visión prometida de su nacimiento hasta su última edad, cuando lo tomó en sus brazos, bendijo a Dios y alegre contempló la muerte; deseable para la profetisa Ana, que también, al ver su nacimiento, rendía al Señor las debidas alabanzas de su confesión; deseable para todos los que lo veían en el templo a los doce años, admirándose de su sabiduría celestial entre los ancianos y maestros; deseable para los discípulos, que al llamarlos, dejándolo todo, lo seguían rápidamente; deseable para ellos mismos, cuando decían: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna (Juan 6, 68); deseable para todo el pueblo y los publicanos, que al escuchar su palabra justificaban a Dios; deseable en el monte para Pedro, cuando dice: Señor, bueno es que estemos aquí (Mateo 17, 4); deseable en la cruz para el ladrón, cuando rogaba: Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (Lucas 23, 42). Y no solo es deseable para aquellos que lo vieron en la carne y lo amaron; sino también para aquellos de quienes él mismo dijo a los discípulos: Muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron (Mateo 13, 17). Y para nosotros, que después de su

ascensión a los cielos, nacidos en el mundo, tenemos la misma promesa común con los santos anteriores, diciendo: Si me voy y os preparo un lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo; para que donde yo esté, vosotros también estéis (Juan 14, 3).

Tal es mi amado, etc. Cuanto más devotamente la Iglesia o cualquier alma santa ama a Dios, tanto más familiarmente tiene a Dios como amigo; pues quien aún por la debilidad de la mente o la conciencia del pecado guarda los mandamientos divinos con temor servil, necesariamente lo llama más Señor que padre o amigo, porque aún no ha podido alcanzar aquella perfección apostólica, en la que merece escuchar: Pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer (Juan 15, 15). Pero también Abraham, por su fe y amor excepcionales, fue llamado amigo de Dios; y el Señor habla a Moisés como suele hablar un hombre a su amigo (Éxodo 33, 11). Habiendo escuchado la cualidad del amado, sobre la cual preguntaron las hijas de Jerusalén, añaden otra pregunta, diciendo:

¿A dónde se ha ido tu amado, etc.? Por la belleza del poema, se varían las personas que dialogan. Sin embargo, las hijas de Jerusalén, que se expresan con el nombre de la esposa, designan a la misma Iglesia de Cristo, que por eso se llama con el nombre de hijas de Jerusalén o Sion, porque consta de muchas almas que tienen su origen en aquella ciudad celestial, que es madre de todos nosotros. Por eso se llama esposa, hermana, amiga, o con nombres similares, para significar que es una, no dividida, aunque esté extendida por todo el mundo. Y la variedad de personas que conversan entre sí sobre el esposo es, como dijimos antes, esa alegre conversación de los fieles de Cristo, con la que se incitan mutuamente al amor de Él. La esposa había conjurado a las hijas de Jerusalén para que, si encontraban a su amado, le dijeran que ella languidecía de amor por él: porque es común gozo de toda la Iglesia católica que todos los elegidos oren al Señor por su estado. Las hijas de Jerusalén preguntaron a la esposa cómo era su amado, porque la fe de Cristo solo debe aprenderse y enseñarse en la unidad católica; y al escuchar su forma, que pedían con insistencia, también preguntan a dónde ha ido, porque esto también debe aprenderse en la unidad de la santa Iglesia, en el corazón de quién principalmente, y en qué tipo de vida el Señor suele encontrarse. Cuando, por tanto, nos reunimos para hablar del Señor con pura intención, y todos somos hijas de Jerusalén, todos los que suspiramos perfectamente por lo celestial, y profesamos verdaderamente que somos peregrinos en la tierra y que nuestra patria está en los cielos; y sin embargo, cada uno de nosotros se dice correctamente que habla con la esposa de Cristo y le pide respuesta, cuando prevé cuidadosamente no querer hablar ni escuchar de un hermano otra cosa que lo que dicta la regla de la paz católica. La Iglesia es llamada la más hermosa de las mujeres, porque aunque hay mucha belleza en las iglesias de Cristo por el mundo, como mujeres fecundas en flor espiritual, tanto mayor es la belleza de toda la misma católica, que se completa de todas ellas, como de sus miembros. ¡Lejos esté de nosotros que en este lugar tomemos a las mujeres como sinagogas errantes de herejes, cismáticos, gentiles o judíos! Pues la esposa de Cristo no puede ser llamada la más hermosa de las mujeres, que se demuestra que no tienen nada de verdadera belleza. Pero las mujeres son las hermosas iglesias de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Laodicea, y muchas otras de este tipo, consagradas a Dios por todo el mundo, de las cuales justamente se dice que una sola, que consta de todas ellas, es la más hermosa.

¿A dónde se ha ido tu amado, etc.? Pero se dice que el amado se va y se aparta, no porque el Señor deje nunca a aquellos que ya ha adquirido y continúe adquiriendo a otros, sino porque la potencia de la naturaleza divina puede estar presente en todas partes, así también va o se aparta para asociar a otros consigo cuando quiere, sin dejar de conservar en la gracia comenzada a aquellos que ya ha reunido; según lo que dice a Moisés: Reúne para mí setenta

hombres de los ancianos de Israel, que tú sabes que son ancianos del pueblo y maestros, y llévalos a la puerta del tabernáculo del pacto, y tomaré del espíritu que está sobre ti, y lo pondré sobre ellos (Números 11, 16). No porque haya disminuido la gracia dada una vez a Moisés, sino porque los hizo partícipes de la gracia que él tenía. A modo de ejemplo de una llama de fuego, de la cual, cuando enciendes una vela, la inflamas con luz, y la llama de la que enciendes permanece íntegra. También puede entenderse correctamente que el amado se va y se aparta por un tiempo de la esposa, cuando deseando nosotros con amor de él, hasta la efusión de lágrimas, cumplir con el don de la oración con intención fija e inmutable, trasladando toda la mente de las concupiscencias carnales a las eternas, no siempre concede lo deseado. Por tanto, buscamos de aquellos que creemos que saben, y que consideramos dignos de tal búsqueda, a dónde ha ido o a dónde se ha apartado el Señor, deseando que se nos muestre la presencia de aquellos que con mayores signos de virtudes y mente pura manifiestan tener la gracia divina en ellos, para que también nosotros, instruidos por sus ejemplos y conversación, merezcamos progresar más y más en el amor de nuestro amado: Y bien dicen, Y lo buscaremos contigo, porque cualquier alma que intenta buscar a Cristo sin la compañía de la santa Iglesia, no será contada ya entre las hijas de Jerusalén, sino entre aquellas de las que la madre de Samuel, en figura de la Iglesia, dice al sacerdote de la sinagoga que la desprecia: No tengas a tu sierva por una de las hijas de Belial (1 Samuel 1, 16).

## CAPÍTULO VI.

Mi amado ha descendido a su jardín, etc. Ya se sabe qué es el jardín del amado. Él mismo dijo: Jardín cerrado, hermana mía, esposa. Pues su jardín es la Iglesia, su jardín es cada alma elegida. Y bien, cuando dijo, Mi amado ha descendido a su jardín, añadió suyo, es decir, que él mismo hizo, él mismo cultivó, él mismo sembró con las especias de las virtudes, él mismo regó con la fuente de su gracia, para que no se marchitara; él mismo lo cerró con el muro de su custodia, para que no fuera profanado por extraños. Este es del que él mismo dice: El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su jardín, y creció, y se hizo un árbol grande, y las aves del cielo reposaron en sus ramas (Lucas 13). Pues el grano de mostaza es la palabra del Evangelio, humilde en apariencia, ardiente en virtud; que tomando del Padre, el mismo Dios y hombre lo sembró en su Iglesia, y le dio tal incremento, que como un árbol excelso extendió largamente por el mundo las ramas de la fe y las virtudes, en las cuales también los espíritus angélicos se regocijan por la salvación humana, y creen que su descanso se ha aumentado, los ciudadanos del cielo, al ser llamados a lo alto los terrenales. Pues no en vano el mismo amado quiso ser capturado en el jardín al sufrir, ser crucificado en el jardín, ser sepultado en el jardín, resucitar victorioso de entre los muertos en el jardín. Quiso ser creído por María, quien mereció ver primero la gloria de su resurrección, como el jardinero, porque en su propio jardín, es decir, en la Iglesia, entre otras siembras de dones divinos, también se preocupó por plantar la virtud de la paciencia en esta vida con el desprecio de la muerte, para terminar esta vida con la esperanza de un descanso bendito después de la disolución del cuerpo, el deseo de la inmortalidad bendita en la recepción del cuerpo. Y apropiadamente se dice que ha descendido a su jardín, no que ha entrado: pues el lugar del amado está en lo alto, porque habita en las alturas, y mira lo humilde (Salmo 112). El lugar del jardín está en lo bajo, en el valle de lágrimas; pero quien desciende a él desde lo alto, él mismo dispuso el ascenso en su corazón, para que pudiera llegar al lugar de la felicidad suprema. Por eso se dice correctamente del mismo jardín, es decir, de la Iglesia, arriba: ¿Quién es esta que sube por el desierto, como columna de humo de aromas? Maravillosa, por tanto, es la disposición de la piedad suprema, que el Señor descienda a la Iglesia, y la Iglesia ascienda al Señor. Pues la gracia divina desciende a

nosotros desde lo alto, que nos hace subir ayudados hacia arriba. Lo que mística significaba en el Éxodo, cuando el Señor descendió al monte Sinaí, y Moisés subió: pues este subió para recibir el progreso de las virtudes; aquel descendió para dar. Cuando, por tanto, dijo: Mi amado ha descendido a su jardín, añade también cómo está constituido ese jardín, con qué fruto es fecundo, cuando inmediatamente añade: A la parcela de aromas. Pues la parcela de aromas es la mente de los fieles, que instruida en la disciplina de la fe recta, está compuesta como con lados iguales de aquí y de allá, y como vuelta frecuentemente con el azadón solícito, y está purgada de hierbas superfluas, porque ciertamente se ve a sí misma con consideración cuidadosa, y se esfuerza con pensamiento diligente para que no encuentre en ella el Agricultor celestial nada profano, nada inmundo, nada contrario a lo suficientemente saludable; y se esfuerza por hacerse digna de que su amado, el sembrador de justicia, plante en ella los aromas de las virtudes, y con su gracia propicia los plante, y con su frecuente ayuda, para que nunca se marchiten, los riegue. Que bellamente expresa su deseo celestial, al principio del salmo cuarenta y uno, según la verdad hebrea, diciendo: Como la parcela preparada para las irrigaciones de las aguas, así está preparada mi alma para ti, Dios (Salmo 41). Descendiendo, pues, al jardín suyo o a la parcela de aromas el Señor, se muestra qué hace allí, cuando se añade:

Para pastar en los jardines, etc. Pues se alimenta en los jardines, porque se deleita en los piadosos trabajos de los santos; se alimenta en los jardines, porque ciertamente son miembros suyos aquellos en quienes se producen los frutos de la justicia; y no solo debe entenderse de la limosna carnal, sino también de la espiritual, lo que en el juicio dijo que diría: Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo 25). Recoge lirios, cuando a los justos que llegan a la perfecta blancura de los méritos los saca de esta vida, y los lleva a los reinos celestiales. Que también dos versículos en el siguiente, con el estímulo de inmensa caridad, amplía más plenamente, añadiendo:

Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, etc. Yo a mi amado, y mi amado a mí, preparo un pasto agradable en los jardines de aromas, es decir, en los corazones puros de los fieles, y mi amado me corresponde, alimentándose entre los santos deseos de las mentes castas, devolviendo así la gracia de completar esos mismos deseos de sus fieles, a quienes ha educado. Los completa arrancándolos de este paraíso de sagrada voluptuosidad y reuniéndolos en los secretos de las moradas celestiales, donde, ante la presencia de su gloria, resplandecen con la inmortalidad eterna de carne y espíritu, como una doble especie de lirios, es decir, dorados y resplandecientes, y esparcen, como un dulcísimo aroma de sí mismos, la fama imperecedera de sus virtudes entre todos los habitantes de la patria eterna. Hasta aquí es la voz de la santa Iglesia, que busca y alaba a su Señor, deseando ver su rostro; pero como Él nunca puede estar ausente de sus amantes, sino que donde dos o tres están reunidos en su nombre, allí está Él en medio de ellos, incluso si uno de los suyos está encerrado entre leones, si está retenido en lo profundo del mar, si está rodeado por el vientre de un cetáceo, separado de los demás mortales, allí está con él, sigue su voz que declara haber estado siempre presente con sus buscadores que hablaban de Él, y que escuchó lo que decían, y recompensa su devoción hacia Él con digna alabanza, diciendo: XXIV. Eres hermosa, amiga mía, dulce y hermosa, etc. Jerusalén se llama visión de paz, nombre con el que suele señalarse muy frecuentemente la morada de la patria celestial, que posee la paz suprema. Eres hermosa, amiga del esposo, dulce y hermosa como Jerusalén. La Iglesia o cualquier alma santa, parte de la Iglesia, que con la integridad de una operación pura, la dulzura de la alabanza divina, la dulzura del amor mutuo, es inmediatamente imitadora de la ciudad celestial, es dulce y hermosa como Jerusalén en aquellos de los que habla Isaías: Como los cielos nuevos y la tierra nueva, que yo hago estar ante mí, dice el Señor, así estará vuestra descendencia (Isaías

LXVI). También es terrible como un ejército en orden de batalla, cuando con la intención fija de una oración pura repele de sí todo ataque del ejército demoníaco, cuando con la frecuente predicación de la palabra celestial, rompe todas las armas del dogma errante, cuando con continuos ejemplos de buenas obras también reprende las costumbres y la vida de los falsos fieles, y los lleva de nuevo al camino de la verdad. La Iglesia es terrible como un ejército en orden de batalla, cuando cada fiel permanece en la vocación en la que fue llamado, cuando los rectores de la doctrina saludable otorgan a los súbditos la forma de una operación perfecta, cuando los continentes se purifican de toda contaminación de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor del Señor, cuando los casados disfrutan de este mundo de tal manera que con la diligente distribución de limosnas no descuidan adquirir para sí las recompensas del siglo futuro. Pues el profeta enseña que la Iglesia consiste en esta triple distinción de personas fieles, cuando afirma que solo tres hombres serán liberados en el tiempo de la venganza celestial, a saber, Noé, Daniel y Job. Y cuando cada una de estas guarda su grado intacto, muestran un ejército en orden de batalla, y por eso hacen a la esposa de Cristo insuperable para todos los enemigos: así también cualquier alma perfecta, cuando se dedica a las virtudes de tal manera que no deja lugar a los vicios, persiste ciertamente terrible para los enemigos como un ejército en orden de batalla: pues si, por ejemplo, se dedica al estudio de la continencia, pero no mantiene la virtud de la humildad, o si ejerce las obras de limosna, pero no refrena su lengua de la culpa de la locución superflua, o si insiste en oraciones frecuentes, pero disimula el afecto del amor hacia los prójimos, tal alma ciertamente es menos terrible para los enemigos, porque ha ordenado menos perfectamente los campamentos de sus virtudes, que en parte ha dispuesto firmemente la fe, pero en parte la ha dejado en la inercia. Pero como una y la misma Iglesia de Cristo en parte ya se regocija con su rey en el cielo, en parte aún milita por Él en el mundo, lo que dice: Eres hermosa, amiga mía, dulce y hermosa como Jerusalén, puede entenderse de esa parte de ella que, habiendo completado su combate y consumado su carrera, ya ha recibido la corona de justicia. Lo que añadió, Terrible como un ejército en orden de batalla, puede entenderse convenientemente de aquellos que, aún retenidos en el cuerpo, resisten con fuerte fe al adversario que acecha a su alrededor como un león rugiente. También la Iglesia es hermosa, dulce y hermosa como Jerusalén, en aquellas cosas que opera espiritualmente y dignamente para Dios en su interior. Es terrible como un ejército en orden de batalla, porque se esfuerza por dilatar su imperio espiritual por todo el orbe, incluso resistiendo a los poderes del mundo. Y ciertamente el imperio de los romanos, o de los griegos, o de otras naciones, era como un ejército en orden de batalla, porque ciertamente oprimía al mundo con gran virtud: pero no era dulce y hermoso como Jerusalén, porque no sabía esperar ni imitar las alegrías de la vida de paz. Pero la Iglesia es hermosa, dulce y hermosa como Jerusalén, porque acostumbra a vivir una vida celestial en la tierra; y terrible como un ejército en orden de batalla, porque se esfuerza por atraer a su rito los ánimos y costumbres bárbaros de diversas naciones. Sin embargo, porque aún no merece ver el rostro de su amado, que busca con gran deseo, escucha a continuación:

Aparta tus ojos de mí, etc. Como si se dijera abiertamente, Te he dado ojos de paloma, con los que conocerías los secretos de las Escrituras, con los que separarías las virtudes de los vicios, con los que discernirías los caminos de la justicia, por los que aún vendrías. Pero ten cuidado de no intentar dirigir esos mismos ojos hacia mí para verme. Porque no verá el hombre mi rostro, y vivirá (Éxodo XXXIII). Habrá un tiempo en el que, liberada de los vínculos carnales, llegarás a mí, y entonces se cumplirá lo que prometí, porque el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Juan XIV). Pero ahora, mientras estás constituida en el cuerpo, peregrinas de los bienes eternos, aparta los ojos de tu mente de la contemplación de la majestad y esencia divina, porque ellos me han hecho volar,

es decir, esos tus sentidos espirituales, con los que deseaste conocerme perfectamente, aunque se eleven mucho, no pueden comprenderme perfectamente en esta vida, sino que solo pueden llegar a advertir que la gloria de la naturaleza divina es de tal sublimidad, que no puede ser vista, sino solo por aquellos que han sido completamente apartados de la vida visible y han sido introducidos en la invisible. Por tanto, se nos ordena apartarnos en el presente de reconocer la sustancia de Dios con los ojos de nuestra investigación, porque ellos lo han hecho volar de nosotros, no porque Él, buscado, se aleje más, quien promete, diciendo, Buscad, y hallaréis (Lucas XI); sino porque aprendemos, con Él revelando, que cuanto más se busca con corazón puro, más ciertamente se comprende cuán incomprensible es. A lo que es similar aquello del salmista, El hombre se acerca al corazón profundo, y Dios será exaltado (Salmo LXIII). Como si se dijera con otras palabras, La fragilidad humana eleva los ojos atentos de su corazón para ver a Dios, y ellos lo hacen volar, porque los sentidos ejercitados e iluminados por esa misma búsqueda reconocen que la eminencia de la divinidad es más excelente de lo que hasta entonces podían pensar, y reconocen que es muy cierto lo dicho en otro salmo, porque su grandeza no tiene fin (Salmo CXLIV). Con esta respuesta quiso el Señor satisfacer el deseo de la santa Iglesia, que lo buscaba con solicitud abiertamente, y no en enigma: deseando ver al que amaba, como declaran copiosamente los versos anteriores de este cántico. Por tanto, la exhorta a que, con discreta razón de los tiempos, no busque en el camino la recompensa que le está reservada en la patria, sino que recuerde mientras tanto que debe caminar por la fe, para que pueda llegar a la visión: tiempos que el evangelista Juan distingue bellamente, diciendo: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos; pero sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él; porque lo veremos tal como es (I Juan III). Pero para que la Iglesia no se sienta gravemente porque aún no puede disfrutar plenamente de la contemplación de su Creador, enumera los múltiples dones del espíritu que le ha otorgado, para que soporte con paciencia la dilación de un bien supremo y singular que aún no ha recibido, pero que recibirá en el tiempo de la retribución eterna. Sigue pues:

Cabellos como rebaño de cabras, etc. Estos versículos y los siguientes, ya expuestos plenamente según nuestra capacidad, no nos moleste exponerlos de nuevo, como no molestó al autor del sagrado cántico repetirlos escribiendo, para que recordemos lo dicho anteriormente, o, con la ayuda de la gracia divina, hagamos algo nuevo y útil. En los cabellos de la esposa se indica la sublimidad de las múltiples cogitaciones; en los dientes, la firme estabilidad de sus palabras, porque estos cooperan en el hablar con los labios y la lengua, y aquellos surgen insensiblemente del cerebro, y no duelen cuando se cortan. ¿Quién, pues, siendo sabio, se dolería, y no más bien se alegraría, cuando se le quita la ligereza superflua de las cogitaciones? Por eso, en gran misterio, se lee que los dientes del legislador, cuando estaba lleno de días, permanecieron inmóviles, y sobre la cabeza de Samuel, porque fue perpetuo Nazareo del Señor, es decir, santo, no subió navaja. Se figuraba que ni una jota ni un ápice pasarían de la ley, hasta que todo se cumpliera (Mateo V); y que en la mente profética no encontraría la distinción de la penitencia nada de la cogitación fluida que debiera cortar. Bien, pues, esos cabellos de la esposa se asemejan a un rebaño de cabras: porque la ley mandó que cualquier alma que pecara por ignorancia, cuando reconociera su culpa, ofreciera a Dios una cabra inmaculada como sacrificio. Y nuestros cabellos se comparan a un rebaño de cabras, cuando los errores de nuestras cogitaciones los ofrecemos a Dios en oblación de lágrimas de compunción y súplicas. Pero el rebaño de cabras puede entenderse no inconvenientemente por el hecho de que suele buscar su alimento en las alturas de las rocas o de los arbustos: pues las cogitaciones de los elegidos, mientras siempre se esfuerzan por lo celestial, ciertamente se alegran de alimentarse en lo alto, y no en los placeres bajos; de las cuales cabras se dice bien a continuación, Que aparecieron de Galaad: Galaad se llama acervo

de testimonio. Y con este nombre se llama rectamente el ánimo de los justos, cuando demuestra con ciertos indicios de virtudes que ha renunciado a las concupiscencias terrenas; pues el monte Galaad recibió su nombre porque Jacob y Labán hicieron en él un acervo, en testimonio de amistad o pacto de que no se harían daño mutuamente, cuando Labán buscó sus ídolos en Jacob, y no los encontró. Labán, pues, significa el mundo, Jacob el ánimo que suplanta los vicios. Y Labán busca sus ídolos en Jacob, y no los encuentra, cuando los amantes del mundo, explorando los corazones de los elegidos, no encuentran nada suyo en ellos. Jacob hace también un acervo en testimonio de que no tocará la sustancia y los límites de Labán, cuando el ánimo devoto a Dios, recogida en sí la copia de virtudes, como de piedras vivas, dice: Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús (Filipenses III). Labán también aporta piedras para la construcción de ese mismo acervo, cuando el mundo mismo, con sus tentaciones, proporciona ocasión de virtud a los fieles. Se hace un pacto entre Labán y Jacob, para que no se hagan daño mutuamente, cuando el justo protesta, y dice: Para mí el mundo está crucificado, y yo al mundo (Gálatas VI). De este acervo, pues, aparece el rebaño de cabras, a las que se asemejan los cabellos de la esposa, cuando del ánimo fiel se genera la multitud de cogitaciones frecuentes que se elevan; y de ese mismo rebaño, por lo que hemos pecado ignorante, ofrecemos a Dios una cabra inmaculada, cuando castigamos nuestros pecados reconocidos con humilde contrición del corazón. Galaad es, además, no solo el nombre del monte, sino también de la ciudad construida en él. Por lo cual puede llevar rectamente la figura del Señor y Salvador nuestro, y de la Iglesia o de cualquier alma santa que esté situada en él. De hecho, arriba donde se añadió, Tus cabellos como rebaño de cabras, que subieron del monte Galaad, entendimos que se decía de aquel monte incomparablemente excelso, que de sí mismo dijo: No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte. Aquí, sin embargo, donde se omite el nombre del monte, y simplemente se dice, que aparecieron de Galaad, nada impide que se entienda dicho de aquella ciudad construida en él, es decir, la Iglesia o el alma justa. Pues también el alma santa se llama rectamente acervo de testimonio, que está edificada en lo alto con la colección de varias virtudes, y toda la Iglesia con razón se considera con este nombre, a cuyos pueblos el apóstol Pedro dice: Al cual acercándoos, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero elegida y honrada por Dios, también vosotros, como piedras vivas, sois edificados (I Pedro II). Esto también conviene al Señor, como dijimos arriba, a quien se aduna la asamblea de todos los elegidos, que dan testimonio de pura conciencia con piadosa profesión y actos probos. Tus dientes como rebaño de ovejas, que subieron del lavadero. Dijimos que en los dientes de la esposa se pueden entender las palabras de la santa Iglesia: bien, pues, se dice que son como un rebaño de ovejas, porque en ellos no se ve nada sino el candor de las virtudes y la inocencia, mientras en todo buscan la gracia de su Creador, ya sea enseñando, orando o alabándolo, bien se dice que esas ovejas subieron del lavadero, porque nada sale de la boca de los justos que no sea puro, nada inmundo, nada que no haya sido purificado en la fuente de la ciencia, según la exhortación del Apóstol que dice: Ninguna palabra mala salga de vuestra boca; sino si alguna buena para edificación de la fe, para que dé gracia a los oyentes (Efesios IV). Por el contrario, quien profiere palabras torpes, contumeliosas, nocivas o incluso ociosas de un pecho obsceno, sus dientes no se asemejan a ovejas que suben del lavadero, sino más bien a cerdos que salen del lodazal. Bien se añade:

Todas con crías gemelas, etc. Todas las ovejas con las que se comparan los dientes de la esposa se multiplican con crías gemelas, porque toda palabra de los elegidos es fecunda con el fruto del amor gemelo, es decir, aquel con el que se ama a Dios y al prójimo; toda habla de la perpetua salud de mente y cuerpo; toda se acostumbra a armar a sus oyentes con las armas de la justicia que deben tenerse a la derecha y a la izquierda; toda desea tratar de la promesa

de la vida que es ahora y futura; ni nada sale de la boca del justo que no sea provechoso para el fruto de la salvación eterna. Y se dice apropiadamente que las ovejas con las que se comparan los dientes de la esposa paren crías gemelas, porque ciertamente por lo que hablamos podemos beneficiar a los prójimos e instruirlos en el camino de la virtud; por lo que pensamos saludablemente, nos beneficiamos a nosotros mismos. Nosotros mismos hacemos en el altar del corazón una ofrenda viva al juez interno, pero a los prójimos, para edificación, solo podemos manifestar lo que llevamos dentro a través de palabras. Por eso alguien, placando al Creador con tal ofrenda, decía: En mí están, Dios, Dios, tus votos, que devolveré alabanzas a ti (Salmo LIII). Si en los dientes, como se dijo arriba, entendemos a los predicadores, y en los cabellos a los oyentes, lo cual ciertamente concuerda muy bien, no solo porque aquellos proporcionan al cuerpo el habla y el sustento, y estos más bien adornan la cabeza con blandos ornamentos, porque proporcionan instrumentos de salvación, sino también porque aquellos son los primeros en el rostro, como predecesores, y estos, como sucesores, cubren la parte posterior de la cabeza, está claro que a los rudos y aún más frágiles les conviene escuchar y obedecer las palabras de los mayores. A los mismos doctores, no solo les corresponde cumplir los mandamientos divinos, sino también aumentar el rebaño del sumo pastor predicando.

Como la corteza de una granada, etc. Se dijo arriba que en las mejillas de la Iglesia se figura la insignia de su pudor, y en la granada el ministerio de la sangre del Señor. Y la esposa de Cristo tiene mejillas como una granada, porque el alma fiel no se avergüenza de confesar la pasión de su Redentor con palabras o de imitarla con hechos; sino que, dejando de lado toda vergüenza y confusión que lleva a la muerte, se deleita en proclamar abiertamente, diciendo: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gálatas VI). Y deliberadamente, porque había comparado las mejillas de la Iglesia a la corteza de una granada, añadió, Sin tus ocultos, porque ciertamente la corteza de la granada solo muestra el rubor por fuera, pero oculta muchos granos en su interior, con los que está llena. Así también el alma devota a Dios, y saludablemente vergonzosa, se esfuerza por protegerse en todo con la virtud de la cruz vivificante, pero bajo el signo de esa misma cruz contiene muchos géneros de virtudes que no aparecen por fuera, pero que alimentan interiormente la mente.

Sexaginta son las reinas, etc. Las reinas y las concubinas, ambas se acercan al lecho del rey, engendran hijos para el rey, pero no ambas ennoblecen la cabeza con la diadema de los reyes. Ambas, por tanto, representan a las almas dedicadas a la predicación de la verdad, y que, a través de la palabra de fe y la fuente del baño de salvación, engendran descendencia espiritual para el rey eterno, pero no sin cierta, o más bien considerable, diferencia en su mente: pues las reinas son aquellas mentes que sirven a la doctrina con la mirada puesta en el reino celestial. Las concubinas, en cambio, son aquellas que anuncian a Cristo solo por el placer y la conveniencia de las cosas carnales y temporales, no sinceramente. De las cuales dice el Apóstol: "Sea por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo, y me gozaré" (Filip. I). Y el mismo Señor, distinguiéndolas, dice: "Quien quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado muy pequeño en el reino de los cielos" (Mat. V). "Pero quien los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos" (Ibid.). Ambas, por tanto, se acercan al lecho del rey, pero no ambas reinan con él, porque aquellas que destruyen su doctrina con sus obras, se privan a sí mismas de las consolaciones del reino eterno. Por eso, aquellas se cuentan correctamente en el número sesenta, estas en el ochenta: el número diez, por el Decálogo, designa el conocimiento de la ley divina; el seis, en el que Dios perfeccionó el mundo, designa la perfección de las buenas obras. Ciertamente, porque cinco multiplicado por doce hace sesenta, el número sesenta de las reinas también puede interpretarse así, que aquellos que

moderan todos los sentidos de su cuerpo, a saber, la vista, el oído, el gusto, el tacto, el olfato, según la regla de la doctrina apostólica, se designan correctamente con el número sesenta. Y esto de las reinas, porque quienes ahora siguen los preceptos de los apóstoles, cuyo número es doce, en todos los oficios de sus miembros, entonces se alegran con los mismos apóstoles al ser asociados al rey eterno. Asimismo, el número ochenta, cuando se toma en un sentido negativo, no sin razón insinúa las preocupaciones y enredos de las cosas terrenales y temporales, porque ciertamente el curso de este siglo se lleva a cabo en cuatro estaciones del año, y el mundo mismo se divide en cuatro climas, a saber, oriente, occidente, norte y sur. Sesenta son las reinas, porque las almas que siguen el conocimiento que han recibido de la perfección de la ley sagrada, militan aquí en el reino de la fe y en el futuro entrarán en las bodas celestiales con el verdadero rey. Y ochenta concubinas, porque quienes gastan el conocimiento de la verdad y el misterio de la palabra, que parecen obrar en los deleites de las cosas frágiles y pasajeras, ciertamente, con las lámparas apagadas a la llegada del esposo, se excluyen de la puerta del reino celestial por la voluptuosidad temporal. Y no hay número de doncellas. Entiende por doncellas a aquellas almas que, recién nacidas en Cristo, aún no son capaces de predicar; y por eso, como aún no nobles, aún no aptas para el lecho real, asisten en el ministerio de la reina con fieles vigiliando, porque se alegran de obedecer humildemente las órdenes de la santa Iglesia. De las cuales leemos arriba: "Tu nombre es como un unguento derramado, por eso las doncellas te amaron"; es decir, las almas que no permanecen aún envejecidas por la culpa, sino que ya han sido renovadas por la gracia. De las cuales no hay número, porque la suma de los ciudadanos de la patria celestial trasciende el límite de nuestra estimación. Esto, de nuestro rey pacífico, el verdadero Salomón, no puede entenderse que desconozca el número de sus fieles: pues quien "cuenta el número de las estrellas, y a todas ellas llama por su nombre" (Sal. CXLVI), cuánto más querrá ignorar el número de sus elegidos, cuyos nombres escribió en el cielo, que previó antes de los siglos.

XXV. Una es mi paloma, mi perfecta. Son ciertamente sesenta las reinas, porque abundan en el mundo las almas fieles que dispensan el conocimiento de la palabra recibido para multiplicar la prole de la Iglesia, por la percepción del reino celestial. Y son ochenta las concubinas, porque no faltan las almas que, con la mirada puesta en las cosas terrenales, se dedican a la doctrina, y aunque ellas mismas aquí sucumben a las seducciones carnales, no obstante, engendran descendencia espiritual para Dios predicando. Y hay doncellas cuyo número no se puede contar, porque se encuentran innumerables multitudes del pueblo cristiano, que aunque aún no puedan ser promovidas al oficio de gobierno y doctrina, sin embargo, exhiben con obediencia y fidelidad la devoción de su fe y operación al servicio de la santa Iglesia, la esposa de Cristo. Pero a todas estas, es decir, a los verdaderos y simulados miembros de la Iglesia, con razón la misma Iglesia universal les precede, que en esos mismos fieles miembros suyos, desde el principio hasta la consumación del siglo, desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, y desde el norte y el mar alaba el nombre del Señor. En cuya alabanza se dice bellamente: "Una es mi paloma, mi perfecta". Es una, porque no recibe la división del cisma; es una, porque no es otra antes de la ley, otra bajo la ley, otra bajo la gracia, otra recogida de la circuncisión, otra del prepucio; sino que así como hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, es decir, una multitud católica de todos los elegidos en todo, y en los lugares del mundo, y en los tiempos del siglo, sujeta al mismo único Dios y Padre. De dónde Lucas enseña por qué se llama católica, diciendo: "Las iglesias por toda Judea, Galilea y Samaria tenían paz, edificadas y andando en el temor del Señor, y se llenaban de la consolación del Espíritu Santo" (Hech. IX). Porque lo que en este lugar se dice en latín, en griego es *catholos*. De donde claramente se ve que la Iglesia se llama católica porque se edifica en una paz, en un temor del Señor por todas las partes del mundo, y se llena de una misma consolación del Espíritu Santo. De esta unidad del Espíritu, también con razón

se llama paloma: pues el espíritu descendió sobre el Señor en forma de paloma, para mostrar tanto su simplicidad como la de aquel sobre quien descendía, el Señor. Y porque el Señor hizo partícipe a su Iglesia de este espíritu de simplicidad, con razón la llama su paloma, y con razón la llama perfecta, no solo porque se completa en ella sola de todos los pueblos justos, sino también porque se perfecciona con la aceptación de todas las virtudes y dones divinos.

Una es elegida por su madre, la madre que la engendró. La madre y progenitora de la Iglesia presente es aquella de la que el Apóstol dice: "La Jerusalén de arriba, que es libre, es la madre de todos nosotros" (Gál. IV): que por eso con razón se llama y es madre de todos nosotros, porque "todo buen regalo y todo don perfecto descende de lo alto, del Padre de las luces" (Sant. I). De donde también en el Apocalipsis de Juan se dice: "Y me mostró la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios" (Apoc. XXI). Desciende del cielo, de Dios, la ciudad santa de Jerusalén, porque todo lo bueno que la Iglesia presente conoce, hace y espera, lo ha recibido de arriba, ya sea por el mismo rey del cielo, ya sea por el ministerio de los ciudadanos celestiales. Por tanto, es elegida por su madre, la madre que la engendró, porque ciertamente aquella ciudad celestial aprueba solo a aquellos de la conversación humana que considera que sirven a Dios en la unidad de su fe y amor. Sin embargo, los donatistas, o si algunos otros se separan de la unidad católica, ya sea por abierta escisión o por acción profana, porque se niegan a tener la perfección de la simplicidad de la paloma, los separa del lote de los elegidos en el juicio, colocándolos en la parte izquierda. Puede entenderse muy bien que por el término madre y progenitora de la Iglesia se designa la gracia del Espíritu Santo, por la cual la misma Iglesia ha sido renacida y consagrada a Dios, porque ciertamente el espíritu en hebreo se llama ruga en género femenino. Y el mismo Señor enseña que esta madre y progenitora de la Iglesia debe ser llamada así, diciendo: "A menos que uno nazca del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios" (Juan III). Y enseguida, distinguiendo nuestra generación espiritual de la carnal, añadió: "Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del espíritu, espíritu es" (Juan III). A esta madre y progenitora, una paloma de Cristo y perfecta es elegida, porque ciertamente, dejando todas las turbas de los cismáticos, la Iglesia que ahora alimenta y custodia en la unidad de la paz católica, entonces la gracia espiritual la eleva a los gozos de la patria celestial.

La vieron las hijas, y la proclamaron bienaventurada, etc. Aquí parece referirse a las mismas hijas que antes había llamado doncellas, porque ciertamente aquí menciona a las hijas, reinas y concubinas, y allí a las reinas, concubinas y doncellas juntas. Gran alabanza es para la unidad católica, que la gracia madre que la engendró eligió para siempre, y las hijas que ella misma engendró y nutrió para Dios por el Espíritu, tan pronto como la vieron, es decir, tan pronto como conocieron su castidad de vida, tan pronto como escucharon las promesas de la herencia prometida, no cesan de proclamarla bienaventurada. Pero también las reinas y concubinas la exaltan con justos elogios, es decir, ya sean aquellas que son verdaderamente partícipes de su reino, o aquellas almas que, adhiriéndose a ella solo de nombre, pero en realidad son terrenales en esperanza y ánimo, confiesan que es digna de alabanza eterna, todos entendiendo con certeza que nada sin su sociedad puede encontrarse de verdadero y firme bien. Pero porque antes del fin del mundo, también Judea debe ser agregada a la gracia de su Redentor, y también ella ha de alabar esa misma perfección de la santa Iglesia con los demás, se añade apropiadamente con la voz de la Sinagoga admirada:

XXVI. ¿Quién es esta que avanza, etc. Habla, por tanto, la Sinagoga convertida a la fe de Cristo, asombrada de que la Iglesia haya sido elevada tanto por la gracia divina, que no puede ser superada por ninguna fuerza del imperio mundano, aunque ella misma sea muy humilde. "¿Quién es esta que avanza?", dice, porque no ha permanecido en un solo lugar, no ha aparecido por poco tiempo, sino que ha extendido su fe y fama por todo el mundo, no

cesando de luchar por la corona de la vida eterna a lo largo de todos los tiempos del siglo que pasa. Avanza como el alba que surge, porque el nacimiento de la verdadera luz en ella se muestra al mundo después de las tinieblas de la ignorancia, con sus predicadores advirtiéndolo y diciendo que "la noche ha pasado, el día se ha acercado. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos con las armas de la luz", y demás (Rom. XIII).

Hermosa como la luna, escogida como el sol, etc. Hermosa como la luna, porque iluminada por el Sol de justicia, ha derramado la luz de la ciencia celestial y de la vida evangélica sobre la noche de este siglo, avanzando ella misma sublime; escogida como el sol, porque recibe en sí la imagen de su mismo Creador e iluminador, caminando en toda justicia, santidad y verdad, y agradeciéndole verdaderamente porque "ha sido sellada sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor" (Sal. IV). Asimismo, hermosa como la luna, en la noche de la vida presente, donde, variando el estado de los tiempos, ahora clara para el mundo, ahora despreciada y oprimida; ahora llena del resplandor de las virtudes, ahora deshonorada por los vicios de los malvados, imita de muchas maneras el camino de la luna creciente y menguante. Escogida como el sol, en el día de la futura bienaventuranza, donde, permaneciendo el estado de la eternidad, brillará con la visión de la verdadera luz inmutable, cumpliéndose la promesa de que "los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre" (Cant. VI). Terrible como un ejército en orden de batalla, porque no ha podido ser contenida por ninguna nube de adversidades, sin mostrar en sí la belleza de la luna y del sol: de la luna, en la laboriosa luz de la buena acción; del sol, en la esperanza de la recompensa eterna. Y bien terrible como un ejército en orden de batalla, porque cuanto más perfectamente coloca en sí el orden de las virtudes, tanto más terrible es para las potestades aéreas, y toda la Iglesia y cada alma fiel. Pues en algunas buenas acciones, por ejemplo, vigiliias, ayunos, trabajo manual, meditación de las Escrituras, palabra de predicación, modestia de silencio, quien no sabe mantener el orden necesario, yerra. Pues estas y muchas otras cosas semejantes, así como a menudo se mantienen útilmente, también a veces se interrumpen saludablemente por tiempo. Sin embargo, hay dones de virtudes más excelentes, sin los cuales no se puede llegar a la vida, como la fe, la esperanza, la caridad; que por tanto, no deben faltar nunca en el corazón de los fieles, sin consideración del tiempo o lugar. Por tanto, cualquier alma que siempre se arma con las virtudes más eminentes, y también se prepara diligentemente en el ejercicio de las menores, donde el lugar y la hora lo requieran, es terrible para todos los adversarios como un ejército en orden de batalla, avanzando hábil y firmemente. Esto, mientras una pequeña multitud de creyentes de entre los judíos sigue y admira dignamente los combates de la Iglesia, ella misma asiente a quien la alaba, y enseguida insinúa cuál es la causa de su aparato militar, respondiendo con la voz de los doctores, los líderes de su milicia espiritual.

XXVII. Descendí al huerto de los nogales, etc. Pues el huerto de los nogales es la Iglesia presente, donde no podemos ver nuestras conciencias mutuamente. Pues las nueces, todos los frutos que están cubiertos por una cáscara más dura; al contrario, todos los blandos se llaman generalmente malos. Y por eso, esta vida de los justos se compara correctamente con las nueces, donde así conservan la dulzura del fruto espiritual en el corazón íntimo, que no pueden hacerla conocer a los demás en cuanto a su magnitud. De donde es necesario que la madre Iglesia mantenga siempre en sus doctores una línea cautelosamente ordenada, mientras se preocupa por luchar por ellos y defenderlos del enemigo, cuyos sentidos y corazones a menudo ignora. También puede entenderse así: Porque así como la nuez, o la almendra, tiene una cáscara muy amarga, y está rodeada por una cáscara muy dura, y quitadas las partes más ásperas y duras, se encuentra dentro el fruto más dulce, así toda corrección y labor de continencia, con la que se ejercita la santa Iglesia, parece amarga al presente, pero produce un fruto dulcísimo en el futuro, según aquello del apóstol Pablo: "Porque toda disciplina al

presente no parece ser de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto pacífico de justicia a los ejercitados en ella" (Hebr. XII). Pero los frutos del valle, dice los frutos de la humildad, como aquello en el salmo: "Y los valles abundarán en trigo" (Sal. LXVI), porque ciertamente los humildes abundan en la recolección de la gracia celestial. Los frutos del valle, dice las buenas obras de los fieles de la santa Iglesia, realizadas en las profundidades de la tierra, pero que con méritos que conducen al reino celestial, llevan a sus obreros. De los cuales también el salmista, "El ascenso", dice, "en su corazón dispuso en el valle de lágrimas en el lugar que dispusiste para ellos" (Sal. LXXXIII). Y la esposa descendió a mi huerto, para ver los frutos del valle, cuando los doctores de la Iglesia, desde la altura de su secreta quietud y contemplación divina, con la que a menudo son dotados, vuelven la mirada de su mente para considerar el estado de la misma Iglesia, para explorar diligentemente cuánto cada uno de los fieles ya progresa en las buenas obras, cuánto aún necesitan la ayuda de los maestros, y a los que necesitan cultivo, les imparten frutos vitales.

Para ver si floreció la viña, etc. Ve si floreció la viña, cuando examina cuidadosamente si en algún lugar los corazones de aquellos a quienes instruye se proponen asumir nuevos estudios de virtudes, que espiritualmente nos embriagan, según aquello del salmista, "Caminarán de virtud en virtud" (Sal. LXXXIII). Ve si los granados han brotado, cuando observa atentamente si se pueden encontrar quienes deseen derramar su propia sangre en imitación de la pasión del Señor; siguiendo la admonición del apóstol Pedro, quien dice: "Cristo, pues, habiendo padecido en la carne, armaos también vosotros con el mismo pensamiento". Así la Iglesia proclama sus labores evangélicas a la Sinagoga admirada. Y ella, compungida por la plenitud saludable, profesa que por causa de la ceguera profana e ignorancia ha permanecido tanto tiempo privada de tan gran salvación, respondiendo de este modo:

XXVIII. Nescivi, anima mea conturbavit me, etc. No conocía los dones de la gracia espiritual, con los cuales el Señor te iluminó para producir frutos de fe en todas las naciones. Me perturbó la preocupación interna de la mente, debido a la repentina introducción del Nuevo Testamento en lugar del antiguo, mientras que, en lugar de los libros de los profetas y la ley, que sabía que eran divinos y escritos por el Espíritu Santo, de repente la predicación del Evangelio llenó todo el mundo. Esto, como cuadrigas veloces, en poco tiempo no solo recorrió Judea y Samaria, sino también los confines de todas las naciones, mientras yo admiraba y me asombraba, lo cual con razón comparo no simplemente con carros, sino con cuadrigas; porque, en efecto, está encomendada a la memoria por la autoridad de cuatro escritores, pero dirigida por un solo espíritu de Dios a través de Jesucristo, quien guió la mente y la mano de esos mismos escritores para escribir, como si vieras unas cuadrigas preparadas para correr con la velocidad concordante de cuatro caballos, pero gobernadas por la dirección de un solo auriga, para que corran por el camino recto. Y ciertamente había oído hace tiempo que cuatro autores escribían sobre Jesús con igual consenso, pero ¡ay, cuán tarde merecí observar y conocer qué espíritu los guiaba, qué utilidad y verdad, cuánta gloria y salvación contenía su escritura! Pero que las cuadrigas sean llamadas los heraldos del Nuevo Testamento de Aminadab, el nombre de Aminadab significa al Señor Salvador, quien, como presidiendo el carro, llenó los corazones de los predicadores con la gracia de su Espíritu, a través de los cuales llegaría a los pueblos que creerían en él, precedido por la palabra de la doctrina salvadora. Aminadab, quien era bisnieto del patriarca Judá, indica al Señor Salvador tanto por su persona como por su nombre: por su persona, porque a través de él la genealogía de la encarnación del Señor desciende de Abraham a David el rey, y de David a José y María, en la misma razón por la cual el nombre de Judá, y a veces el de David, y Salomón, y otros padres, de los cuales Cristo según la carne es asumido por los profetas en su significado; como está dicho, Cachorro de león, Judá. A la presa, hijo mío, has subido, descansando te has

acostado, como un león, y como una leona. ¿Quién lo despertará? (Gén. XLIX). Y de nuevo: Y los limpiaré, y serán para mí un pueblo, y yo seré para ellos un Dios, y mi siervo David sobre ellos (Ezequiel XXXVII). Y en este mismo volumen: Salid y ved, hijas de Sion, y ved al rey Salomón (Cant. III). Pero por su nombre Aminadab, que se interpreta como el espontáneo de mi pueblo, se designa adecuadamente al mismo Mediador entre Dios y los hombres, quien siendo Dios antes de los siglos, unido a la carne, cuando quiso y como quiso, apareció como el piadoso Redentor en el pueblo de la Iglesia, hecho por su espontánea bondad parte de su pueblo, del cual por su poder natural era Creador y rector. Confesando la Sinagoga la prolongada tardanza de su mente, por la cual se veía impedida de entender los misterios de la encarnación del Señor, la Iglesia responde inmediatamente consolando y exhortando: Vuélvete, vuélvete, Sunamita, etc. Vuélvete al reconocimiento de tu Redentor, de quien por tanto tiempo te apartaste errando miserablemente, para que, impregnada de sus sacramentos, te hagas digna de entrar en la vida celestial; vuélvete a la paz de nuestra hermandad, que por mucho tiempo consideraste que debía ser despreciada por causa de la disonante religión. Vuélvete, vuélvete, para que te contemplemos: vuélvete con la pureza de la fe, vuélvete con la perfección de las obras, al amor del Señor, para que con ojos y almas gozosas contemplemos la belleza de tu castidad, que por tanto tiempo deseamos, y unidas por el amor de Cristo, ambas seamos construidas en él, como en la piedra angular, en una sola casa de fe. No recuerdo haber leído en ningún otro lugar el nombre de Sunamita; y ciertamente parece ser el nombre de alguna mujer noble, ya sea propio o derivado de un lugar, que en ese tiempo fue insigne por la gloria de su sabiduría, belleza o virtud. Pero si Sunamita, como algunos afirman, se interpreta como despreciada o cautiva, este nombre conviene a la Sinagoga, que por culpa de la infidelidad se apartó de la gracia de su autor, y que tanto como fue cautiva bajo el yugo del pecado, tanto permanecía indigna respecto a la piedad divina. Pero se le pide a la Sunamita que regrese, para que por la obediencia de su retorno al Señor merezca ser liberada del vínculo de la cautividad nociva, y ser devuelta digna a la vista de su Redentor y Salvador. Mientras la Iglesia amonesta a la Sinagoga a volver a la gracia de su Redentor, el mismo Redentor, accediendo a sus devotas exhortaciones, de repente intercala su palabra, y declara que las consolaciones de esa exhortación están a punto de llegar a su efecto. Dice:

## CAPÍTULO VII.

XXIX. ¿Qué verás en la Sunamita, etc.? Como si dijera abiertamente, Te duele que la Sinagoga haya estado apartada por tanto tiempo, y ruegas que vuelva a mí, y te deleita contemplar su rostro adornado para mí. Pero debes saber que está próximo el tiempo en el que no verás en ella nada de la antigua infidelidad y aversión, sino solo las obras de virtudes y luchas espirituales. ¿Qué verás, dice, en la Sunamita, sino coros de campamentos, es decir, la milicia de la paz? En los coros, las voces de los que cantan son consonantes; en los campamentos, las manos de los amantes luchan. ¿Qué verás en ella, sino coros de elegidos, que con un solo corazón y alma proclaman las alabanzas de su autor? Y estos mismos son coros de campamentos, porque sirviendo al Creador repelen y dispersan todas las huestes del enemigo. Esto dice, y se vuelve con su acostumbrada dulzura a alabar a la misma Iglesia, que se alegraba de que estuviera preocupada por la salvación de la Sinagoga, añadiendo así:

¡Cuán hermosos son tus pasos, etc.! Bien hizo al comenzar su alabanza desde los pasos y concluir en la gracia de la boca. Así terminó: Y el olor de tu boca, como de manzanas; tu garganta, como el mejor vino. Aunque antes comenzando desde los ojos, parece haber concluido solo con la alabanza de los miembros superiores: esta variación proporciona tanto belleza al canto como un lugar adecuado para los misterios que se cantan: porque al verla no residir en el ocio de un descanso seguro, sino proceder al combate de la predicación, con

razón primero admira la belleza de sus pasos, es decir, la constancia de sus obras, por la cual quería mostrar ejemplos de virtudes a aquellos que instruía. De estos pasos, el Salmista ruega al Señor, diciendo: Perfecciona mis pasos en tus sendas (Sal. XVI), es decir, dirige mis acciones en el estrecho camino que lleva a la vida. Estos pasos están en los zapatos, cuando nuestras acciones son protegidas por los ejemplos de los justos que nos precedieron hacia Dios. Nos calzamos con las pieles de animales muertos, cuando imitamos las obras de justicia con las que leemos que los santos anteriores estaban revestidos, y así entramos más confiadamente y limpiamente en el camino de la virtud. De estos zapatos dice el Apóstol, Y calzados los pies con la preparación del Evangelio de la paz (Efes. VI). Porque quien evangeliza la paz a otros en la verdad, primero es necesario que adorne y fortalezca los pasos de sus obras con los ejemplos de los padres que le precedieron, para que no muestre a sus seguidores otro camino de vida o enseñanza que el que fue trillado por los padres, o más bien por el mismo Señor, recordando aquel precepto apostólico: Sed imitadores de mí, hermanos, como yo lo soy de Cristo (I Cor. XIV). Así enseñando, asciende a aquella sublimidad y belleza de virtudes de la que el profeta y el apóstol hacen mención, diciendo: ¡Cuán hermosos sobre los montes son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian el bien! (Rom. X). La llama hija del príncipe, de aquel de quien está escrito: Toda la gloria de ella, hija del rey, es interior (Sal. XLIV). Quien entre otras promesas de dones celestiales, le habla a ella mismo por el profeta: Me llamarás Padre, y no cesarás de seguirme (Jer. III).---Cabe señalar que el beato Jerónimo, consciente de la verdad hebrea, escribiendo contra Joviniano sobre la hija del príncipe, en este lugar puso hija de Aminadab, donde también declaró que este versículo puede entenderse en una virgen consagrada a Dios, diciendo: «¡Hermosos se han hecho tus pasos en los zapatos, hija de Aminadab! que se interpreta, del pueblo que se ofrece espontáneamente. Porque la virginidad es voluntaria; y por eso los pasos de la Iglesia son alabados en la belleza de la castidad.» De donde se deduce que se equivocan mucho aquellos que interpretan las cuadrigas de Aminadab como el ejército de los que persiguen a la Iglesia, ya sean espíritus inmundos o hombres malvados, cuando claramente se debe entender más bien sobre el mismo príncipe de los príncipes y su pueblo elegido.

XXX. La unión de tus muslos como collares, etc. La Escritura suele significar en los muslos la sucesión de la descendencia. Dice: Todas las almas que entraron con Jacob en Egipto, y salieron de su muslo, sin las esposas de sus hijos, fueron sesenta y seis almas (Gén. XLVI). Por lo tanto, en los muslos de la Iglesia se entiende correctamente su descendencia, la generación espiritual que se completa por el misterio de la palabra y el lavacro de la regeneración. La unión de sus muslos es la concordia de dos pueblos, el judío y el gentil, de los cuales, unidos en una sola fe, se perfecciona la Iglesia universal, y hasta el fin del mundo se fecunda y crece con prole espiritual: esta unión se asemeja a collares, porque la fe católica se declara con el testimonio de las buenas obras. Estos collares están fabricados por la mano del artífice, porque las obras de virtud, con las que la Iglesia se construye de dos pueblos en uno, están firmadas por la inefable generosidad de nuestro Creador. Él es el artífice de quien dice el apóstol: Y viniendo, evangelizó la paz a vosotros que estabais lejos; y la paz a los que estaban cerca, porque por él ambos tenemos acceso en un mismo Espíritu al Padre (Efes. II). Y del cual el salmista menciona el maravilloso artificio: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser la cabeza del ángulo. De parte del Señor ha sido hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos (Sal. CXVII). Del cual el apóstol recuerda en alabanza al patriarca Abraham, diciendo: Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo artífice y constructor es Dios (Hebr. II). Correctamente después de los pasos calzados de la esposa se alaba la unión de los muslos, porque por el ministerio de los predicadores se perfecciona la unión unánime de los pueblos creyentes: y adecuadamente en estos lugares se recuerda la

unión de los muslos, donde se promete que la Judá reunida en la fe al final será consorte de ambos pueblos, unida en Cristo. Sigue:

Tu ombligo es un cáliz torneado, etc. El ombligo, que es el miembro más frágil de nuestro cuerpo, con razón designa la debilidad de nuestra mortalidad. Y nuestro ombligo se convierte en un cáliz torneado que nunca necesita bebidas, cuando, conscientes de nuestra mortalidad y debilidad, nos esforzamos por ofrecer el cáliz de la palabra salvadora a los prójimos, para que, haciendo misericordia, se nos recompense con la bienaventuranza de la misericordia celestial. Lo cual también se puede entender de la limosna del cáliz general, de la cual el mismo juez dirá: Tuve sed, y me disteis de beber (Mat. XXV). El cáliz es un vaso mayor, con dos asas. De lo cual el poeta dice: Pero cuando el primer descanso de los banquetes y las mesas se retiran, colocan los grandes cálices, y coronan los vinos. Y bien se dice que este cáliz es torneado: porque la tornería llena el vaso que trabaja más rápidamente que otras artes, para que se muestre la prontitud de la piedad a prestar, ya sea a aquellos que necesitan el cáliz terrenal, o a aquellos que necesitan el celestial, o incluso ambos, según lo dicho por Salomón: No digas a tu amigo, Ve, y vuelve, y mañana te daré, cuando puedes dar inmediatamente (Prov. III). Pero también se debe decir que, como mencionamos antes, la tornería es más inenarrable que otras artes, porque de sí misma produce la regla por la cual la obra que realiza se perfecciona con una rotundidad disciplinada, y por eso correctamente insinúa la simplicidad de una mente verdaderamente piadosa, que hace limosna con pura intención. Porque quien da un cáliz al sediento para que el justo remunerador le otorgue abundancia del cáliz terrenal, o quien ofrece el cáliz de la palabra a los errantes para que el Señor le conceda una mayor abundancia de conocimiento en la que aparezca admirable a los hombres; no se asemeja el ombligo al cáliz torneado, sino a otros instrumentos hechos, porque al hacer la obra de misericordia, no busca la recompensa recta e inenarrable de sustentar su fragilidad del Señor, sino la temporal. También puede entenderse que el ombligo de la esposa es un cáliz torneado que nunca necesita bebidas, porque la Iglesia, o cualquier alma santa, cuanto más se recuerda frágil, y aún distante de la inmortalidad e incorruptibilidad que espera en el futuro, tanto más diligentemente se esfuerza por refrescarse con los continuos cálices de la palabra de Dios, y calentarse en su amor, diciendo aquello del salmista: Y tu cáliz embriagador, ¡cuán glorioso es!

Tu vientre es como un montón de trigo rodeado de lirios. El vientre designa la misma condición de nuestra mortalidad que el ombligo: porque también es un juez certísimo y máximo de nuestra debilidad, que recrea nuestro cuerpo con la diaria alimentación para que no desfallezca, hasta que se cumpla aquello que tenemos prometido: La comida para el vientre, y el vientre para la comida, pero Dios destruirá tanto a este como a estas (I Cor. VI). Por lo tanto, nuestro vientre es como un montón de trigo, cuando, conscientes de nuestra fragilidad, preparamos en esta vida presente los frutos de buenas obras con los que seremos perpetuamente alimentados. Bien dice un montón de trigo, y no simplemente una abundancia de trigo, para designar el crecimiento de las virtudes que se elevan en altura. Y porque el montón, al elevarse desde abajo más ancho, se hace más angosto en la cima, esta figura se adapta correctamente a nuestras buenas acciones, que cuanto más altas son en mérito, menos operarios encuentran. Porque ves a más que dan limosnas a los necesitados de sus posesiones, que a aquellos que dejan todo lo que poseen; más buenos cónyuges que célibes; más absteniéndose de las tentaciones corporales, que poniendo sus vidas por la verdad. Y bien aseveró que ese montón de trigo está rodeado de lirios, para que todo lo que hacemos de bueno lo hagamos por la gracia de la eterna caridad, y que nadie tenga acceso a la era de nuestro corazón por insidias hostiles, cuando rodeamos todas nuestras obras con la expectativa de la recompensa celestial. También pueden entenderse en el montón de trigo las

obras de limosna que hacemos a los pobres de Cristo, de las cuales él mismo dice: Tuve hambre y me disteis de comer (Mat. XXV). Y bien después del cáliz abundante en bebidas, los miembros de la esposa se asemejan a un montón de trigo, para que se signifique que después de dar bebida también da pan a los pobres: lo cual puede entenderse tanto de la alimentación espiritual como de la corporal, es decir, de aquellas con las que instruimos la mente del prójimo errante; porque también esta instrucción espiritual en algunos aspectos tiene la similitud de un cáliz, en otros de un pan de vida: tiene la similitud de un cáliz en las cosas claras, de un pan en los misterios. Ofrece un cáliz en aquellas cosas que pueden ser entendidas fácilmente tan pronto como se escuchan, y no requieren otra exposición, como es aquello: No matarás, no cometerás adulterio; no dirás falso testimonio (Deut. V), y Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mat. XXII). Ofrece pan, cuando confía a sus oyentes palabras que son más difíciles de entender, como el alimento que llega a nuestras entrañas al masticarlo, así llegan a nuestro sentido interior al exponerlo, como es toda la serie de este cántico, como aquello de la ley; Acuérdate de santificar el día de reposo (Éxodo XX), donde se amonesta místicamente a santificar la luz de la gracia espiritual, en la cual solo tenemos verdadero descanso, es decir, que la custodiemos siempre inmaculada en el corazón santo y casto, como la recibimos en el día de la redención. Estas palabras y otras semejantes, a las que llegamos a la comprensión con el trabajo de la exposición, se comparan correctamente a un montón de trigo, que no se lleva al uso de nuestra alimentación sin el considerable trabajo de moler, sembrar, cocer y masticar; pero las más claras se comparan con un cáliz que nunca necesita bebidas, porque tanto abundan en las Escrituras los mandamientos claros de Dios, ya sean promesas, y estos, como la bebida sin demora o trabajo, pueden ser entendidos tan pronto como se escuchan, y entendidos se guardan para el aumento de nuestra salvación, como en el vientre de la memoria. Puede también figurarse en el vientre de la esposa el inmaculado útero de la fuente divina, del cual renacemos como nueva criatura: que es como un montón de trigo, rodeado de lirios, porque enseña a todos los que consagra en Cristo a insistir en las buenas obras, y solo por la expectativa de la gloria celestial. Es como un montón de trigo, porque a los que lava los limpia de todas las pajas de los pecados, y por la segunda generación los conforma a aquel que dijo de sí mismo, Si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto (Juan XII). Está rodeado de lirios, porque a los que libera de los enredos de los pecados, con los que nacieron carnalmente, también los adorna y confirma con la luz de los carismas celestiales.

Duo pechos, etc. Hemos hablado abundantemente de este versículo anteriormente; pero ahora es necesario recordar brevemente que, correctamente, después del vientre de la esposa, se alaban los pechos, porque ciertamente la santa Iglesia a sus pequeños, a quienes genera en Cristo desde el sacrosanto vientre del agua salvadora, les da leche del alimento de la doctrina más suave de los neófitos, hasta que poco a poco los educa para recibir el pan de la sabiduría más sublime. Por lo tanto, los pechos de la Iglesia son aquellos que instruyen a sus pequeños, es decir, a los recién renacidos en la fe: que bien se recuerdan ser dos con adición, porque de dos pueblos, a saber, judíos y gentiles, la fuente salvadora, que los lava y los engendra en el misterio celestial, los reúne. Bien se comparan a dos cervatillos de gacela, porque los verdaderos doctores toman de los discursos de ambos Testamentos lo que predicán. Bien se dice que estos cervatillos son gemelos, porque esos mismos testamentos fueron dados por un mismo autor, de aquel de quien el Eclesiastés dice: Las palabras de los sabios son como aguijones, y como clavos bien clavados, que fueron dadas por el consejo de los maestros de un solo pastor (Ecle. XII). Por lo tanto, son dos los pechos de la esposa, como dos cervatillos gemelos de gacela, porque los doctores de los neófitos no les predicán lo propio, no adulteran la palabra de Dios; sino que, como de Dios, ante Dios en Cristo hablan, él es el único pastor,

que de dos rebaños de ovejas llena un solo redil; cuyo deseo encendido clama la esposa anteriormente: Indícame, amado de mi alma, dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía. Él es el único maestro de los maestros, porque a sus discípulos, nuestros maestros, les ordenó diciendo: Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado (Mat. XXVIII). A quien también se le atribuye con justicia el nombre de gacela, porque es un animal puro, notable por su vista y carrera, que tiene la pezuña hendida, y rumia, y que, como todos los cuadrúpedos puros, está armado con cuernos. Pues si con razón se adaptan a los santos de esta naturaleza, porque tienen la pezuña hendida en la distinción del bien y del mal, y lo que discernen de los males, lo bueno lo hablan suavemente, y como si rumiaran acostumbran, que aprenden a dirigir lejos el ojo del corazón, es decir, a contemplar desde la tierra los bienes celestiales; que desean penetrar con más agilidad el camino de las virtudes con su propia carrera, que se alegran de haber recibido la pureza de mente y cuerpo, por la gracia de su Creador, que con la confianza de la fe, levantados contra la fortaleza de este mundo, suelen decir a Dios: En ti ventilaremos a nuestros enemigos con el cuerno (Sal. XLIII), cuánto más conviene a la significación de este animal, que posee en sí mismo todos estos dones de virtudes, y los otorga a ellos según la medida de su donación:

Tu cuello es como una torre de marfil. Porque por el cuello, tanto la voz como el habla proceden, y el alimento, por el cual se suelen restaurar todos los miembros del cuerpo, entra; con razón por el cuello, como hemos advertido anteriormente, se designa la forma de los doctores, que confirman a todo el cuerpo de la Iglesia con la voz de exhortación, y lo recrean con los alimentos de la vida. Ese cuello, como una torre de marfil, porque los doctores, y el ornamento de la santa ciudad de Dios, es decir, la Iglesia, proporcionan tanto la fortaleza como la belleza de su vida. Porque se prueban ya muertos para este mundo, se muestran a todos los que los ven como marfil; y defienden la ciudad de Dios, como una torre eminente e inexpugnable del ataque de todos los enemigos. Pues cuando dicen que las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, destruyendo consejos y toda altitud que se levanta contra el conocimiento de Dios (II Cor. X), se comprueba que están puestos como una torre en defensa de la santa ciudad; y cuando el mismo Pablo, describiendo su vida y la de sus colaboradores, dice: Porque yo por la ley estoy muerto a la ley, para vivir para Dios, estoy crucificado con Cristo (Gál. II), significa que en la cruz hay en él la cualidad del marfil, es decir, de un hueso muerto, pero notable por su belleza.

Tus ojos son como estanques en Hesbón, etc. Los mismos santos predicadores, que por el alimento de la palabra, eran comparados al cuello de la esposa, también se designan en los ojos; esto es la inspección de los arcanos, que en secreto aprenden ellos, para que puedan hablarlos abiertamente, y por lo que han percibido en secreta meditación, ministren enseñando el alimento manifiesto de la santa Iglesia. Estos ojos se igualan correctamente a los estanques construidos en la puerta de la ciudad de Hesbón. A la cual ciudad, debido a la abundancia de sus habitantes, se le llama hija de la multitud, porque así como esos mismos estanques, al confluir a ellos los ciudadanos, solían proporcionar un continuo suministro de aguas, así los predicadores no cesan de proporcionar a sus oyentes los manantiales de la doctrina, con los cuales manantiales ellos mismos siempre se llenan interiormente, tanto como los estanques abundan en venas de aguas vivas. Concuerta con estos estanques aquella famosa piscina probática de Jerusalén, en la que, descendiendo el ángel en su momento, se movía el agua, y el primero de los enfermos que descendía, uno era sanado, porque ciertamente un solo Dios, una sola fe, un solo bautismo; que, descendiendo en la fuente de la vida el Espíritu Santo, un solo pueblo de fieles lava con el carisma de la segunda

regeneración, que bien se llama piscina probática, es decir, pecual, indicando según la letra que las víctimas solían ser lavadas en ella por el sacerdote; pero expresando típicamente que en las aguas de la regeneración conviene lavar a aquellos que han de ser llevados al altar santo y ofrecidos como víctimas a Dios. Apropiadamente, pues, Hesbón se pone como tipo de la Iglesia, ya sea por el nombre, que se interpreta como cinturón de luto, o porque fue una vez de Seón, rey de los amorreos, y al ser él muerto, fue tomada por los hijos de Israel. Es evidente que la Iglesia una vez estaba sujeta al dominio del diablo, rey de todos los inicuos, pero, excluido y renunciado, se convirtió en la ciudad de su Redentor. Y ahora ha recibido el nombre de Iglesia, que antes se llamaba gentilidad, cuando por la lasciva y efímera alegría de este mundo se ciñó con el cinturón de un luto muy saludable: cinturón, a saber, para contener los lomos de su mente de toda impureza; cinturón de luto, para que, hecha completamente ajena y extraña a los gozos temporales, fija con confianza en los cielos, esperara recibir los gozos. Esta ciudad, es decir, la Iglesia, que también se llama hija de la multitud, debido a la abundancia de los pueblos que concurren a la fe, tiene en su puerta estanques, a los cuales se asemejan los ojos de la esposa, porque nadie puede entrar en ella, que no haya sido primero rociado con el agua de la doctrina salvadora, que no haya sido purificado con el lavacro de la onda de la regeneración, que no haya sido consagrado con la bebida de la fuente vivificante. Lo cual se figuraba muy claramente y bellamente en el tabernáculo o templo de Salomón, en cuya entrada estaba colocado el lavacro o mar de bronce, donde los sacerdotes que iban a entrar lavaban sus manos y pies; ciertamente por causa del misterio, porque el Señor nos procuraría el lavacro de la doctrina celestial, porque la fuente de la regeneración; por el cual iniciados, podríamos entrar en la sociedad presente de la Iglesia, o en la mansión de su casa eterna, que está en los cielos.

Tu nariz es como la torre del Líbano, etc. Porque por la nariz se suelen discernir los olores y los fetores, los dispensadores de la palabra de Dios, que por ciertas razones fueron designados anteriormente en el cuello y los ojos de la Iglesia; ahora también por causa de la saludable discreción, que por los padres se prueba ser madre de las virtudes, se designa en la nariz, porque ciertamente como por el oficio de oler, pueden discernir más que los demás, en qué actos o discursos el buen olor de Cristo exhala, y cuál exhala el letal fotor de la depravación: pues también con mucha solicitud, ya sea el doctor, o cualquier fiel, necesita de discreción, no sea que acaso los vicios se oculten bajo el hábito de las virtudes, no sea que lleven algo de lobo bajo la vestidura de oveja, no sea que la astucia engañe con la prudencia, la tenacidad con la parsimonia, el deseo de venganza con la justicia, la dureza con la fortaleza, la pertinacia de los necios con la apariencia de constancia. Por lo cual correctamente los doctores, correctamente los elegidos, que han recibido esta gracia del Señor, para que puedan discernir los olores de las virtudes de los fetores de los vicios, se dice que son como la torre del Líbano, que mira hacia Damasco, porque ocupan un lugar eminente en la santa Iglesia, y con el ojo de la mente siempre vigilante contra las insidias del antiguo enemigo. Pues ya se ha dicho muchas veces que el monte Líbano significa al Señor Salvador y su Iglesia. Por el contrario, Damasco, porque indica figurativamente la ciudad del diablo, es decir, la multitud reprobada de ángeles o de hombres, es claro como la luz: pues era esta la metrópoli de toda Siria, y tenía reyes impiísimos y fortísimos, que para que con razón llevaran el tipo del diablo, infligían frecuentes guerras y cautividades al pueblo de Dios, que claramente figuraban las tentaciones e insidias del diablo, con las cuales ataca incesantemente a la Iglesia. Pero también esto que Damasco se dice bebida de sangre o ojo de sangre, conviene a la significación de aquellos que se deleitan en los placeres de la carne y de la sangre, en los cuales se incluye también el mismo derramamiento de sangre, que se inflige a los inocentes. Conviene también a la intención perversísima de los demonios, que se esfuerzan por matarnos espiritualmente, y quitarnos la vida eterna que tenemos en Cristo. Contra los cuales

el salmista ruega al Señor, diciendo: Líbrame de las sangres, Dios, Dios de mi salvación (Sal. L). Pues cualquiera que está firmemente establecido en Cristo, con cautela diligente se cuida a sí mismo y a los suyos, para que no puedan ser vencidos por tales guerras, que ya sea abiertamente por los hombres, o secretamente por el diablo, se les imponen; con razón tal nariz puede ser llamada de la esposa de Cristo, y ser semejante a la torre que está construida en el monte Líbano mirando hacia Damasco, porque experto en discernir y de vida sublime, procura con continuas vigiliias que la Iglesia no sea turbada por repentinos ataques de los malos.

## LIBRO SEXTO

Tu cabeza es como el Carmelo, etc. En la cabeza de la esposa correctamente se toma la mente del alma fiel, porque así como la cabeza gobierna los miembros, así las cogitaciones se disponen en la mente: Por lo cual también las mismas cogitaciones, que innumerables en todas las horas y momentos salen de la mente humana, se figuran apropiadamente en los cabellos. Pero lo que se dice de un alma elegida, el lector prudente debe recordar que se entiende de toda la Iglesia, porque aunque la multitud de los creyentes difiere en méritos, sin embargo, tiene un solo corazón y un alma, en cuanto todos anhelan con una misma fe, esperanza y amor los atrios celestiales. La Escritura narra que Elías en el monte Carmelo oró de rodillas, y después de una larga sequía obtuvo lluvias del Señor. Por lo cual la cabeza de la esposa es como el Carmelo, porque los corazones de los elegidos son sublimes por su conversación, y proporcionan al Señor un ascenso en ellos por los progresos cotidianos de las virtudes. Elías, que se dice Dios Señor, ora en ellos al Padre, y como en campos áridos evoca lluvias del cielo, porque los enciende invisiblemente a orar a Dios, y por sus oraciones y méritos a menudo concede sus dones al mundo en peligro. También el nombre de Carmelo, que se interpreta como ciencia de la circuncisión, conviene a la cabeza de la esposa, es decir, a la mente eclesiástica, que bien sabe que no debe gloriarse en la circuncisión carnal, sino espiritual, de la cual el Apóstol a los Gálatas disputa mucho, y el profeta enseña, diciendo: Circuncidaos al Señor, y quitad los prepucios de vuestros corazones (Jer. IV). Esta ciencia los judíos se negaban a tener, cuando se jactaban solo de la circuncisión exterior. Y por eso no sabían tener la cabeza como el Carmelo, porque habían puesto su mente en las cosas bajas y en la gloria de la carne. Por lo cual con razón se les reprende con la voz del bienaventurado protomártir Esteban, diciendo: Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre resistís al Espíritu Santo (Hech. VII). Y los cabellos, dice, de tu cabeza son como la púrpura del rey unida a los canales. Los cabellos de la cabeza de la esposa, como hemos dicho, son las cogitaciones del alma fiel; pero la púrpura del rey significa la imitación de la pasión del Señor, a la cual con justicia se compara el cabello de la cabeza de la esposa, porque toda la cogitación de los elegidos está protegida por la fe de la santa cruz, toda la intención de su corazón está dispuesta a sufrir por el Señor, para que merezcan resucitar con él. Pero lo que se dice que la misma púrpura está unida a los canales, o debe entenderse así que las lanas ya teñidas, antes de ser hiladas, se guardan en los canales separadas, o que, habiendo enviado en los canales la sangre del múrice, la misma lana que ha de ser teñida, allí separada por partes, y unida individualmente, se tiñe. Pues los múrices, es decir, las conchas del mar, que también se llaman conchíferas, al ser cortadas con hierro, emiten lágrimas de color púrpura. Con las cuales recogidas se confecciona la tintura púrpura. Lo cual ambos producen un mismo sentido místico. Pues los canales que reciben la púrpura del rey son los corazones de los fieles de Cristo; pero la lana, que para recibir el color púrpura se envía unida en los canales, para que después de la tintura se asuma en el ornamento del rey, es la misma humildad, suavísima y blandísima de la conciencia fiel, que por las pasiones y las obras de justicia progresa en el hábito del rey eterno. Pues todos los que habéis sido bautizados en

Cristo, dice, os habéis revestido de Cristo (Gál. III). Esta lana unida a los canales, se tiñe con el color púrpura, porque la virtud de la humildad, fija y como ligada en el corazón de los elegidos, se anima continuamente con la memoria del cruento del Señor a la tolerancia de las tribulaciones temporales, por la cual puede llegar a la comunión del reino del Señor. Pero lo que hemos dicho que la púrpura unida a los canales, puede entenderse así que las lanas ya teñidas con el múrice, antes de ser hiladas, se guardan en los compartimentos separados, pertenece a la figura de una virtud más alta, porque ciertamente expresa la humildad de aquellos que ya están tan ejercitados en las tribulaciones por el Señor, que se sabe que no pueden ser vencidos por ninguna presión de adversidades. Pues dicen que la tintura perfecta de la púrpura nunca palidece con ningún sol, ni con ninguna aspersion de aguas, y que el color una vez recibido suele perdurar. Por lo tanto, los cabellos de la cabeza de la esposa son como la púrpura del rey unida a los canales, cuando las cogitaciones preparadas en los corazones devotos a Dios también están dispuestas a morir por Cristo, para que merezcan reinar con él, la cual púrpura sacada de los canales hacen el ornamento del sumo rey, cuando dada la ocasión de sufrir, muestran lo que han llevado en ese corazón, preparados valientemente por la gloria de su Redentor, y dispuestos a soportar cualquier adversidad del mundo, incluso la misma muerte si ocurre. Lo cual bien figuraba en los Hechos de los Apóstoles aquella Lidia purpuraria, que siendo temerosa de Dios, fue la primera en creer y ser bautizada con su casa al predicar Pablo en Macedonia, y lo recibió en su hospitalidad, tanto a él que primero le predicó la palabra de fe, como después a él que sufrió azotes y cárceles y cadenas de los infieles. Pues con su arte y credulidad y servicio figuraba a la Iglesia de los gentiles, que imbuida con la confesión de la pasión del Señor, y ella misma por esto iba a derramar sangre, y la doctrina de los apóstoles expulsada por los infieles iba a recibir en su corazón íntimo.

¡Cuán hermosa eres, etc.! Arriba en la alabanza de la esposa se dice, Hermosa eres, amiga mía, suave y decorosa como Jerusalén, terrible como un ejército en orden de batalla. Allí, pues, con la hermosura y el decoro, se dice terrible como un ejército en orden de batalla; aquí se dice que es hermosa y decorosa en las delicias. Pero en cuanto a la costumbre humana, es difícil que una misma persona lleve una vida en delicias, y sea terrible como un ejército en orden de batalla, porque ciertamente las delicias no permiten que la mente, a la que ablandan, se dedique a las cosas bélicas. Pero donde hay delicias espirituales, es decir, donde el deseo de la dulzura eterna llena las fauces del alma, allí el alma espiritual se hace terrible a los enemigos, y como un ejército en orden de batalla rechaza todas sus flechas; más aún, cuanto más tenazmente percibe el sabor de la saciedad interna, tanto más terrible se hace a aquellos que han perdido completamente la gloria de la dulzura celestial, para la cual fueron creados, por la amargura de la tiranía soberbia. Y bien cuando su amante dijo a la santa alma, ¡Cuán hermosa eres, cuán decorosa! es decir, cuán perfecta en fe y obra, inmediatamente añadió, Amadísima en las delicias. Pues conviene que sea amadísima al Señor el alma que se ve vacar en las delicias celestiales, porque ciertamente cuanto más la mente pura degusta el alimento de la vida, tanto más se enciende con el amor de él, y cuanto más ardientemente ama lo celestial, tanto más perfectamente es amada por el mismo autor y dador de los bienes celestiales. Por lo tanto, es amadísima al Señor el alma santa en las delicias, porque mientras ardientemente desea los gozos de la interna reanimación, el amor en ella de su Creador crece; y porque tal alma no poco también en la lucha de la vida presente pre-gusta los gozos de la futura retribución, correctamente se añade:

*Statura tua assimilata est palmae, etc.* La estatura de la Iglesia es, en efecto, la rectitud de sus buenas obras, porque despreciando inclinarse hacia la concupiscencia terrenal, se eleva completamente para merecer las cosas celestiales. Sobre esto, el Apóstol advierte diciendo:

Velad, estad firmes en la fe, comportaos varonilmente (I Cor. XVI). Y también el mismo Señor dice: Yo soy el Señor, que os libré de la servidumbre con la que os oprimían los egipcios, para que anduvierais erguidos (I Reg. X). La palma, además, está adornada con la mano victoriosa. Y entre los antiguos, cualquiera que venciera en una competición era coronado con una palma. Por lo tanto, la estatura de la esposa se asemeja a la palma, cuando, erguida en el amor de las cosas celestiales, toda la intención de los fieles, mientras medita en la batalla, contempla el premio que se le otorgará al final de la lucha como vencedora. Asimismo, porque la palma parece áspera en la parte inferior, pero en la cima muestra belleza y la dulzura de sus frutos, con razón se asemeja a la estatura de la Iglesia, o de cualquier alma fiel, que lleva trabajos ásperos por el Señor en la tierra, pero espera recibir del Señor una recompensa gratisima en el cielo. La palma es áspera cerca de la tierra, porque los elegidos sufren persecución por la justicia. Es hermosa y dulce en la cima, porque se alegran en las tribulaciones y exultan, sabiendo que su recompensa es abundante en los cielos. Además, porque la palma está vestida con hojas duraderas y conserva sus hojas sin sucesión, ¿quién no ve que representa el tipo de la estatura de la fe, que, variando el estado del mundo que pasa, siempre retiene las mismas palabras de la confesión recta, como hojas que nunca volverán a caer, y guarda la misma perfección de obras, que comenzó desde el principio, como la belleza de las palmas, hasta el fin del mundo en sus elegidos? Y tus pechos, dice, como racimos. Los pechos, como se ha dicho a menudo, son los doctores de la Iglesia, cuando ministran la leche de la primera enseñanza a los pequeños de Cristo. Pero esos mismos pechos se asemejan a racimos, cuando los mismos doctores, a quienes confiaron los primeros sacramentos de su encarnación, también revelan los misterios de su divinidad, por la cual es igual al Padre; y quienes antes decían: No juzgamos saber entre vosotros sino a Cristo Jesús, y a este crucificado (I Cor. II); los mismos después dicen a los que pueden recibir cosas más fuertes: De quienes son los padres, de los cuales es Cristo según la carne, que es sobre todas las cosas, Dios bendito por los siglos (I Cor. XI). O ciertamente los pechos de la Iglesia se asemejan a racimos, cuando los maestros de la verdad, en un mismo tiempo, abren los grandes misterios o preceptos de las Escrituras a los grandes oyentes, y a los pequeños en entendimiento, les confían los alimentos de la vida que pueden captar. A estos diciendo: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos; no matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y amarás a tu prójimo como a ti mismo; pero a aquellos, Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres (Mat. XIX), y otras cosas semejantes. Pero estos pechos también se igualan a racimos, porque dice el Apóstol: Porque si nos excedemos en mente, es para Dios; si somos sobrios, es para vosotros (II Cor. V). Cumplen la función de pechos, cuando moderan sus palabras para los débiles, según lo que pueden oír; pero se comparan a racimos, cuando excediéndose en mente, se embriagan con las cosas sublimes de la abundancia de la casa de Dios, es decir, de aquella casa de Dios que no está hecha por manos, sino que es eterna en los cielos. Pero porque todos los santos, todo lo bueno que tienen, lo han recibido por la gracia celestial que se les ha otorgado, con razón se añade:

Dije, Subiré a la palma, etc. La única causa por la que los pechos de la Iglesia se igualan a racimos, es porque el Señor ha querido subir a ella y otorgarle su gracia. Para que los doctores prediquen tanto las cosas humildes a los pequeños como las sublimes a los perfectos, para que condescendiendo sean moderados con los rudos, y ellos mismos se embriaguen sublimemente en la contemplación de las cosas celestiales, no es mérito suyo, sino don celestial. Se ha dicho antes del Señor: Mi amado descendió a su jardín (Sal. LXXXVI); y ahora él mismo dice: Subiré a la palma. Pero la misma Iglesia, o el alma perfecta, es el jardín del Señor, que también es la palma. Pero hay una diferencia entre que el Señor suba y descienda a ella: desciende a ella cuando le envía desde lo alto la gracia

celestial, para que ella misma pueda hacerse celestial y ser trasladada a las cosas superiores; pero sube a ella cuando revela más y más a los fieles el conocimiento de su majestad, cuando inspira a los que progresan en el amor de la patria celestial, como si fueran escalones hacia lo alto; cuando a aquellos a quienes antes decía: Cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: Somos siervos inútiles (Luc. XVII), les añade dones más grandes, diciendo: Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos (Juan XV). Y de nuevo: Id, anunciad a mis hermanos (Juan XV). Por lo tanto, el Señor desciende a su jardín cuando otorga dones celestiales a los fieles; sube a la palma cuando dignamente otorga aumentos de virtudes a sus mismos elegidos que progresan, hasta que los lleva a la perfección: de estas virtudes se añade apropiadamente:

Tomaré sus frutos. Toma, en efecto, las virtudes del alma fiel, para que con el saludable toque de su compunción, siempre las fecunde con una bendición más abundante. También se pueden entender los frutos de la palma como cada uno de los elegidos, que la Iglesia, es decir, su palma, engendra para el Señor; frutos que ciertamente toma, cuando los fortalece en su fe y amor, y para que nunca puedan fallar, los protege con su protección hasta la madurez perfecta de la vida, según aquello del Salmista: Y me diste la protección de tu salvación, y tu diestra me sostuvo (Sal. XVII). Pero en lo que sigue, Y tus pechos serán como racimos de ciprés, también se puede entender que aquellos que no descuidan anunciar con benevolencia y sencillez a los prójimos las pequeñas cosas que conocen, a veces se embriagan con el don de una sabiduría mayor; y esto cuando el Señor sube a la palma y toma sus frutos, porque a menos que su gracia nos otorgue progreso, a menos que su gracia proteja nuestros corazones, no podemos tener ni grandes ni pequeños bienes. Pero también con el nombre de palma se puede designar el árbol de la cruz más victorioso, al cual con razón se asemeja la estatura de la esposa, porque la santa Iglesia, por la pasión de su Redentor, para que pueda permanecer recta, estable e inamovible, se eleva. Con razón se compara a esto, porque incluso los santos que precedieron a los tiempos de la encarnación del Señor, señalaban los misterios de su pasión ya sea profetizando o incluso sufriendo, y los santos de nuestro tiempo glorifican el mismo triunfo de la sagrada pasión, todos creyendo y confesando, pero muchos también muriendo. Pero lo que dice el esposo, Dije, Subiré a la palma, tomaré sus frutos, se ajusta a aquella época cuando Salomón cantaba estas cosas, cuando el Señor se prometía a sí mismo con las frecuentes voces de los profetas que vendría en carne para la redención del género humano; cuando predicaba que subiría al árbol, muriendo por su esposa, para regresar victorioso a la vida, destruyendo el imperio de la muerte. Pero los frutos de la palma, que dijo que tomaría, son las glorias posteriores que seguían al ascenso de la cruz, es decir, la claridad de su resurrección y ascensión a los cielos, la venida del Espíritu Santo, y la salvación del mundo creyente. A este sentido se ajusta apropiadamente lo que sigue:

Y tus pechos serán, etc. Porque ciertamente los primeros doctores de la Iglesia, es decir, los apóstoles, después de completada su pasión y resurrección, recibieron un conocimiento mucho mayor de la doctrina salvadora que el que habían tenido hasta entonces, cuando apareciendo después de la resurrección les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras; cuando, enviando desde lo alto el Espíritu, les otorgó el conocimiento de todas las lenguas; cuando de los que se burlaban falsamente se dijo que estos están llenos de mosto (Hech. II). Pero ellos verdaderamente estaban afectados como racimos de viña, porque estaban renovados por la gracia de los carismas espirituales, cumpliéndose verdaderamente la sentencia que decía que el vino nuevo debe ser puesto en odres nuevos, y ambos se conservan (Mat. IX). A ambos sentidos se ajusta apropiadamente lo que sigue:

Y el olor de tu boca como de manzanas, etc. En el olor de la boca está la buena fama de la locución, y en la garganta el mismo oficio de la voz dedicada a Dios. Ambos en la Iglesia

católica, ambos en cualquier alma elegida son dignos de alabanza, porque tanto la voz misma, que instruye a los presentes, como la fama de la locución, que llega a los ausentes, ya sea por cartas o por aquellos que la escucharon, se demuestra llena de virtud y gracia. Pero que el olor de la boca y la garganta de la esposa se compare a manzanas y al mejor vino, puede distinguirse así, que las manzanas retienen toda su fuerza en la misma novedad, pero el vino obtiene su valor de la antigüedad. Por lo tanto, con razón se compara la voz de la Iglesia que habla y su fama a ambas especies, cuya tanto el principio como la perfección se sabe que son admirables. Además, porque la virtud y fragancia del mejor vino es mayor que la de las manzanas, se dice con razón: Y el olor de tu boca como de manzanas. Tu garganta como el mejor vino, supera la gracia de las manzanas. Tanto la alocución presente de la santa Iglesia de Dios supera la fama que el discurso de los oyentes puede difundir sobre ella. Pero habiendo sido dicha hasta ahora la alabanza de la esposa, cuando se llegó a decir que su garganta era como el mejor vino, ella arrebató la palabra de la boca del esposo, y ella misma, llevada por un gran amor, se esfuerza por cumplirlo. Pues entendió que con el término de mejor vino se designaba la palabra del Evangelio, en la cual solo hay salvación eterna para los creyentes, y dijo:

XXXI. Digno de mi amado para beber, etc. El mejor vino, dice, al que mi garganta ha sido comparada, es digno de mi amado para beber, porque la palabra del Evangelio, que ha dignado poner en mi boca, es de tal sublimidad que no debe ser predicada al mundo por otro que no sea su mismo amado esposo y Redentor. Él mismo, apareciendo primero en la carne, abrió al género humano el camino celestial por el misterio de la regeneración; él mismo predicó primero el sacramento de su pasión, resurrección, ascensión, por el cual el mundo sería salvado, y luego lo dejó para que sus fieles lo predicaran; él mismo bebió el cáliz de la salvación, y así lo ofreció para que la Iglesia lo bebiera. No debe parecer absurdo lo que se dice, Y para ser rumiado por sus labios y dientes, cuando se habla del vino. Pues es evidente que la rumiación conviene más al alimento que a la bebida. Hablando figuradamente, llama labios y dientes del amado a los santos doctores, como se ha probado antes, porque rumian el mejor vino que él mismo bebió, cuando se alegran de escudriñar y meditar frecuentemente la palabra de gracia que enseñan y de conferirse mutuamente. Algunos entienden esta respuesta de la Iglesia al discurso del Señor como insinuada, de modo que cuando él, alabándola, dijo: Tu garganta, es decir, la suavidad de tu confesión, como el mejor vino, ella inmediatamente asintiendo a sus palabras añadió: Digno de mi amado para beber, y para ser rumiado por sus labios y dientes. Como si dijera abiertamente: Ya deseo mucho que mi amado juzgue con un examen diligente el afecto y la sinceridad de mente que tengo hacia él. Pues confío que, aunque lo examine con tanta discusión como suele examinar la bebida o el alimento, porque se esfuerce por gustarlo o masticarlo con cuidado, ya lo comprobará digno de sus alabanzas. De aquí que el primer pastor de la Iglesia respondió al Señor que le preguntaba: Tú sabes que te amo; y de nuevo: Tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo (Juan XV). A este amado, aún añadiendo por el gran ardor de la misma caridad, dice:

Yo soy de mi amado, etc. Yo soy de mi amado, y no de otro. A quien ofrezco todo el don de mi servicio y devoción. Y hacia mí está su conversión, para que también a mí, mientras tanto en la vida mortal, no me falte su presencia para que no desfallezca trabajando, para que no lleve lámparas sin aceite, es decir, para que no lleve buenas obras sin caridad, siempre me ayude con su mirada. Y al final me introduzca con él en los inmortales gozos del tálamo celestial. Esto que dice, Y hacia mí está su conversión, puede entenderse especialmente dicho desde la figura de la Sinagoga, es decir, del pueblo que precedió a los tiempos de su encarnación: que cuando lo oyó prometiendo arriba, Dije, subiré a la palma, tomaré sus frutos, es decir, subiré al árbol de la cruz, en el cual moriré, y tomando los frutos de la

resurrección, los ofreceré a los creyentes para que se nutran para la vida eterna, con razón proclama gozosa: Yo soy de mi amado, y hacia mí está su conversión, es decir, para que él, que solía estar siempre presente para mí con su presencia invisible, se digne también aparecerme en mi misma naturaleza y forma. A los amantes de ambos tiempos se ajustan apropiadamente las siguientes palabras:

Ven, amado mío, salgamos al campo, etc. Pues también los santos anteriores deseaban mucho que el Señor viniera para la salvación del género humano. Por eso, orando, dicen: Despierta tu poder, y ven, para que nos salves (Sal. LXXIX). Deseaban que él saliera al campo, es decir, que él, que era invisible con el Padre, apareciera visible al mundo, según Habacuc, que profetizando al modo de los profetas, cantaba las cosas futuras como ya hechas: Saliste para la salvación de tu pueblo, para salvar a tus ungidos (Habac. III). Deseaban también salir con él al campo, para anunciar la gracia del Evangelio, que viendo y saludando de lejos, predicaban que vendría, y anunciarla presente a los siglos. Deseaban morar con él en las aldeas, es decir, también confiar la palabra de fe a los paganos. Pues ¿quién no sabe que los paganos toman su nombre del griego por las aldeas, porque están lejos de la morada de la ciudad celestial superior, o incluso alejados del conocimiento? Pero ¿qué crees que harían Isaías, Jeremías, Joel, y los demás profetas, que antes de la dispensación de Cristo en la carne, profetizando, sufrieron tantas adversidades por sus anuncios, si les hubiera tocado vivir con él en la carne? También las siguientes palabras se ajustan muy decentemente a los deseos de los fieles de los santos antiguos. Pero también la Iglesia de nuestro tiempo, ardiendo con igual afecto, con razón proclama: Ven, amado mío, salgamos al campo; que elevando al hombre asumido para mi salvación, lo colocaste a la diestra del Padre en los cielos, te ruego que por la presencia de la gracia divina, te dignes venir a mí más frecuentemente. Mi campo, en el cual sembraste buena semilla, mandas que lo cultive, es decir, me ordenas predicar el Evangelio que me diste en todo el mundo; pero porque sin ti no puedo hacer nada, te suplico que salgas conmigo al campo, es decir, dondequiera que quieras que predique la palabra, seas mi cooperador y ayudador. Leemos que él mismo dice que al llegar el día del juicio, dos estarán trabajando en el campo, uno será tomado y el otro dejado (Luc. XVII). Será tomado aquel que, con el Señor cooperando, cultivaba el campo de su propio corazón o del ajeno; pero aquel que confiaba tener frutos de doctrinas o de buenas acciones por sí mismo, con razón será dejado por aquel cuya ayuda no se dignó implorar. Moraremos en las aldeas, también acerquémonos enseñando a los corazones de los extraños; y no visitemos estos lugares de paso, sino que permanezcamos en ellos hasta que los hagamos urbanos de paganos, de extraños y peregrinos, domésticos para nosotros, o mejor dicho, propios.

Al amanecer levantémonos a las viñas, etc. Así permanezcamos en las aldeas para que también nos levantemos a cultivar las viñas; así hagamos morada en aquellos que ya se han convertido a la fe, para que también nos esforcemos por adquirir otros en los que podamos morar evangelizando. Y bien, diciendo, Levantémonos a las viñas, ha precedido, Al amanecer; pues el amanecer dice el mismo surgimiento de la verdadera luz, por la cual el mundo ha sido liberado del poder de las tinieblas. Al amanecer, por tanto, dice, levantémonos a las viñas; como si dijera claramente: Porque la culpa de la antigua infidelidad ha desaparecido, porque ya comienza a aparecer la luz del Evangelio resplandeciente, levantémonos, te lo ruego, a las viñas, es decir, dediquémonos a instruir a las Iglesias por todo el mundo.

Veamos si ha florecido la viña, etc. La viña florece cuando la Iglesia recibe los primeros rudimentos de la fe y la confesión. Las flores dan fruto cuando la fe y la confesión de los santos se hacen prontas para ejercer también obras de justicia, para que su fe no se encuentre

ociosa sin obras, o muerta. Los granados florecen cuando aquellos que han progresado en la fe y la recta operación perciben el deseo de sufrir por la justicia: los granados, porque parecen ser de color sanguíneo, expresan figurativamente la pasión, ya sea del Señor Salvador o de sus fieles. Con razón, en cada uno de estos casos, la esposa busca la presencia de su amado, diciendo: Salgamos al campo, pasemos la noche en las aldeas, levantémonos para ir a las viñas, veamos si ha florecido la viña, etc.; porque de ninguna manera la Iglesia puede, sin su gracia, que prometió al ascender al cielo, "Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo" (Mateo XXVIII), salir para obrar bien, permanecer en el ejercicio de la buena obra, levantarse para la salvación y el propósito de obrar bien, o discernir cuánto han progresado las almas de sus oyentes. Si quisiéramos aceptar estas palabras como dichas por los justos antiguos, la mención de la mañana, donde dice, "Levantémonos por la mañana para ir a las viñas", puede entenderse no incongruentemente como designando el tiempo de la encarnación del Señor; pues muchos profetas y justos deseaban ver los tiempos que los apóstoles vieron; deseaban, si fuera posible, perdurar en la carne hasta la nueva luz de su advenimiento, para poder escuchar sus palabras enseñando en la carne y adherirse a sus promesas, haciendo discurso sobre él mismo presente en la carne a aquellos que después creerían en él. Las demás cosas pueden entenderse en el mismo sentido que el anterior, "Allí te daré mis pechos", es decir, allí donde hemos venido a ver las viñas y los granados, si florecen o dan fruto. Los pechos de la Iglesia son los doctores de sus pequeños, que ciertamente ofrecen sus pechos al Señor cuando, en su servicio, presentan tanto las obras como las palabras de sus predicadores, para que, así como las nodrizas suelen amamantar a los pequeños con diligente intención, así ellos se esfuercen en comportarse de tal manera que, tanto por la vista como por el oído, aquellos que aún son rudos en Cristo puedan progresar y alcanzar la fortaleza de la juventud espiritual, y sean dignos de que se les diga con la voz del bienaventurado Juan, "Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno" (I Juan II). No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo (Juan II). Con razón, la Iglesia, habiendo suplicado al Señor, diciendo, "Ven, amado mío, salgamos al campo", y las demás cosas que siguen; concluyó así, "Allí te daré mis pechos": como si dijera abiertamente: Por eso te suplico tanto, para que emprendas conmigo el trabajo espiritual, por el cual pueda siempre adquirir nuevos pueblos para ti, y sepa discernir cómo se comportan aquellos que ya han sido adquiridos, cuánto han progresado en la fe; porque me esfuerzo en entregarte diligentemente a los pedagogos de mis pequeños, de tal manera que no les muestre nada que seguir, ya sea por ejemplo o por palabra, excepto lo que tú mismo has ordenado. A estos pechos sabía que pertenecía aquel que dijo, "Nos hicimos pequeños entre vosotros, como si una nodriza cuidara a sus hijos" (I Tes. II), deseándoos así. La esposa dio tales pechos a su amado, y no a ningún otro, cuando, al escuchar de él, "Apartadme a Pablo y a Bernabé para la obra a la que los he llamado" (Hechos XIII), se apresuró a obedecer las órdenes.

Las mandrágoras han dado su aroma en nuestras puertas. Las puertas de Cristo y de la Iglesia son los mismos doctores, que también fueron expresados con el término de pechos: que, como se ha dicho a menudo, son pechos porque amamantan a sus pequeños e infantes, actuando con frecuente diligencia para que también de su boca se promueva la alabanza perfecta al Señor. Son puertas, porque a quienes instruyen, a través del ministerio de la palabra y la regeneración, los introducen en la morada de la ciudad santa; de las cuales el salmista dice, "El Señor ama las puertas de Sion más que todas las moradas de Jacob" (Salmo LXXXVI). Por eso, en el Apocalipsis, Juan dice de la misma ciudad, "Y tenía un muro grande y alto, con doce puertas" (Apoc. XII), porque ciertamente los primeros doctores de la Iglesia, es decir, los doce apóstoles, fueron elegidos. En tales puertas, las mandrágoras dieron su aroma, cuando los apóstoles y sus sucesores esparcieron la fama de sus virtudes

espirituales lejos y ampliamente. Con razón, entonces, la Iglesia suplica al Señor que venga a traer ayuda celestial a la predicación, donde sabe que los mismos predicadores resplandecen con virtudes eminentes. Pero quienquiera que investigue diligentemente las otras naturalezas de las mandrágoras, y a cuántos medicamentos conviene, ciertamente encontrará que se adapta convenientemente para significar las virtudes de los fieles. Es una hierba aromática, con una raíz que se asemeja a la forma del cuerpo humano; y frutos fragantes del tamaño de una manzana. Por eso, los latinos la llaman "manzana de la tierra". Tiene la virtud de inducir el sueño frecuentemente, donde los enfermos son afligidos por la incomodidad de las vigili- as. Sin embargo, es molestado por vigili- as pésimas quien busca despojar su mente de las preocupaciones y deseos de este mundo, pero, detenido por el uso de una mala costumbre, aún no puede obtener el descanso que busca. Pero quien se esfuerza por curar su debilidad con el ejercicio diligente de estudios espirituales, hace que, al retirarse gradualmente las guerras de los vicios, llegue a esa quietud de mente de la que la esposa habla en los versos anteriores de este cántico, "Yo duermo, pero mi corazón vela"; es decir, Yo descanso de las preocupaciones de las cosas temporales, y mi corazón vela en la contemplación de los bienes eternos. Asimismo, si los cuerpos de algunos deben ser cortados por cuidado, se da la corteza de esta planta sumergida en vino para beber, para que, adormecidos, no sientan el dolor. La razón de esta naturaleza, lo que debe hacerse en los medicamentos espirituales, es fácilmente evidente: porque el alma languidece gravemente cuando está sometida a grandes pesos de vicios; y se ofrece como si fuera para ser curada por los médicos, cuando los santos doctores la exhortan a resistir las voluptuosidades carnales. Pero como no puede dejarse sin gran dolor lo que solía ser retenido con gran amor, parece ser cortada de aquello que la retira de la inveterada costumbre de las seducciones. Pero para que tal corte no parezca intolerable al alma languideciente, se debe dar una poción saludable, por la cual, útilmente adormecida, no sienta el dolor de la incisión. Debe recordarse la pena eterna de la llama del infierno, que atormentará perpetuamente a las almas negligentes de su salvación; debe traerse a la memoria la gloria de la patria celestial, donde las almas de los justos serán recibidas y reinarán sin fin con Cristo: esta es la poción de la doctrina saludable, que devuelve al alma, que ha estado languideciendo por mucho tiempo lejos de Dios, o adormecida a este mundo, o más bien muerta, para que fácilmente soporte, o incluso se regocije, al ser despojada de todos los placeres a los que antes se adhería. Asimismo, se dice que la mandrágora cura a aquellos que sufren de náuseas, de modo que no pueden contenerse ni les agrada recibir alimentos. El alimento del alma es la palabra de la verdad, que aquellos que no pueden recibir escuchando, o retener en el vientre de la memoria después de haberla escuchado, están ciertamente afligidos por una enfermedad muy mala y peligrosa, porque es necesario que se desespere de su vida, quienes desprecian el pan de vida, ya sea recibido o al menos percibido: a esta enfermedad, los ejemplos frecuentes de los santos y la forma presente de las virtudes suelen proporcionar remedio, cuando cualquier persona fastidiosa y negligente, al ver u oír las obras buenas, recordando la recompensa de la gloria celestial, también busca imitar los actos y trabajos temporales de los buenos, para que merezca ser considerado coheredero de su felicidad eterna. Cualquiera que sea así, ha sido llevado a la esperanza de salvación y vida, como por el fruto de la mandrágora. Cualquiera de los doctores que tiene tanta gracia del Espíritu, tanto estudio de piedad, que quienquiera que los vea o escuche, inmediatamente cambia de mente y comienza a seguir su vida, con razón tiene la forma de la mandrágora, porque fijan el alimento de la vida en los corazones de los que sienten náuseas. Y bellamente, la esposa, rica en delicias vivificantes, no solo promete a su esposo los frutos de las viñas y los granados para que los contemple, sino también los aromas de las mandrágoras y sus jugos saludables: no solo se gloria de tener aquellas cosas que pueden ser comidas y bebidas, sino también aquellas que pueden hacer que el alimento o la bebida sean agradables y dulces para los que los desprecian, porque la Iglesia presenta ante la vista de su autor los dones de la

palabra celestial, es decir, los alimentos y bebidas de la vida, presenta ministros idóneos, que los traen predicando a los hambrientos y sedientos; y además, a los que los desprecian, los hacen dulces al probarlos ellos mismos primero, es decir, al obrar primero. Presenta como viñas, innumerables multitudes de elegidos; presenta también granados, preciosos por el resplandor invicto de la confesión de los mártires; presenta carismas espirituales, con los cuales enciende los corazones de los perezosos para contemplar e imitar los ejemplos de los buenos.

Todos los frutos nuevos y viejos, etc. Los frutos nuevos y viejos son los preceptos o promesas del Nuevo y del Antiguo Testamento, que la Iglesia ha guardado para su amado, porque sabe que él es el único que dio los preceptos a ambos y que dará las recompensas dignas a los que los guardan; sabe que él es el único que dio, tanto a los antiguos siervos suyos a través de los ángeles, como a nosotros a través de sí mismo, los mandamientos o las promesas de recompensas. En esta sentencia, la Iglesia refuta fuertemente las sectas de los fotinianos, que niegan que el Señor Salvador existiera antes de María; también refuta la locura de los maniqueos, que dogmatizan que el Dios de la ley es diferente del Dios del Evangelio. Asimismo, los frutos nuevos y viejos son los justos del Nuevo y del Antiguo Testamento, ninguno de los cuales pudo, aunque estuviera señalado por una santidad eminente, entrar en los adytas del reino celestial antes de la encarnación, pasión, resurrección y ascensión del Señor Salvador. La Iglesia de aquel tiempo, que ahora por razón de distinción se llama Sinagoga, dijo, "Todos los frutos nuevos y viejos, amado mío, los he guardado para ti". Como si dijera abiertamente: Sé con certeza que nadie puede salvarse sino por tu gracia, nadie de los mortales puede hacerse perfectamente bienaventurado antes de que tú, hecho mortal, abras el camino de la verdadera bienaventuranza hacia las cosas celestiales. Porque a todos los justos que he visto, los he guardado con fe cierta para tu sacrosanto advenimiento, por el cual he aprendido que llegarán a la perfecta felicidad. A lo cual, la Iglesia del Nuevo Testamento también pronuncia una sentencia similar con la voz de su primer pastor, así testificando a aquellos que pensaban de otra manera, "¿Por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? sino que creemos que seremos salvos por la gracia del Señor Jesús, de la misma manera que ellos" (Hechos XV). Sin embargo, la sentencia siguiente prueba que esta es la verdadera exposición de esta sentencia, cuando se añade:

## CAPÍTULO VIII.

XXXII. ¿Quién me dará a mi hermano, etc.? Y en muchos, y en todos, y especialmente en este lugar, este cántico testifica que no resuena nada carnal y según la letra, sino que quiere ser entendido todo espiritualmente y de manera típica: porque, ¿qué mujer puede desear repentinamente que su amado y amante ya no sea joven, como era, sino que nazca de nuevo como hermano en la edad infantil, y sea amamantado por los pechos de su madre, a quien ya había encontrado adulto? Por lo tanto, esta es la voz de los justos antiguos, que deseaban ver al Señor Salvador, a quien creían consustancial al Padre y al Espíritu Santo en la divinidad, y a quien veneraban con los debidos servicios, también consustancial a los hombres en la forma de hombre, para que pudieran ver cumplidas en él las cosas que conocían en la profecía, de las cuales se cantaba antes. Deseaban escuchar aquella voz tan apta de su Creador, que con las manos extendidas sobre los discípulos pronunció diciendo, "He aquí mi madre y mis hermanos" (Marcos III). Deseaban recibir aquella noticia deleitable que los mismos discípulos recibieron después del triunfo de la resurrección, "Id a decir a mis hermanos que vayan a Galilea, allí me verán" (Mateo XXVIII); atestiguando el mismo amado a los mismos discípulos, que en otro lugar les dice, "Muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron" (Mateo XIII). Lo que dice,

"Amamantando los pechos de mi madre", no puede entenderse especialmente de la gloriosa Madre de Dios, de quien se dijo verdaderamente, "Bendito el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste" (Lucas X); y de quien él mismo en el Salmo dice, "Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios" (Salmo XXI); lo cual es decir abiertamente, Tú que eras mi Padre antes de los siglos, desde que comencé a ser hombre, eres también mi Dios. Porque Salomón o algún justo de aquella época no pudo llamar madre suya a la bienaventurada María, que iba a nacer en el mundo mucho después. Pero la Sinagoga llama madre suya a la sustancia de la naturaleza humana, de la cual ella misma había nacido, y deseaba que el Redentor de todos naciera y fuera amamantado. De cuyo nacimiento, aún ardiendo en gran amor, añadió:

Y te encontraré afuera, etc. Porque el amado estaba dentro, porque "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan I). Pero para que también pudiera encontrarse afuera, "el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I). Porque los patriarcas, los profetas vieron al Señor, pero dentro, es decir, en la contemplación espiritual de la mente, no en la mirada del ojo carnal. Lo vieron, pero en imagen, pero en la forma de la sustancia angélica; pero no podían ver su misma naturaleza, que se mostraba como quería a través de los ángeles. De hecho, el mismo legislador, que mereció escuchar, "Te mostraré todo mi bien" (Éxodo XXXIII), también escuchó, "No podrás ver mi rostro, porque no verá hombre mi rostro, y vivirá" (Éxodo XXXIII). Felices aquellos que merecieron decirse entre sí, "Hemos encontrado al Mesías, que se llama Cristo" (Juan I), y de nuevo, "Aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, hemos encontrado a Jesús, hijo de José de Nazaret". Porque a tales personas se les aplica adecuadamente lo que dice: "Para que te encuentre afuera, y te bese" (Cant. VIII). Porque la Sinagoga besó al amado encontrado en aquellos que ahora lo ven cara a cara en la verdad de la carne asumida, quienes merecieron hablar con él boca a boca. Este es el beso, es decir, aquel don amantísimo de su boca, y el intercambio de mutua conversación, que en este cántico la Sinagoga buscaba antes que todo, comenzando así: "Bésemme con el beso de su boca". Bien, al desear, añade, "Y ya nadie me despreciará": porque la Iglesia era despreciada por los hombres externos, como pequeña y de ningún valor, mientras estaba encerrada en los brevísimos límites de Judea; pero cuando, con la venida del Señor en la carne, comenzó a expandirse por todas las naciones, se hizo ya terrible al mundo, como si fuera a llenar todo el orbe, y a derribar el culto de todos los dioses; porque se probó principalmente que no era despreciada, sino más bien temida, por el hecho de que se le declaró la guerra públicamente en todo el mundo: en la cual guerra, sin embargo, ella, ya sea viviendo o muriendo, superando, se hizo más terrible a todo el mundo. También era despreciada por los espíritus inmundos la vida de los hombres buenos, porque se jactaban de haber engañado al género humano, y de haberlo arrastrado de la patria celestial a este exilio y a múltiples sufrimientos, y de que no había ningún hombre que pudiera estar completamente libre de su dominio. Pero después de que el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, vino al mundo, y tentado venció al mismo enemigo por cuya tentación el primer hombre fue vencido, también pasó haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, y finalmente, muriendo, destruyó al que tenía el poder de la muerte, y sacando consigo a toda la multitud de justos que lo precedieron, los condujo a las alegrías de aquel reino que el primer hombre había perdido, y puso la señal de su victoria en las frentes de los fieles. Ya no es despreciada por ellos la vida de los hombres buenos, porque ven que han sido vencidos por un hombre, y lamentan que el género humano haya sido trasladado al reino que ellos perdieron por su soberbia. También es lícito creer de los santos ángeles que menospreciaron menos la vida de los hombres elegidos, después de que veían que Dios y su Señor amaban tanto al género humano, que incluso él mismo se dignó hacerse hombre, vivir entre los hombres y morir. Por eso, antes de su encarnación, soportaban pacientemente ser adorados por los hombres; pero en el Apocalipsis, el ángel prohíbe a Juan

que lo adore, diciendo, "Mira que no lo hagas, soy consiervo tuyo, y de tus hermanos, que tienen el testimonio de Jesús: adora a Dios" (Apoc. XII, 17). Por eso, con razón, aquella antigua multitud de elegidos, suspirando por la venida del mismo Señor Jesús, decía, "¿Quién me dará a ti, mi hermano, amamantando los pechos de mi madre, para que te encuentre afuera, y te bese, y ya nadie me desprecie?" Donde también se añade adecuadamente:

Apprehendam te, etc. Así habla la Sinagoga, tal como dice Pablo: Nosotros, los que vivimos, los que quedamos hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron (I Tes. IV). Aunque sabía con certeza que no podría durar en la carne hasta el día del juicio, sin embargo, por la comunión de una misma fraternidad, se une al número de aquellos que serán encontrados vivos en la carne en la venida del Juez. Y aquí, por tanto, el antiguo pueblo de Dios habla desde la persona de aquella parte suya que vería su aparición en la carne: Te aprehenderé y te llevaré a la casa de mi madre: te recibiré con pronta y fiel devoción al venir, y con deseos anhelantes abrazaré tus enseñanzas, esperaré tus promesas, y también te llevaré con luces alegres al cielo, después de completar la dispensación de la carne, y te proclamaré con voz alegre a todos. Esta es la casa de su madre, es decir, la felicidad de la patria celestial, para cuya habitación fue creada la naturaleza humana, a la cual, para poseerla perpetuamente, si nadie hubiera pecado, toda la raza humana habría pasado de las delicias del paraíso, en el que fue puesto el primer hombre, sin la muerte intermedia. En esta casa, por tanto, la Iglesia promete introducir al Señor, no pudiendo lograrlo por su propia virtud, sino deseando que se cumpla con sus votos, proclamando que se cumplirá o que ya se ha cumplido; de la misma manera que el Salmista pudo exaltar a Él al cielo, quien sin embargo dijo: Te exaltaré, Señor, porque me has acogido (Sal. XXIX). Lo cual es decir abiertamente: Porque te dignaste asumir la naturaleza de mi fragilidad, con razón proclamo con deleite incansable de la mente tus alabanzas de virtud, que has glorificado. Allí me enseñarás, etc. Allí me enseñarás, en la misma sustancia de la carne, en la que te encontraré y besaré externamente; allí me darás los preceptos de tu Evangelio, que prometieron los profetas, la ley y los salmos: allí me enseñarás a esperar dones mayores que los que leía en la ley y los profetas; o ciertamente debe entenderse más profundamente: allí me enseñarás en aquella casa de mi madre, a la que deseo llevarte con alegre compañía de ojos y alabanza de palabras. Allí enseñó y enseña a la Iglesia, desde aquella parte de ella que recibió allí. Allí enseñará a toda la Iglesia, cuando, completado el juicio universal, los santos no estarán en ningún lugar, sino todos en el cielo con Él. Lo que enseñará allí, Él mismo lo indica en el Evangelio, cuando en aquel discurso dulcísimo y larguísimo, que tuvo con ella por última vez antes de la pasión, dice entre otras cosas: Estas cosas os he hablado en parábolas: viene la hora en que ya no os hablaré en parábolas, sino que os anunciaré claramente del Padre, es decir, os mostraré claramente al Padre.

Y te daré una copa de vino condimentado, etc. La Iglesia da una copa de vino al Señor, cuando, habiendo recibido sus beneficios, devuelve una gran gracia de amor ferviente, y el mismo vino no puro, sino como condimentado con la mezcla de nobles especias, cuando el mismo amor se prueba también con la atestación de buenas obras. Y no solo aquellas obras que prueban el amor al Creador, sino también aquellas que prueban en nosotros el amor fraterno, debemos tener, si nos preocupamos por ofrecerle una copa digna y aceptable de nuestra devoción. Lo cual Él mismo distingue claramente cuando, advirtiendo a los discípulos que no hagan su justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos, en la conclusión de la misma sentencia, añadió inmediatamente tres tipos de buenas acciones, a saber, la limosna, la oración y el ayuno; significando claramente que en estas tres debería consistir nuestra justicia. A la limosna pertenecen, en efecto, todas las cosas que hacemos misericordiosamente para aliviar la necesidad del prójimo; a la oración, todo lo que hacemos

con devota piedad para aplacar a nuestro Creador; al ayuno, toda la mortificación de la mente, con la que nos preocupamos por abstenernos de los vicios y las contaminaciones del mundo. Y porque la santa Iglesia no solo ofrece a su amado la pureza de vida, sino que también ha recibido en muchos de sus miembros el precioso cáliz de la muerte por amor a Él, con razón, después de haber dicho: Y te daré una copa de vino condimentado, añadió: Y el mosto de mis granadas. Las mismas granadas son también llamadas manzanas púnicas; pero granadas, por la multitud de granos; llamadas púnicas, porque abundan principalmente en África y alrededor de Cartago: que porque tienen la figura de los bienaventurados mártires, el mismo color rosado es indicio. Y bien llama mosto de granadas, no bebida, ni vino puro, ni sidra, para designar el fervor de amor inextinguible en el corazón del ejército triunfal. El mosto, es decir, el vino recién sacado del lagar, suele ser de mayor fervor; por lo tanto, con razón se adapta a la virtud ardentísima de aquellos que no dudan en pasar al encuentro del Creador incluso a través del hierro y las llamas: pues que tal bebida no solo se dice que sana el ardor del estómago y el vientre corrompido, sino que también beneficia a las demás entrañas, ¿quién no ve que el fervor de la caridad, cuanto más abunda, más cubre, e incluso extingue la multitud de pecados? Diga, por tanto, la antigua congregación de justos, deseando ver la venida en carne de su autor, diga: Allí me enseñarás, y te daré una copa de vino condimentado, y el mosto de mis granadas. Como si abiertamente protestara: Allí, es decir, en el mismo tiempo o lugar en que te encuentre externamente y merezca hablarte, y tú me darás los mandatos y dones que convienen al Hijo de Dios apareciendo en el hombre a los hombres, y yo te rendiré el servicio de un corazón íntegro, el que verdaderamente se debe a Dios; porque ciertamente su venida otorga a la Iglesia, que lucha en las adversidades del mundo, el descanso celestial, y mientras tanto en esperanza, y en el futuro en realidad, con razón añade:

Su izquierda está bajo mi cabeza, etc. Por su izquierda se designan los sacramentos de la encarnación y los dones de su presencia; por la derecha, en cambio, se figuran las recompensas que en el futuro recibirán los elegidos: en las cuales no solo está la visión de la majestad divina, sino también la gloria de la humanidad glorificada, y del mismo único Mediador entre Dios y los hombres. Por lo tanto, bien desea la esposa que su izquierda esté bajo su cabeza, y que su derecha la abrace, para que ahora, por los auxilios temporales de Él, descansa de la perturbación del mundo, y entonces disfrute perpetuamente de la visión manifiesta de Él. Y ciertamente, el eterno descanso de los santos nunca es interrumpido por ninguna tormenta. Por lo tanto, se dice con razón: Y su derecha me abrazará, porque ciertamente la presencia divina de la majestad rodeará a los suyos en el reino celestial, para que ninguna memoria de miseria viole la felicidad digna de Dios, ni el temor del fin la angustie. Por eso, en el Apocalipsis, Juan dice: Y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá más muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron: y de nuevo: Y no habrá más noche. Y no necesitarán luz de lámpara, ni luz del sol, porque el Señor Dios los iluminará, y reinarán por los siglos de los siglos (Apoc. XXII). Pero el descanso que se concede a los fieles en el presente no puede ser perfecto, porque aún no ha sido destruida la antigua enemiga, la muerte. Por lo tanto, sucede que a menudo el feliz descanso de los buenos, y como un sueño gratisimo, que hace a su mente atenta a las cosas divinas como insensible a este mundo, es perturbado por los ataques de los impíos, es decir, de aquellos que, ignorantes del feliz descanso, han acostumbrado más bien a vigilar por amor al mundo que pasa. Y ojalá solo aquellos que pertenecen abiertamente al mundo, y no también aquellos que, con sus costumbres carnales, impiden los estudios espirituales de la Iglesia, la perturbaran. Pero porque ella misma engendra a muchos tales, el Señor les advierte que no presuman inquietar las almas de los fieles dedicadas a la oración de la Iglesia, o a la lectura, o a otras acciones de piedad, cuando, escuchado el deseo de su corazón, Él inmediatamente añade:

XXXIII. Os conjuro, hijas de Jerusalén, que no despertéis, etc. Y tales almas son llamadas con razón hijas de Jerusalén, porque están unidas al cuerpo de la santa Iglesia por el lavacro de la regeneración, porque tienden al reino celestial, aunque sobre el fundamento de la fe recta, no edifican oro, ni plata, ni piedras preciosas, sino madera, heno y paja. No despertéis, dice, a la amada con el tumulto de perturbaciones carnales, y no la hagáis vigilar de la quietud de su devoción placentera, con la que se deleita en estar ante la presencia de su Creador. Hasta que ella quiera, es decir, hasta que, cumplidos debidamente los deberes de la servidumbre divina, ella misma, advertida por la necesidad de las fragilidades humanas, consienta en volver a la común preocupación. Y porque, después de que Judea acudió a la fe de la encarnación del Señor, también siguió la multitud de los gentiles, y apresuradamente se hizo partícipe de la misma gracia, admirada por su inesperada conversión, Judea exclama de repente.

XXXIV. ¿Quién es esta que sube del desierto, etc.? La Iglesia de los gentiles sube del desierto, porque, habiendo sido abandonada por su Creador durante mucho tiempo, ya avanzando en los grados de la fe y la buena obra, llegó a su gracia, cumpliéndose la profecía de Isaías, que dice: Se alegrará el desierto y la tierra seca, se regocijará el yermo y florecerá como el lirio (Is. XXXV). Llena de delicias, aquellas ciertamente de las que arriba dice el esposo: ¡Cuán hermosa eres y cuán decorosa, amada en las delicias! esto es, en los deseos de la vida celestial. Apoyada sobre mi amado: con razón apoyada sobre Él, sin cuya ayuda no solo no podía ascender a las alturas, sino que ni siquiera podía levantarse: pues tanto el progreso de las virtudes como los mismos inicios de la fe no podemos tenerlos sino por la gracia del Señor. Por tanto, Judea se maravillaba más de esta gracia de la nueva conversión de los gentiles, porque creían que solo ella, y aquellos que se recibieran en su rito por el misterio de la circuncisión, pertenecían a esto, como el libro de los Hechos de los Apóstoles lo testimonia abiertamente. Por eso, cuando admirada dijo: ¿Quién es esta que sube del desierto, llena de delicias?, concluyó más admirada: Apoyada sobre mi amado. Mi amado, dice, es decir, a quien creía que solo yo amaba, y que era desconocido para las demás naciones; a quien respondiendo Él, que es nuestra paz, que hizo de ambos uno: y vino y evangelizó la paz a nosotros que estábamos lejos, y la paz a los que estaban cerca (Efes. II), la amonesta a recordar la gracia, por la cual ella misma fue rescatada de gravísimos males y convertida al camino de la verdad, y a alegrarse también por la salvación de otros, cuando el mismo autor de la salvación y la vida es rico para con todos los que lo invocan.

XXXV. Te desperté bajo el manzano, etc. El manzano expresa muy adecuadamente el madero de la santa cruz, en el que Él mismo se dignó colgar por la salvación de todos; en cuyas alabanzas la Iglesia dijo arriba: Como el manzano entre los árboles del bosque, así es mi amado entre los hijos. Bajo el manzano, por tanto, el Señor despertó a la Sinagoga, a la que por la fe de su pasión revocó de la muerte perpetua. Bajo el mismo árbol también fue corrompida y violada su madre y progenitora, es decir, la mayor y más antigua porción de ese mismo pueblo. Aquella ciertamente que, seducida por la persuasión de sus príncipes, eligió a Barrabás en lugar del Señor; clamando con temeridad insensata: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos (Mat. XXVII). Y esta también estaba bajo el árbol de la cruz, no sometiéndose humildemente a esta fe, sino imprecando pertinazmente su venganza sobre sí misma. Separando de su sociedad a la plebe que consintió en creer, el Señor la exhorta a que retenga en su corazón la memoria de la gracia recibida, y también a que una obras dignas de la fe recibida. Pues sigue:

Ponme como un sello sobre tu corazón, etc. Ponme sobre tu corazón, por la meditación; sobre tu brazo, por la acción, para que tanto interiormente haya caridad de corazón puro, y buena

conciencia, y fe no fingida (I Tim. I); y la misma devoción del corazón, que el juez interno ve, también se pruebe con la exhibición de buenas obras a los que ven externamente, para la gloria del Padre que está en los cielos. Bien dice, Ponme como un sello: solemos a menudo llevar un signo atado al dedo o al brazo, por el cual seamos advertidos de aquella cosa de la que nos preocupamos por tener una memoria más frecuente. De este modo, también el Señor quiere que, siempre advertidos por un signo presente, retengamos sus mandamientos, según lo que Él mismo ordena, diciendo de la ley que dio: Será, pues, como un signo en tu mano, y como algo colgado, para recordación ante tus ojos (Éxodo XIII). Y sucede que si llevamos continuamente su memoria en nuestro pecho, también Él, que nos concedió esta gracia, recordándonos eternamente, nos conserve felices en su presencia celestial, como un sello, según lo que promete al ilustre líder de su pueblo, diciendo: Te tomaré, Zorobabel hijo de Salatiel, siervo mío: y te pondré como un sello, porque te he elegido, dice el Señor (Ageo II). A quien, en cambio, reprochando y desechando al que después de la fe se convirtió en apóstata, dice: Si Jeconías hijo de Joacim, rey de Judá, fuera un anillo en mi mano derecha, de allí lo arrancaré (Jer. XXII). O ciertamente debe entenderse más profundamente, porque el sello, donde se coloca, suele ser indicio de secretos, de cosas preciosas, y que no deben ser profanadas; como está escrito del Señor: Y cierra las estrellas, como bajo un sello (Job IX): es decir, para que no se abran sino con el permiso de quien las selló, y por su mandato. De ahí que Abraham recibió la señal de la circuncisión, el sello de la justicia de la fe que es en el prepucio; pues por la circuncisión que recibió en la carne se señalaba que aquella fe que ya había recibido antes de la circuncisión, valía para la purificación tanto del corazón como del cuerpo; la cual también nosotros ahora tenemos sin la circuncisión de la carne, en la cual también somos justificados, según lo que dice el profeta y el apóstol: Mas el justo por la fe vivirá (Rom. I). Por tanto, nuestro Señor Jesucristo debe ser puesto como un sello sobre nuestro corazón, como un sello sobre nuestro brazo, para que sepamos que todas las cosas que hizo o dijo en la carne son secretas y celestiales. Porque Él es la virtud de Dios, y la sabiduría de Dios, lo ponemos como un sello sobre nuestro corazón, cuando aprendemos lo que dijo, como si verdaderamente fueran palabras de sabiduría divina; lo ponemos como un sello sobre nuestro brazo, cuando nos esforzamos por escuchar y seguir, en la medida de nuestras posibilidades, lo que hizo, como si fueran verdaderos ejemplos de virtud. Asimismo, ponemos al Señor como un sello sobre nuestro corazón y brazo, cuando guardamos sus mandamientos en el presente por la percepción de aquella recompensa que aún no podemos ver.

Porque fuerte es, como la muerte, el amor, etc. Este amor, o celo, puede entenderse correctamente tanto en nuestro Señor Redentor como en sus elegidos: fuerte como la muerte era el amor con el que Él mismo nos amó, porque era tan grande que por este amor llegó hasta la muerte por nosotros. De ahí que diga: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos" (Juan XV). El celo con el que nos celó era duro como el infierno, porque ninguna tentación de los enemigos adversarios pudo apartarlo del cuidado de nuestra salvación, así como el infierno no puede ser mitigado por los tormentos de los miserables, ni cambiado de la severidad de su sentencia. Esta comparación parece ciertamente austera, pero cuanto más austera es la comparación, más se encomia el afecto del Señor que nos celsa. De lo cual Él mismo, al expulsar a los infieles del templo, dice al Padre: "El celo de tu casa me consume" (Salmo LXVIII). Cuanto mayor se muestra su celo, más grave es la condenación que nos sigue si lo despreciamos. Pero también el amor de sus fieles es fuerte como la muerte, porque ni siquiera la amargura de la muerte puede separarlos de él. De ahí que digan con confianza: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?" (Romanos VIII). El celo

de ellos, puro y devoto a Dios, se asemeja al infierno, porque así como este nunca pierde a los que ha capturado, así la persistencia de su ferviente celo nunca se enfría. Este es el celo con el que encendido Finees derribó a los fornicadores en el desierto; el mismo con el que ardía Elías, cuando después de suspender las aguas del cielo, y después de tres años devolverlas, después de matar a los profetas de Baal y convertir el corazón del pueblo al Señor, decía: "Con celo he celado por el Señor de los ejércitos, porque los hijos de Israel han abandonado el pacto del Señor: han destruido tus altares, han matado a tus profetas a espada" (III Reyes XIX); el mismo que usó Pedro cuando llevó a los neófitos mentirosos a la muerte; el mismo del que Pablo dice a los Corintios: "Os celo con celo de Dios. Pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo. Pero temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se corrompan vuestros sentidos y caigáis de la simplicidad que hay en Cristo Jesús" (II Corintios XI). Oportunamente se introduce aquí la magnitud del amor o celo perfecto, donde el Señor, admirando a Judea, advertía a la nueva conversación de los gentiles que recordara los dones de piedad que le habían sido otorgados, porque después de la corrupción de su madre y progenitora, ella misma fue despertada a la gracia en la primera resurrección por el árbol de la cruz. Así, esta sentencia puede adecuadamente aplicarse a lo anterior: Recuerda, oh Iglesia reunida de los judíos, que por el madero de mi pasión has llegado a la vida, y no olvides nunca que la magnitud de mi amor y celo me llevó a la muerte por ti. No te sorprendas de que haya recibido a la multitud de gentiles convertida a mi fe, que ves encendida con tanto amor y celo por cumplir mi voluntad, que parece más fácil persuadir a la muerte para que no arrebatase más almas del mundo, o al infierno para que no las reciba, que a ellos para que alguna vez se aparten de mi fe. No pienses que puedes agradarme solo con la profesión de palabras, sino más bien, si deseas llegar a la vida, pon la memoria de mi voluntad como un sello sobre tu corazón, ponla sobre tu brazo; y llena tanto tu mente con amor divino o fraternal, tanto celo, que sin la agregación de tu pueblo a los ciudadanos celestiales no se complete la suma, para que tu amor, tu celo, no pueda ser cambiado o disminuido por ninguna adversidad o halago. Algunos interpretan lo que se dice, "Duro como el infierno es el celo", como el celo de la envidia que la Sinagoga a menudo tenía contra la Iglesia de los gentiles; de la cual también se lee en los Hechos de los Apóstoles: "El sábado siguiente, casi toda la ciudad se reunió para oír la palabra del Señor. Pero cuando los judíos vieron a las multitudes, se llenaron de celo y contradecían lo que Pablo decía" (Hechos XIII). Este celo es duro como el infierno, porque consume el alma que ha capturado con la peste de la impiedad. De ahí que esté escrito: "El celo aprehendió al pueblo ignorante, y ahora el fuego devora a los adversarios". Si se entiende así, con razón el Señor advierte a la Sinagoga que no se mantenga en este celo contra la Iglesia, cuando la vea ascender del desierto de los vicios, y abundante en delicias celestiales, adherirse con mente irrevocable a su amado, no sea que, envidiando a otros, pierda los bienes que ella misma podría tener. Después de decir esto, añade más sobre la virtud del amor, diciendo: "Son lámparas de fuego y llamas: fuego en el mismo amor con el que arden interiormente; llamas, en la operación de justicia con la que también brillan lejos y ampliamente para otros". ¿No se mostraban lámparas de fuego aquellos que decían: "¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba en el camino y nos abrían las Escrituras?" (Lucas XXIV)? ¿No quiso el Señor que fuéramos lámparas de llamas, cuando dijo: "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras" (Mateo V)? Estas son las lámparas que las vírgenes que las tienen, cuando venga el esposo, entrarán con él en la cámara del reino eterno. Estas han puesto su amor y temor sobre su corazón y brazo, es decir, han sometido todos sus pensamientos y acciones a sus preceptos. Entonces, las lámparas de las necias se apagarán, porque las obras con las que parecían brillar ante los hombres se oscurecerán cuando el juez interno esté presente y manifieste los consejos de los corazones, porque hicieron sus buenas obras con la intención de obtener alabanza transitoria.

Muchas aguas no pudieron apagar el amor, etc. Llama aguas muchas y ríos a los ataques de las tentaciones, que ya sea visiblemente o invisiblemente no cesan de atacar las almas de los fieles: pues intentan superarlos tanto por enemigos abiertos de la fe, como por falsos hermanos, y por las ocultas insidias del antiguo enemigo; sin embargo, de ninguna manera logran capturar los corazones que están arraigados y cimentados en el amor, pues permanece firme la promesa de la verdad, que dice: "Cuando pases por las aguas, yo estaré contigo, y los ríos no te cubrirán" (Isaías XLIII); y en el Evangelio sobre la casa edificada sobre la roca: "Cuando vino una inundación, el río golpeó aquella casa, y no pudo moverla; porque estaba fundada sobre la roca" (Mateo VII); y porque en cualquier mente donde abunde el amor de los bienes eternos, pronto se desprecia lo que pasa, se añade correctamente:

Si un hombre diera toda la riqueza de su casa, etc. Esta sentencia no necesita exposición de palabras, ya que los mismos apóstoles al principio, y luego una innumerable multitud de creyentes, demostraron con sus ejemplos cuán verdadera es, cuando por amor a la verdad dejaron todo lo que parecían poseer en este mundo, y no se consideraron haber perdido nada, con tal de recibir los verdaderos bienes en los cielos: Lo cual el Señor en el Evangelio señaló claramente con dos parábolas continuas: "El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, que un hombre encuentra, y lo esconde, y por el gozo de ello va, y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo" (Mateo XIII). "Otra vez, el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas; y habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró" (Mateo XIII). De donde el predicador egregio dijo muy excelentemente: "Por la excelencia del conocimiento de Jesucristo mi Señor, por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él" (Filipenses III). Si se lee, como tienen algunos códices, "Lo despreciará", se genera un sentido muy diferente, aquel que el Apóstol recomienda diciendo: "Si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve" (I Corintios XIII). Si, por tanto, un hombre diera toda la riqueza de su casa a los pobres por amor, es decir, para amar, como si no hubiera dado nada, así lo despreciará el mismo juez que ve su corazón vacío de amor. Aunque parece contrario al sentido anterior, no obstante, declara cuán alta y necesaria es la virtud del amor; y ambos apuntan a que llevemos siempre el amor en nuestra obra como un sello.

XXXVI.---Nuestra hermana es pequeña, etc. Y esto el Señor lo dice a la Sinagoga admirando la fe o aceptación de la Iglesia de los gentiles; llamándola hermana suya y de la Sinagoga con gran disposición de caridad, para que la misma Sinagoga recordara que fue hecha por la gracia de la presencia de su Creador, y se alegrara más y más por la añadida sociedad de la hermana en la gracia. La hermana es, pues, del Señor Salvador, y toda su Iglesia reunida de ambos pueblos, y cada alma santa, no solo por la asunción de la misma naturaleza con la que Él se hizo hombre, sino también por la concesión de la gracia, por la cual dio a los que creen en Él el poder de ser hechos hijos de Dios, para que el que era el único Hijo de Dios por naturaleza se convirtiera en el primogénito entre muchos hermanos por gracia. De donde es aquel dulcísimo discurso suyo a María: "Ve a mis hermanos, y diles: Asciendo a mi Padre y vuestro Padre; a mi Dios y vuestro Dios" (Juan XX). Por tanto, cuando dice: "Nuestra hermana es pequeña, y no tiene pechos", designa los primeros tiempos de la naciente Iglesia de los gentiles, cuando aún era pequeña en número de creyentes, y permanecía menos idónea para predicar la palabra de Dios. Lee el primer libro de los Hechos de los Apóstoles, que se extiende desde el decimoctavo año de Tiberio César hasta el cuarto de Nerón, y encontrarás que a la predicación de los apóstoles muchas multitudes de gentiles creyeron; sin embargo, en todo ese tiempo, durante unos treinta años, no se encuentra que predicaran. La Iglesia de los gentiles era aún pequeña, y no era suficiente para engendrar o nutrir hijos para Cristo a través

de la doctrina: por lo cual el Señor advierte a la Sinagoga que, usando la caridad de hermana, aplique los auxilios que puedan hacerla crecer. A la cual, como consultando sobre los bienes de su hermana, añade:

XXXVII. ¿Qué haremos por nuestra hermana, etc.? El Señor habla a la Iglesia, habla a cada alma elegida, cuando la advierte sobre la salvación eterna, ya sea por la ilustración oculta de su Espíritu, o por la voz abierta de los predicadores, en la cual alocución la piedad suprema observa la medida de nuestras fuerzas, y según la capacidad humana concede sus dones. Dice, pues: "¿Qué haremos por nuestra hermana en el día en que deba ser hablada?" Como si dijera abiertamente: La Iglesia de los gentiles es pequeña en número, y aún no es suficiente para asumir el ministerio de la palabra. ¿Qué te parece, oh Sinagoga, que debe hacerse por el cuidado de nuestra hermana, es decir, en el tiempo en que comience a ser hablada por mis apóstoles y sus sucesores? ¿Acaso le confiaremos pequeños secretos celestiales, como a una pequeña? ¿O ya la haremos mayor por los aumentos, para que, progresando bien, pueda ser capaz de virtudes más perfectas? A la cual, callando y escuchando lo que Él mismo quiere, inmediatamente revela lo que conviene hacer, añadiendo:

Si es un muro, edifiquemos sobre él baluartes de plata; si es una puerta, reforcémosla con tablas de cedro. Suele, sin embargo, designarse al Señor mismo en la Sagrada Escritura con el nombre de muro o puerta. Se le llama muro con razón, porque protege a su Iglesia por todos lados, para que no sea saqueada por los enemigos; puerta con razón, porque no entramos en la sociedad de la Iglesia ni en las murallas del reino eterno sino por Él. Dice de sí mismo: "Yo soy la puerta de las ovejas; por mí si alguno entra, será salvo" (Juan X). Y de nuevo: "Nadie viene al Padre, sino por mí" (Juan XIV). Dice de Él el profeta, prediciendo los dones futuros de la Iglesia: "Se pondrá en ella un muro y un baluarte" (Isaías XXVI). Muro, ciertamente, el mismo Señor apareciendo en la carne; baluarte, la revelación de la profecía, que al predecir su encarnación desde el origen del mundo, no poco ayudaron a la estructura de la Iglesia. Pero el que al aparecer en la carne se dignó hacer a la Iglesia su hermana, también le concedió la participación de su nombre, para que se le llamara muro y puerta: muro, en aquellos que, dotados de mayor erudición y virtud del Espíritu, supieran armarse y defender firmemente las mentes de los fieles de las incursiones de los errantes; puerta, en aquellos que, aunque menos instruidos para repeler los sofismas de herejes o paganos, imbuidos salubrementemente de la simplicidad de la fe católica, abrieran la entrada del reino a los que quisieran, y los introdujeran en los atrios de la vida celestial a través del misterio de la segunda regeneración: así como no rehúsa otorgar a los miembros más perfectos de la misma esposa otros nombres de virtudes que se consideran especialmente apropiados para Él. Por ejemplo, "Vosotros sois la luz del mundo" (Mateo X), y de nuevo, "He aquí, yo os envío como corderos en medio de lobos" (Lucas X); cuando Él mismo es la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I). Él mismo es el cordero inmaculado e incontaminado que quita el pecado del mundo. Si, pues, es un muro, dice, edifiquemos sobre él baluartes de plata; como si dijera abiertamente: Si la Iglesia de los gentiles es idónea, en algunos de sus miembros, para contrarrestar las doctrinas de los perversos, teniendo hombres aptos para enseñar; ya sea por su ingenio natural o por su instrucción filosófica, de ninguna manera les quitemos el ministerio de enseñar la verdad, sino más bien ayudémosles, dándoles las páginas de las Sagradas Escrituras, para que puedan más fuerte y fácilmente proteger a los débiles de las insidias, ya sea de la doctrina engañosa o del ejemplo corruptor. Los baluartes de plata son los ápices de los divinos elocuentes, de los cuales se ha dicho antes: "Como torre de David es tu cuello, edificada con baluartes", y de los cuales en el salmo: "Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego, probada en la tierra" (Salmo XI). Si es una puerta, reforcémosla con tablas de cedro; si hay en ella quienes saben instruir a los

pequeños con la palabra de la doctrina simple, y llevarlos a los secretos de la santa conversación, propongamos para ellos los ejemplos inmarcesibles de los justos anteriores, con los cuales puedan cumplir más eficazmente el mencionado oficio: porque las virtudes de los elegidos se designan a menudo con el cedro. La figura de las tablas expresa la amplitud del corazón de aquellos en los que reciben la memoria de las palabras celestiales; de la cual el profeta dice: "Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón" (Salmo CXVIII). Con estas tablas debía estar adornado, con estas deseaba adornar a sus oyentes el Apóstol, cuando dice: "Nuestra boca está abierta a vosotros, oh corintios, nuestro corazón está ensanchado. No estáis angustiados en nosotros, pero estáis angustiados en vuestros propios afectos; teniendo, pues, la misma recompensa, como a hijos os hablo, ensanchaos también vosotros" (II Corintios VI). De donde también Salomón amante de la sabiduría advierte diciendo: "Escríbela en las tablas de tu corazón" (Proverbios VII). Al escuchar estos consejos o promesas de su Redentor, la Iglesia no esperó ya el consentimiento o respuesta de la Sinagoga a la que hablaba, sino que inmediatamente saltó y respondió con devota voz:

XXXVIII. Yo soy un muro, y mis pechos son como torres, etc. Yo, ciertamente, soy llamada muro con razón, porque estoy compuesta de piedras vivas, porque estoy unida con el pegamento de la caridad, porque estoy colocada sobre un fundamento inamovible, porque no puedo ser derribada por ningún golpe de ariete herético. Porque el firme fundamento de Dios permanece, teniendo este sello: "Conoce el Señor a los que son suyos". Pero también hay en mí quienes, dotados de mayor gracia, trascienden tanto la vida general de los fieles con la especial altura de sus virtudes, como una torre al muro, quienes nutren a los pequeños e inmaduros en la fe con la leche de la exhortación más simple, como pechos, y repelen todos los dardos de los perversos con la excelente potencia de su discurso, como una torre firme: todo lo cual, no pude tenerlo por el arbitrio de mi libertad, sino que desde que fui hecha ante Él, como encontrando paz, lo recibí por su don, es decir, desde que se dignó concederme el don de su paz a través de la palabra de reconciliación. Porque no pude, por mi industria, ni venir ante Él, de quien me había alejado, ni recuperar la paz que había perdido; pero acepté con gran gratitud la que me fue ofrecida gratuitamente por Él. Desde que Él mismo me otorgó este don, desde entonces, progresando a través de los aumentos de las virtudes, profeso que soy comparable a un muro, y que tengo pechos como una torre, porque expulso constantemente a las huestes enemigas de la ciudad de aquella lesión, y siempre me esfuerzo por educar nuevos pueblos para ella: lo cual, porque no pude hacerlo sino por el don de la paz concedida por Él, me complace referir aún más sobre la virtud de su paz.

XXXIX. Vine a fuit pacífico, etc. Habla de esto la Iglesia, o la Sinagoga, que veía cómo se admiraba de su conversión al Señor, o ciertamente a sus doncellas, a las que solía llamar hijas de Jerusalén en este cántico. El pacífico, a quien nombra, es el esposo y amado de ella, el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz (Isaías IX), cuya figura Salomón representa tanto por el estado pacífico de su reino como por su propio nombre. En cuya paz estaba la viña, porque por su gracia fue construida la Iglesia católica en el mundo. De la cual se hace mención en muchos lugares de las Escrituras, pero más claramente en la parábola evangélica, donde está escrito: El reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que salió al amanecer a contratar obreros para su viña, etc. (Mateo XX); donde por los obreros de la primera, tercera, sexta, novena y undécima hora se expresa claramente que una y la misma Iglesia de Cristo es cultivada incansablemente por el trabajo de los doctores espirituales durante todo el tiempo de este siglo, que se comprende en la significación de un solo día. Asimismo, la viña fue pacífica en ella, es decir, en aquella paz de la que había predicho que se había hecho ante él como encontrando paz; porque cualquiera que descuida tener paz no

pertenece a la Iglesia de Cristo, aunque parezca confesar a Cristo y obedecer sus mandamientos. Porque en paz fue hecho su lugar. Y el Apóstol dice: Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios (Hebreos XII); cuya sociedad de paz nos propone seguir incluso el aspecto y la forma de la vid más hermosa, que, para decirlo con las palabras del bienaventurado Ambrosio, «para la imitación de nuestra vida primero fija una raíz viva; luego, porque es de naturaleza flexible y caduca, como con ciertos brazos, así con zarcillos, aprieta lo que sea que alcance, y con ellos se levanta y se eleva». Tal es el pueblo de la Iglesia, que se planta como con una cierta raíz de fe, y se reprime con el brote de la humildad, y para que no pueda ser doblado por las tormentas del siglo y llevado por la tempestad, con esos zarcillos y círculos, como con abrazos de caridad, abraza a todos los cercanos, y descansa en su unión. Esta vid es rodeada cuando nos liberamos del peso de las preocupaciones terrenales. Porque nada carga más la mente que la preocupación y el deseo de este tipo, ya sea de dinero o de poder. La vid rodeada, es atada para ser levantada, cuando nuestro afecto es elevado por el ejemplo de los santos, y no yace humilde y despreciable, sino que la mente de cada uno se eleva a lo superior, para que se atreva a decir: Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III). Esta viña tiene pueblos, porque la santa Iglesia no está formada por una sola nación judía, sino que está reunida de los pueblos de todas las naciones. Por eso, la Iglesia añadió esto de las naciones, para enseñar que podía pertenecer a esta viña, y que no debía gloriarse la Judía de la singularidad del conocimiento divino dado a ella; cuando el salmista dice: Alabad al Señor, todas las naciones (Salmo CXVI). Y Moisés mismo predijo: Alegraos, naciones, con su pueblo (Romanos XV). De cuya viña, porque el Señor tiene gran cuidado de que se conserve intacta, y los hombres tienen gran necesidad de ser partícipes de ella, se añade correctamente:

La entregó a los guardianes, etc. Los guardianes de la Iglesia son los profetas, los guardianes son los apóstoles, los guardianes son los sucesores de los profetas y apóstoles, que en diferentes épocas del mundo fueron dados al gobierno de ella por mandato divino; los guardianes son los ejércitos de la milicia celestial, que en todo tiempo del siglo que pasa cuidan del estado de la Iglesia, para que no sea turbada por la irrupción de los malignos, ya sean hombres o espíritus. Pero el hombre por el fruto de esta viña trae mil monedas de plata, porque cada uno por la adquisición del reino celestial deja todas las cosas del mundo: el fruto de los trabajos que se hacen temporalmente por el Señor es la percepción de la eterna quietud y reino con el Señor; de lo cual él mismo dijo: Os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca (Juan XV); es decir, para que trabajéis, y recibáis la recompensa, y la recompensa misma nunca tenga fin. La Escritura suele llamar hombre de virtud perfecta al hombre: pues también el hombre tomó su nombre de la virtud, quien ciertamente es hombre, es decir, un alma sublime por la gracia de la virtud trae mil monedas de plata por el fruto de esta viña, cuando deja todas sus cosas temporales, para merecer recibir los bienes eternos. Con el término de monedas de plata designa toda clase de dinero que debe ser dejado. Y con el número milenario, que es perfecto e íntegro, se suele designar la universalidad, por lo que por las mil monedas de plata que se dice que el hombre trae por el fruto de esta viña, se indica la universalidad de las cosas que los perfectos dejan por el Señor; que aunque a veces son pequeñas en valor, ciertamente son juzgadas grandes y abundantes por la estimación de aquel que no pesa la suma del dinero dado, sino la conciencia del hombre que da. Esta misma es la sentencia que se pone arriba con otras palabras: Si diera toda la sustancia de su casa por amor, como nada la despreciaría: mil monedas de plata aquí están puestas por toda la sustancia de la casa que se deja; pero el amor, que, cesando los otros carismas, nos abraza perpetuamente en la patria celestial, es el fruto de la viña con el que entonces se saciarán los bienaventurados que ahora en la misma viña trabajan y tienen hambre y sed de justicia. Sigue luego la voz del mismo pacífico, porque enseña cuánto cuidado tiene de su viña, es decir, de

la Iglesia, qué conserva eternamente a los que dejan sus cosas, qué singular premio dispone dar a los guardianes de la misma viña, es decir, a los doctores.

XL. Mi viña está delante de mí, etc. En verdad, dice, has sido probada, porque he entregado mi viña a los guardianes, que la cultivaran con sus palabras y ejemplos. Pero debes saber que así como he confiado su cuidado a los guardianes, yo mismo, sin embargo, observo incesantemente lo que se hace en ella, con qué ánimo, con qué industria trabaja cada uno en ella; cuántas insidias de los adversarios, cuántos conflictos manifiestos soporta, observo. ¿Y qué más? He aquí que yo estoy con ella todos los días hasta la consumación del siglo. Pero cuando esto se manifieste, entonces a todos los que trabajan en mi viña, o por mi viña, o contra mi viña, les daré las recompensas dignas. Porque los que por su fruto, es decir, por la esperanza de la herencia celestial, han distribuido todos los bienes que pudieron tener o adquirir en el mundo, y los han dado a los pobres, ciertamente obtendrán el efecto de su esperanza; más aún, recibirán en los cielos dones mayores de los que sabían esperar, ya que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman. Pero los que fueron guardianes de la misma viña, brillando por su predicación o por hechos más sublimes, serán recompensados con una doble recompensa por encima de los demás justos. De ahí que a Daniel se le dice por el ángel: Y los que sean sabios, resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan justicia a muchos, como las estrellas por los siglos de los siglos (Daniel XII). Y esto es lo que aquí también se expone a aquellos que desprecian los bienes transitorios por la percepción de los eternos, que por la firmeza de la esperanza unánime se cuenta con el nombre de un solo hombre. Mil, dice, tuyos pacíficos, e inmediatamente expuso qué recompensa más amplia se reserva a aquellos que con mayor industria custodian el estado de la Iglesia, añadiendo:

Y doscientos a los que guardan sus frutos. Y el número milenario y el centenario, porque ambos son números perfectos, se entienden correctamente como puestos por la perfección y plenitud de la retribución eterna. Pero el número doscientos, es decir, el centenario duplicado, designa mayores recompensas para los doctores perfectos; de los cuales también el Apóstol dice que deben comenzar en esta vida: Los presbíteros que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, especialmente los que trabajan en la palabra y en la doctrina (I Timoteo V). Así que mil tuyos, dice, pacíficos; mil tuyos de plata, que trajiste por el fruto, permanecen pacíficos ante mí, es decir, conservados en su número íntegro; y de ninguna manera debes temer que pierdas algo de las buenas obras que has hecho por olvido o por ignorancia del justo juez. Porque yo vengo a reunir las obras y pensamientos de los hombres con todas las naciones y lenguas, y a cada uno le daré según lo que haya hecho en el cuerpo. Además, porque se les llama pacíficos por hacer la paz, así como son pacíficos los que guardan las leyes de la paz, los pacíficos son los santos a quienes se les tributan monedas de plata por la verdad, porque les abren el camino a la visión de la paz perpetua, que se suele expresar con el nombre de la ciudad celestial y madre de todos nosotros, la nueva Jerusalén, y dispersan las herencias a los pobres de Cristo, que prefirieron poseer. Y doscientos a los que guardan sus frutos; se sobreentiende, Monedas de plata pacíficas, para que la sentencia sea completa, Mil tuyos de plata pacíficos, y doscientos de plata pacíficos a los que guardan sus frutos: porque los que en el presente soportan un doble trabajo, tanto viviendo sobria, justa y piadosamente, como protegiendo con su predicación los frutos de la iglesia para que no falten, para que no sean saqueados por los enemigos, sin duda obtienen en el futuro dones dobles. Por lo cual, inmediatamente el mismo distribuidor de dones exhorta a su Iglesia, o a cualquier alma dedicada a las buenas obras, a que también insista en la predicación de la palabra de verdad, en la medida de sus posibilidades. Tú que habitas, dice, en los jardines del amigo, escucha, hazme oír tu voz. Como si dijera abiertamente: Porque nuestra conversación,

que se ha prolongado, ya debe concluirse, escucha lo que más te pido, lo que te ruego. Nada me es más dulce que habitar en los jardines, es decir, establecerte en la mansión de los frutos espirituales. Y no te construyas una choza en ellos, como si después de un poco te fueras a ir, con una obra tumultuaria; sino que con una mente fija e inquebrantable esperes mi venida. Porque sabes que suelo descender a mi jardín, a la parcela de especias, para pastar en los jardines y recoger lirios, es decir, para ver, ayudar y recompensar los estudios de los buenos trabajos. Luego te pido un don, que me hagas oír tu voz, predicando, a quienes puedas, mis mandamientos y las promesas de recompensa. Porque cada vez que haces esto, recuerda que siempre estoy escuchándote, que siempre suelo asistir a tus deseos. Pero también nuestros amigos escuchan, y los ángeles, a quienes te he dado como ayudantes contra las luchas diarias con los espíritus malignos, y los espíritus de los hombres justos, que tomando de tu compañía, he reunido ya a la visión de mi gloria, a la que algún día serás toda. Porque ambos son tus amigos, ambos observan tus hechos y palabras. Y se alegran mucho cuando te ven actuar valientemente por la percepción de la bienaventuranza de la que ellos disfrutaban; se regocijan cada vez que alguno de tus fieles logra entrar allí; y se apresuran a recibirlos en sus brazos. A lo cual, la Iglesia responde inmediatamente:

XLI. Huye, amado mío, etc. Este discurso puede entenderse correctamente tanto del triunfo de la ascensión del Señor como de lo que se hace diariamente en la Iglesia. Porque el amado huye, después de haber hablado con su esposa y hermana, porque, completada la dispensación de nuestra Redención, regresó a las cosas celestiales. Se asemeja a la gacela y al cervatillo sobre los montes de las especias, porque muy a menudo aparece por la gracia de la compunción en los corazones de sus fieles, que son montes de especias, porque, despreciando las bajas codicias, son retenidos por el amor de las cosas celestiales, y purificados de los olores de los vicios, están llenos del aroma de las virtudes especiales, diciendo con el Apóstol, Nuestra conversación está en los cielos (Filipenses III); y, Somos el buen olor de Cristo (II Corintios II). Y ciertamente oportunamente al final del sagrado cántico, se ha hecho mención de su ascensión y de la gracia subsiguiente, porque poco antes se habían deseado los gozos de su encarnación, diciendo la esposa, ¿Quién me dará que seas mi hermano, amamantando los pechos de mi madre? También se había traído a colación el fruto de su pasión, diciendo él mismo, Te desperté bajo el manzano. Y de nuevo, Porque fuerte es, como la muerte, el amor. Huye, pues, amado mío, dice, y asimílate a la gacela y al cervatillo sobre los montes de las especias: como si dijera abiertamente: Porque apareciendo en la carne, te has dignado a conferirme los preceptos y dones de la vida celestial, que siempre deseaba, ahora, habiendo cumplido el oficio de la piadosa dispensación, regresa ya a las cosas superiores, al seno del Padre; pero no me quites, te ruego, la luz de tu frecuente visita; sino que, como la gacela o el cervatillo de los ciervos, que aunque son animales indomables, y no acostumbrados a la cercanía de los hombres, sin embargo, suelen verse a menudo en los montes, así te ruego que recuerdes actuar conmigo, que aunque permaneces en el cuerpo en las cosas celestiales, y no repites las moradas humanas, sin embargo, me brindes el frecuente auxilio de tu presencia divina. Así solamente podré cumplir aquel gran mandato que me diste como un último adiós, que siempre habite en los jardines de las virtudes, que siempre te haga oír la voz de mi confesión y predicación. Pero esta sentencia también puede entenderse no inconvenientemente del estado cotidiano de la santa Iglesia, como dijimos. Porque el amado huye de la esposa que habita en los jardines a la que hablaba, cuando a la mente atenta a las buenas obras, ya sea la gracia de las virtudes que solía otorgar, se la retira por un momento, o incluso se la somete a las tormentas de las tentaciones para probarla, de modo que se vea obligada a decir: ¿Hasta cuándo, Señor, me olvidarás para siempre, hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? etc., hasta el final del salmo (Salmo XII). Se asemeja a la gacela y al cervatillo de los ciervos, apareciendo sobre los montes de las especias; cuando de nuevo, como él

mismo juzgue oportuno, colocada la luz de su protección, ya sea que quite los peligros de las tentaciones que la asedian, o que restituya los dones de las virtudes que parecía haber retirado. Porque, para no hablar de los grandes carismas de los grandes, por ejemplo, la curación de los enfermos, la resurrección de los muertos, la expulsión de los demonios, el conocimiento cierto de los secretos, la contemplación luminosa de los gozos celestiales y otras cosas de este tipo, que ni siquiera en los miembros más eminentes de la Iglesia pueden estar siempre presentes. Es evidente de nuestra pequeñez, que no podemos siempre de un modo único e invariable insistir en la dulzura de las oraciones, derramar lágrimas ya sea por la conciencia de nuestra culpa, o por el deseo de la patria celestial, condolernos con el prójimo doliente, oponernos a las tentaciones que se presentan; de modo que a veces, aunque nos esforcemos mucho, no podemos usar estos bienes, y de nuevo, a veces, incluso menos esforzándonos, disfrutamos de su abundancia. ¿Por qué sucede esto, sino porque ahora el amado huye, ahora revisita nuestra mente con su piadosa providencia, para que tanto por la gracia conferida crezcamos en el progreso de las virtudes, como por la gracia retirada aprendamos a guardar la virtud de la humildad? Retira por un tiempo el efecto deseado de la virtud, para que, devuelto después, se retenga más firmemente; devuelve lo retirado, para que el alma ejercitada por la frecuente renovación tienda más ardientemente a las cosas celestiales. Por lo tanto, lo que dice, Huye, amado mío, no lo dice deseándolo; ¿quién querría alejar de su presencia a aquel a quien ama? sino que más bien, ferveo por su voluntad, recordando la costumbre de él, que a menudo, dejándola en medio del discurso, se ha ido y se ha apartado, de modo que no puede ser encontrado sino con una búsqueda solícita y prolongada; recordando también su condición, porque no puede verlo continuamente en este tiempo o lugar de peregrinación. ¿Qué añadió entonces? Asímate a la gacela y al cervatillo de los ciervos sobre los montes de las especias; prosigue mucho deseando y suplicando, sabiendo que esta es su mayor felicidad en la vida presente, que porque no puede verlo continuamente, al menos se consuele con su frecuente visita. Y esta felicidad se concede solamente a aquellos que, por el desprecio de las cosas terrenales y el deseo de los gozos celestiales, merecen ser llamados montes de las especias espirituales.

## LIBRO SÉPTIMO.

En la exposición del Cantar de los Cantares, que hemos explicado en cinco libros (pues el primer volumen de esta obra lo compusimos especialmente contra Juliano, en defensa de la gracia de Dios, que él atacó, por lo cual, al ser privado de ella, pereció), hemos seguido las huellas de los Padres, dejando entretanto intactas las obras del amado de Dios y de los hombres, el papa y nuestro padre Gregorio; pensando que sería más agradable para los lectores si pusiéramos juntas, como en un solo volumen, todas las cosas que él discutió en sus diversas obras sobre la explicación de este volumen, porque son muchas y dichas copiosamente, lo cual ahora, con la ayuda del Señor, vamos a hacer. Por lo tanto, se considerará el séptimo libro del Cantar de los Cantares, recopilado por nuestro trabajo, pero compuesto por los sermones y el sentido del bienaventurado Gregorio, para que si acaso hay alguien que considere que nuestras obras deben ser justamente despreciadas, tenga a mano para leer sus dichos, a quien se sabe que de ninguna manera debe ser despreciado. Pero si alguien también lee estas nuestras obras capturado por el amor, que el gran arquitecto ponga un culmen dorado sobre los edificios de mármol de nuestra pequeñez. He oído que Paterio, discípulo del mismo bienaventurado papa Gregorio, recopiló de toda la Sagrada Escritura, lo que él explicó por partes en sus obras, en un solo volumen en orden: si tuviera esa obra a mano, cumpliría mucho más fácil y perfectamente el estudio de mi voluntad; pero como aún no he merecido verla, he procurado imitarla, como he podido, con la ayuda del Señor.

Del libro de Job XXVII.---Bésememe con el beso de su boca. Puede designarse por la boca de Dios al Hijo unigénito, que como se dice su brazo, porque por él el Padre obra todas las cosas. De quien el profeta dice: ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Juan XII); de quien dice Juan: Todas las cosas por él fueron hechas (Juan I). Así también se dice boca, como si por el nombre de boca se dijera claramente palabra, como nosotros también solemos decir lengua por palabras; de modo que cuando decimos lengua griega o latina, mostramos palabras latinas o griegas. Por lo tanto, no sin razón tomamos la boca del Señor como él mismo, por quien nos habla todas las cosas. Pues de ahí es que el profeta dice: Porque la boca del Señor ha hablado esto (Isaías LVIII). Por lo cual también la esposa en el Cantar de los Cantares dice: Bésememe con el beso de su boca; como si dijera abiertamente, Tóqueme con la dulzura de la presencia del Hijo unigénito de mi Redentor.

Item ubi supra en el mismo libro.---Y Mateo, al observar que se daban mandamientos del Señor en el monte, dijo: Abriendo su boca, dijo (Mat. V). Como si dijera claramente: Entonces abrió su boca, quien antes había abierto las bocas de los profetas. De ahí que también se diga de él por la esposa, deseando su presencia: Que me bese con el beso de su boca (Cant. I). Pues la Santa Iglesia, cuantos mandamientos conoció de su predicación, como tantos besos de su boca recibió.

En la exposición del beato Job, libro XXX.---Porque tus pechos son mejores que el vino. Estos son los pechos, es decir, los doctores, que fijados en el arca del pecho, nos alimentan con leche, porque ellos, adheridos a los secretos de la suprema contemplación, nos nutren con sutil predicación.

En la exposición del beato Job, libro XXIV.---Por eso las jóvenes te amaron. La Sagrada Escritura a menudo acostumbra a poner la juventud por la novedad de vida. De ahí que al venir la esposa se diga, Las jóvenes te amaron (Cant. I); es decir, las almas de los elegidos renovadas por la gracia del bautismo, que no decaen en el uso de la vida antigua, sino que se adornan con la conversación del hombre nuevo.

En la exposición del beato Job, libro XVIII.---Soy negra, pero hermosa, hijas de Jerusalén. Los verdaderos predicadores de ninguna manera se enorgullecen de la luz de la justicia; sino que por la gracia de la humildad, confiesan en sí mismos la negrura de los pecados. De ahí que también se diga por la Iglesia de los elegidos, Soy negra, pero hermosa. Y Juan dice, Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos (I Juan I).

En la exposición Homilias Evangélicas XVII.---Me pusieron guardiana en las viñas, etc. Esto dice la santa Iglesia de sus miembros que enferman. Las viñas son nuestras acciones, que cultivamos con el uso del trabajo diario. Pero puestos como guardianes en las viñas, no custodiamos nuestra viña, porque mientras nos implicamos en acciones ajenas, descuidamos el ministerio de nuestra acción.

Item en la exposición del beato Job, libro XXX.---Dime a quién ama mi alma, etc. El Señor se alimenta cuando se deleita con nuestras acciones: yace al mediodía, cuando, con los deseos carnales del corazón ardiente de los réprobos, encuentra refrigerio en el pecho de sus elegidos con el buen pensamiento.

En la exposición del beato Job, donde arriba.---Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal, etc. Se reconoce a sí misma como hermosa entre las mujeres, cuando cada alma elegida, incluso puesta entre pecadores, recuerda que fue creada a imagen y semejanza

de su autor, para que camine según el orden de la semejanza recibida. Si no se conoce a sí misma, sale expulsada del secreto de su corazón, se disipa en concupiscencias exteriores; y habiendo salido, sigue las huellas de los rebaños, porque abandonando su interior, es conducida a la ancha vía, y sigue los ejemplos de los pueblos; y ya no apacienta corderos, sino cabritos, porque no se dedica a nutrir pensamientos inocentes de la mente, sino a alimentar los movimientos perversos de la carne.

En la exposición del beato Job, libro XXXV.---Mientras el rey estaba en su lecho, mi nardo dio su olor. Las virtudes de los que progresan en el conocimiento de los demás hombres, como con suavidad fragante dan su olor. De ahí que por Pablo se diga, Somos buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II). De ahí que la santa Iglesia en sus elegidos, perfumada con cierta fragancia de suavidad, hable en los Cánticos, diciendo: Mientras el rey está en su lecho, mi nardo dio su olor; como si dijera más claramente, Mientras el rey está oculto en el descanso de su secreto celestial a mis ojos, la vida de los elegidos se ejercita en admirables olores de virtudes, para que, cuanto más no ve aún a quien desea, más ardientemente fragüe por el deseo. Pues estando el rey en su lecho, el nardo da su olor, mientras, reposando el Señor en su beatitud, la virtud de los santos en la Iglesia nos administra la gracia de gran suavidad.

En la exposición de Ezequiel, Homilía III, parte II.---Sustentadme con flores, rodeadme de manzanas, porque estoy enferma de amor. Para quien ama fuertemente a su esposo, una sola consolación suele haber de la demora de la vida presente, si por el hecho de que se le difiere su visión, las almas de otros progresan con su palabra, y se encienden con las llamas del amor hacia el esposo celestial. De ahí que en el Cántico la esposa diga, Sustentadme con flores, rodeadme de manzanas, porque estoy enferma de amor. ¿Qué son las flores, sino las almas que ya comienzan la buena obra y exhalan el deseo celestial? ¿Qué son las manzanas de las flores, sino las mentes ya perfectas de los buenos, que llegan al fruto de la buena obra, desde el inicio de la santa propiciación? Quien, por tanto, languidece de amor, busca ser sustentada con flores, rodeada de manzanas, porque si aún no se le permite ver a quien desea, es gran consuelo para ella alegrarse con los progresos de otros. Así, el alma languidecida por el santo amor, se sustenta con flores y manzanas, para que descansa en la buena obra del prójimo, quien aún no puede contemplar el rostro de Dios.

En la exposición del beato Job, libro VI, según los intérpretes de los LXX.---Estoy herida de amor. El alma malsana, y postrada en la ciega caridad de este exilio, ni veía al Señor, ni lo buscaba ver. Pero herida por los dardos de su caridad, se hiere en lo íntimo con afecto de piedad, arde en deseo de contemplación; y de modo admirable se vivifica por la herida, quien antes yacía muerta en la salvación. Se agita, anhela, incluso desea ver a quien huía. Por tanto, por la herida se reduce a la salvación, quien por la perturbación de su amor se revoca a la seguridad del descanso íntimo.

En el código de la Regla del Pastor con el título.---Su izquierda está bajo mi cabeza, etc. La Iglesia pone la izquierda de Dios, es decir, la prosperidad de la vida presente, como bajo su cabeza, que oprime con la intención del amor supremo. Pero la derecha de Dios la abraza, porque bajo su eterna beatitud, se contiene con toda devoción. De ahí que de nuevo esté escrito, Tu mano derecha, Señor, quebrantó a los enemigos (Éxodo XV). Pues los enemigos de Dios, tanto con su izquierda prosperan, como con su derecha se quiebran; porque a menudo la vida presente eleva a los perversos, pero la llegada de la eterna beatitud los condena.

En la exposición Homilías Evangélicas XXVIII.---He aquí que viene saltando por los montes, y brincando por las colinas. Al venir el Señor para nuestra redención, dio, por así decirlo,

ciertos saltos. ¿Queréis, hermanos carísimos, conocer esos saltos suyos? Del cielo vino al vientre, del vientre vino al pesebre, del pesebre vino a la cruz, de la cruz vino al sepulcro, del sepulcro regresó al cielo. He aquí que para hacernos correr tras él, dio ciertos saltos por nosotros en la verdad manifestada por la carne; quien también se regocijó como un gigante para correr el camino (Salmo XVIII), para que le dijéramos de corazón: Atráenos tras de ti, correremos en el olor de tus ungüentos.

En la exposición de Ezequiel, Homilía I, parte II.---He aquí que él está tras nuestro muro. La santa Iglesia, bajo la voz de la esposa deseando ya ver abiertamente al Señor, dice: He aquí que él está tras nuestro muro. Pues quien mostró a los ojos humanos lo que asumió de lo mortal, y permaneció invisible en sí mismo, al buscarse verlo abiertamente, como tras un muro se mantuvo; porque no se mostró manifiestamente en su majestad, como si tras un muro se mantuvo, quien mostró la naturaleza de la humanidad que asumió; y ocultó la naturaleza de la divinidad a los ojos humanos. De ahí que también allí se añade, Mirando por las ventanas, asomándose por las celosías; pues quien mira por las ventanas o celosías, ni se ve del todo, ni del todo no se ve. Así ciertamente se hizo el Redentor ante los ojos de los dudosos, porque si haciendo milagros, nada hubiera padecido como hombre, claramente se les habría aparecido como Dios; y de nuevo, padeciendo lo humano, si nada hubiera hecho como Dios, se le habría considerado hombre. Pero porque hizo cosas divinas, y padeció cosas humanas, como por ventanas o celosías se asomó a los hombres, para que se le viera como Dios por los milagros, aunque se ocultara por las pasiones, y se le viera como hombre por las pasiones, pero se reconociera que era más que hombre por los milagros.

En la exposición del beato Job, libro XXVII.---Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven. Porque las santas predicaciones cesarán con la vida presente, es decir, las lluvias con el invierno, correctamente se dice con la voz del esposo al alma que sale y se apresura hacia los eternos veranos: Levántate, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, y ven; ya ha pasado el invierno, la lluvia ha cesado y se ha ido. Pues al pasar el invierno, cesa la lluvia, porque cuando se lleva a cabo la vida presente, en la cual nos había atado la nube de la ignorancia, el letargo de la carne corruptible, todo el ministerio de la predicación cesa. Más claramente entonces veremos por nosotros lo que ahora escuchamos más oscuramente en las voces de los santos.

En Ezequiel, Homilía IV, parte II.---Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, etc. Ya sea la santa Iglesia, ya sea cada alma elegida, es amiga del esposo celestial por el amor, paloma por el espíritu, hermosa por la belleza de las costumbres: que cuando ya es sacada de la corrupción de la carne, sin duda para ella ha pasado el invierno, porque el letargo de la vida presente se aleja. También la lluvia ha ido y se ha retirado, porque cuando se lleva a contemplar en su sustancia al Señor omnipotente, ya no serán necesarias las gotas de palabras, para que deba infundirse la lluvia de la predicación. Pues lo que menos pudo oír, más lo verá. Entonces aparecen las flores en la tierra, porque cuando el alma comienza a saborear algunos principios de suavidad de la vida de la eterna beatitud, como ya en las flores huele al salir, lo que después de haber salido, tendrá más abundantemente en el fruto. De ahí que también allí se añade, Ha llegado el tiempo de la poda. Pues en la poda se cortan los sarmientos estériles, para que los que prevalecen lleven más fruto. Así que el tiempo de nuestra poda llega cuando abandonamos la corrupción infructuosa y nociva de la carne, para que podamos llegar al fruto del alma. Ese fruto será para nosotros muy abundante, la visión de Dios.

En la exposición Homilias Evangélicas XXV.---En mi lecho busqué por las noches a quien ama mi alma, etc. Buscamos al amado en el lecho, cuando en el pequeño descanso de la vida

presente, suspiramos por el deseo de nuestro Redentor. Lo buscamos por la noche, porque aunque ya la mente vela en él, sin embargo, aún el ojo se oscurece. Pero quien no encuentra al amado, le queda levantarse, recorrer la ciudad, es decir, la santa Iglesia de los elegidos con la mente y la investigación. Buscarlo por las calles y plazas, es decir, mirar a los que caminan por lo estrecho y lo ancho, para ver si puede encontrar en ellos alguna huella, indagar: porque hay algunos incluso de la vida secular, que tienen algo digno de imitar en la acción de la virtud. Pero al buscarnos, los vigilantes que custodian la ciudad nos encuentran, porque los santos Padres, que custodian el estatuto de la Iglesia, se nos presentan con nuestros buenos estudios, para enseñarnos con su palabra o escrito: a quienes cuando los pasamos un poco, encontramos a quien amamos, porque nuestro Redentor, aunque en humanidad hombre entre los hombres, en divinidad sin embargo fue sobre los hombres. Así que cuando se pasan los vigilantes, se encuentra al amado, porque cuando vemos que los profetas y apóstoles están por debajo de él, consideramos que él, que por naturaleza es Dios, está sobre los hombres. Primero, por tanto, se busca a quien no se ha de encontrar, para que después, encontrado, se le retenga más estrechamente.

Item en la exposición del beato Job, libro XVIII.---Cuando la Iglesia buscaba a su Redentor, no quiso fijar su esperanza en los antiguos predicadores; que dice, Apenas los hube pasado, encontré a quien ama mi alma: pues no podría encontrarlo si no hubiera querido pasar de ellos.

Item en la Exposición de Ezequiel, Homilía VI, parte II.---Así la esposa en el Cantar de los Cantares habla ansiosa con santos deseos, diciendo: En mi lecho busqué por la noche a quien ama mi alma. Lo busqué, y no lo encontré. Pues busca al amado en el lecho, cuando en su propio ocio y descanso que desea ya ver al Señor, ya desea salir hacia él, anhela carecer de las tinieblas de la vida presente. Pero lo busca y no lo encuentra, porque aunque lo desea con gran amor, aún no se le concede ver a quien ama.

En la exposición de Ezequiel, Homilía X, parte II.---¿Quién es esta que sube por el desierto, etc.? La santa Iglesia de los elegidos, cuando se eleva de este mundo en santas oraciones con ardiente amor, sube por el desierto que abandona. Cómo sube, lo añade: Como columna de humo de aromas. El humo nace del incienso; y por el salmista se dice, Diríjase mi oración como incienso ante ti (Salmo CXL). El humo suele hacer brotar lágrimas. Así que el humo de aromas, es la compunción de la oración, concebida de las virtudes del amor. Sin embargo, esa oración se llama columna de humo, porque solo pide cosas celestiales a Dios. Así progresa rectamente, para que no se vuelva a apeteer cosas terrenas y temporales por el estudio terreno. Y es de notar que no se llama vara, sino varita, porque a veces en el ardor de la compunción el poder del amor arde con tal sutileza, que ni siquiera el alma misma puede comprenderlo, que mereció tenerlo iluminado. Bien se dice, De mirra y de incienso. Pues el incienso se quema en sacrificio al Señor según la ley. Por la mirra se conservan los cuerpos muertos, para que no sean corrompidos por los gusanos. Ofrecen, por tanto, sacrificio de mirra y de incienso, quienes afligen su carne, para que no dominen en ellos los vicios de la corrupción; y encienden en la presencia del Señor, la ofrenda de su amor. Así que, mirra, porque se crucian, y cruciándose se conservan de los vicios; incienso, porque aman la visión de Dios, a la que arden en lo más profundo por llegar, y se ofrecen a él en santas virtudes. De ahí que también allí se añade, Y todo polvo del perfumista. El polvo del perfumista es la virtud del bien obrar. Y es de notar que las virtudes de los que obran bien, no se llaman perfumes, sino polvos: pues cuando hacemos cualquier bien, lo revisamos, y para que no haya en ellos nada siniestro, lo atendemos con el juicio de la revisión, como si de los perfumes hiciéramos polvo, para que nuestra obra se encienda más sutilmente al Señor por la discreción y el amor.

En la exposición del beato Job, libro VII.---He aquí el lecho de Salomón sesenta valientes, etc. La fortaleza de los justos es vencer la carne, contradecir a sus propias voluptuosidades, extinguir el deleite de la vida presente, amar las asperezas de este mundo por las recompensas eternas, despreciar las lisonjas de la prosperidad, superar el temor de la adversidad en el corazón. Así que el lecho de Salomón lo rodean sesenta valientes de los más fuertes de Israel, porque los santos sin ninguna duda contemplan el descanso interno del deseo.

En la exposición del beato Job, libro XIX.---Todos empuñando espadas y muy diestros en la guerra. Lo que en la divina Escritura se figura por la espada, Pablo lo ha explicado, diciendo: Y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Pero Salomón no dice, Todos teniendo, sino empuñando, porque ciertamente no es admirable solo saber la palabra de Dios, sino hacerla. Pues tiene, pero no empuña la espada, quien conoce el divino elocuente, pero descuida vivir según él. Y no puede ya ser diestro en la guerra, quien no ejercita la espada espiritual que tiene: pues no puede resistir en absoluto a las tentaciones.

En la exposición del beato Job, libro XX.---La espada de cada uno sobre su muslo, etc. Los temores nocturnos son las insidias de las tentaciones ocultas; pero la espada sobre el muslo, es la custodia vigilante, oprimiendo la seducción de la carne. Para que, por tanto, el temor nocturno, es decir, la tentación oculta y repentina no se infiltre, es necesario que la espada sobrepuesta de la custodia oprima nuestro muslo. Pues los santos hombres están tan seguros de la esperanza, que sin embargo siempre están sospechosos de la tentación; a quienes se les dice, Servid al Señor con temor, y regocijaos con temblor, para que tanto de la esperanza nazca el regocijo, como de la sospecha el temblor.

Sobre lo mismo en el código de la Regla Pastoral con el título, libro VI.---La espada se pone sobre el muslo, cuando con el filo de la santa predicación se doma la sugestión perversa de la carne. Por la noche se expresa nuestra ceguera de la debilidad, porque cualquier adversidad que amenaza en la noche no se ve. Así que la espada de cada uno sobre su muslo por los temores nocturnos, porque ciertamente los santos hombres, mientras temen lo que no ven, siempre están preparados para la intención del combate.

En la exposición de Ezequiel, Homilía III, parte II.---El rey Salomón se hizo un palanquín de maderas del Líbano, etc. No se debe creer que Salomón, rey de tan gran magnitud, que fluía con tan inmensas riquezas, que el peso de su oro no podía estimarse, y la plata en aquellos días no tenía precio, se hiciera un palanquín de madera. Pero Salomón es nuestro pacífico, quien se hizo un palanquín de maderas del Líbano; pues las maderas de cedro del Líbano son muy imputrescibles. Así que el palanquín de nuestro Rey es la santa Iglesia, que está construida de padres fuertes, como maderas de cedro de mentes imputrescibles. Que correctamente se llama palanquín, porque ella lleva diariamente las almas al banquete eterno de su Creador; a cuyo palanquín se le hicieron columnas de plata, porque los predicadores resplandecen con la luz del santo elocuente. Pero con columnas de plata se hizo un reclinatorio de oro, porque por lo que se dice claramente por los santos predicadores, las mentes de los oyentes encuentran el resplandor de la caridad íntima, en la que se reclinan: pues por lo que oyen clara y abiertamente, descansan en lo que brilla en el corazón. Se hicieron columnas de plata y un reclinatorio de oro, porque por la luz del sermón se encuentra en el ánimo la claridad del descanso. Pues ya ese resplandor interno ilumina la mente, para que por la intención descansen allí, donde no se requiera la gracia de la predicación. Pero al ascenso que se muestra claro dentro, se añade, cuando del mismo palanquín se dice de inmediato: Ascenso, dice, púrpura. Pues la verdadera púrpura, porque se tiñe con sangre, no sin razón se ve en el color de la sangre; y porque una gran multitud de fieles en el inicio de la

naciente Iglesia llegó al reino por la sangre del martirio, nuestro rey hizo un ascenso púrpura en el palanquín, porque al claro, que se ve dentro, se llega por la tribulación de la sangre. ¿Qué, por tanto, debemos hacer? ¿Qué esperanza habrá si nadie llega al reino, sino quien está dotado de las más altas virtudes? Pero también está nuestra consolación. Amemos a Dios en cuanto podamos; amemos al prójimo, y también nosotros pertenecemos al palanquín de Dios, porque, como está escrito allí, Lo cubrió de amor en medio. Pues ten caridad, y sin duda llegarás allí donde se erige la columna de plata, y se sostiene el ascenso púrpura: pues porque esto se dice por nuestra debilidad, se muestra claramente, cuando allí de inmediato se añade, Por las hijas de Jerusalén. Pues la palabra de Dios, que no dice hijos, sino hijas, ¿qué otra cosa señaló por el sexo femenino, sino la debilidad de las mentes?

En la exposición del bienaventurado Job, libro IX.---¡Cuán hermosa eres, amiga mía! etc. La llama hermosa y repite que es hermosa, porque tiene una belleza de costumbres, en la que ahora se la ve, y otra de premios, a la que entonces se eleva por la apariencia de su Creador: cuyos miembros, todos los elegidos, porque avanzan con sencillez hacia todo. Sus ojos son llamados de palomas, porque irradian gran luz, porque resplandecen con los milagros de grandes señales; pero ¿cuánto es este milagro que puede ser visto? Aquel milagro interno es más maravilloso, que no puede ser visto; sobre lo cual se añade claramente, Excepto lo que está oculto en el interior. Grande es la gloria de la obra manifiesta, pero mucho más incomparable es la retribución oculta.

En la exposición del bienaventurado Job, libro III.---Como cinta escarlata, tus labios, esposa, etc. La cinta sujeta los cabellos de la cabeza. Los labios de la esposa son como una cinta, porque con la exhortación de la santa Iglesia, se atan todos los pensamientos dispersos en las mentes de los oyentes, para que no se deslicen descuidadamente, para que no se dispersen por lo ilícito, para que los ojos del corazón no se depriman, sino que se reúnan en una sola intención, mientras la cinta de la santa predicación los ata. Y con razón se afirma que es escarlata, porque la predicación de los santos solo arde con el fuego de la caridad.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXXIII.---Tus dientes son como rebaño de ovejas esquiladas, etc. Tomamos los dientes de la santa Iglesia como aquellos que con sus predicaciones desgastan la dureza de los pecadores; que no sin razón se comparan con ovejas esquiladas y lavadas, porque tomando una vida inocente, en el lavacro del bautismo han dejado las viejas lanas de su antigua conducta.

En la exposición de Ezequiel, Homilía IV, parte II.---Como torre de David es tu cuello, etc. En el cuello está la garganta, en la garganta está la voz. ¿Qué se designa entonces por el cuello de la santa Iglesia, sino sus sagradas palabras? en las que, mientras se recuerda que cuelgan mil escudos, por este número perfecto se muestra el número universal, porque toda nuestra protección se contiene en la sagrada palabra. Allí están los preceptos de Dios, allí los ejemplos de los justos. En el cuello de la Iglesia, es decir, en la predicación de la sagrada palabra, que por su protección y altura se dice semejante a la torre de David, cuelgan mil escudos, porque tantos como preceptos hay allí, tantos son también los resguardos de nuestro pecho. He aquí que contra los poderes feroces que se apresuran a existir fuertes, en esta torre encontramos el armamento de nuestra mente, para que de allí tomemos los preceptos del Creador, de allí los ejemplos de los que nos precedieron, por los cuales nos armamos inexpugnablemente contra nuestros adversarios. Y es de notar que se dice construida con sus baluartes: pues los baluartes hacen lo que los escudos, porque ambos protegen al combatiente; pero hay una diferencia entre ambos, porque el escudo lo movemos para nuestra protección donde queremos; pero podemos ser defendidos por los baluartes, pero no podemos

moverlos; el escudo está en la mano, pero el baluarte no se sostiene. ¿Qué diferencia hay entonces entre los baluartes y los escudos, sino que en la sagrada palabra leemos en parte los milagros de los que nos precedieron y escuchamos las virtudes de las buenas obras? Estos, por tanto, los milagros que dijeron de Dios, testifican que no harían tales cosas por Él, si no narraran verdades sobre Él. Y cuán piadosos, cuán humildes, cuán benignos fueron, sus obras lo testifican. ¿Qué son entonces sus milagros, sino nuestros baluartes? porque podemos ser protegidos por ellos, y sin embargo no los tenemos en la mano de nuestro arbitrio; pues no podemos hacer tales cosas. El escudo, en cambio, está en la mano, y defiende, porque la virtud de la paciencia, la virtud de la misericordia, con la gracia que nos precede, está en el poder del arbitrio, y nos protege del peligro de la adversidad.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXIV.---Tus dos pechos, etc. ¿Qué son los dos pechos, sino ambos pueblos que vienen de Judea y de la gentilidad, que en el cuerpo de la santa Iglesia, por la intención de la sabiduría, están fijados en el corazón de manera arcana? De este pueblo, aquellos que son elegidos, por eso se comparan a gacelas y cervatillos, porque por humildad, se entienden a sí mismos como torcidos y pecadores; pero de estos que corren por caridad, si encuentran obstáculos de impedimento de temporalidad, los superan, y con saltos de contemplación, ascienden a lo alto; quienes, para hacer estas cosas, contemplan los ejemplos de los santos que los precedieron, de donde también se dice que se alimentan entre lirios. ¿Qué se declara por los lirios, sino la vida de aquellos que verdaderamente dicen, Somos el buen olor de Cristo para Dios (II Cor. II)? Los elegidos, para que puedan alcanzar lo supremo, al ver la vida fragante y blanca de los justos, ya ansían ver al Señor: ya arden con los ardores de la caridad por ser saciados de su contemplación, pero porque en esta vida aún no pueden, se alimentan mientras tanto de los ejemplos de los Padres que los precedieron. De donde también se define adecuadamente allí el tiempo de ese pasto de lirios, cuando se dice, Hasta que sople el día, y se inclinen las sombras: pues necesitamos ser alimentados con los ejemplos de los justos, hasta que pasemos las sombras de la mortalidad presente con el día eterno soplando; porque cuando la sombra de esta temporalidad haya pasado, y la mortalidad se haya inclinado, porque vemos la luz interna de ese día, ya no deseamos arder en amor por Él a través de los ejemplos de otros. Ahora, sin embargo, porque aún no podemos contemplarlo, es sumamente necesario que seamos incitados por las acciones de aquellos que lo siguieron perfectamente.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XVII.---Serás coronado desde la cima de Amana, etc. ¿Qué se designa con el nombre de leones sino los demonios, que con ira nos atacan con la más atroz crueldad? Y porque los pecadores han sido llamados a la fe, cuyos corazones alguna vez fueron guaridas de leones, mientras se cree que el Señor venció a la muerte por su confesión, es como si fuera coronado desde las guaridas de los leones. La recompensa de la victoria es la corona. Por tanto, los fieles le ofrecen una corona tantas veces como confiesan que venció a la muerte por su resurrección.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XV.---Miel y leche bajo tu lengua. Muchos justos, cuando ven a algunos actuar perversamente, que deben ser golpeados con duras reprensiones, toman la aspereza de la lengua; pero bajo la lengua ocultan la benignidad de su mente. De donde se dice con la voz del esposo de la santa Iglesia, Miel y leche bajo tu lengua. Porque aquellos que no quieren abrir la dulzura de su mente a los débiles, pero hablando los golpean con cierta aspereza, y sin embargo entre palabras ásperas, como que intercalan algo de dulzura: estos evidentemente no tienen dulzura en la lengua, sino bajo la lengua; porque entre las cosas duras que pronuncian, emiten algunas blandas y dulces, con las que la mente puede ser reconfortada por la benignidad.

En el código de la Regla Pastoral, título XV.---Tus brotes son un paraíso de granadas. ¿Qué se designa por las granadas, sino la unidad de los fieles? pues así como en la granada, con una sola corteza exterior, se protegen muchos granos en el interior, así la unidad de la fe cubre a los innumerables pueblos de la santa Iglesia, a quienes la diversidad de méritos retiene en el interior.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXVII.---Levántate, aquilón, y ven, austro. Por el austro, que ciertamente es un viento cálido, no sin razón se designa al Espíritu Santo, por el cual, cuando alguien es tocado, se libera de la pereza de su iniquidad. De donde bien se dice en el Cantar de los Cantares, Levántate, aquilón, y ven, austro, sopla en mi jardín, y fluirán sus aromas. Se ordena al aquilón que se levante, para que el espíritu adversario que restringe los corazones de los mortales huya. El austro viene, y sopla en el jardín, para que sus aromas fluyan, porque por la venida del Espíritu Santo, cuando la mente del hombre se llena de él, pronto se esparce la opinión de las virtudes, para que con razón ya la lengua de los santos, como un jardín soplado por el austro, diga, Somos el buen olor de Cristo (II Cor. II).

En la exposición de Ezequiel, Homilía II, parte II.---Yo duermo, pero mi corazón vela. La vida contemplativa es una dulzura muy amable, que arrebatada el alma sobre sí misma, abre las cosas celestiales; muestra que las terrenales deben ser despreciadas, revela las espirituales a los ojos de la mente, oculta las corporales. De donde bien dice la Iglesia en el Cantar de los Cantares, Yo duermo, pero mi corazón vela. Con un corazón vigilante duerme, quien por lo que progresa interiormente en la contemplación, descansa de la obra inquieta exterior.

También en la exposición del bienaventurado Job, libro XXIII, de lo que se dijo antes.---Yo duermo, pero mi corazón vela. Como si dijera: Mientras adormezco los sentidos exteriores de las preocupaciones de esta vida, con la mente libre conozco más vivamente las cosas internas. Duermo afuera, pero velo adentro, porque mientras no siento las cosas exteriores, aprehendo diligentemente las interiores.

En la exposición Evangélica, Homilía XXV.---Mi alma se ha derretido, etc. La mente del hombre, que no busca la apariencia de su Creador, es malamente dura, porque permanece fría en sí misma. Pero si ya comienza a arder por el deseo de seguir a quien ama, derretida por el fuego del amor corre. Se vuelve ansiosa por el deseo, todo lo que agradaba en el mundo se vuelve vil; no hay nada que fuera del Creador le guste, y lo que antes deleitaba al alma, se vuelve después muy oneroso. Nada consuela su tristeza, mientras aún no ve lo que desea. La mente se aflige, la misma luz es fastidiosa; y con tal fuego en la mente se derrite la herrumbre de la culpa, y el alma encendida, como el oro, porque por el uso perdió su apariencia, por el incendio se aclara.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXVII.---Me encontraron los guardianes que rondan la ciudad, etc. A la esposa que busca la encuentran los vigilantes, y la hieren, porque a cada alma que ya busca la apariencia de su Redentor, cuando los doctores solícitos la encuentran, la hieren con las flechas del amor celestial por la palabra de la predicación; y si aún tiene algún manto de la antigua conversación, se lo quitan, para que despojada de tal carga, aquel que es buscado por ella sea encontrado más rápidamente.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXXIV.---Su cabeza es oro puro. Porque la cabeza de Cristo es Dios. Nada hay en los metales más resplandeciente que el oro: la cabeza del esposo se dice oro, porque su humanidad nos gobierna con la claridad de su divinidad.

En la exposición de Ezequiel, Homilía VIII.---Eres hermosa, amiga mía, etc. Porque Jerusalén se interpreta como visión de paz, cuyo nombre expresa la patria celestial, la santa Iglesia se dice suave y hermosa como Jerusalén, porque el deseo de su vida se compara ya con la visión de la paz íntima, para que en lo que ama a su autor, en lo que desea ver su apariencia, de quien está escrito, En quien desean mirar los ángeles (I Pedro I), por los mismos deseos de su amor se diga ya semejante a los ángeles. Cuanto más se siente amada por Dios, tanto más actúa para hacerse temible a los espíritus malignos. Cómo es temible, se muestra con la comparación añadida, es decir, como un ejército en orden de batalla. ¿Qué es lo que la santa Iglesia sea temida por sus enemigos como un ejército en orden de batalla? No está vacía de gran entendimiento esta comparación, y por eso debe ser observada con atención. Sabemos y es cierto que un ejército en orden de batalla se muestra temible a sus enemigos cuando está tan apretado y denso, que no se ve interrumpido en ningún lugar: pues si se dispone de tal manera que se deja un lugar vacío por donde el enemigo pueda entrar, ciertamente ya no es temible para sus enemigos. Y nosotros, por tanto, cuando ponemos la línea de batalla contra los espíritus malignos, es sumamente necesario que siempre estemos unidos y apretados por la caridad, para que nunca se nos encuentre interrumpidos por la discordia, porque por muy buenas que sean las obras en los buenos, si falta la caridad, se abre un lugar en la línea por el mal de la discordia, por donde el enemigo pueda entrar para golpearnos.

En la Homilía IV de Ezequiel, parte II.---Como la corteza de la granada, tus mejillas sin tus ocultos. Las mejillas son las partes espirituales de la santa Iglesia, que ahora en ella resplandecen con milagros, y aparecen venerables como en su rostro. Pues cuando vemos a muchos hacer maravillas, profetizar lo venidero, abandonar el mundo perfectamente, arder con deseos celestiales, como la corteza de la granada las mejillas de la santa Iglesia enrojecen. Pero ¿qué es aquello, todo lo que admiramos en comparación con aquello de lo que está escrito, Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (I Cor. II)? Bien, por tanto, cuando admiraba las mejillas de la Iglesia, añadió, Sin tus ocultos: como si se dijera abiertamente, Las cosas que no están ocultas en ti son grandes; muy inefables, las que están ocultas.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXIX.---¿Quién es esta que avanza como el alba que surge? La santa Iglesia, deseando las recompensas de la vida celestial, es llamada alba, porque, al abandonar las tinieblas de los pecados, resplandece con la luz de la justicia. Sin embargo, tenemos algo más sutil que considerar en la calidad del amanecer o del alba: el alba y el amanecer anuncian que la noche ha pasado, pero no muestran aún la claridad completa del día, sino que mientras la alejan, la reciben, tienen luz mezclada con tinieblas. ¿Qué somos entonces en esta vida todos los que seguimos la verdad, sino alba o amanecer? porque ya hacemos algunas cosas que brillan, sin embargo, en algunas aún no carecemos de restos de tinieblas.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXX.---Tu nariz es como la torre de David, etc. Por la nariz discernimos los olores y los hedores; y ¿qué se designa por la nariz, sino la discreción providente de los santos? La torre de vigilancia se coloca en lo alto, para que el enemigo que viene se vea desde lejos. Con razón, por tanto, se dice que la nariz de la Iglesia es semejante a la torre en el Líbano, porque la discreción providente de los santos, mientras observa cuidadosamente alrededor, colocada en lo alto, antes de que venga la culpa, la detecta, y cuanto más vigilante la nota, tanto más fuertemente la evita.

En la exposición de Ezequiel, de lo que se dijo antes, Homilía XI.---Para que se conserve la verdad de la predicación, es necesario mantener la altura de la vida. De donde con razón

también se dice con la voz del esposo de la santa Iglesia en el Cantar de los Cantares, Tu nariz es como la torre del Líbano. ¿Qué alabanza es esta, hermanos míos, que la nariz de la esposa se compare a una torre? pero porque por la nariz siempre discernimos los olores y los hedores, ¿qué se designa por la nariz, sino la discreción de los vigilantes? Esta nariz se dice como la torre del Líbano, porque ciertamente la discreción de los superiores, siempre debe estar fortificada por la circunspección y consistir en la altura de la vida; es decir, no yacer en el valle de una obra débil. Pues así como la torre se coloca en el monte para observar, para que los enemigos que vienen se vean desde lejos, así la vida del predicador siempre debe permanecer fija en lo alto, para que al modo de la nariz discerna los hedores de los vicios y los olores de las virtudes; observe desde lejos los ataques de los espíritus malignos, y devuelva las almas encomendadas a él por su prudencia.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XII.---Veamos si ha florecido la viña, si las flores producen fruto. Florecen las viñas, cuando las mentes de los fieles proponen buenas obras; pero no producen fruto, si vencidos por algunos terrores, se debilitan en lo que habían propuesto. No se debe, por tanto, mirar si las viñas florecen, sino si las flores se fortalecen para dar fruto, porque no es sorprendente si alguien comienza bien, pero es muy admirable si con recta intención persevera en la buena obra.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXVI.---¿Quién es esta que asciende del desierto, rebosante de delicias? Sin duda la santa Iglesia, si no rebosa de las delicias de las palabras de Dios, no puede ascender del desierto de la vida presente a lo alto. Rebosa, por tanto, de delicias y asciende, porque, mientras se alimenta de inteligencias místicas, se eleva diariamente a contemplar las cosas superiores.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XVIII, según los LXX Intérpretes.---¿Quién es esta que asciende blanqueada? Porque la santa Iglesia no tiene naturalmente la vida celestial, sino que, con la venida del Espíritu, se compone con la belleza de los dones, no se recuerda blanca, sino blanqueada.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XXX.---Ponme como un sello sobre tu corazón. Por eso se pone un sello en las cosas, para que no sean profanadas por la presunción de los ladrones. El esposo, por tanto, se pone en el corazón como un sello, cuando el misterio de su fe se imprime en la custodia de nuestra mente, para que aquel siervo infiel, ciertamente nuestro adversario, cuando considera las señales de la fe, no se atreva a irrumpir tentándolo.

En la exposición Evangélica, Homilía VII.---Porque fuerte es, como la muerte, el amor. Así como la muerte destruye el cuerpo, así el amor eterno de la vida mata el amor de las cosas corporales: porque a quien absorbe perfectamente, lo hace insensible a los deseos terrenales.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XIX.---Nuestra hermana pequeña es, y no tiene pechos. Así como se describe la edad de cada hombre, así se describe la edad de la santa Iglesia: era pequeña entonces, cuando recién nacida no podía predicar la palabra de vida. De ahí que se diga de ella, Nuestra hermana pequeña es, y no tiene pechos, porque ciertamente la santa Iglesia, antes de crecer por el incremento de la virtud, no podía ofrecer los pechos de la predicación a los oyentes más bajos. La Iglesia adulta, cuando unida a la palabra de Dios, llena del Espíritu Santo, por el ministerio de la predicación, se fecunda en la concepción de hijos, a quienes exhortando da a luz, convirtiendo pare. De esta su edad se dice al Señor, Las jóvenes te amaron. Todas las Iglesias que hacen una católica se llaman jóvenes, no viejas por la culpa, sino nuevas por la gracia; no estériles por la vejez, sino adecuadas por la edad de la mente a la fecundidad espiritual.

En la exposición de Ezequiel, Homilía II, parte II.---Tú que habitas en los jardines, los amigos escuchan, hazme oír tu voz. En los jardines habita la santa Iglesia, en los jardines habita cada alma, que ya está llena de la frescura de la esperanza y de las buenas obras. Pues la esperanza de este siglo es seca, porque todas las cosas que aquí se aman, se marchitan con rapidez; y Pedro el apóstol nos exhorta a apresurarnos diciendo, A una herencia incorruptible, incontaminada, e inmarcesible. Por tanto, quien ya habita en los jardines, debe hacer que su esposo oiga su voz, es decir, emitir el canto de la buena predicación, en la que se deleite aquel a quien desea. Los amigos escuchan, es decir, todos los elegidos; quienes, para revivir a la patria celestial, desean las palabras de vida.

En la exposición del bienaventurado Job, libro XVII.---Huye, amado mío, Decimos que nos huye, cuando aquello que queremos recordar no nos viene a la mente. Decimos que nos huye, cuando aquello que queremos, no lo retenemos en la memoria. Por tanto, la santa Iglesia, después de describir la muerte y resurrección del Señor y su ascensión, le clama llena del espíritu profético, Huye, amado mío, huye. Como si dijera, Tú que te hiciste comprensible en la carne, por tu divinidad excede la inteligencia de nuestros sentidos, y permanece incomprensible para nosotros en ti mismo.